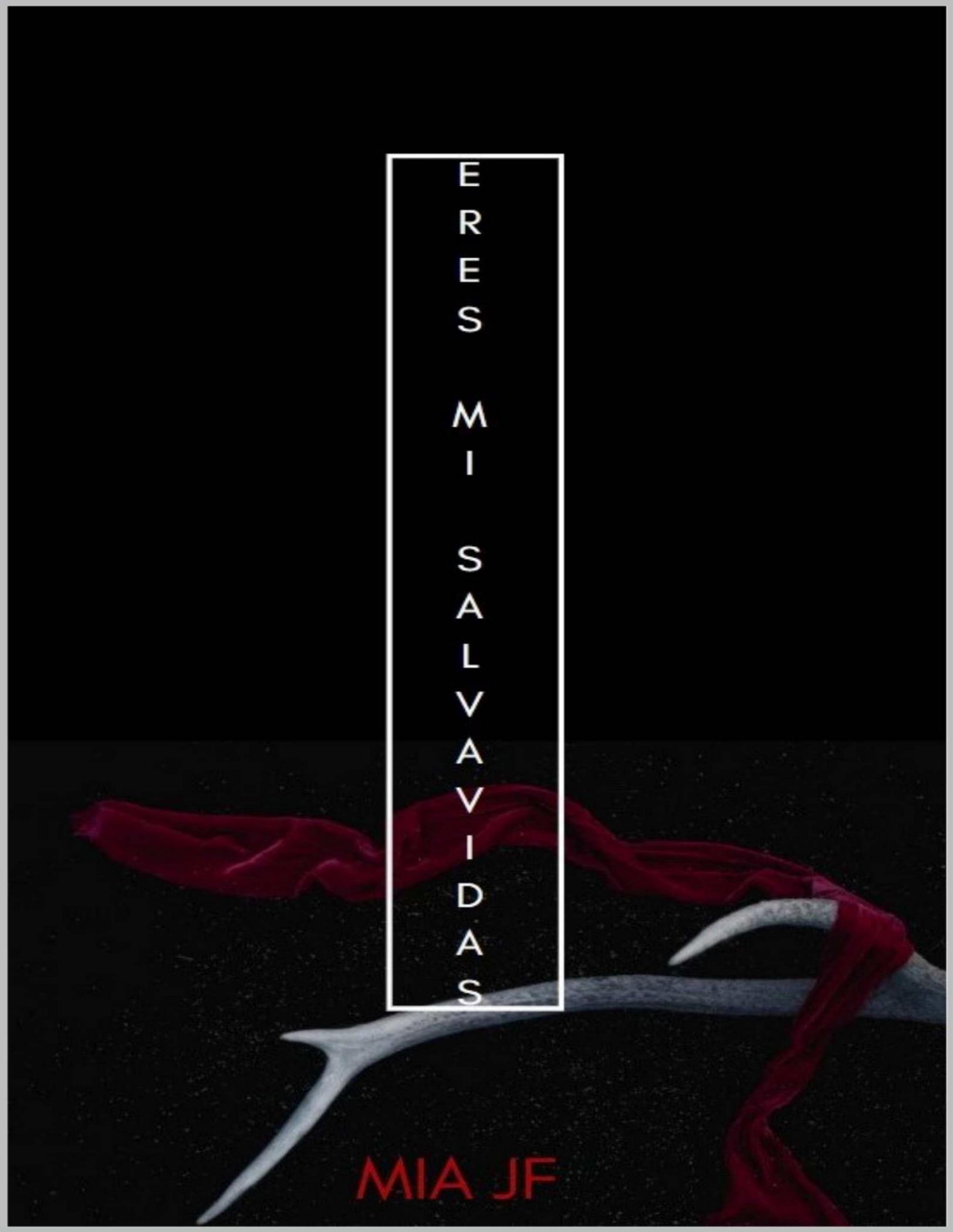


E
R
E
S

M
I

S
A
L
V
A
V
I
D
A
S

MIA JF



1

Patrick se bajó del Audi r8 spyder, su ropa esa noche no tenía nada que ver con la que llevaba a la oficina, estaba vestido con unos vaqueros negros y desgastados y una camisa del mismo color, cada vez que iba al fleur de Lotus se olvidaba de los trajes.

Esa noche no tenía ganas de someter a ninguna mujer, solo quería beber un trago mientras veía a más personas con las mismas perversiones que él, estar en ese lugar lo hacía sentir que no era el único enfermo en el mundo.

El bar era como cualquier otro, para aquellos que no eran socios la entrada costaba un ojo de la cara, pero cualquiera podía entrar al área común, como la llamaba los socios, era un enorme salón con pequeños balcones un escenario para en los días que había música en vivo o algún otro show, a un lado de la tarima estaba un acceso muy discreto al cual solo podía ingresar los socios de Fleur de Lotus y si una entrada al bar costaba un ojo de la cara la membresía de un año para ser socio equivalía a la mitad del precio de un pequeño apartamento, además de pagar ese valor debía estar recomendado por algún socio y pasar una pruebas en la que se evidenciara su compromiso de confidencialidad, por eso, allí solo se encontraba la elite de Francia y Europa, era un sitio en el que la complicidad estaba en sus límites más altos, allí no había espacio para hacer juicios ni acusaciones, en ese lugar muchas veces se encontraban rivales políticos, rivales deportivos y hasta enemigos religiosos, los cuales simulaba no conocerse y disfrutar de los beneficios del club.

Patrick fue directo al acceso privado saludó al hombre de piel negra de casi dos metros de altura y espalda ancha, el sujeto se hizo a un lado para que pudiera acceder al panel electrónico y hacer el scanner de retina, segundos después, la puerta se abrió.

—Bienvenido —escuchó al sujeto sobre el ruido de la música.

El área privada era mucho más calmada que la discoteca que acababa de pasar, la música era más suave sin dejar de ser moderna, el salón social era primer espacio, al cual, se entraba después de pasar un túnel que lo llevaba hasta otra puerta con otro panel electrónico, allí debía escanear la palma de su mano derecha para que la puerta se abriera.

Fue directo a la barra y pidió gin tonic, se sentó a beber y a observar, el lugar no estaba tan lleno, entonces miró su reloj y se dijo que era muy temprano, muchos de los que estaba en área común más tarde llegarían.

—Hombre Mathieu, hace mucho tiempo que no se te veía por aquí.

—Emmanuel ¿Cómo estás? —saludó al hombre de cabello rubio, piel blanca y ojos azules a quien conocía desde hacía años.

Emmanuel era el tipo de hombre guapo y rudo, lo que por las calles llamarían un calavera, pero un calavera con demasiado dinero, su familia era la dueña de una de las flotas de barcos de carga más grande de Europa, por mucho tiempo fue considerado el soltero más codiciado de todo el mundo occidental, pero hacía un poco más de un año había dejado la soltería con una hermosa, pero desconocida mujer, Ivanka Sokolov, ella fue la mujer que lo llevó hasta al altar.

Durante meses, la prensa estuvo buscando el pasado de la joven, pero al parecer, no había tenido vida alguna antes de Emmanuel, ni siquiera se le conocía la familia, todo era un absoluto anonimato, la versión que había dado el mismo Emmanuel Feraud, era el de haberla conocido vendiendo dulces de manera ambulante en una de las playas de Sudáfrica, la prensa del corazón enloqueció con esa historia, la chica pobre de Rusia, sin familia ni amigos en un país extrajeron vendiendo dulces para sobrevivir, logra enamorar a uno de los hombres más ricos y guapos del mundo con una sola sonrisa mientras le ofrecía un dulce.

—¿Por qué no te había vuelto a ver? —preguntó Emmanuel después de pedir un trago de whisky.

—He estado en América, la esposa de mi hermano acabó de tener a mi sobrino Jean Pierre hace poco y...

—Es cierto —lo interrumpió Emmanuel —vi la noticia en una revista que tenía mi esposa.

—A propósito ¿Dónde está Ivanka?

—Está en uno de los cuartos de castigo, hoy ha sido una niña mala.

—¿Qué ha hecho para que la dejes en un cuarto de castigo sola? —preguntó sonriendo, sabía que a los esposos les gustaba el juego rudo, demasiado para su gusto.

—Le he prohibido que les mire la entrepierna a los hombres, y hoy la he pillado haciéndolo, se quedó mirando al asistente de ventas mientras me acompañaba a comprar ropa, hombre, en verdad me enfurecí, el tipo es como diez años menor que yo, eso hirió mi orgullo.

—Acéptalo, ya estas viejo —se burló Patrick.

—No hombre, jamás lo aceptaré, acabo de entrar a los 40 y siento que es la mejor época de mi vida

—Eso decimos cada vez que cumplimos una década —volvió a burlarse.

—¿Y tú? ¿Esta noche estás solo? —cambió de tema, el asunto de sentirse viejo no le agradaba.

—Si, y lo cierto es que no quiero... —echó un vistazo alrededor —no quiero someter a ninguna mujer, últimamente no logro conectarme con las sumisas que me he encontrado aquí.

—Yo sé que te pasa —aseguró su acompañante.

—¿Qué? —lo miró curioso.

—No te concentras porque te hace falta más relación, el hecho de que llegues aquí, a buscar una mujer a la cual atar y cogerte como se te dé la gana, no llena otros vacíos, necesitas una mujer de tiempo completo.

—No es tan fácil, las mujeres que conozco no le gustan este tipo de...

—Es sexo, deja de llamarlo perversión.

—Lo que sea, incluso lo he llegado a insinuar a alguna de las mujeres con las que he salido y de inmediato se escandaliza, y bien sabes que debemos cuidar nuestra imagen.

—Lo sé... —Emmanuel se quedó pensando por un momento si debía o no decirle a Patrick como podía encontrar esa mujer que tanto necesitaba, así como él había encontrado la suya —cómprate una esclava —lo soltó al ver la cara de melancolía del hombre.

—¿Qué? —preguntó antes de soltar una carcajada —Emmanuel, la compra de esclavos es una práctica mercantil del siglo pasado, ahora es un delito —habló con socarronería.

—Pues déjame decirte que no es cierto, así fue como conocí a mi mujer —decidió confiar en Patrick para contar lo que casi nadie sabía.

—Eso se escucha muy medieval.

—Pues casi lo es.

—¿Explícate?

—Bien, hay un evento muy exclusivo, el cual, se realiza una vez al año, solo es tan invitados algunos personajes muy selectos de todo el mundo, el objetivo de ese evento es comprar esclavos —Patrick se removió incomodo —pero espera —dijo al ver el gesto ceñudo de Patrick —la compra se hace con su consentimiento, es decir, ellos voluntariamente se ofrecen para ser comprados.

—Eso suena muy escabroso, no creo que yo sea capaz de comprar un ser humano.

—Bueno, si eres un hombre con demasiados escrúpulos, pues no podrás hacerlo.

—¿Dices que así conseguiste a Ivanka?

—Si, fui invitado a uno de esos eventos, dura tres días, el primero es para que conozca a las sumisas o sumisos, hay de todo, podrás hacer una preselección de los que más hayan llamado tu atención y preguntar cuál es su precio, la transacción se hace por un año, pero como todo es consentido, el esclavo podrá irse en cualquier momento si no logra conectarse contigo, en ese caso, la organización te devuelve el dinero.

—¿Pero que me cuentas? —preguntó Patrick totalmente alucinado.

—El segundo día, puedes tener alguna sesión privada con los preseleccionados escogidos, ese servicio va incluido en el pago de entrada al evento, después, si alguno te ha gustado lo suficiente como para querer hacer un acuerdo por un año, haces una oferta, si nadie más está ofertando puedes quedártelo, pero de lo contrario se hará una puja y se la llevará el mejor postor.

—Una subasta —concluyó Patrick.

—Si, una subasta, a veces recuerdo la subasta en la que conseguía Ivanka y me da un poco de dolor, un maldito japonés la quería y estaba como loco subiendo la apuesta de a cien mil euros.

—¿Cuánto te costó Ivanka?

—Un dineral, pero te juro que ha valido cada euro.

—Se miraron por unos segundos, Patrick no podía creer lo que su amigo les estaba contando, de las parejas que conocía y que concurrían en clubes como ese, Emmanuel e Ivanka eran la pareja más sólida y feliz de todas.

—¿A veces no piensa que es solo el dinero? No quiero ofenderte, pero...

—Durante el primer año, malditos celos e inseguridades, pensaba todo el tiempo que al acabar el año ella se marcharía, pero una vez se cumplió el acuerdo, ella me preguntó si yo deseaba que ella se marchara.

—Ese día me volví un marica, prácticamente le supliqué para que no me dejara y llorando de felicidad, me dijo que rogaba todos los días porque después de cumplir el año yo no lo echara de mi lado, ahora con total confianza, puedo decir que la amo y sé que ella me ama, además, es la sumisa perfecta.

—No sé si yo pueda.

—Pues piénsalo, el próximo mes se realizará el evento en Dominica, es

una isla...

—Si, se cual isla es —la familia de su madre era de Puerto Rico, y gracias a eso él conocía muy bien el caribe.

—Ahora me voy por mi mujer, creo que ha tenido suficiente castigo, es hora de la recompensa, si la quieres escuchar gemir eres bienvenido, estamos en la sala 12 —se puso de pie y le dio un par de golpes en la espalda — Mathieu, si te decides, debes hacerlo esta misma semana, o de lo contrario, será imposible conseguirte una invitación —se alejó en busca de la mujer que hacía un poco más de dos años había comprado y de la cual, estaba locamente enamorado.

Patrick siguió bebiendo hasta que una Caroline se puso de rodilla al lado de su taburete, la mujer blanca de cabello negro azabache y ojo azules se sentó sobre sus talones tomado la posición de sumisa en un claro gesto de ofrecimiento, eran muchas las veces que Patrick la había tomado como sumisa, ella lo prefería a él ante cualquier otro y en cuanto entró al local y lo vio, fue directamente a ofrecerse para que otra no le ganara la partida esa noche.

Él solo le dirigió una mirada dulce, pero siguió bebiendo como si nada, ella estuvo allí por casi cuarenta minutos esperando a que él le confirmara que sería su sumisa esa noche.

—Vamos —le tendió una mano para ayudarla a ponerse de pie.

Para Caroline, no hizo falta ni una sola palabra más para que su pecho se comprimiera de emoción.

—¿De cuánto estás? —le preguntó al ver su vientre abultado.

—De 8 meses mi señor —contestó sin levantar la mirada al tiempo que lo seguía a las mazmorras.

Caroline era una hermosa mujer casada con el uno de los parlamentarios más influyentes de Francia, con el cual, llevaba una aburridísima vida marital, su marido no tenía ni idea de que ella pertenecía a ese club, siempre iba allí con algunas amigas que se quedaban en el área común, y las cuales, no tenían ni idea del área exclusiva para socios en la que ahora se encontraba.

Conoció a Patrick en un coctel de beneficencia, estaba embarazada de su primer hijo, en esos eventos era la esposa ejemplar de la que su marido se sentía realmente orgulloso y se lo hacía saber con regalos y mimos, el pobre no tenía la culpa de ser tan soso en el sexo y de que ella fuera tan lujuriosa, una noche después de uno de esos cocteles, fue al club y lo vio llegar, Patrick se veía tan diferente con su ropa negra, de inmediato lo identificó como un dominante, al principio tuvo recelo de ser rechazada por estar embarazada,

pero en cuanto vio como él la observaba, se convenció de que ello no era un problema, tiempo después descubrió de que a él tenía algún fetiche con las mujeres embarazadas, en el club eso no era un secreto, todas las mujeres que lo estaban lo buscaban para ofrecerse como sus sumisas.

—Hoy no tenía deseos de jugar, simplemente quería beber un trago y después marcharme, pero te ves tan preciosa —le acarició su vientre —tu panza sobresalía hermosa en la postura inicial y no pude contenerme.

—Gracias mi señor —contestó sintiendo como su entrepierna se contraía.

—Desnúdate —le ordenó con tono de autoridad.

Se sacó por la cabeza el vestido blanco de corte imperio que le llegaba hasta la media pierna, quedando con el pecho desnudo y una diminuta tanga de encaje.

—El pecho se te pone precioso cuando estas embarazada —le dijo mientras se lo acariciaba —¿Qué tan sensible lo tienes?

—Un poco —sonrió sin elevar la mirada, adoraba como él la trataba por su estado.

Patrick era un amo exigente, pero sin llegar a los extremos, nada de cosas extremadamente dolorosas, a él, le gustaba la sumisión voluntaria y natural, no le gustaba la idea de ablandar a alguien a punta de golpes, aún, cuando la persona lo quisiera, y eso era lo que le ofrecía Caroline, era una sumisa natural, seguía las ordenes, siempre estaba dispuesta a complacer y se dejaba complacer de la misma manera, además estaba embarazada, él no tenía ni idea de porque eso le fascinaba, ya la había tenido en los últimos cinco meses de su embarazo anterior y la había disfrutado al extremo, incluso se habían visto más seguido de lo común, de manera tacita se habían puesto de acuerdo para verse casi todos los días, había sido él el que se la había follado durante su primer embarazo porque su marido no la tocaba por algún supuesto temor, era un imbécil, no sabía lo caliente y deliciosas que las mujeres se ponen en ese estado.

Esta vez había sido un poco diferente, al principio ella había tenido algunos inconvenientes y solo hasta el séptimo mes, cuando todo estaba perfecto, lo había buscado para ofrecerse como sumisa, ahora, después de que él estuviera varios días en América, había regresado y para fortuna de ambos, habían coincidido ese día.

—Vamos, encárgate —le ordenó mientras se quitaba de apoco la camisa.

Caroline se dejó caer nuevamente sobre sus rodillas y comenzó a quitarle el pantalón junto a los bóxeres, se los sacó primero por una pierna y después

por la otra, y sin esperar otra orden tomó su erección entre sus manos y comenzó a acaríciarla.

Cuando unas lágrimas pre seminales brotaron de su erección, ella no dudó en lamerla, poco a poco fue metiéndose por completo la erección, chupó y lamió el pene de Patrick con deleite, ese hombre sabía y olía bien, realmente daba gusto comérselo, fue aumentando sus atenciones en cuanto comenzó a escuchar como sus gruñidos aumentaban de nivel y estuvo segura de que él estaba a punto de correrse, cuando le tironeó el cabello para llevar el ritmo que él deseaba.

—Si, así, traga —dijo corriéndose en su garganta, esperó a vaciarse por completo para salir de su boca.

—Delicioso —dijo ella pasándose la lengua por los labios.

—¿Tu amo esta noche te parece delicioso? —preguntó sosteniéndole el mentón para que elevara la mirada.

—Siempre has sido delicioso, en cuanto entré fue inevitable el deseo por saborearlo y por ofrecerme, gracias mi señor por no despreciarme a pesar de no tener deseos de jugar.

La ayudó a levantarse, después le dio un corto beso en los labios y acto seguido la alzó en brazos y la llevó hasta la camilla de cuero negro.

Le ató las muñecas a unas argollas que colgaba por una larga cadena del techo, seguidamente, pasó una correa por su frente haciendo que quedara totalmente tumbada y sujeta a la cama con las manos en posición de súplica aferradas a las argollas, después le ayudó a poner cada pie en los estribos, dejándole el culo al filo de la camilla.

Atar a una mujer siempre era excitante, pero en esa ocasión lo hacía más por ella que por él, sabía perfectamente lo mucho que Caroline deseaba ser atada.

—Me has dicho que solo tienes un poco de sensibilidad en los pechos, así que aguantaran estas preciosas argollas.

—Si mi señor —contestó totalmente excitada, incluso podía sentir como escurría de sus pliegues un poco de humedad.

Patrick terminó de ajustarla a su gusto, quiso admirarla un poco y se paseó alrededor de la camilla viendo como la respiración de ella se aceleraba tremendamente.

—Mi señor, por favor...

—Calla, no quiero amordazarte, así que guarda silencio y deja que sea yo el que decida cuando y como darte lo que necesitas.

Se paró en medio de los estribos y admiró las gotas transparentes y viscosas que salían entre la suave tela de encaje, su erección nuevamente estaba alta y dura, nada más excitante y erótico que una sumisa a sus deseos. Fue por una pequeña silla para que su rostro quedara a la altura de su vagina, como si de un médico se tratara, comenzó a hurgar con sus dedos, después corrió la telilla a un lado para dejar a la vista y sin obstrucción sus pliegues.

Caroline estaba tan sensible que lloriqueó por el contacto, y más aún, cuando sintió que la lamia por completo.

—Mi sumisa también es deliciosa —dijo como respuesta al alago que ella le había hecho antes.

Jugó con ella por más de veinte minutos, en los cuales, había adorado cada tramo de su piel, después se envició con su clítoris, logrando que tuviera un orgasmo fuerte.

—Gracias, gracias —repetía ella a medida que los espasmos fueron menguando.

—Fue un placer —le dijo poniéndose de pie, ese instante sintió como su panza se movía —shh, tranquilo, solo le estoy dando un poco de placer a tu mami —le habló con los labios pegado al vientre.

Patrick no tenía ni idea de que cuando él hacía esas cosas, a ella se le removía todo en su interior, ya le había pasado en el anterior embarazo, había deseado que tener un hombre como él, un hombre que la complaciera no solo como esposa como lo hacía su esposo, sino que también la adorara como amante.

—¿Estás bien? —le preguntó mientras se ponía el condón.

—Si mi señor, pero estaré mejor cuando lo tenga adentro.

—No seas ansiosa —la regañó dándole una palmada en su vulva.

—Perdón.

Patrick le soltó las muñecas, ella gimió de alivio, después volvió a pararse en medio de las piernas y sin previo aviso la penetró con una fuerte estocada.

—¡Ah! —gritó gustosa.

La embistió sin piedad una tras otra vez, ella se aferraba a la camilla arañándola hasta que no pudo aguantar más, y se corrió, segundos después él también lo hizo.

Le desató la banda de cuero que le sujetaba la cabeza, después la alzó en brazos y la llevó al baño privado de la habitación en la que estaba.

Allí se metió junto a ella en la ducha y la besó con ternura, él era una

rareza en todo sentido, le excitaba la sumisión, pero también se moría por consentir las mujeres, en ese instante pensó en lo que su amigo le había dicho.

Si compro una esclava puedo tenerlo todo, llegar a casa y encontrarla con la ropa que a mí me gusta, esperando ansiosa por ser sometida, pero al mismo tiempo deseosa de ser consentida, una mujer que no tenga ningún reproche y que solo desee complacerme siguiendo todas mis órdenes, sería como tener una relación con todas las ventajas del caso y sin los puntos negativos, porque ella no esperaría nada más, pero me lo daría todo, se entregaría a mí en cuerpo y alma y su única ocupación sería la de estar disponible a mis caprichos.

—Gracias mi señor —susurró Caroline cortando el beso —¿puedo pedirle que nos volvamos a ver pronto?

—¿En este embarazo tu marido sigue abandonándote? —le preguntó haciendo que ella lo viera a los ojos.

—Sí, no me ha tocado desde que sabe que estoy embarazada.

—Sigo sin entender como no lo has dejado después del primer bebé, es un imbécil.

Ella no respondió, pero una de las tantas razones, por la que no lo había dejado, era porque el único hombre por que dejaría a su marido, era por él, pero tenía claro que eso jamás pasaría.

—El próximo fin de semana tengo pensado pasarlo en la propiedad que tengo Gerberoy, tenerte sería la mejor compañía.

—¿En serio? —contestó más ilusionada que nunca

—Claro, de lo contrario no te lo habría mencionado.

—Haré todo lo posible para poder ir y estar todo el fin de semana contigo, ¿Puedo avisarte el jueves?

—De acuerdo, pero no te expongas, no tengo ningún interés de que nadie se entere y que esto pueda ocasionarte problemas con tu marido, además de que odio verme involucrado en rumores.

—Prometo ser muy discreta —contestó dándole otro beso.

Esa madrugada, en cuanto entró en su pequeño, pero muy exclusivo ático en el distrito 4 de París, lo golpeó esa sensación de soledad, pensó en Caroline, ella también estaría entrando a su enorme casa e iría directo a meterse en la misma cama de su marido, ¿Por qué estás pensando en eso Patrick? Se preguntó mirando su cama vacía, le era incomprensible, que algunos hombres como ese parlamentario, tuvieran una mujer hermosa, inteligente con un apetito sexual envidiable dándole una hermosa familia y el muy imbécil prefería el trabajo y la política antes que cuidarla. Es un maldito

idiota.

Cuando ya estaba en cama dispuesto a dormir, pensó en su hermano, él también había encontrado a la mujer con la que podía saciar sus deseos sexuales más calientes, recordaba el día que había llegado a las oficinas en New York después de que la empresa cerrara, ese día había vuelto por unos documentos que debía llevarse a Francia y a través de los cristales vio a Victoria, estaba hermosa como siempre, desnuda, tendida en el sofá de la oficina de su hermano Paul, una mujer le hacía sexo oral, mientras su hermano las observaba complacido.

Patrick, aun sabiendo que estaba haciendo muy mal en espiar, no pudo marcharse, vio como después de que su cuñada llegara al orgasmo, la desconocida mujer se arrodillaba entre las piernas de Paul quien seguía sentado con una enorme sonrisa, Victoria se acercó a su hermano y lo besó, después le ofreció sus pechos mientras la mujer le hacía una felación, ese era uno de sus grandes anhelos, tener una mujer abierta a sus deseos sexuales y que además le ofreciera una relación estable y agradable.

Había tenido muchas relaciones, pero nunca había llegado a durar más de un año, por eso decidió probar lo que le había recomendado su amigo Emmanuel, a él le había funcionado, y aunque eso no era garantía para que también le funcionara a él, prefería probar que quedarse con la duda.

Tomó su teléfono y sin importar la hora lo llamó.

—Consígueme esa invitación —dijo en cuanto entró la llamada.

—Haré unas llamadas mañana mismo —respondió su amigo —el proceso es un poco antiguo, la invitación te llegará en físico, así es como también debes llevar el dinero, nada de transacciones, los pagos se hacen en efectivo, así que prepara una buena pasta para llevar.

—¿Cuánto?

—La entrada la invito yo, pero para la compra deberás llevar un par de millones de euros.

—¿Tanto así?

—Sí, no vaya a ser que te encapriches de una virgen, esas subastas son las más costosas.

—¿Virgen? No quiero una niña —movió su cabeza negativamente.

—No es un evento de pedófilos, —le dijo con tosquedad —es solo que algunas mujeres guardan su virginidad para venderla, el romanticismo ya quedó atrás, ahora las mujeres prefieren ganar algo de dinero por aquella telita antes que darla gratis a cualquier fulano que no la sepa valorar.

- Bueno, lo que sea, no creo que sea mi caso.
- Como quieras, te avisaré cuando tenga noticias.

2

María Paula Valencia caminaba con prisa para salir pronto del colegio, esa tarde tenía clase de violín y quería descansar un poco en casa antes de que llegara su profesor de música, quien apropósito, era muy atractivo.

Desde la primera clase, había sentido una conexión maravillosa con él, era tan atento y tan caballeroso que ella se sonrojaba cada vez que la halagaba porque estaba progresando en el manejo del instrumento.

Sergio tenía 26 años, ella lo había averiguado mirando su Facebook, le llevaba 11 años de diferencia, cosa que a ella no le importaba, pero al parecer, a él sí porque la trataba como si fuera su hermanita menor.

Paula volvió a mirar su reloj, cuando ya se estaba acercando a la puerta de salida, donde la estaría esperando el conductor de su casa.

—¡Paula! —escuchó que la llamaba Erika su mejor amiga del colegio —espera —le gritó —la madre superiora quiere verte.

—¿A mí? —preguntó deteniéndose —¿Por qué? —se fastidió, ya era la hora de salida y ella tenía cosas por hacer.

—No lo sé, pero me ha pedido que te llame con extrema urgencia —le contestó Erika.

—¡Dios! —exclamó frustrada —gracias, iré de inmediato —se dio media vuelta para dirigirse hacia el área en la que estaba la oficina de la madre superiora.

—¿Quieres que te acompañe? —le preguntó su amiga antes de que se marchara.

—No, debe ser algún mensaje de mi tía, hablamos más tarde, recuerda que este fin de semana tenemos fiesta.

—Soy incapaz de olvidarlo.

—Y dile a tu hermano que espero bailar salsa toda la noche con él, que se olvide de ir de levante.

—Ya sabes cómo es, dice que eres la mejor alumna de baile que jamás ha tenido.

Rieron unos segundos por lo que aquello connotaba, Lorenzo, el hermano de Erika, era un bailarín de salsa estupendo, ellos eran de Cali, la capital de la

salsa, y cuando él estaba más joven estuvo en escuelas de baile y todo lo que había aprendido lo practicaba con Paula, ya que Erika según él, tenía dos pies izquierdos.

Se despidieron y María Paula siguió su camino, pero a medida que se fue acercando, un sentimiento de ansiedad comenzó a crecer, vio algunos policías a fuera del despacho de la superiora y entonces, tuvo un muy mal presentimiento.

—Paula, sigue por favor —le indicó la monja al verla parada en la puerta.

Ella obedeció y entró, en cuanto lo hizo confirmó su presentimiento, “Algo malo pasó” se dijo al ver a un agente de la policía al lado de la madre superiora, mientras que la mujer de edad avanzada, piel envejecida y cabello canoso, le regalaba una suave sonrisa en la que se veía reflejada la compasión.

—Paula, cariño, siéntate —se giró de golpe al escuchar la voz de su tía.

Su tía Esmeralda desde muy joven se había ordenado como monja y aunque pertenecía a la misma congregación, de la cual, hacía parte el colegio en el que Paula estudiaba, su tía no era docente allí, ella prefería hacer misión en los pueblos cercanos a Medellín.

—¿Qué pasa tía? ¿Por qué estás aquí? ¿y La policía? —comenzó a hacer preguntas sin parar.

—Siéntate —le habló con dulzura.

Paula observó a su tía, a pesar de sus 42 años, se veía muy joven, tenía un rostro angelical, su cabello negro azabache enmarcaba su rostro y sus cejas pobladas resaltaban el contraste de sus ojos miel.

—Ya me senté, ahora puedes decirme ¿Qué pasa?

—Lo primero que tienes que saber, es que estamos con Dios y que...

—Ya tía, habla de una vez —le exigió con un tono cariñoso.

Paula quería a su tía como si fuera una madre, desde que se había quedado huérfana, su tía había estado al pendiente de ella y de su hermana, no importaba en donde estuviera de misión, siempre encontraba el modo para comunicarse y de hacerles saber que no estaban solas.

—Tu padre y tu hermana fueron secuestrados —soltó su tía con la voz un poco quebrada.

—¿Qué? —Paula dio un salto de la silla, y comenzó a mirarlos a todos buscando que alguien le dijera que eso no era cierto —¿Es cierto? —le preguntó al agente de la policía.

—Si, señorita Valencia —le contestó el hombre.

—¿Quiénes? —siguió cuestionando.

—Estamos investigando para saber quie...

—¡Ustedes deben saberlo! —gritó fuera de si —¿Quiénes...? —se interrumpió al darse cuenta que no conseguiría la información.

—Paula, debes calmarte —le habló la superiora —la policía está haciendo todo lo posible para dar con ellos y rescatarlos sanos y salvos.

—Pero mi hermanita... tan solo tiene 6 años —dijo acongojada.

—Lo sé cariño —su tía la abrazó —yo también estoy asustada, pero debemos tener fe en Dios, nuestro señor Jesucristo no dejará que nada malo les pase.

—¿De verdad lo crees tía? —ella no estaba tan segura de eso.

—Claro que sí, y tú también debes creerlo, jamás debemos dudar del poder de Dios.

—Tanto la superiora, como el policía, les concedieron unos minutos para que tía y sobrina se consolaran.

—Paula —cuando creyó prudente, la superiora llamó su atención —por tu seguridad deberás quedarte en el convento, tu tía no estará de misión, se quedará aquí junto a ti.

—No, quiero estar en mi casa —le contestó —tía, por favor quedémonos en casa.

—Cariño, aquí estaremos más seguras, no sabemos si los que secuestraron a tu padre intentarán hacer lo mismo contigo.

—No, lo siento, pero quiero estar allí, ¿y si intentan ponerse en contacto?, yo soy la única con quien podrían negociar para un rescate —dijo muy segura, su padre le había confiado toda la información de las cuentas y las claves en caso de que se presentara alguna emergencia.

—La policía ya tiene intervenido todos los teléfonos a los que podrían llamar y...

—¡No! —gritó furiosa —quiero estar en casa, hablaré con Wilson para que contrate personal de seguridad y...

—Señorita, creemos que Wilson está involucrado en el secuestro de su padre y hermana —intervino el agente.

—No puede ser —se sentó derrotada, dejando que algunas lágrimas se le derramaran. Wilson llevaba años trabajando para ellos, no podía ser que ese hombre que parecía tan bueno estuviera involucrado.

—Paula, ahora eres mi responsabilidad y te guste o no, te quedarás aquí, no voy a dejar que te pongas en riesgo.

María Paula, como era de esperarse, esa tarde y parte de la noche la pasó llorando, estaba asustada, y el escuchar a su tía rezar mil veces el rosario no le ayudaba a tranquilizarse.

Había sido educada bajo costumbres muy conservadoras, su padre si bien era cierto, no se le veía mucho por la iglesia rezando, si tenía pensamientos machistas y conservadores, por eso, después de la muerte de su esposa, había dejado que su hermana Esmeralda se encargara de la educación de sus hijas.

Las hermanas Valencia gozaban de los lujos que podían tener por ser las hijas de uno de los hombres más adinerados de la ciudad de Medellín e incluso de Colombia, su padre era floricultor de tradición familiar, pero también tenía otros negocios y acuerdos con políticos importantes del país.

Pero María Paula, a pesar de toda esa casta conservadora de la que provenía, su pensamiento era un poco más liberal, también era cierto que la edad en la que se encontraba, despertaba en ella un aire rebelde que aplacaba con habilidad, parte de su estrategia, era parecer una joven tranquila y obediente, solo así contaría con el apoyo de su padre para conseguir sus sueños, pero una vez logrado su objetivo, estaba segura que sería incapaz de seguir siendo la misma jovencita.

Ella pensaba que los tiempos habían cambiado y que en cualquier oportunidad se liberaría de todos esos prejuicios familiares y religiosos, lo haría cuando saliera del colegio y se pudiera ir al extranjero a estudiar arquitectura, ya se lo había expresado a su padre y este a pesar de no querer que su hija se marchara, le dijo que pensaría en esa opción, después de todo, ella era una Valencia y su heredera, para ello debería tener la mejor educación y al igual que sus amigos millonarios, pensaban que la educación en el exterior era mucho mejor que la colombiana.

Sin embargo, tenía una objeción, él quería que ella estudiara Administración de Negocios, así se prepararía para quedarse a cargo de los negocios de la familia cuando el muriera, Paula no le contestó en ese momento, conocía a su padre y sabía que él no cedería, así que prefirió decir, que lo pensaría, que la idea de estudiar negocios no le parecía mala.

El convento estaba al lado del colegio femenino en el que Paula estudiaba,

incluso había un acceso interno para que las religiosas pudieran ir y venir del colegio al convento.

Era la segunda noche que Paula pasaba en ese lugar, la habitación era austera, no había más que dos camas tubulares, una mesita de noche con un cajón y un pequeño closet en donde colgaba unas pocas prendas que le habían traído de casa.

De su padre y de su hermana no se sabía nada, llevaba dos días de angustia en las que se pasaba las horas rezando junto a su tía Esmeralda, tanto rezo la tenían al borde de la locura, no importaba que hubiese crecido siendo educada por una tía monja o en colegio católico, no soportaba un rosario más.

Su madre que en paz descanse, le había dicho que debía ser una niña buena, así no tendría que rezar tanto, en ese instante, cuando por tercera vez en el día estaba haciendo el rosario junto a su tía en la habitación del convento, recordó a su mamá, ella tenía diez años cuando la perdió.

Pilar iba en una avioneta hacía una población cercana a Medellín, cuando se estrellaron contra un cerro, ese día había sido el más triste de su vida, se había sentido morir, solo podría comparar ese sentimiento con la angustia que ahora tenía por el temor de perder a su padre y a su hermana.

Esa noche cuando se fue a la cama, estaba exhausta, la preocupación y la tensión la tenían agotada. Al día siguiente, en la madrugada, para cuando vio que su tía se paraba de la cama y tomaba el rosario en la mano sintió que no podía más.

—Tía, de seguir así, voy a enloquecer —habló sentándose en la cama.

—Paula... debemos orar para que mi hermano y mi sobrina vuelvan pronto, si lo hacemos con verdadera fe y persistencia, Dios escuchará nuestras súplicas.

—Vaya Dios el que tenemos —refunfuñó furiosa.

—¿De qué hablas? —su tía la increpó de igual manera.

—Que me parece increíble lo que dices, ¿Cómo es posible que la vida de mi padre y de mi hermana dependan de cuantas veces en el día nosotras recemos un rosario?, se supone que Dios debe proteger a las personas buenas y mi hermanita es un ángel, ¡tan solo tiene 6 años!

—Dios no tiene nada que ver con lo que está pasando, es el hombre quien escoge el camino del mal y decide hacer daño a su prójimo, Dios nos dio libre albedrío para...

—Libre albedrío, claro, pero resulta que tú crees que, a punta de rosario, haremos entrar en razón a Dios para que intervenga en el libre albedrío de los

secuestradores.

—María Paula Valencia, te prohíbo que hables así, esa no es la educación que te hemos dado en la familia, ahora ven acá y arrodíllate, pídele perdón a Dios por tus blasfemias —le ordenó la religiosa en tono severo.

—Mejor pídele perdón por mí, tía, tal vez a ti si te escuche, porque la verdad es que yo ya he perdido...

—¡Calla! —le gritó para que no dijera más tonterías —ven a rezar.

—Ya te he dicho que no —abrió la puerta para salir de la habitación, pero antes de hacerlo dijo: —si pierdo a mi padre y a mi hermana, juro que jamás volveré a rezar en mi vida.

Estaba caminando alrededor de la fuente ubicada en el área de las habitaciones del convento, estaba tratando de tranquilizarse, sabía que había sido grosera con su tía, pero la situación ya la tenían desesperada.

Estar todo el día en aquel lugar, la estaban alterando demasiado, si al menos pudiera estar con sus compañeras, pero no había vuelto a clases a pesar de estar al lado del colegio, era consciente de que no podría concentrarse mientras sus seres queridos estaban secuestrados.

Desde donde estaba vio que su tía salía de la habitación y se dirigía a la capilla, ya estaba amaneciendo y seguro todas las monjas ya habían ido allí para orar, aprovechó para regresar a la cama, ese día, su estado de ánimo estaba tan decaído que, no quería hacer nada.

Entró al sobrio recinto en el que habitaba por tercer día, miró la incómoda cama y deseó estar en la suya en medio de sábanas blancas de algodón, pero inmediatamente se sintió mal al recordar que su padre y su hermana seguramente ni siquiera tenían una cama donde dormir.

Estaba en medio de esas divagaciones mirando el crucifijo colgado en la cabecera de la cama, no sabía si suplicarle o reclamarle, no sabía si el hombre crucificado tenía alguna responsabilidad en su situación, ella simplemente lo miró como deseando que bajara de esa cruz y la abrazara para decirle al oído que todo estaría bien.

Escuchó unos golpes e instintivamente se limpió las lágrimas que se le habían escapado, después se giró para abrir, pero entonces vio un pedazo de papel en el suelo, alguien acababa de meterlo por debajo de la puerta, se agachó lo recogió y rápidamente abrió.

Se asomó al pasillo y vio una chica con el uniforme del colegio corriendo hacia el camino que unía internamente el convento con el colegio.

Corrió por el mismo camino para alcanzarla, pero ya había cruzado la

puerta, y para cuando Paula llegó y se asomó, no la vio, los alumnos estaban entrando a clases y entre todos ellos no pudo distinguir la cabellera negra de la misteriosa chica.

—Que extraño, tenemos prohibido pasar a esta zona —dijo caminando de regreso al tiempo que desdoblaba el papel.

—Quedó paralizada a medio camino en cuanto leyó la nota. Los secuestradores le hicieron llegar el mensaje, en el que le indicaban que debía comunicarse a un número de teléfono, adicionalmente, en la hoja de papel estaba pegada una sim card para que ella llamara sin que la policía quien tenía los teléfonos chuzados, pudiera interceptar la comunicación.

—¡Dios! —corrió a la habitación para no ser vista por ninguna de las religiosas.

—Buscó su teléfono, era consciente que la policía lo tenía interceptado, se lo habían advertido.

—¿Qué hago? —sujetó el teléfono contra su pecho —¿le digo a mi tía? — seguía cuestionándose cuál era el camino que debía seguir.

María Paula Valencia Moreno lo había tenido todo en la vida, jamás se había tenido que enfrentar a una situación semejante, incluso cuando su madre murió, ella solo tuvo que llorarla, de todo lo demás se encargaron su padre y su tía. En casa era la niña bonita y consentida, tenía el ama de llaves que se encargaba de que su alimentación fuera saludable, tenía al conductor, quien se encargaba de llevarla a cualquier lugar que ella dispusiera, su padre era un hombre de negocios y no tenía mucho tiempo para hacer lo que hacían otros padres, como llevarla al colegio o recogerla, incluso, Wilson el conductor, era quien la llevaba a la fiestas que realizaban sus amigas y se quedaba esperando a fuera a que se hicieran las doce de la noche, hora en la que tenía que volver a llevarla a casa.

Cuando la noticia del secuestro de Augusto Valencia, uno de los floricultores más importantes de Colombia, y quien, estaba entre los mayores exportadores de flores a Estados Unidos, no tomó por sorpresa a nadie, la prensa hablaba que los motivos eran económicos y que se estaría pidiendo alguna suma millonaria para liberarlo.

Paula ya había hablado con su tío Sebastián Moreno, él le prometió recoger el dinero necesario para cuando los secuestradores se pusieran en contacto, era hermano de su madre y el único pariente aparte de su padre, su hermana y su tía Esmeralda, la violencia que había vivido Colombia y sobre todo Medellín, en la década de los 80, había acabado con gran parte de su

familia, algunos tíos y sus abuelos maternos habían sido asesinados.

—Mejor le aviso al tío Sebastián, él debe negociar, yo no tengo ni idea de cuánto dinero podemos entregar —se dijo buscando en la agenda del teléfono el número de su tío, sin embargo, una corazonada la detuvo, —¡Dios! No sé qué hacer —dijo mirando nuevamente el crucifijo —llamaré, trataré de negociar y si me piden dinero les pediré tiempo para conseguirlo.

—Cambió la sim card de su teléfono y puso la que le habían dejado en la nota.

—Madre, desde donde quiera que estés, guíame, por favor —suplicó cerrando los ojos mientras apretaba el teléfono con demasiada fuerza.

—Trató de controlar el temblor de sus dedos para poder digitar los números, pero era imposible, estaba demasiado nerviosa.

—Has tardado en llamar —le habló una voz distorsionada.

—¿Quién es? ¿Qué quieren? ¿Dinero?

—Escucha —gritó el sujeto con aquella voz tenebrosa —si quieres ver a tu hermana con vida, no harás ni una pregunta más, simplemente, harás todo lo que te diga ¿Entendiste?

—Pero... si lo que quieren es dinero tengo que hablar con mi...

—¡Qué te calles! —le gritó el sujeto —vas a salir de ese lugar, vas a caminar hasta el restaurante de comida china que está a la vuelta, allí encontrarás un auto negro, estará abierto, sube en él.

—¿Cómo sé que no me está mintiendo?

—Debes confiar u olvídate de tu hermana, la mataremos y la...

—¡NO! Por favor, no siga, ella es una bebé, tan solo tiene 5 años.

—Entonces deberás darte prisa si quieres salvarla.

—¿Por qué habla solo de mi hermana? ¿Qué hay de mi padre?

—No está en condiciones de caminar, pero tranquila, una vez sigas todas mis instrucciones, nos encargaremos de que tu hermana regrese con él.

—¿Qué le ha pasado? ¿Está bien?

—No más preguntas, haz lo que te digo o jamás volverás a verlos —colgó.

Paula se quedó con el teléfono pegado al oído mientras lloraba a borbotones, todo su cuerpo temblaba, toda ella era un manojo de nervios, volvió a mirar el crucifijo y le suplicó por ayuda.

—¿Qué hago? —gruñó en medio del llanto —¿Y si es una trampa? ¡Dios! Háblame te lo suplico, dime que debo hacer.

Pasados un par de minutos de llanto y suplicas al Dios que durante toda su vida le habían inculcado en casa, recordó las palabras de aquel sujeto en las

que le decía que debía darse prisa o su hermana moriría.

—Me importa una mierda si es una trampa, da igual, después de todo si mi hermana y mi padre mueren, yo también quiero hacerlo.

Rápidamente pensó como podía escapar, y recordó, que hacía unas semanas atrás, en los jardines del colegio las raíces de uno de los árboles más grandes habían agrietado un muro haciendo un hueco medianamente pequeño por el cual podía salir, recordaba incluso el día que lo había hablado con sus compañeras.

—Por ese hueco puedo escaparme para ver a Camilo —dijo Erika, su mejor amiga, llevaban estudiando juntas desde que tenían 3 años.

—Estás loca, si alguna de las monjas de ve, te echarán y tus padres te darán un castigo de por vida.

—Por un tiempo asolas con Camilo, vale la pena el riesgo...

Una vez lo hubo decidido, se puso el uniforme, debía entrar al colegio y parecer que retomaría las clases.

Salió de la habitación con su uniforme, el cabello recogido en una cola de caballo y el morral a su espalda, solo que esta vez en él, no iban cuadernos ni libros, iba unas prendas de ropa, la Tablet y utensilios de aseo.

—Paula —escuchó la voz de su tía a su espalda.

—Tía... yo... yo quería pedirte perdón —dijo acercándose —no debía hablarte de esa forma y...

—Tranquila, cariño, esto está siendo demasiado difícil para ti, lo entiendo perfectamente —la abrazó, Paula aprovechó ese instante para aferrarse a ella y en silencio despedirse, en su interior, algo le gritaba que tal vez, jamás la volvería a ver —¿Qué haces vestida con el uniforme?

—Necesito volver a clase, necesito... pensar en otra cosa o me volveré loca.

—Me parece buena idea, yo misma te acompañaré al salón.

—¡No! —pensó alarmada que, si su tía la acompañaba, no podría escabullirse hacia los jardines del colegio —yo iré sola, no quiero llamar más la atención de mis compañeras.

—Pero...

—Por favor tía.

—Está bien —le dijo acariciándole las mejillas —trata de no llorar más, todo estará bien.

Paula cruzó hacia el colegio y miró hacia atrás para ver si su tía la había seguido, pero solo le vio la espalda, esa era la última imagen que se llevaba,

siempre le había parecido que su tía se veía demasiado tierna con el hábito y en ese instante su pecho se comprimió un poco.

—Ora por mí, tía, ora para que pueda traer a mi hermana y a mi padre de vuelta —dijo antes de iniciar el camino hacía los jardines.

Corrió por los pasillos, estaban vacíos, tanto docentes como estudiantes estaban en los salones de clases, siguió por el camino que conducía hacía los jardines, pero entonces, le tocó esconderse detrás de una columna, la coordinadora de disciplina estaba haciendo una de sus tantas rondas, Paula esperó a que se acercara a la columna para ella ponerse al lado contrario y cuando la mujer siguió su camino, ella aprovechó para correr hacía el agujero del muro.

En cuanto llegó al lugar, se quejó al ver el agujero, parecía más pequeño de lo que lo recordaba, sin embargo, eso no fue impedimento para que decidiera salir por él.

Se arrastró entre la tierra y el muro, pudo sacar medio cuerpo, pero sus caderas quedaron atrapadas.

—¡Maldita sea! —se quejó al hacer el esfuerzo.

Respiró profundo y miró hacia la calle, hacia el lado derecho vio a lo lejos que una pareja venía, pensó que debía salir o alguien daría aviso al colegio de que una de sus alumnas intentaba escapar.

—¿A dónde vas?

—¡Dios! —gritó del susto al escuchar la voz del chico que se le había acercado por el costado izquierdo —ayúdame por favor, debo salir y he quedado atrapada.

—Vaya, las niñas ricas también se portan mal —dijo guasón el joven de cabello, expansores en las orejas, totalmente vestido de negro.

—Te lo suplico —le imploró Paula, la pareja cada vez estaba más cerca y la podían reconocer.

—Está bien niñata, pero quedarás en deuda conmigo.

—El joven la tomó de los brazos y con toda su fuerza la haló.

—¡Ayyyy! —gritó de puro dolor al sentir como el muro laceraba la piel de sus caderas.

—¿Estás bien? —le preguntó al ayudarla a ponerse de pie.

—Si, si gracias —dijo intentando alejarse.

—Espera —la tomó del codo y se quedó mirándola —Ricardo —le estiró la mano a modo de saludo.

—Un gusto Ricardo, y perdona que no me quede a conversar, pero tengo

prisa.

Corrió sin importarle que sus caderas ardieran en llamas, incluso la camisa de su uniforme se había manchado con un poco de sangre.

Llegó al restaurante chino que le dijo la voz tenebrosa y vio el auto negro que le había indicado, sin pensarlo y mirando a todos lados se acercó al vehículo, después probó si la puerta del conductor estaba abierta y al hacerlo entró en el auto.

Era un Chevrolet Aveo modelo 2009 negro, en su interior se veía curtido y su olor era desagradable, pero todo eso careció de importancia, cuando al ver las llaves pegadas al estar del auto cayó en cuenta de algo que había olvidado —¡No sé manejar! —se gritó histérica.

Jamás se preocupó por aprender, desde que tenía memoria Wilson había estado en su casa y en su familia, ¿para que necesitaba aprender a manejar? Eso solo lograría estresarla y ponerla de mal genio por los horribles tacos de la ciudad.

Estaba en esas divagaciones cuando su teléfono comenzó a sonar.

—Bien hecho —dijo la voz distorsionada —ahora enciende el gps, la ubicación a la cual debes dirigirte ya está establecida, conduce hasta...

—No se conducir —dijo con la voz temblorosa.

—¿Qué? Debes saber —dijo con obstinación.

—No lo sé ¿y si hago algo mal? si me estrello todo esto se va a la mierda, no quiero poner en riesgo a mi hermana y a mi papá.

—¡Maldición! —escuchó el grito antes de que se cortara la comunicación.

Estuvo inmóvil por varios minutos, esperando a que el sujeto volviera llamar, pero entonces, la puerta del conductor se abrió.

—Anda niñata, córrete —el joven que la había ayudado a salir del colegio la estaba empujando hacia el puesto del copiloto —increíble, las niñas ricas ni siquiera saben conducir.

—Eres uno de ellos —murmuró ubicándose en el asiento de al lado.

—No hables, se suponía que debía seguirte, ahora me expongo a que la policía nos encuentre, pero te advierto que, si eso pasa, tu hermana morirá.

—No diré nada, lo juro, solo no le hagan daño.

—Eso dependerá de ti.

Como nunca lo había hecho, Paula miró por la ventana del auto tratando de grabarse el camino, cuando Wilson la movía de un lado a otro, ella apenas prestaba atención de por dónde iba, pero ahora sentía que de eso dependía su vida.

—Esto... esto parece peligroso —susurró más para sí que para su acompañante.

—No sabes nada, pobre niña rica —dijo Ricardo con antipatía.

—¿Me desprecias por haber nacido en una familia adinerada? —Lo miró con altivez.

—No te desprecio, solo te compadezco, para sobrevivir, tendrás que olvidarte de tu vida de millonaria.

—¿A qué te refieres? —preguntó asustada por la forma compasiva con la que él le había hablado —Por favor, ayúdame, juro que te daré todo el dinero que me pidas si me ayudas.

—Yo soy solo un peón, no puedo ayudarte, solo te daré un consejo, olvídate de todo y ríndete, sométete, esa será la forma en la que podrás sobrevivir, en algunas ocasiones el instinto de supervivencia nos lleva a actuar de forma agresiva, en tu caso, lo mejor, será que te lleve a la sumisión o morirás pronto.

Lloró en silencio después de escucharlo, no sabía que quería decirle con aquellas palabras, pero fuera lo que fuera, sería terrible y probablemente no sobreviviría, esa gente parecía cruel y era probable que su hermana y su padre ya estuvieran muertos y ella se hubiese sacrificado en vano.

Cuando llegaron a la zona más alta y alejada de la comuna, aquella en la que se encuentran los barrios más marginados y que en el pasado fue la cuna de grandes bandas criminales, Ricardo pitó dos veces y unas enormes puertas negras de una bodega se abrieron, permitiéndoles ingresar con el auto.

De inmediato un hombre robusto de piel negra le abrió la puerta del copiloto y la bajó de un tirón.

—¿Qué tal el paseo? —le habló con hosquedad.

—¿Dónde está mi hermana? —preguntó intentando soltarse del sujeto —¿y mi padre?

—Cállate —le soltó tal bofetón que de inmediato sus labios comenzaron a sangrar —por tu bien y el de tu hermana deberás guardar silencio, por cada palabra que digas sin mi autorización te callaré a golpes.

—¿Por qué siempre habla de mi hermana? Acaso mi padre está muerto.

—Vaya, un alma rebelde —dijo antes de soltarle otro golpe más fuerte que el anterior, esta vez fue su nariz la que comenzó a sangrar —vamos, dame otra razón para partirte ese precioso rostro a golpes, habla y te dejaré sin dientes.

Al comprobar que ella no abriría la boca, el sujeto la empujó hacia Ricardo, este la sujetó con un agarre más suave, pero con determinación.

—Vamos, esto debemos hacerlo rápido, la policía no tardará en iniciar otra operación candado para dar con ella.

Paula iba en absoluto silencio, ni siquiera dejaba que sus sollozos se escucharan, la cara le enardecía de tal manera que pensó que debía tener algún hueso roto.

El lugar estaba en obra negra, las paredes tenían ladrillos a la vista y el piso era de cemento agreste. Caminaba mirando a través de sus pestañas todo el lugar, lo hacía en absoluto silencio, deseaba con el alma que no le volvieran a golpear, jamás en la vida nadie lo había hecho, ella no conocía la violencia hasta ese día.

—Ves Ricardo —habló el sujeto que la había golpeado —así es como se trata a las mujeres, mírala, callada y obediente.

—Estoy segura que creciste viendo como golpeaban a tu madre, solo un... —Paula no pudo terminar de hablar, el tipo la sujetó del hombro y le clavó un puño en la boca del estómago haciendo que callera de rodillas al suelo ahogándose por la falta de aire.

—Mira putita, —la haló del cabello para hacer que lo mirara —jamás conocí a mi madre, pero, aun así, no permito que la menciones, y si quieres llegar con vida a la habitación donde está tu hermana, lo mejor será que guardes silencio.

—Caliche, ya, déjala, recuerda que sirve más viva que muerta —le dijo Ricardo con evidente incomodidad.

Bajaron unas escaleras hacía una especie de sótano, después abrieron una puerta que estaba en total oscuridad.

—Entra —Caliche la empujó.

—¿Quién está ahí? —Paula escuchó la voz de su hermana.

—¿Valentina? —chilló entrando a la habitación en oscuras.

—Hermana —la niña corrió hacía la puerta.

—¡Valentina! —Paula se dejó caer para poder abrazarla —¡Dios! Estás viva —exclamó aferrándose a ella con fuerza.

—¿Has venido por mí? —la pequeña preguntó en medio del llanto.

—Si, hermanita, vamos a salir de esta —le dijo Paula.

—Eso está por verse —gruñó el negro caliche —muévanse, entren.

—Pero...

—¿Quieres hablar riquilla? —le advirtió el sujeto, haciéndola callar de inmediato.

Paula entró junto a su hermana en la habitación y de inmediato la puerta se

cerró dejándolas en el interior.

—¿No nos vamos a ir? —preguntó la pequeña a punto de llorar nuevamente.

—Nos iremos, te lo prometo.

—¿Cuándo?

—Pronto, —dijo dándole un beso en la cabeza al tiempo que la abrazaba fuertemente —dime ¿Cómo estás Valentina? ¿Te han hecho algo malo?

—He estado aquí encerrada, solo vienen a traerme comida, yo... yo... tengo miedo, a veces escucho animales y... —la pequeña rompió en llanto abrazándose a su hermana.

—Te juro que saldremos hermanita —volvió a abrazarla con fuerza —¿sabes algo de papá?

—Yo me quedé dormida en el carro y cuando me desperté ya estábamos aquí, vi como bajaban a papá, grité para ir con él, pero me taparon la boca y me trajeron aquí, desde ese momento no lo he vuelto a ver.

—Tranquila, él estará bien, todos estaremos bien.

Permanecieron abrazadas hasta que escucharon ruidos, de inmediato, María Paula se puso delante de su hermana en señal de protección.

—Ven conmigo —le exigió caliche en cuanto abrió la puerta.

—¿Para qué? —preguntó sin separarse de su hermana.

—¿No has aprendido nada?! —le preguntó casi gritando —aquí solo obedeces, vete acostumbrando porque de ahora en adelante tu vida será de obediencia, así que no abras tu puta boca y ven conmigo o te enseñaré lo que pasa cuando no sigues mis órdenes y lo haré delante de tu hermana.

—No me dejes —le suplicó su hermana en medio de un sollozo al tiempo que la sujetaba del brazo.

—Volveré, te lo juro —la abrazó.

Se irguió todo lo que pudo y levantó la mirada, su padre siempre le había dicho que ningún miembro de la familia Valencia tenía que bajar la mirada, en las ocasiones en que Mariapau como le decía su padre, llegaba llorando por que algo le hubiese pasado en la escuela, él le alzaba la mirada y le decía que jamás la agachara, que un ser humano podía perderlo todo, menos el orgullo y la dignidad.

Esperó a que el sujeto cerrara la puerta dejando a su hermana nuevamente encerrada, después sin decir ni una palabra, caminó junto a él.

Recorrieron un pasillo, después bajaron unas escaleras y llegaron hasta una puerta de madera derruida por el pasar del tiempo.

Caliche golpeó dos veces y Ricardo abrió la puerta, Mariápau fue empujada a entrar, pero en cuanto lo hizo, vio a su padre tendido en una colchoneta y sintió que su corazón se desataba en un frenesí.

—¡PAPÁ! —gritó mientras corría hacia él —¿Estás bien?

—Hija, ¿Por qué estás aquí? —habló el hombre con la voz apagada.

—¿Qué te han hecho papá? —rompió en llanto al detallar todas las laceraciones que tenía su padre —¿Qué le han hecho malditos monstruos?! —les gritó a sus captores.

—Mariápau, mírame —Augusto sintió miedo porque le hicieran algo a sus hijas, si ellas no cooperaban —estoy bien, solo son unos cuantos golpes, no es nada que no pueda superar, pero...

En ese instante la puerta volvió a abrirse, y por ella, entró un hombre unos 50 años, alto, de piel morena y de cabellos oscuros, un hombre bien parecido, el cual, la familia Valencia conocía muy bien.

—¡Tío! —gritó Mariápau —has venido a sacarnos —corrió hacia él y lo abrazó fuertemente —gracias a Dios, mi padre...

—¡Mariápau! Ven —su padre le gritó.

—¿Vas a pagar el rescate? —le preguntó la joven a su recién llegado tío.

—No sobrina —le contestó el con voz gélida y demasiado oscura, tanto que ella sintió un frío recorriéndole todo el cuerpo —lo harás tú.

—¿Yo? —se alejó mirándolo con el ceño fruncido, en ese instante miró a Caliche quien estaba parado al lado de la puerta sin ninguna sorpresa por la presencia de su tío, después miró hacia Ricardo, y en él tampoco vio ningún gesto —Tío, eres tú quien está manejando las cuentas de mi familia, yo te di todos los accesos que me había confiado mi padre, eres tú quien puede pagar el rescate.

—Mariápau... ven, cariño —su padre la llamó en medio de una súplica.

—Eres tú —le dijo al hombre mientras daba unos pasos hacia atrás, queriendo poner distancia entre ellos —¿Por qué? Tienes dinero, no necesitas robarle a mi padre.

—Fue tu padre el que me robó todo lo que en la vida me importaba.

—Ya te dije que fue un maldito accidente, —gruñó Augusto desde el suelo —mis hijas no tiene por qué pagar por mis errores.

—¿Accidente? ¿Así lo llamas? —le recriminó Sebastián —Mataste a mi hermana, a mi mujer y al hijo que ella llevaba en el vientre.

—No fui yo, lo sabes —insistió Augusto mientras Mariápau los miraba alternativamente.

—No lo hiciste tu directamente, pero tus acciones ocasionaron la tragedia.

—Perdóname ¡Maldita sea!, o haz conmigo lo que quieras, pero a mis hijas... a mis hijas no.

—Mamá murió en un accidente aéreo, no entiendo ¿qué tiene que ver mi padre con eso? —le habló a su tío.

—Sobrina —comenzó a hablar con un tono que hasta ese momento, Paula jamás había escuchado en él —No fue un accidente, tu padre le quitó la mujer a uno de los lugartenientes del capo más grande de Colombia, no solo se acostó con su mujer, sino que la embarazó y después de que naciera la niña la abandonó, ella terminó suicidándose, no se sabe si por miedo a que el matón de sus exmarido la encontrara y le hiciera pagar su traición, o si lo hizo por despecho porque tu padre la abandonó a su suerte, lo cierto es, que en venganza el lugarteniente provocó el accidente en el que murió mi hermana.

—¿Qué? ¿Es cierto? —le preguntó a su padre, pero este no contestó, solo bajó la mirada en señal de vergüenza —¿tengo otra hermana? —siguió cuestionando.

—No queridísima sobrina —habló Sebastián con ironía teñida de rabia —tú eres esa niña.

Ella los observaba a través de sus lágrimas, simplemente no lo podía creer, no podía ser posible lo que le estaban contando, ella tenía una vida perfecta, su familia era perfecta, no podía ser cierto, su vida no podía ser más que una maldita farsa.

—¿Catalina no era mi madre? —le preguntó a su padre con la voz quebrada y el alma llena de dolor.

—No —susurró el hombre en medio del llanto.

—Pero... ustedes se casaron hace 20 años, he visto las fotos y yo tengo... 17 años, como...

—Tu padre siempre le fue infiel a mi hermana, es una lástima que una mujer como Catalina se enamorara del cretino de tu padre, ella le perdonó sus infidelidades y crio sus hijas como si fueran suyas.

—¿Hijas? Valentina... tampoco es hija de mi... —cerró los ojos demasiado confundida, respiró profundo para aclarar su cabeza —tampoco es hija de Catalina.

—No, mi hermana no podía tener hijos, tu padre usó eso para manipularla y decirle que su deseo de ser padre, era el que lo había llevado a ser infiel, muchas veces vi llorar a mi hermana por el miedo a perderlo, ella era una santa, por eso aceptó criarlas a ti y a tu hermana como si fueran sus hijas,

protegiendo el secreto ante todos.

—Dime que todo esto es mentira, dímelo papá —le pidió llorando y con las manos unidas en súplica.

—Lo siento hija, lo siento.

—¿Quién es la madre de Valentina?

—Excelente pregunta, anda, Augusto, contéstale a tu hija.

—¿Papá?

—Hija... yo...

—Dime papá, acaba con tantas mentiras, por favor —imploró con la voz rota.

—Mariana, ella es la madre de Valentina.

—¿Mariana? —miró a su tío —¿tu esposa?

—Exacto, Valentina es el fruto de la infidelidad de mi mujer con tu padre.

—Pero Mariana murió con mi madre y estaba embarazada, entonces tú la perdonaste.

—Te equivocas Paula, como puedes ver, no soy tan noble como para perdonar ofensas de esa naturaleza, cuando Mariana descubrió que esperaba un hijo de tu padre, buscó una razón para pelear conmigo y desaparecer por casi 5 meses, cuando regresó yo estaba tan feliz de tenerla de vuelta, que no me di cuenta de sus cambios, no era la misma en muchos sentidos, días después, tu padre llegó con Valentina y le suplicaba a tu madre que la acogiera, que ella era el producto de una aventura con una prostituta, mi buena hermana aceptó y le dio todo su amor al igual que lo hizo contigo.

—¡Dios! ¿Qué quieres tío? Es evidente que mi padre te ha hecho mucho daño de diferentes maneras, pero ni Valentina ni yo somos responsables, lo que estás haciendo es...

—Un crimen —la interrumpió —lo sé sobrina, pero desde que descubrí la razón por la cual ese lugarteniente explotó la avioneta en la que iba mi hermana y mi mujer, no ha pasado ni un día en que no piense en mi venganza —con cada palabra que salía la voz se iba cargando de más rabia —he estudiado todos los pasos de Augusto y analizado cada movimiento, he comprobado que solo hay algo en la vida que puede dañarlo definitivamente.

—Sus hijas —dijo Paula cerrando los ojos, le hubiese gustado tener el poder de desaparecer, en ese instante, dejar de existir era una idea tentadora.

—Si, sobrina, siempre has sido una muchacha inteligente —el hombre que por años había querido y había llamado tío, la miraba en ese instante con frialdad —solo sufrirá si sabe que ustedes están sufriendo, matarlo sería muy

fácil, pero entonces, no sabría que se siente perder a lo que más amas.

—Sebastián, él sufrió mucho por Catalina —Paula trató de sonar serena, necesitaba convencerlo de dejarlas ir a ella y a su hermana, por la vida de su padre ya ni siquiera tenía esperanzas —no es necesario que me hagas daño o que le hagas daño a mi hermana, lo vi llorar muchas veces por... mi madre, creo que...

—Dudo mucho que tu padre sufriera la pérdida de mi hermana, ella solo fue una buena mujer que cumplía todos sus caprichos, una mujer dispuesta a criarle todos los hijos que él quisiera tener con sus amantes, mi hermana no tenía ni un mes de haber muerto, cuando tu padre estaba de vacaciones con una de sus tantas mujeres.

Paula recordó ese viaje, su madre había muerto tan solo 20 días atrás, ella seguía destruida cuando su tía Esmeralda llegó a quedarse en casa porque su padre tenía que hacer un viaje de negocios, recordó cuanto le rogó para que no la dejara sola con su hermana, quien aún, era una bebé, pero él insistió que ese viaje era importante.

—¿Quién eres? —le preguntó a su padre.

—Perdóname hija, perdóname —las palabras le salieron arrastradas en medio de sollozos.

—Sobrina, lamento mucho que tengas que asumir los errores de tu padre, pero...

—Pero ¿qué? —lo enfrentó —¿Qué piensas hacerme?

—Augusto —miró al hombre que yacía en la colchoneta —tu hija será vendida, será una esclava por el resto de su vida.

—¡NO! —gritó el padre —tortúrame, has lo que quieras conmigo, pero ella...

—¿Esclava? ¿Qué quieres decir? —preguntó la chica temblorosa.

—Obedecerás, harás todo lo que se te pida sin ni siquiera cuestionarlo, o de lo contrario, tu hermana correrá la misma suerte.

—¡Maldito hijo de puta! Juro que voy a matarte —gritaba Augusto sin poderse mover, sus piernas fracturadas por la fuerte golpiza se lo impedían.

—Se que no llevo tu sangre, sé que no soy tu sobrina, pero... ten piedad, Catalina era mi madre, así la amé, así...

—Calla —la bofeteó sin ningún tipo de remordimiento —escucha jovencita —él la sujetó de los hombros e hizo que lo viera a los ojos —prometo proteger a tu hermana, ella no sufrirá mi ira, pero si te rebelas, si no obedeces, si me causas problemas, ella tendrá tú mismo destino.

Paula se quedó acurrucada en el suelo llorando sin cesar, pensando en que todo aquello debía ser una pesadilla, mientras esos sujetos salían de la habitación.

—Hija —la llamó su padre —ven —le pidió al ser incapaz de moverse.

—Dime que todo esto es mentira, por favor —le pidió en medio del llanto.

—No te rindas, debes ser fuerte por ti, por tu hermana, vamos a encontrar la forma de salir de esto, no voy a permitir que te conviertan en una esclava.

—¿Qué pasará contigo? —preguntó arrastrándose hasta él.

—Yo no importo hija... —se quedó pensando y de pronto se le ocurrió una idea para salvarlas —debo morir —dijo al fin.

—No digas eso, nadie debe morir, ni tú, ni Valentina, ni yo.

—No entiendes hija, si muero, Sebastián ya no tendrá su objetivo de venganza, él quiere hacerte sufrir porque sabe que así me hará sufrir, pero si muero, ya no podrá vengarse de mí y te dejará a ti y a tu hermana en paz.

—Y si no, y si a pesar de haber muerto sigue con su plan, te necesito vivo para tener la esperanza de que algún día vendrás por mí, si mueres, no hay nadie que pueda protegernos.

En ese instante volvieron a escuchar ruido en el exterior.

—Ya vienen —dijo Paula.

—Hija, perdóname, por favor, perdóname.

—Papá —lo miró con los ojos llenos de lágrimas, enterarse de todo lo que se había enterado había sido extremadamente doloroso, pero él había sido un buen padre y sin importar cuantos errores hubiese cometido ella lo amaba y deseaba salir de allí junto a él y a su hermana —te perdono —dijo al fin.

—Mientras viva, voy a luchar por ti y por tu hermana, lo juro, dejaré hasta mi último aliento por ustedes.

—Te amo papá —lo abrazó con cuidado a no lastimarlo, justo en el instante en que se abría la puerta.

El hombre de piel negra, caliche, la sacó sin decir ni media palabra y después la llevó hasta donde estaba Sebastián.

—¿Y bien sobrina? ¿Vas a cooperar?

—¿Cooperar para que puedas vengarte de mi padre y destruir mi vida?

—Exacto, con ello salvarás la vida de tu hermana, te doy mi palabra de que garantizaré su seguridad y su bienestar para siempre.

—¿Y yo debo creer en tu palabra?

—No tienes más opción, a no ser que prefieras ver como mato a tu hermana y después a tu padre.

—Eres cruel, yo te quería tío, yo...

—Sin sentimentalismos por favor —la cortó con frialdad, parecía otro hombre, incluso se preguntó si realmente aquel era su tío —ahora, responde de una maldita vez.

—¿Para qué quieres que coopere?, de todas maneras, harás lo que quieras hacer, me tienes en tus manos.

—En eso tienes razón, solo quiero darte un consejo, si cooperas, tu vida será menos dolorosa, no trates de rebelarte, recibirás fuertes castigos, cada vez que las circunstancias se pongan difíciles y sientas deseos de huir o hacer alguna tontería, recuerda que tu hermana sufrirá el mismo destino, pero que, si eres una preciosa y sumisa esclava, tu hermana tendrá un futuro maravilloso.

—¡Maldito cerdo! —le gritó antes de escupirle a la cara.

3

Patrick estaba en su oficina en la Casa Mathieu, solo necesitaba estar allí con aquella impresionante vista de la ciudad luz para sentir el orgullo de ser un Mathieu, su padre, había cimentado la compañía que ahora le pertenecía junto a sus hermanos, recordaba cuando siendo tan solo un niño y su hermano Paul un bebé, asistieron a la inauguración del edificio más moderno y futurista de la zona La Defensa de París, su padre le había dicho ese día, “mira hijo, este será mi legado, junto a todo mi amor, para ti y para tu hermano” en ese entonces, su hermana Ginebra aún no había nacido.

Se puso de pie, caminó hacia la ventana y miró el arco de la defensa que se observaba tan bajo desde su perspectiva, en ese instante le sonó su móvil, lo desbloqueó, y sonrió al ver la imagen que Victoria, la esposa de su hermano le enviaba.

En la foto, se veía a su hermano Jean Paul sentado en una silla en miniatura dejando que su hija Alessia le pintara las uñas, respondió el mensaje diciéndole a su cuñada que a Paul le sentaba bien el fucsia.

Guardó el móvil en su bolsillo sin borrar la sonrisa del rostro, lo hacía inmensamente feliz que su hermano fuera tan feliz, y pensar que él se había opuesto a esa unión, en el pasado había estado convencido de que Victoria le partiría el corazón y aunque en algún momento ella le dio la razón, su hermano confió en su instinto y luchó por ese amor, en ese instante no pudo evitar sentir un poco de envidia, él también quería una familia, él también quería que una mujer lo amara y lo aceptara con todas sus...perversiones, también quería tener la suerte que tuvo Paul al encontrar una mujer que conociera lo peor de él y aun así lo amara.

—Señor —Abigail, su secretaria lo estaba llamando desde la puerta.

—Dime —habló mientras volvía a su escritorio.

—Recuerde que hoy tiene una cita con el doctor Collins.

—Es cierto —dijo tomando su calendario —me has avisado justo a tiempo —aseguró mirando su reloj —hoy ya no volveré a la oficina.

—De acuerdo señor —dijo la secretaria yendo a su escritorio, entonces, recordó el paquete que le habían traído a su jefe, y por el cual, le habían dado instrucciones de confidencialidad —señor —lo detuvo antes de subir al

ascensor, esto lo han traído para usted.

—¿Quién? —preguntó Patrick al ver el extraño empaque.

—No lo sé, el mensajero ha sido muy reiterativo en especificar que es un asunto personal y confidencial y que solo debía ser entregado a usted.

—Gracias —dijo sin mirarla y antes de que el ascensor se cerrara.

Llegó al lugar en el que estaba su Audi r8 spyder, volvió a observar el extraño paquete y subió dejándolo en el asiento del copiloto.

Viajó escuchando música La bohème de Charles Aznavour, le encantaba ese icónico cantante francés, Patrick era un amante de la música, de toda ella, desde la salsa de su Puerto Rico del alma, hasta la música bohemia como la que iba tarareando en ese instante.

Llegó al consultorio del doctor Collins y la asistente lo hizo seguir de inmediato, era muy normal que el señor Mathieu estuviera por allí un jueves en la tarde.

—Buenas tardes doctor —saludó con la formalidad que siempre lo ha caracterizado.

—Señor Mathieu, siempre tan puntual —le dijo el hombre de más de 60 años, y cabello blanco —siga por favor —le indicó el diván de color Vino tinto que estaba en el consultorio.

Patrick se recostó en el diván, mientras el doctor se sentaba en un sillón de color negro ubicado en la cabecera del diván.

—¿Le he dicho lo mucho que me gusta su estilo clásico? —dijo Patrick en cuanto se recostó.

—Si, ya lo habías hecho, ¿Por qué crees que has querido decírmelo nuevamente? —el doctor comenzó a tomar algunos apuntes en su libreta mientras esperaba respuesta.

—No lo sé, ahora venía escuchando a Aznavour y he reflexionado que me gustan las cosas clásicas, es como si... lo nuevo me abrumara un poco.

—¿Por qué piensas que lo nuevo te abruma? ¿has tenido algún cambio en la vida y te has sentido abrumado?

—No, si lo que me pregunta es que, si he cambiado mis gustos sexuales y he dejado de ser un perverso, la respuesta es no.

—Pero, según te escucho, pareciera como si estuvieras contemplando algún cambio.

—Tal vez —dijo después de soltar un largo suspiro —verá, la semana pasada estuve con una mujer, ella fue a pasar el fin de semana conmigo en Gerberoy, allí tengo una hermosa propiedad, hice todo aquello que... —se

quedó callado por un momento, el doctor no lo presionó, simplemente le dio tiempo y espacio para que él continuara —es una sumisa espléndida, pero no logró llenarme.

—¿No logró llenarte? ¿Cómo es eso posible? Dices que es una sumisa espléndida y ya habíamos llegado a la conclusión de que te gusta la sumisión natural, ¿Acaso eso ha cambiado?

—No, eso sigue igual, cuando Caroline se postraba a mis pies, yo sentía mi cuerpo arder, todos mis sentidos se activaban y yo solo pensaba en... bueno, ya sabe.

—Entiendo, entonces, ¿Por qué no te llenaba?

—Es lo que no logro comprender, después de terminar saciados sexualmente, sentía un horrible vacío en la boca del estómago, la miraba y no sentía el más mínimo deseo de tocarla, y eso, que ella está embarazada.

—Veo, esto es algo nuevo Patrick, las mujeres embarazadas sin importar si son sumisas o no, siempre han ejercido una fuerte atracción en ti.

—Exacto, pero no sé qué sucedió con Caroline... —pensó unos segundos y luego dijo: —ella es hermosa, la típica belleza parisina, su embarazo realza toda su hermosura, nos conectamos, logré tener un placer delicioso en mis encuentros con ella, pero cuando el frenesí pasaba... yo simplemente no quería verla.

—¿Te ha pasado esto con más mujeres?

—Si, pensándolo bien, creo que me ha pasado con todas las mujeres con las que estoy de un tiempo para acá.

—Tu cuñada ya no está embarazada, pero nunca hablamos de tus sentimientos hacía ella mientras lo estaba.

—Bueno, Victoria tuvo a Jean Pierre hace un par de meses, así que...

—Seguro que recuerdas como te hacía sentir, a no ser que...

—Lo recuerdo, cuando la vi antes del parto tenía 8 meses, se veía hermosa, yo... tuve una erección con solo verla con aquella enorme panza.

—Por eso regresaste repentinamente a Francia.

—Si, se suponía que yo me quedaría hasta que diera a luz, quería estar para el nacimiento de mi sobrino, tal y como lo estuve para el nacimiento de Alessia, pero... preferí regresar, después volví cuando ya el niño había nacido.

—¿Y la deseaste igual?

—No, claro que no, no lo entiendo, todo es tan extraño, soy como una especie de fenómeno.

—Ya habíamos concluido que no eres ningún fenómeno.

—Pero también está claro que debo tener un problema, uno que me hace desear al extremo a las mujeres embarazadas o la sumisión que ellas me muestran, pero que, pasado el frenesí, todo vuelve a quedar igual de estéril e inerte en mi interior.

—¿Crees que hay algo en común entre una embarazada y una sumisa?

—No me lo he preguntado —se quedó un momento en silencio indagando en su interior —pero creo que si hay algo en común.

—¿Qué es?

—La vulnerabilidad.

—Entonces crees que una mujer vulnerable te...

—¿Me excita? —completó la frase —si creo que sí, es probable que tenga algún complejo de príncipe azul, o de noble caballero de armadura.

—No estamos definiendo complejos, estamos buscando una razón.

—Creo que me gusta sentirme necesitado, y una mujer sumisa o embarazada, necesita de un hombre que la proteja, un hombre que... cuide de ella porque la ama.

—Pero tú no amas a las mujeres con las que te acuestas.

—No, pero desearía hacerlo.

—Entonces... hablamos de las necesidades de ellas o de las tuyas.

— *Touche* doctor, creo que necesito sentirme esencial para alguien.

Después de su sesión, como siempre lo hacía, fue a un bar cerca de su apartamento y bebió algunas cervezas, comió algo no muy saludable y se marchó a casa.

En cuanto estacionó el auto, miró el paquete que le había entregado Abigail y lo tomó para abrirlo en la privacidad de su hogar.

Al entrar, fue directo al baño de su habitación, allí abrió la llave de la tina y dejó que se llenara mientras él iba a servirse una copa de vino, de camino de vuelta al cuarto de baño vio el paquete que había dejado en la mesa de la entrada y lo llevó consigo.

Cuando ya estaba inmerso en agua tibia bebiendo vino, abrió el paquete, era una caja de cartón que se abrió con un poco de esfuerzo, en el interior había una caja negra con algunos símbolos griegos, Patrick logró saber de qué cultura era porque hacía unos tres años atrás, la Casa Mathieu había inspirado su colección en la antigua Grecia.

Quiso abrir la caja negra, pero estaba sellada herméticamente y al darle la vuelta, se dio cuenta de que había una pequeña rosca de caja fuerte.

—*Pero... ¿Qué es esto?* —murmuró intentando abrirla.
Ya se estaba frustrando por no poder abrir esa caja cuando sonó su teléfono móvil.

—¿Sí?

—Mathieu, llevo esperando que me llames todo el día.

—Emmanuel, no recuerdo que hubiésemos quedado en conversar hoy.

—No, pero estoy seguro que hoy recibiste el paquete

—¿El paquete? —miró la caja negra —¡Oh! te refieres a este paquete — dijo sin ser consciente de que hablaba por teléfono y de que su amigo no podría ver lo que él estaba viendo.

—Sí, a ese paquete —murmuró sonriente

—¿Cómo lo abro?

—No lo sé, eso siempre es una incógnita, yo duré varios días antes de dar con la clave.

—¿Y al final cual era?

—La fecha en la que murió mi abuelo.

—Espera, ¿me estás diciendo que esta gente nos investiga de tal manera que sabe esos datos tan... privados de nuestras vidas?

—Sí, pero no tienes de que preocuparte, no tendrás ningún problema con ellos, ya sabes que llevo más de un año de haberme casado con Ivanka, además del año de haberla comprado en el evento y jamás he tenido problemas, ni siquiera he tenido noticias de ellos, solo hasta ahora que moví mis contactos para conseguirte esa invitación.

—Bien, ¿cuál crees que puede ser mi clave?

—Prueba con fechas, la de nacimiento, tuya de tus hermanos.

—Patrick hizo lo que su amigo le sugirió, pero ninguna de las fechas de nacimiento de su familia abrió la caja.

—Prueba con otras, recuerdo que cuando estaba allí, muchos concordamos en que nuestras claves eran fechas, aunque no solo eran de nacimiento. Piensa Patrick.

—Eso hago.

—Prueba con las de tus sobrinos.

—No, ya lo he hecho —pero en ese instante, recordó una fecha que era incapaz de olvidar, era san Valentín cuando descubrió a su hermano y a Victoria teniendo sexo, ella estaba embarazada de su sobrino Jean Pierre y tenía casi 8 meses.

Flash back

Ese día estaba bebiendo unos tragos con su hermano en su oficina en New York, su cuñada ya se había marchado a casa y ellos irían después para cenar, pero antes de salir, Victoria regresó.

—Paul... te necesito —le dijo en cuanto estuvo en la puerta de la oficina de su hermano.

—Vida, ¿Estás bien? —le preguntó Paul preocupado acercándose a ella.

—Patrick vio cómo su cuñada le susurraba algo al oído de su hermano y como él asentía de inmediato.

—Hermano, disculpa, pero...

—Está bien, los dejaré para que solucionen lo que sea que deban solucionar —se puso de pie y mientras su hermano iba a servirse otro trago de wiski, él le tomó la mano a su cuñada después de observar detalladamente su enorme panza —¿Va todo bien? —le preguntó tratando de ignorar la creciente erección que su embarazada cuñada le estaba produciendo.

—Sí, todo va bien —se sobó la panza —ya falta poco para que conozcamos a Jean Pierre.

—Cúdate mucho —le dio un beso a Victoria en la mejilla —adiós hermano —se despidió y salió de la oficina.

—Patrick —Victoria le gritó antes de perderlo de vista —ve a casa, ya pronto se servirá la cena, tu hermano y yo te alcanzaremos allí.

—De acuerdo —fue lo único que contestó.

Estaba a punto de encender el auto, cuando quiso hacer una llamada y se dio cuenta que había dejado su teléfono, maldijo saliendo del auto y volviendo al ascensor.

Las oficinas estaban desiertas, ya hacía un poco más de una hora que se había acabado la jornada de trabajo.

Se sorprendió un poco al ver todas las ventanas de la oficina de Paul opacadas, no podía ver hacia el interior, sin embargo, eso no lo detuvo, continuó hasta la puerta, la cual estaba entre abierta, pero entonces escuchó un suave gemido.

Su curiosidad lo hizo asomarse un poco por entre la rendija, pero jamás imaginó lo que presenciara, la imagen que había en el interior se le quedaría clavada para siempre.

Victoria estaba totalmente desnuda, su vientre se erguía enorme haciéndola ver tan... tan exquisita, mientras su hermano estaba de rodillas comiéndole el coño, respiró profundo y se obligó a irse, pero antes, sus ojos se conectaron con los de su cuñada.

Ella lo veía con la mirada nublada por el deseo, recordó sus palabras cuando llegó a buscar a Paul, “te necesito”, al escucharla él pensó que ella tenía algún asunto urgente que tratar con su marido, pero no, ella lo necesitaba de la manera más carnal.

Fin del Flash back

—Dices que son 4 números ¿cierto?

—Si —contestó Emmanuel.

Movió la rueda haciendo breves paradas en los números 14 02 y un clic se escuchó antes de que la tapa de la caja se abriera.

—¿Cómo lo supieron? —sintió un poco de temor de que algo tan íntimo, algo que solo él y su cuñada sabían, lo supieran las personas que estaban organizado el evento.

—Seguro indagaron, ¿Era una fecha?

—Si.

—Bueno seguro vieron quien es tu familia e indagaron algún evento importante, no es difícil conocer de tu familia, en la prensa se puede encontrar información del matrimonio de tu hermano, del nacimiento de tus sobrinos, incluso del bautizo de ellos y así, mucha más información.

—No —seguía igual de consternado —esto era algo que solo lo sabía yo, —evitó decir que también lo sabía su cuñada, estaba seguro que ella no se lo diría a nadie.

—Bueno, a veces creemos tener secretos, pero... seguro se filtró, tranquilo Mathieu, no pasa nada, tus secretos están a salvo con ellos.

—De acuerdo —dijo sin estar muy convencido.

—Anda, mira la invitación.

Patrick sacó una especie de panfleto en la que estaban las indicaciones de cómo llegar al lugar, también había información sobre cuáles eran los pasos que debía seguir para llegar en un vuelo privado y otras más especificaciones del evento, adicionalmente, había una pulsera, de cuero y oro, al principio no creyó que fuera oro real, pero lo mordió, el sabor y textura le confirmaron que lo era.

—Patrick, apunta todos los datos importantes, en cuestión de minutos toda la información desaparecerá, usan una especie de tinta que al tener contacto con el aire desaparece.

—Está bien, lo haré, pero todo este secretismo y misterio, me pone un poco nervioso.

—¡Oh vamos!, ¿en serio estas diciendo eso?, acaso te gustaría que alguien

viera esa invitación y te relacionara con el evento? Lo hacen para proteger su evento y proteger a sus invitados, es probable que allí encuentres a reyes, jefes de estado, representantes del vaticano y otras personalidades que se verían destruidas porque esta información se filtrara.

—Tienes razón.

—Amigo mío, disfrútalo, deja todas tus prevenciones, te juro que será una experiencia inigualable.

—Lo haré —dijo más convencido.

4

María Paula miraba a través de la ventana, los hermosos paisajes de las montañas colombianas se veían oscuros, casi tan oscuros como su futuro.

El tiempo es una cuestión relativa, si esperas a alguien se hace eterno, si tienes una cita y vas en medio de un trancón, se te pasa volando, pero si vas hacia el final de la vida tal y como la conoces, simplemente se detiene, o por lo menos eso era lo que María Paula sentía, para ella simplemente su vida se había detenido.

Estaban entrando a Puerto Berrío, ella miró su reloj, ese que su padre le había regalado para cuando cumplió 15 años, eran las 10 de la noche, tan solo 3 horas y media antes, estaba dejando a su hermana frente al convento en el que estaba su tía Esmeralda.

Le dijo a Sebastián que cooperaría, que haría todo lo que ellos quisieran, pero su hermana debía regresar donde su tía Esmeralda y ella debía estar segura de eso o de lo contrario, pondría toda la resistencia que pudiera sin importar que eso le significara castigo o dolor.

Está bien, antes de iniciar tu viaje dejarás a tu hermana frente al convento, no intentes hacer algo estúpido o todos sufrirán las consecuencias —le dijo con severidad.

—No haré nada que ponga en riesgo la seguridad de mi hermana, por mi padre no es mucho lo que puedo hacer, sé que lo dejarás vivir hasta que te hayas cerciorado de haberlo hecho sufrir lo suficiente —le contestó con una fortaleza sorprendente.

Sebastián, quien hasta ese momento la había tratado como una sobrina, con el cariño que eso conlleva, la observó con sorpresa, siempre pensó que Paula era una chiquilla consentida y caprichosa, en muchas ocasiones le reclamó a su hermana por malcriarla tanto, pero su hermana, quien era una santa, nunca le hizo caso.

—Siempre he sabido que eras una jovencita muy inteligente, por eso estoy seguro de que la vida de tu hermana está asegurada. —quiso gritarle, quiso perder los papeles, pero simplemente lo observó con pasibilidad —Por tu padre, no te preocupes, no hay nada que puedas hacer por él.

—Bien, entonces vayamos a llevar a mi hermana —necesitaba asegurar a

Valentina antes que Sebastián cambiara de decisión y le hiciera daño a la pequeña.

—Una cosa, no intentes prevenir a tu hermana, si le dices algo sobre mí, la mataré, por su seguridad debe seguir creyendo que soy el tío amoroso que he sido hasta el momento, ella no me ha visto ni sabe que tengo ninguna relación en este asunto, y por su bienestar, debe seguir así.

—Eres un...

—Shhh —la calló tapándole la boca —Ahórrate el insulto, ahora no tienes derecho a nada, acostúmbrate.

Sebastián se marchó y ella fue llevada por Ricardo hacia el auto, minutos después, Caliche trajo a su hermana. La felicidad que vio en la pequeña Valentina por poco la rompe en pedazos, tuvo que hacer un esfuerzo enorme para no derrumbarse en ese instante, sin embargo, cuando llegaron a una calle del convento, toda la felicidad de la niña se volvió en total tristeza.

—Vamos Pau —le dijo su hermanita en cuanto vio el convento.

—No puedo —le contestó controlando los deseos de llorar —pero tú debes ir allí y tranquilizar a la tía Esmeralda, dile que estoy bien.

—No, —lloriqueó la niña —ven conmigo —le suplicó mientras la jalaba del brazo.

—Valentina —la abrazó aprisionándola contra su pecho —hazme caso —habló fuerte para que los hombres que estaban en los asientos de adelante la escucharan, después en el más leve de los susurros le dijo —debes tener cuidado del tío Sebastián, pero no le digas a nadie o me matará, ¿entendiste? —la niña movió la cabeza de arriba abajo mientras las lágrimas se le resbalaban, no entendía que estaba pasando, ¿Por qué su hermana le estaba diciendo eso sobre su tío? Sin embargo, haría todo lo que su hermana le dijera —recuerda, no confíes en el tío Sebastián, no estés nunca a solas con él.

En ese instante Caliche se bajó del auto y abrió la puerta de atrás.

—Vamos niña, sal ya —la jaló y la bajó de un tirón —anda, camina hacia el convento o tu hermana sufrirá —la empujó.

Valentina caminó convulsionando por el llanto, estaba llena de pánico, ya era de noche y los alrededores del convento y del colegio eran muy solitarios, pero justo cuando estaba a punto de llegar a la puerta, alguien la tocó.

—¡NO! No me haga daño —gritó la pequeña.

—Tranquila, soy policía, ¿Qué haces...? ¡Dios! Es la menor de las Valencia —el policía la identificó y de inmediato comenzó a comunicarse por el radio y después volvió a hablar con la niña —¿Está bien?, tranquila, nadie

le hará daño, ya está a salvo.

Desde el auto vieron al policía acercarse a la niña, por eso se alejaron del lugar sin encender las luces, cuando ya estuvieron a una distancia prudencial, las encendieron, en ese instante María Paula se dio cuenta de que estaban saliendo de la ciudad.

Parecía un paseo como cualquier otro, los dos sujetos estaban sentados tan tranquilos en la parte delantera hablando del partido de fútbol del día anterior, que nadie sospecharía que eso era un secuestro, estaban seguros de que ella no haría nada para escapar, su tío tenía acceso a su hermana, además tenía secuestrado a su padre, guardaba la esperanza de que de alguna manera lograra salir vivo y fuera por ella, pero de no ser así, por lo menos su hermana si estaría viva junto a su tía Esmeralda, ¿Qué vida podría esperarle a la pobre viviendo en un convento?, seguro una vida mucho mejor que la suya, estaba destinada a la esclavitud.

—Baja a comer —le dijo Ricardo después de aparcar en un paradero de carretera.

—No quiero nada.

—No pararemos hasta que estemos en Cúcuta, así que será mejor que bajes, hagas tus necesidades y comas algo.

—Ya dije que no quiero nada.

—Mira, me importa una mierda lo que quieras, si no haces lo que te decimos habrá consecuencias.

—¿Un golpe? —preguntó retándolo —Adelante.

—¿Qué pasa? —preguntó Caliche, se había devuelto al ver que ellos no entraban.

—No quiere bajar —señaló Ricardo.

—Bien —se alejó unos pasos e hizo una llamada —toma, es tu padre.

María Paula tomó el teléfono y de inmediato escuchó gritos al otro lado.

—¿Papá? —preguntó histérica.

—Tu padre no la está pasando bien gracias a tu desobediencia —escuchó a Sebastián —yo he cumplido con mi palabra, tu hermana está con su tía, pero...

—Lo haré, pero no lo tortures por favor —suplicó llorando.

—Bien, otra llamada de mis muchachos advirtiéndome de tus rebeldías y tu padre lo pagar muy caro.

Si antes de la llamada, Paula estaba resignada, después de ella, se rindió por completo. El resto del viaje hasta la frontera venezolana fue demasiado

calmado, aceptaba todo lo que esos sujetos le pidieran, lo hacía inmersa en el estado de shock que toda la situación le había producido.

—Por fin llegamos a Cúcuta —escuchó en medio del sueño en el que estaba.

Estaban en la frontera con Venezuela, en el pasado cercano, cuando la economía de Venezuela aún era próspera, Cúcuta era la ciudad de frontera más activa de toda Latinoamérica, el intercambio comercial entre Colombia y Venezuela se daba allí en un 80%.

—Quiero ir a ver a mi mujer y a mi hijo, ¿puedes encargarte de ella? —preguntó Caliche —así que es de por aquí, pensó Paula.

—Si, si hace cualquier tontería llamaremos al jefe y él se encargará de que el sufrimiento del padre la haga entrar en razón.

—Bien muchacho, estas aprendiendo.

—La casa a la que llegaron era sencilla en un barrio de clase media, nada de lujos, pero tampoco era un rancho cayéndose a pedazos.

—Descansa —le dijo Ricardo cuando le mostró una habitación lo bastante cómoda dadas las circunstancias.

Estaba haciendo calor, María Paula ya estaba sudando, fue a encender el ventilador, sus movimientos y su actuar eran como los de un androide, parecía como si su alma se hubiese quedado en Medellín y allí solo hubiese llegado un pedazo de carne.

En esa habitación pasó encerrada dos días, no le habían dejado la puerta bajo llave, pero ella no sintió deseo de salir ni un solo instante, solo tuvo contacto con Ricardo quien solo iba a dejarle la comida y a verificar que estuviera bien, a Caliche no lo había vuelto a ver.

—¿Paula? —Ricardo entró a buscarla —¿Paula? Volvió a llamarla al no verla en la cama, pero entonces, escuchó la regadera y supo que estaba en el baño.

Como cualquier joven de su edad, era curioso y las hormonas tenían su morbosidad al máximo, por eso no le importó que lo que le quedaba de conciencia le estuviera gritando que aquello que en ese momento deseaba a hacer, no debía hacerlo, desde que la vio saliendo por el hueco del colegio la deseó y se moría en ese instante por saciar esas ganas.

Abrió con sigilo la puerta y se encontró con la silueta desnuda debajo de la ducha, para su fortuna, el vidrio no estaba empañado y pudo verla en todo su esplendor, dio un paso más y a esa distancia pudo apreciar sus curvas delineadas, tenía unas caderas generosas y una cintura pequeña.

Poco a poco fue quitándose la ropa sin hacer ruido, total a la pobre chica se la fallarían todos los días decenas de hombres, daba igual que él pudiera degustarla antes, era tal su deseo, que ni siquiera lograba sentirse como un cerdo.

—¡Dios! —gritó Paula al girarse y mirarlo —¿Qué haces aquí? ¡Largo!

Ricardo no dijo nada, pero tampoco le obedeció, abrió la puerta de vidrio y sin meditarlo se metió.

—Aléjate por favor —le pidió Paula yéndose a un rincón.

—Da igual, por lo menos yo seré amable —se acercó con rapidez hasta que su cuerpo estuvo pegado al suyo.

Paula sintió su dura erección pegada a su vientre, Ricardo estaba tremendamente excitado, la sujetó y comenzó a restregarse contra ella, al mismo tiempo que la besaba por el cuello.

—Ríndete, no lo pongas difícil, así podrás disfrutarlo.

—No por favor —comenzó a chillar, el miedo hizo que su corazón se desbocara, su pecho subía y bajaba a toda velocidad —¡suéltame! —trató de empujarlo, pero no fue capaz —no eres un violador, por favor no lo hagas —dijo convulsionando en llanto.

—Escucha —la sujetó de los hombros —decenas de hombres diariamente te follaran quieras o no, por lo menos disfruta esta vez, prometo ser complaciente.

Él siguió besándola y rasgándose contra ella tratando de ignorar su llanto, pero cada vez era más fuerte, la sensación de impotencia y frustración la hacían llorar con mayor desgarró, pensó en tranquilizarla dándole un poco de placer, pero cuando quiso tocarle el coño, ella se dejó caer al suelo recostándose contra la pared.

—¡Deja el show! ¡vamos ni que fueras virgen! —le gritó el chico fuera de sí.

—¡PUES LO SOY! —le respondió en un grito desgarrado mientras trataba de protegerse cubriéndose con las piernas dobladas.

—¿Qué? —Se acurró para verla a los ojos —¿Eres virgen?

—Sí —dijo asintiendo con la cabeza sin dejar de llorar.

—¡Demonios!

Se puso de pie, la excitación se le había ido a la mierda, cerró la ducha y tomó una toalla para cubrirla, después salió hasta donde estaba su ropa y comenzó a vestirse.

—Paula, esta noche Caliche te va a llevar al otro lado de la frontera y te

va a entregar al venezolano.

Esperó que ella dijera algo, pero en vez de eso, ella siguió acurrucada en el mismo lugar sollozando.

—El venezolano será el encargado de...

—Venderme —dijo al fin en medio del llanto —ya lo sé.

—Si —respondió Ricardo con vergüenza, toda la adrenalina que había sentido minutos antes se había convertido en autentico asco, tanto, que cuando quiso continuar hablando, las náuseas le ganaron.

Mientras Ricardo vomitaba, María Paula salió y se puso la misma ropa que estaba usando desde que salió de Medellín, no tenía más y tampoco iba a pedir.

—Ayúdame —le suplicó mientras él se lavaba la boca para quitarse el sabor amargo del vómito.

No puedo y lo sabes, ¿Qué quieres que haga? ¿Quieres que te libere? Jamás has estado bajo llave, puedes salir si eso es lo que quieres, sabes que tus cadenas son más largas que una simple puerta cerrada, no pasaría ni diez minutos desde que decidas huir para que tu familia pagara por tus acciones.

—Lo sé —dijo antes de romper nuevamente en llanto.

—Dile que eres virgen —Ricardo volvió a zarandearla —¿me escuchaste?

—¿Qué? —preguntó consternada —¿A quién debo decírselo? ¿Acaso importa?

—Puede hacer la diferencia, díselo.

—¿Al tal venezolano?

—Si, si se lo dices, es probable que te plantee un mejor trato, no estoy seguro de lo que te estoy diciendo, puede ser que lo ignore y de todas maneras te venda a alguna organización oriental que trafique con mujeres.

—Ayúdame —repitió al escuchar sobre ser vendida como trata de blancas.

—Te estoy ayudando ¿Acaso no lo ves?

—Habla con él, te lo suplico, ayúdame a conseguir el trato menos horrible, no quiero ser violada por el resto de mi vida.

Ricardo no pudo evitar conmoverse al sentir la angustia y la desesperación en las palabras de esa joven y nuevamente volvió a sentir náuseas por lo que estuvo a punto de hacer, jamás había violado a una mujer, pero tal parecía, que estar tan cerca del mal, lo estaban convirtiendo en un monstruo.

—Trataré de hacerlo —le dijo antes de irse, no soportó verla ni un segundo más.

Esa noche convenció a Caliche de acompañarlo a llevar a la chica donde

el venezolano, pasaron la frontera por una de las tantas trochas ilegales que hay entre los dos países, en el camino, se encontraron con un puesto de la guardia venezolana, solo un poco de dinero bastó para que les abrieran el paso, después condujeron hasta San Cristóbal la ciudad grande más próxima.

Era media noche cuando llegaron a una edificación de cuatro pisos, por fuera parecía una construcción normal, la facha estaba en buen estado y daba la impresión de que todo adentro era muy tranquilo, los tres bajaron del auto y Caliche rápidamente tocó el timbre.

Minutos después, un sujeto les abrió, ellos se saludaron como si se conocieran de toda la vida, y entonces los hizo seguir.

Al interior del lugar la cosa cambió, había muchas luces de colores por todos lados, sin importar si eran pasillos o salones, el lugar era un poco lúgubre y cuando subieron por las escaleras al segundo piso, se comenzó a escuchar música por todo el lugar.

El venezolano está en la oficina, ya los está esperando —dijo el sujeto que les había dejado entrar.

Iban camino a la oficina la cual quedaba en la última planta, pero mientras subían una mujer con escasa ropa bajaba.

—¡Caliche! —lo llamó con sorpresa la preciosa mulata.

—Irene, preciosa como siempre.

—¿Qué haces aquí?

—Negocios.

Paula estaba unos escalones más abajo junto a Ricardo, viendo la forma tan cercana con la que aquellos dos se hablaban.

—Te he extrañado, la última vez que nos vimos dijiste que...

—Ricardo —la interrumpió para que no terminara la frase frente a ellos —lleva a esa a donde el venezolano, él ya sabe de qué va la cosa, ahora los alcanzo.

—Claro —dijo Ricardo tomando a Paula de la mano para que lo siguiera escaleras arriba.

Llamaron a la puerta de la oficina y después sin esperar respuesta, entraron.

—¿Y Caliche? —fue lo primero que preguntó el tipo de aspecto extranjero.

Eso le llamó la atención a Paula, el sujeto ni siquiera parecía venezolano, era alto de cabello rubio, ojos azules y de piel blanca.

—Se ha quedado con Irene —le contestó Ricardo.

—Ese Caliche no cambia, aún no ha entendido que lo negocios siempre deben ser primero —Paula confirmó que aquel tipo no podría ser venezolano, su español tenía un claro acento extranjero, sin embargo, no pudo identificar de donde era —bueno ¿y esta es la mercancía que me han traído?

—Si, se llama María Paula y...

—El nombre no me importa, igual se lo cambiaremos.

—¿Cambiarne el nombre?

—Si, apropósito, porque está tan condescendiente, acaso no sabes...

—Si lo sabe, pero... —Ricardo miró hacia la puerta deseando que Caliche no apareciera en un buen rato —verá, he descubierto que es... virgen.

—¿En serio? —el venezolano se interesó y se acercó mucho más a ella para detallarla —¿cuántos años tienes niña?

—17 —contestó ella mirando a Ricardo quien le había hecho una señal para que estuviera tranquila.

—Yo no como cuento, las jovencitas de 17 ya han tenido hombres en su cama.

—Pues yo no —contestó un poco altanera.

—Bien, sin embargo, tengo entendido que la envían como esclava —dijo mirándola a los ojos para ver su reacción, pero ella solo miró hacia otro lado.

—Pues veras, yo pensaba que, dado que la chica aun es virgen, se podría llegar a un mejor acuerdo para ella y obviamente para usted.

—¿Me estás pidiendo que traicionés tu jefe? —lo cuestionó el hombre con evidente rabia.

En ese instante Caliche entró a la oficina y todos quedaron en silencio.

—¿Qué pasa? —preguntó al ver la tensión.

—Nada —habló el venezolano —le decía a tu amigo que solo hablaría de negocios contigo

—Pues aquí me tienes —Caliche le tendió la mano y acto seguido se sentó en uno de los sillones al frente del escritorio —acordemos los términos.

Paula se fue al rincón, últimamente era lo que hacía, era tal su deseo de poner distancia que siempre trataba de irse a los puntos más alejados de cualquier habitación, los escuchó conversar sobre ella y su destino como si ella no estuviera presente, de vez en cuando, la rabia le ganaba al miedo y lanzaba algún insulto, gritándoles que ella no era un objeto, que la miraran, ella podría ser una hija de ellos, pero nada de lo que decía parecía importarles.

Minutos después, cuando los términos estuvieron claros, Caliche y Ricardo se despedían del venezolano, a ella no volvieron a mirarla Caliche porque simplemente no le importaba, pero Ricardo no pudo mirarla, en su interior sentía pena por ella.

El chico estaba en medio de esa mierda porque toda la vida había vivido entre vándalos y la pobreza más extrema, pero no era malo o por lo menos eso él creía, a pesar de que estuvo a punto de violarla, su sentido interno de moral le gritó que no lo hiciera, aun le quedaba alguna pizca de humanidad.

María Paula llevaba dos semanas viviendo en aquel burdel, dos semanas en las cuales, había visto todo lo que jamás imaginó ver, el venezolano le dijo que tendría que ganarse el pan y para ello debía trabajar en labores de limpieza, ella agradeció en su interior que fuera en eso y no como prostituta.

Las mujeres que trabajaban como prostitutas allí, estaban sometidas a todos los caprichos de los clientes del lugar, en algunas ocasiones, Paula había tenido que ayudar a alguna de esas mujeres a ir al baño o a darle de comer, no tenía ni idea de que era lo que les hacían, porque cuando preguntaba ninguna le daba respuesta, sin embargo, era evidente que fuera lo que fuera que les hicieran, las dejaban muy maltratadas y adoloridas.

Por otro lado, el venezolano todo el tiempo les exigía que fueran complacientes o de lo contrario, las echaría a patadas, muchas de esas mujeres pertenecían a familias de muy escasos recursos, a las cuales la crisis económica del país las había empujado a ejercer ese oficio, Paula escuchó muchas de sus historias, lloró con ellas y las compadeció, que ironía, sentir con compasión por alguien cuando tu destino puede ser mucho peor que el suyo.

—Oye, tu, ven a mi oficina —la orden del venezolano la sacó de sus cavilaciones, dejó a medias lo cama que estaba arreglando y lo siguió.

Salió de la habitación para ir tras el venezolano, pero a medio camino se detuvo, en ese instante no pudo evitar pensar en que se había llegado la hora de marcharse, ¿me entregarán a la organización de tratadas blancas? —se cuestionó con temor.

Entró a la oficina con timidez y rogando mentalmente que no fuera esa la razón por la cual la había llamado, llevaba dos semanas de relativa calma en la que no sabía nada de su familia, pero esperaba que por lo menos su tía y su hermana estuvieran bien. Ahora estaba allí frente al venezolano, y su único pensamiento estaba enfocado a lo que pasaría con su vida.

—Paula es tu nombre ¿Cierto?

—Si señor —contestó insegura.

—Paula, él es el doctor Suarez —Ella miró a su espalda y vio a un hombre de unos 40 años —el doctor Suarez es ginecólogo

—¿Ginecólogo? —preguntó asombrada

—Sí, sabes que es ¿No?

—Sí, si, es solo que no entiendo —ella nunca había ido al ginecólogo, se

suponía que las mujeres comenzaban a ir cuando iniciaban su vida sexual.

Ese razonamiento le encendió todas las alarmas, su vida sexual iba a iniciar y por eso habían llamado al ginecólogo, concluyó.

—Señor, por favor, yo puedo seguir limpiando aquí todos los días sin cesar, pero no me venda, se lo suplico —las palabras salían disparadas a mil por hora, la ansiedad y el miedo se habían apoderado de ella.

—Espera muchacha —la tranquilizó el venezolano —el doctor solo va a comprobar lo que me dijiste el día que llegaste, el me certificará que evidentemente eres virgen.

—¿Por qué no me cree? —le preguntó con total inocencia, tranquilizándose tan solo un poco.

—Digamos que no le creo a nadie —le contestó —ahora no hagas más preguntas y ve a la habitación de al lado con el doctor.

Obedeció, siempre lo había hecho, obedecía a pesar de querer algo diferente o de pensar diferente, era parte de la estrategia que usaba con su padre, si obedecía, él estaba contento y si estaba contento, era mucho más fácil de convencerlo de cualquier cosa, ella lo veía como una forma de manipulación, en ese entonces no sabía que esa habilidad le iba servir mucho en el futuro.

El médico fue profesional a pesar del lugar en el que se encontraba haciendo el examen, Paula pensó que sería mucho más vergonzoso, después de todo, ningún hombre hasta el momento la había visto de esa manera tan expuesta.

—¿Y bien? —preguntó el venezolano en cuanto ellos volvieron a su oficina.

—Es virgen —dijo el médico con certeza absoluta.

—Perfecto —aplaudió un poco emocionado —doctor, muchas gracias por sus servicios —le entregó un sobre con dinero en el interior.

—Ha sido un gusto como siempre —tomó el dinero y salió sin más.

El venezolano se recostó en la silla, levantó los pies y los dejó en el escritorio, después, con la mirada clavada en el techo dijo:

—Los malditos asiáticos son unos sádicos —Paula seguía de pie observándolo, mientras él hablaba sin mirarla —las esclavas que les son vendidas, no sobreviven por mucho tiempo —no le importó escuchar un gemido de queja por parte de la muchacha y continuó —por lo menos deben acostarse con una veintena de hombres todos los días, hombres a los que no les importa que estén allí en contra de su voluntad, hombres que abusan de la

forma en la que se les da la gana y...

—No muy diferente a lo que las mujeres de aquí viven —habló indignada.

—¿Qué? —el venezolano se acomodó en la silla y clavó su mirada furiosa en ella —aquí no tengo esclavas, estas mujeres son libres de irse cuando se les dé la gana.

—Estoy segura que eso lo hace sentir mejor —siguió con su tonó retador —pero los dos sabemos que muchas de ellas no tienen otra opción.

—Mira jovencita, algunos en este mundo no nacimos en una cuna de oro como en la que tu naciste, por eso tenemos que ganarnos la vida como mejor se nos dé, así que mejor cállate o de lo contrario no tendrás un trato favorable.

El silencio se instauró por unos largos minutos, Paula entendió que debía ser más condescendiente o la única que perdería en aquella batalla, sería ella.

—Lo siento —dijo bajando la mirada, queriendo con ello, demostrar sumisión.

—Bien, te decía que los asiáticos son una mierda y a ellos tengo que venderte.

—¿Y me lo está diciendo en un acto de compasión para que me vaya preparando?

—Vaya chica —dijo antes de soltar la carcajada —pues no, te lo estoy diciendo para que cuando escuches mi otra propuesta, me lo agradezcas.

—¿Otra propuesta?

—Si, el otro día cuando ese jovencillo estúpido me dijo que, dada tu condición de virgen, podríamos llegar a otro acuerdo, tenía razón, es solo que no confió en nadie, y ese imbécil podría decirle a su jefe el acuerdo al que hubiésemos llegado, por eso le hice creer que no lo haría.

—Entonces, ¿qué quiere?

—Siéntate —ella lo hizo rápidamente, él tenía razón al decir que cualquier otro acuerdo que evitara ser vendida a lo asiáticos era mejor —escúchame con atención, conozco perfectamente la situación en la que estás, creo que has tenido una suerte del infierno, estás pagando deudas ajenas y aunque ese no es mi problema, si veo en ti una oportunidad de negocio, es probable que tampoco te guste, pero créeme cuando te digo que si aceptas mi acuerdo, tu destino será mil veces menos doloroso que el que tu tío había escogido.

—¿En qué consiste?

—Primero debes saber que no puedes traicionarme, nadie traiciona al venezolano y se queda muy tranquilo, si lo haces, tu hermana y tu tía serán vendidas a los asiáticos, lo juro.

—Ya basta de amenazas, ¿acaso me ve ocasionándote problemas? —le contestó con altanería y con demasiada confianza, después de todo ella tenía un espíritu rebelde, el cual, a veces simplemente salía relucir a pesar de que ella lo dominara con la obediencia —¿acaso no he sido dócil en estas dos semanas?

—En eso tienes razón, pero parece que tienes otra personalidad un poco oculta.

—Dígame, ¿Qué debo hacer para no ser una maldita esclava condenada a dolor y muerte? —le preguntó ignorando sus palabras.

—Debes ser una esclava complaciente, pero solo por un año.

—¿Cuál es la puta diferencia? —gruñó poniéndose de pie.

—La diferencia es que serás la esclava de un solo hombre, uno muy rico, él establecerá las reglas y tu tendrás que obedecerlo, estarás en algún lugar del mundo seguramente llena de lujos y lo único que tendrás que hacer, es abrir las piernas cada vez que él te diga y de la forma en que él te diga, eso, es mucho mejor que ser violada por decenas de hombres, con los asiáticos valdrías menos que un condón usado y estarías sometida a ese infierno hasta la muerte, ¿y cuánto podrías tardar en morir? Pueden ser años, es más, llegarías desear con el alma que la muerte te alcanzara.

Paula ya estaba llorando sin quebrarse, las lágrimas se desbordaban por sus ojos, sin que eso la hiciera perder la compostura como veces anteriores, ella no se merecía eso, siempre había sido una buena chica, un poco quisquillosa y caprichosa, pero buena, al fin y al cabo, entonces ¿por qué la vida y los hombres se estaban ensañando tanto con ella?, a pesar de no comprenderlo, no quiso darle muchas vueltas.

—¿Y tú qué ganas?

—El 70% por ciento de lo que recojas en la subasta.

—¿Subasta?

—Si, todos los años se hace un evento muy exclusivo, allí, solo van los hombres más ricos del mundo, a comprar una sumisa virgen, la compra se hace mediante una subasta.

—¿Eso es todo?

—Si, ya ves, soy muy generoso, podría quedarme con todo el dinero, pero creo que es justo que te deje algo para que puedas rehacer tu vida, solo tengo una condición.

—¿Cuál?

—Jamás podrás volver a Colombia, deberás olvidarte de tu familia y de tu

vida antes de esa subasta, si me entero de que has regresado, yo mismo te mato y por ahí de paso a toda tu familia.

—Como quieras —dijo alzando los hombros —después de todo no tengo derecho a opinar al respecto ¿Cierto?

—Cierto.

—Pues acepto la oferta.

—Bien, entonces tendrás que prepararte, para eso viajarás una semana antes, la esposa del organizador del evento te entrenará para que seas una linda sumisa.

—Como quieras —volvió a subir los hombros en señal de resignación.

—Una cosa más.

—¿Cuál?

—Nadie en ese evento puede saber que estas en contra de tu voluntad, nadie puede enterarse quién eres, te conseguiré una nueva identidad, aquí en Venezuela todo se consigue pagando unos cuantos centavos, si alguien descubre quieres, entonces...

—Entonces, me mataras al igual que a mi hermana y a mi tía, ya entendí, entendí que María Paula Valencia ha muerto, ahora dime, como voy a llamarme e iniciemos pronto esta mierda, solo espero que el maldito año se pase volando y que el cerdo que me compre esté tan viejo que no me exija demasiado.

—¡Esa es mi chica! —gritó el venezolano —solo las mujeres inteligentes sobreviven y en ti veo esa supervivencia, no solo cuando se batalla se está luchando, también se lucha cuando se acepta las condiciones con las que la vida te trata, a eso se le llama resiliencia.

—Como sea —dijo Paula restándole importancia, lo cierto era que ella no creía en eso, ella jamás aceptaría aquello que estaba viviendo, solo lo soportaría hasta que volviera a ser libre, después ya vería como se las ingeniaba para volver a ver a su hermana.

5

Patrick trabajó las casi 15 horas de viaje, contando la parada técnica que tuvo que hacer el avión en Lisboa, para cuando aterrizó en la isla Dominica, había dejado resueltos varios pendientes, le fascinaba su trabajo, sabía que de él dependían cientos de familia y esa era razón suficiente para esforzarse al máximo.

Habían volado parte de la noche y de la madrugada, estaba agotado, a pesar de las comodidades de su jet privado, no dejaba de pensar hacia donde se dirigía, tenía una corazonada que no lograba descifrar si era por ansiedad de llegar y ver de qué se trataba ese evento tan costoso y misterioso, o si era porque algo en su interior le estuviera gritando que se estaba dirigiendo hacia algo malo.

Bajó del avión y el calor sofocante del caribe lo golpeó directo al rostro, se puso sus lentes tipo aviador y sonrió al sentirse como en casa, no había arribado a su Puerto Rico del alma, pero el ambiente era muy parecido. Miró a su alrededor y observó el Cadillac negro que estaba al lado de la pista y se dirigió hacia él.

—¿Señor Mathieu? —le preguntó el conductor.

Patrick asintió como respuesta, pero en ese instante se preguntó cómo podían estar esperándolo si no había avisado a nadie la hora en la que arribaría, se imaginó que el mismo tendría que buscar el lugar del evento, pero nuevamente lo habían sorprendido.

El recorrido fue totalmente en silencio, Patrick ni siquiera había pronunciado palabra al saludar al conductor y tampoco lo hizo estando una vez dentro del auto.

Llegaron a una enorme hacienda a la orilla de la playa, sus enormes muros la hacían parecer una fortaleza y la gran verja de entrada, se parecía a las enormes puertas de un castillo.

Pensó por un momento en la finca de su abuelo en San Juan de Puerto Rico, pero la verdad era que, en nada se parecía, esta hacienda era mucho más intimidante.

El auto atravesó un camino de piedra bordeado por enormes palmeras, después llegó hasta una enorme fuente de delfines, el conductor se bajó del

auto y le abrió la puerta, después bajó su equipaje y con un gesto le indicó para que ingresaran a la enorme casona.

—Bienvenido señor Mathieu —lo saludó una impresionante mujer de al menos un metro ochenta de estatura, se podía decir que tenía un rostro perfecto de finos rasgos y unos ojos grises penetrantes.

—Gracias ¿señorita...?

—Celeste —le contestó ella con una sonrisa —¿tuvo un buen viaje? —Le preguntó al tiempo que le hacía un gesto para que la siguiera hacía el interior de la casa.

—Si, ha sido un viaje largo, pero mi jet es bastante cómodo —se sorprendió al darse cuenta que estaba haciendo alarde de su avión, era probable que estar presenciando tanta opulencia lo incitaran a decir cosas como aquello.

—Me alegra mucho —le contestó ella con otra de sus brillantes sonrisas —señor Mathieu como sabe, para nosotros es de suma importancia la confidencialidad, por eso, antes de seguir y de que conozca el resto de las instalaciones deberá entregarme su teléfono,

—No estoy tan seguro de querer hacerlo, no puedo incomunicarme por dos días enteros.

—Lo sabemos, por eso estará en estos casilleros —abrió una puerta de madera y dejó ver una pared entera llena de pequeñas cajas fuertes —hay inhibidores de señal en el resto de la propiedad, solo aquí podrá hacer uso de su teléfono, si necesita comunicarse o revisar la correspondencia, deberá venir aquí, digitar la clave de su casillero y consultarlo, una vez termine deberá volver a dejarlo, disculpe si esto le resulta incómodo, pero para nosotros ninguna medida que prevenga alguna posible filtración es suficiente.

—De acuerdo —dijo después de analizar la situación, eran razonable esas medidas de seguridad.

—También deberá leer y firmar este contrato —llegaron hasta una sala en la que había un pequeño escritorio —por favor tómese el tiempo que crea necesario para leerlo, una vez lo haya leído y lo haya firmado, haga sonar esta campana y entraré nuevamente para continuar con la explicación. —la mujer estaba a punto de salir cuando escuchó la voz de Patrick.

—El lugar parece solo, creí que era un evento mucho más concurrido —dijo al fin.

—Se sorprenderá de lo concurrido que es, la casa cuenta con cuarenta habitaciones dignas de nuestros invitados, adicionalmente, el complejo tiene

dos casas que están a pocos metros de aquí, y cada una cuenta con al menos la mitad de las habitaciones que tiene esta casa, es una pena que tengamos que rechazar tantas solicitudes, su caso, ha sido una excepción, el señor Emmanuel insistió mucho y teniendo en cuenta que él y su esposa son muy cercanos, hicimos un esfuerzo por hacerle un espacio.

—Entiendo —dijo sin dejar ver lo asombrado que estaba.

Leyó el contrato, las cláusulas era muy estrictas, en ellas se establecía que aceptaba regirse por la justicia rusa y un tribunal de arbitramento internacional, lo cual lo dejaba a merced de jurisdicciones que no conocía, eso, sumado a que las sanciones monetarias eran tan grandes, que podían incluso quebrar su empresa, lo intimidaron mucho.

En conclusión, era un acuerdo tenebroso, pero reflexionó sobre qué personalidad reconocida aceptaría ir a un evento de tales connotaciones, sin tener garantías de que los demás asistentes también respetarían la confidencialidad.

Tocó la campanilla y de inmediato Celeste entró con una gran sonrisa, “Es preciosa” se dijo mentalmente, al verla caminar hacia él.

—Señor Mathieu, esta joven lo acompañará hasta su habitación, —entró acompañada de una mujer vestida con un clásico uniforme —disculpe que no lo haga yo, pero siguen llegando invitados y debo recibirlos.

—No se preocupe, ha sido muy amable, pero antes de retirarme a mi habitación quisiera hacerle una pregunta.

—¿Cuál?

—¿Los empleados del lugar firma algún documento parecido a este? —le extendió el contrato.

—Si, incluso me atrevería a asegurar que ellos tienen mucho más que perder, llevamos 10 años haciendo este evento y jamás se ha filtrado ninguna clase de información sobre nuestros invitados.

—Gracias —dijo haciendo una breve inclinación de cabeza, después siguió a la joven de piel morena, vestida con un formal traje negro, después salieron de la habitación por una puerta diferente a la que había ingresado.

Hizo el recorrido detallando cada cosa, subieron unas escaleras y después cruzaron un largo pasillo, hasta que llegaron a una habitación, la joven abrió la puerta y entró seguida de él.

—Señor, espero que la habitación sea de su agrado, si necesita algo, solo debe oprimir este botón —señaló un botón verde al lado de la cama, era parecido al de las clínicas para llamar a las enfermeras —No importa que

deseo, se lo conseguiremos, tampoco importa la hora, no dude en pulsarlo, vendremos pronto para atenderlo.

—Está bien, gracias —sacó un par de billetes para darle una propina.

—No, disculpe, probablemente a Celeste se le olvidó advertirle que nadie aquí le recibirá propinas, nuestro servicio no está condicionado, para nosotros es un placer atenderlo y complacerlo en todo lo que desee.

—Vaya, sí que se toman en serio la atención al cliente.

—Tome este documento —le extendió una hoja regalándole una sonrisa.

—¿Otro documento?

—Son las reglas establecidas para el evento, es importante que las lea, así no habrá ningún inconveniente.

—De nuevo gracias, ahora si no le importa quisiera descansar.

Se tumbó en la cama y clavó su mirada al techo en cuanto se quedó solo, su mente comenzó a darle vueltas a toda la situación, pensó en que había sido un error ir a ese lugar —“¿En que estabas pensando al venir aquí? ¿Por qué te dejaste convencer de Emmanuel?” —Se cuestionó, pero pronto se dijo que Emmanuel no lo había convencido de nada, él solo le había contado como había conocido su esposa, la verdad es que no había necesitado más argumentos para que él quisiera ir allí a probar suerte.

“¿Comprar una esclava? ¿De verdad es lo que quieres? ¡Por Dios Patrick!, esa operación mercantil era legal siglos atrás, pero ahora, ahora no, el ser humano vive avergonzado de ese pasado, nada puede ser más escabroso y más repugnante que la compra de otro ser humano, y, sin embargo, aquí estoy con una maleta llena de dinero para comprar una esclava por un año”, —volvió a recordar el exitoso caso de su amigo, le consolaba saber que Emmanuel era feliz con su esposa y que ella también era feliz con él, si a ellos les había funcionado ¿por qué no le iba a funcionar a él?

Siguió allí tendido hasta que el sueño lo alcanzó, dejando a un lado todas las reflexiones en las que estaba, no supo cuánto tiempo durmió, hasta que llamaron a la puerta.

Se levantó de la cama pasándose varias veces las manos por el cabello para despejarse un poco del sueño, al abrir, vio el rostro de la misma chica que antes le había mostrado la habitación.

—Señor Mathieu, es hora de la comida, ¿desea que se la traigan a la habitación? Aun no comienza ninguno de los eventos, podría hacer que se la trajeran aquí para que la disfrutara en privado, claro, si ese es su deseo, o podría acompañarlo a alguno de los comedores, muchos de los invitados ya

han llegado y seguramente encuentra a alguien interesante con quien conversar.

—La verdad no tengo mucha hambre y no sé si sea conveniente bajar antes de que el evento inicie.

—Haremos lo que usted desee, pero si decide bajar, no verá nada extraño, solo encontrará personas, que al igual que usted, quieren degustar de una buena cena.

—Entiendo —dijo regalándole una sonrisa, ella estaba siendo demasiado amable —creo que bajaré, no puedo seguir en esta habitación, los pensamientos me están... es decir, si sigo aquí encerrado cuestionándome que hago aquí, terminaré yéndome.

—Entonces permítame acompañarlo.

Ella tenía razón, al bajar a comer vio a muchas personas vestidas formalmente, incluso parecía como si estuviera en un evento empresarial, solo que, en este evento, la comida era exquisita, la mujer durante el trayecto de la habitación al comedor, le había advertido que, por ser el primer día, la comida estaría dispuesta en un bufé, pero que, en las demás oportunidades, se haría con platos a la carta.

Patrick no dejaba de sorprenderse, imaginaba que un evento tan costoso, contaría con buena comida, pero jamás imaginó tanto derroche, en el bufé se podía encontrar desde ternera fina hasta langosta.

A medida que recorría las exhibiciones de comida reflexionaba sobre los lujos del lugar, pero después pensó que, si se tenía en cuenta que a aquel evento estaban invitados los personajes más ricos del mundo, quienes seguramente, al igual que él, habían llegado con una maleta con al menos 3 millones de euros, si sus cálculos eran correctos teniendo en cuenta los datos que le había suministrado Celeste, habían unos 100 invitados, y si cada uno tenía más o menos la misma cantidad que él, entonces había en efectivo unos 300 millones de Euros en ese lugar, eso era más dinero que el que Estados Unidos le había quitado a la franja de gaza.

Estaba tan distraído en sus pensamientos que sin darse cuenta chocó con alguien.

—Lo siento —le dijo al hombre un poco mayor con el que se había estrellado.

—No pasa nada —le contestó el sujeto con cortesía.

Patrick continuó, pero una sensación punzante le decía que conocía a ese hombre, se volvió a mirarlo nuevamente mientras se sentaba en una de las mesas y entonces, le llegaron las imágenes como un relampagueo. Su hermano

hacía unos 4 meses atrás, estuvo reunido con el dueño de uno de los laboratorios de medicamentos y productos para el cuidado de la piel más grandes del mundo, incluso se hablaba de que estaba cerca de conseguir la cura para el cáncer de piel, la Casa Mathieu había crecido mucho en los últimos años, la fusión con la empresa de Victoria, su cuñada, había hecho que la empresa familiar fuera el emporio de cosméticos más importante del mundo, por eso estaban abriendo nuevas líneas de belleza y antienvjecimiento, y para ello, necesitaba a Zursh Laboratory, en el informe sobre la negociaciones con el laboratorio, Paul le envió unas fotos en las que estrechaba la mano con el presidente, el mismo hombre con el que acababa de chocar.

Después de comer, quiso darse un recorrido por el lugar, a medida que transcurría el tiempo se sentía en más confianza. El lugar parecía cada vez, más y más lleno, desde el jardín en el que estaba observando la playa, también se podía observar la entrada, a la cual, cada 5 minutos llegaban vehículos como el que lo había recogido en el aeropuerto y de los cuales veía bajarse tanto a hombres como a mujeres, se sorprendió de la cantidad de parejas llegaban, él había supuesto que todos iban con el mismo objetivo que él, conseguir a alguien que le satisficiera sus deseos sexuales y que también le sirviera de compañía.

La noche comenzó a caer mientras él seguía recorriendo la enorme propiedad, llegó hasta los muros del otro extremo, allí vio una puerta que daba a la playa y quiso salir, pero una voz lo detuvo.

—Pronto comenzará la diversión, ¿Estás seguro de que quiere ir a la playa?

Patrick sintió un suave escalofrío recorriéndole todo el cuerpo, la voz sensual de la mujer a su espalda lo habían afectado demasiado, tal vez era porque se le hizo familiar.

—¿Diversión? —preguntó al tiempo que se giraba, para encontrarse con la mujer más sensual que hubiese visto.

—¿Acaso no has venido a eso? —le respondió ella con otra pregunta.

—¿Y tú? ¿Has venido a divertirse? —le preguntó acercándose como cazador a su presa, lenta y sigilosamente para no espantarla

—Alguien tiene que comenzar a dar respuestas en esta conversación, no podemos seguir haciendo preguntas.

—Comienza a dar esas respuestas ¿Cuál es tu nombre?

—Dayana, y soy de Puerto Rico —dijo con una media sonrisa dejando el tono de voz sensual.

Patrick detuvo su andar, había quedado paralizado al reconocerla, de inmediato, las manos le comenzaron a sudar mientras sentía que su respiración se aceleraba, pocas veces en la vida había tenido episodios de pánico, pero, aun así, pudo identificar que estaba teniendo uno.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó la sensual mujer de curvas sugerentes, piel dorada, cabello negro y ojos aguamarina.

—Sí, no, bueno creo que estoy cansado y debo...

—Espera Patrick —lo tomó del brazo para evitar que se marchara —no pasa nada, yo al igual que tú, también tengo una imagen que cuidar, así que no tienes nada de qué preocuparte.

—¿Qué haces aquí Dayana? —le preguntó controlando el temblor de su voz.

—Lo mismo que tú, he venido a divertirme, este es el tercer año que asisto.

—¿El tercero? —preguntó cada vez más sorprendido.

—Sí —se quedaron unos segundos en silencio observándose el uno al otro —en cuanto llegué —quise estirar un poco las piernas dando un paseo por el jardín, después vi que a la distancia un hombre vagaba solo, no sé porque me diste la impresión de estar perdido y quise acercarme, pero desde hace unos minutos supe quien eras, dudé un poco hasta que me decidí.

—¿Vienes sola?

—No, mi novio está en la habitación, antes de hacer el viaje tuvimos una fiesta y él bebió más de la cuenta, eso y el cansancio le han pasado factura, he quedado en buscarlo cuando la diversión comience ¿Qué pasa? —le preguntó al verlo tan consternado.

—Lo siento, es que... es la primera vez que vengo a esto y...

—Tranquilo, sé que has ido a clubes de sexo ¿Cierto?

—Sí —no encontraba razones para ocultárselo.

—Bueno, esto es algo similar, lo único diferente, es que además de los intercambios o juegos sexuales que realicen los asistentes, también hay subastas de...

—Esclavos.

—Odio ese término, —dijo arrugando la nariz —pero no he encontrado otro mejor... a eso has venido ¿cierto? De lo contrario, no estarías tan nervioso, te asusta un poco el hecho de comprar un... una pareja sexual.

—Bueno... un amigo me recomendó

—Vamos Patrick, me conoces, trabajé para ti muchos años y fuimos

amigos, háblame con confianza.

Él la miró y volvió a sonreír, tenía más de diez años de no verla, ella había sido la imagen principal de la Casa Mathieu por muchos años, las revistas la amaban, por varios años estuvo en el ranking de las mujeres más hermosas del mundo, hasta que se enamoró de un cantante, él la convirtió en madre y ama de casa, pero no por mucho tiempo, la abandonó por otra mujer y desde entonces, Patrick no la había visto.

—Sí, he venido a comprar una... compañera sexual —dijo al fin con una sonrisa.

—No era tan difícil ¿no?

—No.

—Yo también voy a comprar uno.

—¿Enserio? ¿y tu novio?

—Como te digo, esta es la tercera vez que venimos, la primera compramos un hombre, la segunda una mujer y esta vez vuelve a tocar un hombre, veras, tanto Robert, como yo, somos demasiado dominantes, eso nos ocasionó muchos problemas al inicio de nuestra relación, fue a él a quien se le ocurrió que, si había un tercero, sumiso, ayudaría que liberáramos con él todos nuestros instintos dominantes y nuestra relación se equilibraría.

—Les ha funcionado por lo que veo, ya llevan más de tres años juntos.

—Nos ha funcionado de maravilla, además que es emocionante venir a este evento para elegir juntos quien será nuestro sumiso.

Regresaron a la casona mientras Dayana le contaba como habían estado los eventos anteriores, Patrick había entrado en una reconfortable confianza que lo hizo sentir cómodo por primera vez desde que llegó a ese lugar.

Después de un rato Dayana se fue a su habitación a encontrarse con su novio y alistarse para el primer evento de esa noche, Patrick hizo lo mismo, se puso su traje negro, su reloj y arregló su cabello, Dayana y su novio pasarían por él para bajar juntos.

—Escarlata ¿por qué no te estas alistando al igual que las demás chicas?

—Odio ese nombre —refunfuñó la chica mirando a Celeste a través del espejo.

—Pues ya te acostumbraras, ahora, anda, alístate, en aproximadamente una

hora, las vírgenes deben hacer su primera presentación.

—Como si fuéramos unos cerdos expuestos en un matadero para que...

—Bueno, Pero ¿qué te pasa? —Celeste tomó a la joven del brazo y la hizo ponerse de pie —nadie te ha obligado a venir, si no quieres ganar un dinero por tu virginidad dilo y podrás largarte cuando quieras.

Escarlata la miró retándola a los ojos, pero entonces la imagen de su pequeña hermana cruzó por su mente.

—Lo siento —murmuró bajando la mirada.

—Que no te guste el nombre de Escarlata, lo puedo entender, yo tampoco me llamo Celeste, pero este año, las mujeres llevamos nombres de colores y ese fue el que te tocó por sorteo, una vez te marches de aquí, volverás a ser Sofia, ese es tu nombre ¿no? —la chica le devolvió la mirada apretando la mandíbula, ese tampoco era su nombre, pero nadie podría saberlo jamás —¿no es tu nombre? Son tantas chicas que...

—Si lo es, mi nombre es Sofia.

—Bien Sofia, ahora dime ¿Quieres continuar con esto? Recuerda que aquí a nadie se le fuerza a nada, incluso si no quieres aceptar al hombre que gane tu subaste puedes renunciar, eso sí, te irás sin un centavo.

—Voy a continuar, solo estoy nerviosa.

—Entiendo, para las chicas vírgenes siempre es más complicado y sobre lo que dijiste que te expondríamos como cerdos en el matadero, debes entender que esto es un show y entre más atractivo, más dinero recaudaremos, eso también te incluye, recibirás una gran cantidad si logras impactar en tu subasta, eres hermosa —hizo que se mirara al espejo nuevamente —tiene un rostro angelical, simplemente preciosa.

Escarlata se vio al espejo sin poder sonreír, a veces cuando se observaba no lograba reconocerse, su cabello oscuro con el que había nacido, desapareció justo antes de que el venezolano la subiera en el barco que la llevó hasta Dominica, una mujer se lo tinturó y se lo dejó un poco más claro, sin embargo, eso le hacía resaltar aún más sus finos rasgos y sus ojos, era cierto lo que decía Celeste, era hermosa.

—Dime que debo usar para captar al mejor candidato —le pidió mirándola por el espejo.

—Así se habla —la animó Celeste dando un sonoro aplauso —estaré vigilando a los posibles subastadores, trataré que no solo te toque el más rico, sino el más amable y atractivo.

—Gracias —le sonrió sin ganas.

La fiesta ya estaba en su punto más alto, la casa tenía un enorme salón al estilo de los palacios europeos, el cual estaba dividido con cortinas para crear diversos ambientes.

Patrick ya estaba más que acostumbrado a ese ambiente, ni siquiera lo sorprendía encontrar allí a personas como el jeque Mohammed Bin Al-Saud, el padre de un amigo de su cuñada Victoria, y quien había desterrado a su hijo por haberse casado con una mujer americana, el intachable jeque estaba allí en el paraíso de la perdición, haciendo parte del mundo con su doble moral, mundo al que Patrick también pertenecía, su familia jamás imaginaría que el más serio de los Mathieu, estuviera en lugar como ese.

En ese instante estaba bebiendo una copa de coñac Napoleón, mientras veía a tres mujeres sobre un sofá rojo teniendo sexo, siempre le había gustado observar, era un poco voyerista y se deleitaba en el sexo entre mujeres.

Dayana junto a Robert habían ido a buscarlo a su habitación, después bebieron unas copas, pero mientras se adentraban en el salón, pero pronto Robert se fijaría en un hombre en posición de sumiso y le indicó a Dayana para que se acercará, y con un gesto se despidieron de Patrick y se fueron a cumplir sus fantasías.

Patrick ya había recibido dos invitaciones para participar en algunos juegos, pero lo cierto era que no le apetecía, si ese hubiese sido el objetivo de su viaje, habría preferido quedarse en París para jugar en el club al que pertenecía, lo cierto era que su viaje tenía como objetivo, el de encontrar esa mujer con la que sintiera una conexión y que además de ser su sumisa, también acabara con tantas noches de soledad.

Escuchó los gemidos de las mujeres que estaba observando, y mientras ellas se retorcían al llegar al orgasmo, las luces del lugar descendieron aún más, al tiempo que la trompeta se escuchaba en todo el lugar, acto seguido, el suelo del salón, se encendieron unas pequeñas lucecitas doradas demarcando una pasarela, así como se iluminan las pistas de aterrizaje en las noches.

—Señoras y señores, sean todos bienvenidos a Babilonia, el lugar en cual todos sus deseos sexuales pueden hacerse realidad —Un hombre de unos 50 años vestido de esmoquin era el que hablaba por micrófono subido en una pequeña tarima —mi nombre es Lamborgini y mi deseo es que todos estén satisfechos esta noche —un gran grito de histeria se escuchó en todo el salón —para quienes ya han venido, saben que es una costumbre que en la primera

noche se haga la presentación en sociedad de nuestras vírgenes, quienes serán subastadas el día de mañana —nuevamente un gran grito colectivo retumbó — recuerden que aquellos que quieran participar en la subasta de las vírgenes debe inscribirse esta noche, así que si ven alguna preciosidad que los hechice, corran hacia donde está Celeste a inscribirse, no se aceptan más de 5 oferentes por chica, después, esta misma noche saldrán nuestros chicos y chicas ya desflorados, pero igual de hermosos y muy sumisos, la subasta de ellos si se realizará esta misma noche y todos pueden participar —volvieron a escucharse aplausos y gritos —sin más preámbulo, conozcamos a... ¡Purpura!

Salió una preciosa jovencita de cabello color chocolate y piel dorada, alta, de cuerpo delgado, iba vestida con un corsé transparente de encaje del mismo color de su nombre, caminaba lento y con la mirada baja, pero sin llegar a agachar el rostro, esa era la postura que Celeste les había enseñado.

Una a una Lamborghini las fue llamando, hasta que llegó el turno de Escarlata.

—Esta preciosa virgen de sensuales curvas y notable inocencia, es una sumisa natural —ella comenzó a caminar mientras que Lamborghini trataba de venderla al mejor postor —caballeros, si lo que están buscando es una mujer obediente y complaciente a cualquiera de sus caprichos, esta es la virgen indicada.

Patrick estaba un poco distraído, Dayana y su novio habían vuelto a unirse a él y en ese momento estaban comentando sobre la chica anterior, Patrick había dejado ver su preocupación de que las jóvenes se sintiera presionadas a participar, pero Dayana que el año anterior había ganado la subasta de una virgen, le explicó que ellas querían hacerlo y que su sumisa había estado encantada con ellos todo ese año, que si la decisión hubiese estado en ella se habría quedado, pero ellos como pareja tenía un acuerdo de no encariñarse con ningún tercero.

—Señores, nada más placentero que una sumisa natural, una doncella sin asomo de rebeldía, solo piensen en todo lo que le pueden pedir y que ella hará sin dudar.

En cuanto Lamborghini recalcó que Escarlata era una sumisa natural, la buscó con la mirada y allí la encontró, a diferencia de las demás ella si llevaba la cabeza completamente gacha y la mirada clavada en el suelo, Patrick lo interpretó como una señal clara de su sumisión.

—Escarlata es una joven de 21 años, sabe hablar español, inglés y un poco de francés, es una buena estudiante, así que el ganador podrá enseñarle todas

sus perversiones y ella las aprenderá muy bien.

A Escarlata el corazón se le aceleraba con cada palabra que le escuchaba a ese sujeto, la exponía como si fuera una mascota a la que hay que enseñarle a salir a mear, sin embargo, solo faltaba recordar porque debía aguantar todo aquello y todas esas sensaciones desaparecía, cada vez era más fácil aplacar su espíritu rebelde, cada vez su corazón se endurecía un poco más, estaba segura de que llegaría al momento en el que nada podría alterarla, o por lo menos eso esperaba.

Ella iba vestida con corsé de estilo burlesque color rojo escarlata y un ligero negro que lo unía a unas medias de mayas rojas, Patrick quedó eclipsado por la imagen de esa mujer, de inmediato la imaginó de rodillas aferrada a su pierna y no pudo evitar que su pene se pusiera duro.

—Me encanta —pensó sin darse cuenta de que lo había dicho en voz alta.

—¿Quieres ser ofertante de Escarlata?

—¿Qué? —reaccionó al escuchar a Dayana.

—Creí que tal vez querías ser ofertante de Aguamarina, esa chica también pareció gustarte.

—No, no voy a subastar por una virgen —dijo enfático en cuanto salió de su deslumbramiento inicial.

—¿Por qué no? —preguntó Robert, quien se había mantenido en silencio hasta el momento, no era un hombre de muchas palabras.

—Bueno, es que... ella se ve tan joven —comenzó hablar con la mirada pérdida —tan hermosa, su rostro es angelical, a pesar de que casi no se podía apreciar porque lo escondía entre ese cabello brillante.

—Ya vengo —dijo Dayana antes de salir corriendo con una sonrisa maliciosa.

—Parece que la chica te ha gustado, y mucho, no te cohíbas, inscríbete como oferente —le dijo Robert con autoridad

—No, ya he dicho que no he venido por una virgen, ya escuchaste, tiene 21 años y yo tengo 43 años, ¡por Dios!, ¿cómo podría estar con una mujer a la que le llevó un poco más de veinte años?

—Patrick, no seas tan antiguo —dijo Dayana volviendo hasta ellos — desde cuando esas diferencias importan para follar, aquí lo que se debe resaltar es que es una mujer, no es ninguna niña, no es una menor de edad, así que no tienes por qué sentir que estás haciendo algo malo.

—No, mejor...

—Te he inscrito, mañana podrás ofertar por ella.

—¿Por qué lo has hecho?

—Porque tu no lo harás y perderías la oportunidad con una mujer que te ha dejado un poco deslumbrado, así que no reniegues y asiste a la subasta, si estando en ella, decides no ofertar, ese será tu problema.

—No voy a ofertar —dijo desviando la mirada.

—De acuerdo, entonces imagino que no te interesa asistir a la cata.

—¿A la qué?

—La cata, es el momento en que los oferentes pueden estar a solas con la virgen por la cual van a ofertar, solo pueden conversar con ella, el tacto está restringido, aunque no está prohibido.

Patrick guardó silencio, “¡Maldición! Si quiero ir a la cata, no voy a subastar por ella, pero si quiero conocerla un poco mejor, saber si realmente es así de sumisa, saber si...”

—¿En dónde es? —preguntó interrumpiendo a la pareja, quienes estaban hablando de una de los hombres que serían subastados como sumisos.

—¿En dónde es qué?

—La cata.

—Ah, entonces si te interesa

—Anda, dime —insistió fastidiado.

—Bueno, la cata se hace en el orden en que realizó la inscripción, y tu está inscrito de cuarto, así que Celeste enviará alguien para avisarte.

—Gracias.

—Espera —lo detuvo Dayana —viene la subasta de los que no son vírgenes, ¿acaso no es por eso por lo que has venido?

Patrick vio hacía donde estaban las mujeres y hombres expuestos para la subasta y sintió un deseo enorme por alejarse, las mujeres eran preciosas y seguro eran buenas sumisas con experiencia, pero... él no sentía ningún deseo por participar.

—Esperaré a mañana, tan solo es la primera noche.

—Sí, pero mañana tendrás que escoger entre los que hoy ni siquiera llegaron al precio base.

—Correré el riesgo.

—De acuerdo, como quieras.

Patrick fue al bar, pero tampoco le apeteció beber otra copa, se sentía extraño, le dolía la cabeza, y unas repentinas nauseas lo abordaron.

—Celeste —llamó a la preciosa mujer que esa misma mañana lo había recibido en el lugar —me retiro a mi habitación.

—¿Se siente bien?

—Sí, solo estoy un poco cansado.

—Bien, entonces, le pediré a Turquesa que en cuanto sea su turno de cata, lleve a Escarlata a su habitación, no es lo usual, hay un espacio para eso, pero haré una excepción con usted.

—Muchas gracias.

Celeste reunió a todas las vírgenes para iniciar la cata, ese era un momento para que los ofertantes se acercaran a ellas y pudieran verlas más de cerca e incluso conversar sobre posibles acuerdos, el contacto físico más allá de lo honorable, no estaba permitido, y el tiempo con el que se contaba era de tan solo 15 minutos por cada ofertante.

En la reunión les explicó a las jóvenes las condiciones en las cuales se daría la cata y les dijo que para mayor seguridad ellas estarían siempre acompañadas, con eso se evitaría que a alguno de los ofertantes se le fuera la cabeza antes de pagar.

Una vez terminó la explicación general, Celeste tomó del brazo a Escarlata y la llevó a un rincón, desde que la chica llegó, quiso tomarla bajo su protección, fue de las primeras en arribar al lugar y se le veía tan nerviosa y asustada que quiso ayudarla para que su experiencia fuera lo más grata posible, Sofía le había contado que era de una de las zonas más pobres de Caracas y que debía ganar ese dinero para sacar a su familia de la pobreza, una historia muy parecida a la de la propia Celeste 10 años atrás.

—Ya sé a quién debes encantar —le dijo en un susurro.

—¿Que? —preguntó confundida

—Mira, se perfectamente que no estás haciendo esto por gusto, así que quiero que vivas la mejor experiencia posible y para tu fortuna uno de los hombres que quiere ofertar por ti, te hará la situación más llevadera, incluso creo que será muy placentera.

—¿Por qué lo dices? ¿Lo conoces? —preguntó incrédula.

—No, pero Lamborghini hace una investigación de cada invitado y acabo de ver lo que averiguó de ese hombre.

—¿Y? —preguntó con insistencia.

—No abuses de tu suerte jovencita,- la reprendió al escuchar su irritación —solo créeme cuando te digo que es el indicado para ti —la miró muy seria y al ver que ella no decía nada continuó —Le gusta la sumisión natural, es decir, que no te va a golpear, jamás te dominará con golpes o castigos, el prefiere que la mujer se someta a voluntad, que hagas todo lo que él diga sin objetar,

pero tranquila —se adelantó al ver que la chica quería quejarse de lo último —es un caballero, y según lo que se habla entre las mujeres que han estado entre sus manos, es un hombre complaciente y para nada misógino.

—No lo sé —dijo analizando las palabras de la mujer.

—Mira, se supone que no vas a hacer nada que esté en contra de tu voluntad, pero, a decir verdad, veo que si vas con un hombre dominante con prácticas sádicas, recibirás más de una zurra porque tienes una naturaleza rebelde, aunque la sabes dominar bien, pero a raíz de esa naturaleza, es probable que decidas dar por terminado el acuerdo antes de tiempo, malo para ti, porque no recibirás todo tu dinero y malo para nosotros, porque tendremos que devolver en proporción el dinero que el cliente haya pagado en la subasta, ¿eso es lo que quieres?

—No, ya sabes que necesito el dinero —dijo bajando la mirada, no podía volver a casa, su tío la había desterrado, si lo contrariaba, su hermana sufriría, por eso, ahora más que nunca necesitaba dinero, y mucho, ella pensaba volver por Valentina, pero lo haría con los bolsillos llenos de billetes para comprar a todo el que fuese necesario y poder sacar a su hermana del país e irse con ella. De su padre no se preocupaba, algo en lo profundo de su corazón le gritaba que él ya había muerto, la última vez que lo había visto estaba muy mal herido y estaba segura de que las torturas no habían terminado hasta llevarlo a la muerte —¿cómo se llama?

—Patrick Mathieu —contestó Celeste con una sonrisa de triunfo por haber convencido a la jovencuela —escúchame con atención para que ese hombre quede tan encantado que no dude en pujar por ti.

Patrick estaba tomando un oporto sentado en el balcón de su habitación, desde donde estaba podía apreciar el reflejo de la luna sobre la oscuridad del mar, ese lugar le recordaba a la finca de su abuelo en Puerto Rico.

La finca tenía una casa antigua, de la época de la colonización española, su abuelo en los años de juventud le había hecho reformas sin que estas afectaran la fachada de la casa, allí también tenía una habitación con vista al mar, tal y como en la que ahora estaba.

Recordó sus épocas de infancia mientras dejaba que el tiempo pasara sin aceptar que estaba ansioso porque llamaran a la puerta, entre tantos recuerdos

quiso encontrar como tantas veces lo había intentado, la razón del por qué le gustaba y le excitaba la sumisión y humillación voluntaria de las mujeres, pero como siempre que le ocurría no la encontraba.

Su infancia había sido buena, sus padres fueron personas cariñosas, jamás sufrió ningún tipo de violencia, ni tampoco vio que su padre tratara de mala forma a su madre, claro estaba que a él tampoco le gustaba maltratar a las mujeres, solo le gustaba ver como ellas se rendían a él, como con sus actitudes sumisas le imploraban que hiciera con ellas lo que quisiera, era impensable que un hombre que amaba tanto a su madre como él lo hacía y cuya madre era una mujer fuerte autoritaria, tuviera esos raros gustos.

—Acéptate Patrick, no busques una justificación, simplemente te gusta y punto —se dijo en voz alta justo en el momento en que llamaban a la puerta.

Saltó del sillón, pero de inmediato se retuvo, respiró profundo y se reprendió por parecer un adolescente a punto de perder la virginidad “hombre, que tienes más de cuarenta” se dijo.

Abrió la puerta aparentando la mayor serenidad posible, pero de inmediato un ramalazo de excitación le recorrió todo el cuerpo al ver a Escarlata parada frente a su puerta con la mirada gacha.

—Sigue —le susurró con voz ronca.

—Señor... —la voz de otra mujer hizo que se detuviera cuando iba a cerrar la puerta después de que escarlata entrara a la habitación esa mañana.

Patrick la reconoció como la mujer que le mostró la habitación.

—¿Sí? —le preguntó ansioso por quedarse solo con Escarlata.

—Debo estar con ella —le dijo sin ningún tipo de emoción.

—Creí que... tendríamos privacidad.

—Entenderá que debo garantizar que... —dejó la frase en el aire para que él la terminara en su mente.

—Bien, siga.

La presencia de Ámbar lo incomodó en exceso, él quería estar a solas con ella, quería conocerla e incluso preguntarle porque estaba haciendo aquello, pero nada de eso podría hacer con la presencia de esa mujer.

—¿Quieres beber algo? —le preguntó a Escarlata.

—No, gracias —contestó en un susurro casi inaudible.

—Bien —se sirvió otra copa de oporto —¿Esto como se hace? —le preguntó a Ámbar con un poco de fastidio.

—Va de la forma en que usted quiera, solo no puede haber actos sexuales.

—Así que no puede haber ningún acto sexual —habló mientras caminaba

alrededor de Escarlata, reflejando en su mirada el deseo que esa mujer le despertaba, después se detuvo en frente y con los dedos le levantó la barbilla —escuché que tenías 21 años, pero pareces menor, ¿De verdad tienes 21?

—Sí, mi señor —la voz salió suave entre sus labios.

—¡Dios! —masculló al sentir como su pene se erguía ante tanta sumisión y ante ese tono de voz tan melodioso.

Ella ya había estado con los demás ofertantes en el salón de cata y rogó al cielo porque ninguno de ellos se emocionará demasiado, era hombres mayores, morbosos y babosos, ahora tenía en frente al último ofertante, un hombre mayor para ella evidentemente, pero con los ojos más bonitos que hubiese visto nunca.

Patrick la observaba con un brillo de malicia, y una sonrisa cínica, se veía guapo a rabiar, su cabello negro iluminado por algunas canas lo hacían muy atractivo.

—Ningún acto sexual, en ello no se incluyen los besos —dijo mientras veía con deleite esa boca gruesa y rosada de la muchacha

—Señor... —quiso detenerlo Ámbar

—Cállate —gruñó al tiempo que agarraba el cabello de Escarlata en un fuerte puño y le movía la cabeza a su antojo para ubicarla de la mejor manera en que él pudiera devorarle la boca.

María Paula se tensó al inicio del beso, ella había besado muchos chicos, era cierto que había crecido con los principios católica que su tía Esmeralda le había inculcado, pero no era ninguna mojígata, hablaba con sus amigas abiertamente del sexo y como muchas de ellas ya habían tenido sexo con sus novios o con algún chico guapo, el tema no le era indiferente, aunque ella siguiera siendo virgen porque ninguno de los jovencitos adolescentes con los que se había besado le había despertado el fuego ardiente que ahora estaba sintiendo con ese beso abrazador.

Solo su profesor de música le había hecho desear más que solo besos, pero con él jamás se había dado la oportunidad de llevar las cosas un poco más lejos.

Sin saber en qué momento lo hizo, llevó sus manos hasta el pecho de Patrick, él tenía puesto la bata de baño y un pantalón de chándal y ella en un afán de buscar mayor estabilidad quiso sostenerse de su pecho marcado, sin ser consiente de cómo sus piernas comenzaban a traicionarla.

—Shhh, tranquila —le susurró ayudándola a mantener el equilibrio —te has excitado, por eso te flaquearon las piernas —le dijo al oído para que solo

ella lo escuchara —te sonrojaste —le acarició con ternura las mejillas — pareces tan joven, que... no pareces de 20.

La soltó en cuanto sintió que ella estaba nuevamente firme, después se fue a servir otra copa de oporto, sin importarle que para Ámbar fuera evidente su pene erecto, el pantalón de chándal parecía una tienda de campaña erguida.

—Tienes poca experiencia besando —le habló a la nuca después de que volviera con la copa.

Volvía a rodearla y la observó con mayor detenimiento, el cuerpo de esa mujer se veía precioso y sexy enfundado en ese corsé tipo burlesque y esas nalgas redondas y respingonas adornadas por el culote de encaje.

—¿Cuál es tu verdadero nombre? —le preguntó dejándose caer en la cama.

—No puedo decirlo, señor —dijo ella moviéndose con lentitud y delicadeza para ubicarse en medio de sus piernas.

—Dímelo —le ordenó.

Ella seguía de pie frente a él parada justo en el medio de sus piernas abiertas, él la observaba desde la cama con unas malditas ganas de poseerla que lo estaban matando.

—Puede llamarme como quiera —dijo cayendo de rodillas ante él —mi señor... mi nombre solo lo puede conocer quien gane la subasta —la perfecta actitud sumisa de la chica parecía muy natural, pensó Ámbar —señor... déjeme... —le pasó las manos por su dura entrepierna.

—Escarlata, ¿Qué haces? —le preguntó Ámbar.

—Deja que haga lo que quiera —le gruñó Patrick, con la firme y reciente decisión de ganar esa puta subasta, no recordaba cuando fue la última vez que había estado tan excitado, su voz, su mirada y esos movimientos tan suaves y tímidos lo estaban volviendo loco.

—Pero... no está permitido —siguió la mujer al observar como Escarlata tomaba la cintura de caucho del pantalón de Patrick —llamaré a los hombres de Staff —advirtió.

—Será mejor que no lo hagas —le dijo Patrick preparándose para que ella lo tocara.

Escarlata había liberado su dura erección, Patrick estaba tan excitado que el líquido preseminal brotaba de la punta de su pene en gotas.

—Me encantaría complacerlo —dijo la chica masajeándole la erección de arriba abajo —¿Puedo metérmela en la boca? —cuestionó con un tinte natural de inocencia.

—¡Escarlata no! —le gritó Ámbar.

—Por favor, lo deseo... —dijo la chica en una súplica.

—Hazlo, maldita sea, hazlo ya —la sujetó del cabello y la acercó a su pene.

—Perdóneme si no sé hacerlo —le dijo antes de meterse la punta en la boca al tiempo que lo chupaba como si fuera un cono.

Esas últimas palabras fueron como la cereza del helado, ella le había suplicado que le dejara mamársela y después le había pedido perdón por si no lo hacía bien —“¡Rayos! Voy a morir de placer” —pensó, mientras veía como ella se lo comía como si fuera un helado.

—Así, lo estás haciendo bien —la aduló mientras le acariciaba el rostro.

—Escarlata ... —gruño la otra mujer —si se enteran, nos van a castigar —ella la ignoró y siguió mamándosela a Patrick —ni siquiera lo estás haciendo como te expliqué cuando me preguntaste —gruñó al tiempo que se volteaba para darles la espalda, la situación la estaban afectando a pesar de ser una actuación ideada por Celeste.

—Espera, espera —Patrick, la interrumpió —no hay prisa —le levantó un poco la cabeza —¿le has pedido que te explique cómo hacerlo?

—Sí señor, lo siento si no lo estoy haciendo bien, es la primera vez que lo hago, Ámbar intentó explicarme, pero al parecer no aprendí.

—No, no, no lo estás haciendo mal —le habló con una ternura que jamás había sentido, esa preciosa mujer estaba haciendo su primera mamada y lo había escogido a él para hacerlo —¿Por qué yo? —le preguntó con curiosidad.

—Desde que salí a caminar para que todos ustedes nos vieran, me fijé en usted, y sentí una corriente extraña, inmediatamente después de terminar le pregunté a Celeste por usted y me dijo que coincidentalmente era uno de los ofertantes, por eso cuando Ámbar me dijo que vendríamos a... bueno le pedí que me explicara, no sé por qué, pero quiera hacerlo, deseo complacerlo, aun lo deseo, aun quiero complacerlo.

—Hazlo, haz que me corra en tu preciosa boca, quiero que te tragues mi semen.

La recorrió un temblor de miedo y ansiedad, en su anterior vida, habría gritado ofendida ante lo que ese hombre le acababa de decir, pero increíblemente ahora, en su nueva vida, en la cual el sexo era parte fundamental, esas palabras solo le servían de aliciente.

Definitivamente lo prefería a él, si su destino era ser una esclava sexual por un año, lo mejor era hacerlo con un hombre atractivo y cordial, los otros

ofertantes eran un riesgo en todo sentido, el primero era demasiado viejo, no soportaría el asco de tocarlo o dejarse tocar, el segundo, fue demasiado lascivo, la tocó y la escudriñó como si ella fuera una res a la cual le estaba calculando cuánto dinero le podrían sacar, el tercero, fue un poco agresivo, la había sujetado tan fuerte del mentón que Ámbar tuvo que intervenir, el cuarto era Patrick a quien Celeste había querido darle un trato especial y lo había dejado de último para la cata, por eso antes de ir a verlo estuvo con el quinto, quien le advirtió que cuando ganara la subasta, sería la esclava suya y de su esposa, a quien también le tendría que dar todo el placer posible, eso si la horrorizó, pensar en acostarse con otra mujer le daba asco.

Por todo lo anterior, se decidió seguir el consejo de Celeste y quiso que Patrick quedara prendado de ella e hiciera todo lo posible para ganar la subasta.

—¿Así? —sacó la lengua y lamió el capullo rosado, mientras Patrick la observaba con verdadero deseo.

—Demonios, si, como si estuvieras comiéndote una paleta —le indicó viendo como ella seguía las instrucciones —mierda, voy a disfrutar mucho enseñándote todo lo que sé —gruñó sujetándola del cabello —abre la boca — le ordenó mientras se ponía de pie- después, poco a poco fue metiéndole todo su miembro —respira preciosa, respira para que pueda clavarme hasta tu garganta —le murmuró mientras cumplía lo que acababa de decir —eso, así, muy bien, ahora chupa mientras te saco la polla —fue sacándola lentamente mientras a ella se le ahuecaban las mejillas por el esfuerzo de chupar — ¡Mierda! ¡Mierda! Así, carajo, hazlo así —repitió la acción varias veces hasta que sintió que no pudo aguantar más, toda la situación de ella tan inexperta y él siendo su maestro en las artes amatorias, lo enloquecieron de placer —sí, sí, que delicia —dijo al sentir el clímax al tiempo que pegaba la cabeza de la joven contra su cadera, haciendo que los labios de Escarlata llegaran hasta la raíz de su falo, ella sintió unas fuertes arcadas cuando la penetró por completo y su miembro expulsó todo su semen —respira —le pidió sin retirarse ni un centímetro de su interior, solo lo hizo cuando terminó de eyacular —¿quieres ser mi esclava? —le preguntó poniéndola de pie.

—Si mi señor, lo deseo y mucho —contestó sin mirarlo a los ojos — espero que mi torpeza para darle placer, no lo desestimen a ofertar —siguió en su actitud sumisa.

—Vas a ser mía —le dijo en un suave susurro justo cuando llamaban a la puerta.

—El tiempo de la cata ha terminado, Ámbar lleva a Escarlata a su habitación —se escuchó la voz de Celeste al otro lado.

6

Esa noche, Patrick durmió como no recordaba haberlo hecho, se sentía satisfecho en todo sentido, tenía claro que Escarlata sería su compañera sexual por un año, deseaba con todo su ser, volver a experimentar esos instantes de placer, jamás había sentido esa mezcla de locas sensaciones, la ternura combinada con el poder y la dominación, con él, todo siempre había sido blanco o negro, pero esta vez era de muchos colores.

En cuanto amaneció su mente inmediatamente lo transportaron a la noche anterior, su cuerpo sensible recordó la forma en que esa joven le había hablado y como le había dicho con insistencia lo mucho que lo deseaba, su anhelo porque fuera él quien ganara la subasta, de rodillas le había suplicado que la dejara complacerlo y él como el más perverso de todos los hombres, se había regocijado en esa súplica y había disfrutado como un enfermo de ver su falta de pericia y al mismo tiempo su deseo desenfrenado por complacerlo, al parecer, su amigo tendría razón y su salvación para sobrevivir a la desidia y el aburrimiento del sexo sin sentido estaba en la que ya había decidido que sería su esclava, aunque odiaba esa palabra, él prefería llamarla compañera sexual.

Si eso era lo que estaba pasando por la cabeza de Patrick, por la cabeza de María Paula, Escarlata o Sofía, (ya ella ni siquiera sabía cómo se llamaba), pasaban otros pensamientos muy distintos, para ella, la noche también había estado plagada de tantos y tan diferentes sentimientos, que ahora estaba más confundida que nunca.

Ella era la única de sus compañeras de colegio que seguía siendo virgen, solo se había dado un par de besos con alguno que otro chico, pero ninguno le había despertado un deseo que la llevara a dar un paso más allá del beso, solo su profesor de música la había hecho fantasear, cuando tenía clases de violín siempre se vestía y actuaba de tal forma que llamara su atención, y aunque algunas veces llegó a pensar que por fin había captado su interés, pero ese hombre siempre era tan correcto que no le dejaba ver nada. Todo eso había cambiado la noche anterior, ese hombre la había tomado con tal brusquedad y propiedad para besarla, que hizo que las piernas le temblaran.

—¿Era miedo? —se repetía, sin embargo, no era ninguna tonta, ese beso le había hecho palpitar todo el cuerpo, pero sobre todo la zona que quedaba en el vientre bajo —pero ¿qué vas a saber tú que fue eso? Eres una tonta inexperta —se dijo mientras se lavaba el rostro —aunque lo de la mamada estuvo... bueno no eres experta, pero estoy segura que estuvo bien, además no te dio asco —se detuvo a verse a los ojos, como si estuviera conversando con otra persona —lo del semen estuvo un poco fuerte, jamás lo habría hecho en otras circunstancias, pero pudo haber sido peor, ¡Dios! Ese hombre debe ofertar y ganar la subasta o de lo contrario tendré un año asqueroso, odio tener que suplicar y arrodillarme, pero estoy segura de que eso es menos malo hacerlo con un hombre como Patrick, a hacerlo con un hombre como el primer ofertante, Jesús, están viejo y tan blanco que no quiero imaginar cómo será su... iuck, guacala.

—¿Cómo amaneciste? —le preguntó Celeste entrando al baño.

—No lo sé —le contestó mirándola a través del espejo —aun no me creo lo que hice anoche —dijo sin ningún rastro de sentimiento, todo lo que había pasado en las últimas semanas desde el secuestro de su padre y su hermana la estaban haciendo cada día más fría, cada vez le era más difícil demostrar sus reales emociones.

—¿Ahora está de acuerdo conmigo de que tu mejor opción es Patrick?

—Sí, estoy de acuerdo.

—Ámbar me dijo que lo habías hecho muy bien anoche, seguiste todo al pie de la letra y al parecer ese hombre ha quedado prendado.

—¿Por qué lo haces? Eres diferente conmigo, y no me digas que no, he visto cómo eres con las demás chicas y por mi te preocupas más que por ellas.

—El venezolano me contó tu historia.

Estuvieron en silencio por unos segundos, María Paula no lo podía creer, el mismo venezolano le había advertido que jamás debía mencionar nada sobre el secuestro y sobre que estaba allí en contra de su voluntad o él mismo se encargaría de matar a su hermanita.

—¿Te la contó? —preguntó con incredulidad.

—Sí, me dijo que tu madre está muriendo de cáncer y que necesitabas el dinero, es por eso que convencí a Lamborghini de darte todo el dinero que ganes de la subasta desde el comienzo y no como normalmente lo hace, como nadie nos garantiza que las chicas duren el año como esclavas sexuales, entonces él divide lo que gane la chica en 12 meses y todos los meses hace la transferencia correspondiente, hasta que cumpla el año, así si la chica se retira

antes del año solo habrá recibido el dinero proporcionado al tiempo en el cual cumplió el acuerdo, la otra parte del dinero será reembolsada, eso asegura su buena fama.

—¿Entonces me darán todo el dinero?

—Sí, pero debes tener en cuenta que, si no cumples el acuerdo, deberás devolver el dinero correspondiente y Lamborghini es un buen tío cuando nadie se opone a sus intereses, pero puede llegar a ser perverso si no cumples, si al exigirte el dinero te niegas por cualquier motivo a hacerlo.

—Entiendo —dijo pensando en cómo se cobraría el venezolano el dinero, era lo único de lo que no le había hablado.

—Antes de ser la mujer de Lamborghini, también llegué aquí para ser subastada, mi hermana mayor tenía cáncer y si no se salvaba sus dos hijos quedarían huérfanos, éramos una familia muy pobre y solo así vi una oportunidad para conseguir ese dinero, el hermano de Lamborghini ganó la subasta y fui su esclava por seis meses hasta que le dio un infarto por una sobredosis de cocaína, pensé que podría volver a casa, mi hermana ya estaba recibiendo el mejor tratamiento para su enfermedad, pero entonces, Lamborghini me dijo que debía devolverle el dinero de 6 meses, me negué porque lo necesitaba y porque no era yo quien había incumplido el acuerdo, pero él es un hombre al que no se le puede decir que no, y me lo hizo saber de la peor forma, entonces me propuso que fuera su esclava por el tiempo que faltaba y dada mi necesidad, acepté.

—¿Ósea que aún no cumples el tiempo?

—No, te estoy hablando de algo que sucedió hace varios años atrás, lo que pasó, fue que en esos 6 meses nos enamoramos, bueno Lamborghini ya estaba enamorado de mí, por eso me obligó a ser su esclava, ese tiempo lo aproveché para enamorarme.

—Me parece imposible, jamás podría enamorarme de un hombre que me ha tenido como su esclava sexual.

—Jamás es mucho tiempo, en un tiempo como jamás pueden pasar muchas cosas.

—No lo creo, pero ahora entiendo porque me tratas diferente, me tienes compasión por la situación familiar que estoy pasando y dado que tuviste una similar, te sientes identificada.

—Eres una cica inteligente, sé que esto no es lo que hubiese querido para iniciarte en el sexo, pero creo que con Patrick Mathieu podrá ser una iniciación placentera, no es de los hombres que solo buscan su placer de

manera egoísta.

—No tengo muchas opciones, esto es algo que debo hacer —volvió a hablar con frialdad.

—Cuando te veo, me pareces más joven, podría decir que ni siquiera tienes la mayoría de edad, —María Paula se giró para verla sin dejar ver su nerviosismo, era menor de edad, pero sus documentos falsos decían que estaba a punto de cumplir 21 años —pero cuando hablas se nota tu madures.

—¿A qué horas es la subasta?

—A las 10 de la noche, tienes todo el día para descansar, en la noche serás subastada y en muchos casos el ofertante quiere marcharse de inmediato, así que prepárate, es probable que hoy no duermas aquí.

—¿Tienes algún consejo que puedas darme?

—Sí, tengo varios, pero eso dependerá de quien gane la subasta, conozco el expediente de cada uno de ellos y también sé que no puedes comportarte igual con todos, así que antes de que te vayas tendremos una charla.

—Bien, entonces comeré algo y después intentaré dormir

Patrick bajó a comer algo y se encontró con Dayanara, ella junto a su marido le había hecho un pequeño relato sin muchos detalles de lo bien lo habían pasado con el hombre por el cual habían subastado, esa misma tarde arreglaría lo del dinero y ser marcharía, para ellos el evento ya había terminado y habían tenido mucha diversión, se llevaban un compañero sexual muy atractivo y complaciente según las propias palabras de Dayanara.

Para él evento no había terminado, él miraba ansioso el reloj esperando que fuera la hora de la subasta, llevaba 3 millones en efectivo y aunque al principio los había llevado por si acaso, ahora estaba más que decidido a gastarlos, con tal de que Escarlata fuera suya.

El resto del día se paseó por los jardines en los cuales se estaba ofreciendo una fiesta al aire libre, muchos de los que estaban dispuestos para la subasta del día anterior, ahora estaba con sus dominantes, la única subasta que se dejaba para el final del evento, era la de las vírgenes.

—Hola guapo —escuchó la voz sedosa de una mujer —¿Cómo estás?

—Bien —contestó con amabilidad a la rubia imponente que estaba frente a él, la mujer estaba vestida con un diminuto bikini cubierto con un pareo blanco

de encaje.

—Mi hermana y yo nos preguntábamos si te gustaría pasar un tiempo con nosotras —dijo haciendo un gesto hacia donde estaba la otra chica.

Patrick la vio y de inmediato evidenció que eran gemelas, igual de rubias, igual de hermosas e imponentes.

—¿Están solas?

—Si, bueno anoche hemos ganado la subasta de un chico, pero hemos decidido darle el día de hoy para que prepare sus cosas para el viaje.

Dudó un instante en si debía o no hacerlo, pero estaba allí en ese extraño evento y dos mujeres preciosas se le estaban ofreciendo, además ya estaba seguro de que se llevaría a Escarlata por un año, entonces que por qué no disfrutar de las gemelas.

—Será un placer poder compartir con ustedes.

Estaban en la habitación de las hermanas, una de ellas le sirvió un gin tonic, después conversaron un poco de cómo habían llegado a aquel evento, pero cuando llevaba casi media hora en la habitación, la hermana del bikini negro quien le había dicho que se llamaba Verónica se puso de pie y sin decir más, se soltó la parte superior dejando libre sus sensuales pechos.

—Creo que estamos charlando mucho.

La otra, la que le había dicho que se llamaba Luciana hizo lo mismo.

—Patrick, dinos que quieres —se puso detrás de su hermana y pasando sus brazos por debajo de los de Verónica, comenzó a acariciarle el pecho —con nosotras, todo está permitido.

—Termina de desnudarla —dijo con tal autoridad que Luciana no dudó en obedecerlo, Patrick aguardó observando cómo le bajaba la diminuta tanga —ahora que se acueste en esta mesa —señaló la mesa de centro frente a la que estaba sentado —Verónica se dejó llevar por su hermana y se tumbó sobre la mesa —ahora, tu termina de desnudarte —lo hizo sin dejar de mirarlo —ábrete de piernas sobre su rostro y deja que te lama, quiero ver su lengua recorriendo tu vagina.

Lo hizo, se abrió de pierna y dobló un poco las rodillas y de inmediato sintió la lengua juguetona de su gemela.

—¡Rayos! Mujeres, no sabes la visión tan malditamente erótica que me están regalando —Patrick se desnudó sin dejar de observarlas, después agarró del cabello a Luciana quien no dejaba de soltar suaves gemidos por las delicias que estaba sintiendo en su coño, Patrick la besó y de inmediato con más rudeza de la necesaria, hizo que bajara la cara hasta el coño de su gemela

—Si, así —le dijo al verlas amoldarse a un precioso 69, después acercó su rostro y casi enredando su lengua con la de Luciana lamió el coño de Verónica, quien ya había comenzado a dar suaves grititos de placer, así estuvieron unos segundos más, después Patrick tomó del cabello a Luciana y sin ningún reparo le metió su verga en la boca —haz que se corra —le dijo a la gemela que permanecía tumbada en la mesa.

Justo en ese instante el rostro inocente de Escarlata apareció en la escena, recordó con exactitud como la noche anterior con inexperiencia le había hecho una deliciosa felación, no pudo evitar comparar lo que estaba sintiendo con lo que ella le había hecho sentir, y entonces, se dio cuenta que ni siquiera había punto de comparación, la intensidad con la que su cuerpo había reaccionado era tres veces más fuerte que lo que sentía ahora.

Luciana se corrió, Patrick la tomó en brazos y la dejó en la cama, después fue por la otra gemela y la llevo a la cama también, allí la abrió por completo de pierna y se le comió el coño haciendo que la mujer gritara de placer, cuando se corrió, sin decir ni media palabra, abrió uno de los cajones de la mesa de noche y sacó un condón, sabía que allí estaba, porque allí estaban en su habitación, después tomó a la otra gemela y se clavó en ella al mismo tiempo masturbaba a la que le había comido el coño instante antes reviviendo su reciente orgasmo, estaba un poco enloquecido, las había acomodado en cuatro la una al lado de la otra, de tal forma que podía pasar del coño de una al coño de la otra con mucha rapidez, era hábil con sus manos por eso no desatendía a ninguna, hizo que las dos se corrieran con su polla adentro, primero una y después la otra se la ordeñaron con la contracciones de sus músculos vaginales, las bajó de la cama y las arrodilló una a cada lado y al igual que instantes antes se clavaba en la boca de una después de la otra, se corrió en la boca de verónica pero sacó su pene y se lo metió a Luciana para que ella también probara su semen.

—Mierda, eres el mejor polvo que nos hemos pegado en la vida —le dijo Verónica pasándose la lengua por los labios.

No respondió al cumplido, solo se puso de pie y fue al baño donde se lavó el rostro, cuando salió encontró a las hermanas sentadas en las minis sala cada una vestidas solo con el pareo

—Damas... ha sido un verdadero placer —tomó la mano de cada una y se la besó.

—Es nuestro número —le tendió una tarjeta —cuando lo deseas, llámanos. La hora de la subasta de Escarlata llegó, ella estaba vestida totalmente de

blanco, solo una túnica transparente la protegía de la desnudes absoluta, estaba en una plataforma redonda y giratoria tenía los ojos vendados, por lo que no podía ver la cara de los ofertantes que estaba en frente.

Patrick se había sentado en la última fila del pequeño salón, solo hasta ese momento individualizó a cada uno de los sujetos que estaban allí, no fue difícil deducir porque ella lo deseaba a él y no a los demás.

—Caballeros, bienvenidos a la subasta de Escarlata, como pueden observar, no tengo necesidad de describir su belleza, esta joven de casi 21 años, de 1,72 mts de estatura, cuerpo tonificado y ojos claros es el sueño de cualquier hombre, por ello comenzaremos su subasta con un arranque de 500 mil dólares.

La joven escuchaba como poco a poco comenzaron a subir la apuesta, pero escuchaba como el número 1, 2, 3 y 5 todo el tiempo participaban, pero el 4, ella sabía perfectamente a quien le pertenecía cada número y Patrick hasta el momento no había subido la apuesta ni una sola vez, cuando escuchó que el viejo decrepito del número 1 daba un millón y medio de dólares comenzó a temblar.

—Millón y medio a la una, millón y medio a las dos.

—Millón seiscientos —escuchó la voz que ya había identificado como el número 3, lo recordaba de la cata, como el tipo más agresivo de todos.

Patrick a pesar de lo seguro que estaba de llevársela con él, cuando entró a ese salón, el juego de ofertar en una subasta lo hizo dudar, de verdad parecía que estaba comprando a un ser humano, la lucha de principios en su interior estaba librando la batalla más dura que jamás hubiese librado, comprar a una mujer, él, un hombre que se suponía que podía tenerlo todo, era comprar una puta, él jamás había acudido a las putas, él no tenía por qué hacer eso, no, no lo haría, él conseguiría una mujer que quisiera estar con él y no que aceptará ser su esclava solo por dinero.

María Paula estaba cada vez más nerviosa, ya su mente recreaba el año que tendría siendo la esclava de ese viejo decrepito o la sumisa maltratada de ese otro hombre, al parecer eran los únicos que se empeñaban por seguir pujando, fue en ese momento cuando decidió hacer lo que Celeste le había recomendado antes de que la subasta iniciara.

Se arrodilló escuchando algunos suspiros entre los hombres, entre ellos, el de Patrick, él la vio ponerse de rodillas y su respiración de inmediato se aceleró.

—Por favor mi señor —María Paula pronunció las palabras con el mismo

tono de súplica que él ya le había escuchado, Patrick estuvo convencido de que era a él a quien le hablaba

—Millón seiscientos del señor número 4, a la una, millón seiscientos a las dos... y millón seis...

—Dos millones —se escuchó en todo el salón la voz con ese característico acento francés.

—¿Dos millones?, caramba caballeros, ¿alguien quiere superar esa barrera?, no escuchó respuesta y continuó con el protocolo, dos millones del señor número 4 a la 1, dos millones a los 2 y dos millones a las 3, vendida al señor número 4.

María Paula no lo podía creer, ese hombre por fin había abierto la boca, por fin se decidió a pujar y cuando lo hizo, lo hizo de tal manera que no tuvo que volver a hacerlo.

Ámbar entró por Escarlata para llevarla a la habitación contigua, los demás caballeros se levantaron de sus asientos y le hicieron cada uno, una leve inclinación de cabeza a Patrick, como señal de reconocimiento de su triunfo.

—Lo lograste Sofía —Celeste entró hablando entusiasmada —Increíble como he llegado a conocer a los hombres, estaba detrás de cortinas observando a ese bendito francés mientras me retorció las manos porque el muy... —se contuvo —no quería pujar o tal vez estaba esperando a ser el último, es de esos a los que no les gusta mostrar las ansias, pero cuando te arrodillaste y le suplicaste, Dios, ese hombre se irguió en su asiento y no pasó ni un par de segundos para que dijera alto y fuerte, dos millones.

—Dos millones —repitió la chica sorprendida por la suma que había logrado recaudar ese día.

—Si, fuiste la que recogió más dinero en la subasta en comparación con las demás chicas.

—Increíble —dijo sin emoción alguna, la verdad era que le parecía absurdo tal cantidad.

—Vamos mujer, debes dejar esa actitud, ahora te irás con ese hombre y si sigues así...

—Tranquila, me he vuelto muy actriz ¿Sabes? Le haré creer que no hay ser más importante para mí que él, le besaré hasta los pies, después de todo tengo que hacer que valga la pena esos dos millones.

—El tiempo pasa muy rápido, ya verás que ni cuenta te das cuando cumplas el año.

—Eso espero.

—Disfruta, no dejes que el orgullo te impida sacar cualquier cosa buena de esto, si el hombre quiere llevarte a conocer medio mundo, ve y hazlo con una sonrisa, es un hombre muy rico, estoy segura que si se siente complacido contigo te dará tantos regalos que seguramente superen el millón de dólares que ganaste en esta subasta.

—Gracias Celeste, te prometo que voy a ser la sumisa más entregada y condescendiente que ese hombre pudo haberse comprado, tanto así, que me rogará porque me quede cuando el año acabe

—Así se habla, y... si por alguna razón, eres tú la que comienza a tener sentimientos por él, no te cohíbas, ni los mates porque creas que es lo que debes hacer, hay historias de amor que no comienzan como deberían, pero, eso no quiere decir que no puedan ser buenas historias de amor.

—Eso no va a pasar, en mi mente solo tengo un objetivo y es salvar a la familia que me queda —dijo consiente de que a pesar de que del millón de dólares solo le quedarían trescientos mil correspondiente a su 30%, porque el otro se lo tendría que dar al venezolano, pero ese dinero sería la base para ir en busca de su hermana menor, y si lo que Celeste decía era cierto y ese hombre comenzaba a llenarla de regalos, se comportaría como la mejor de todas las sumisas para que los regalos fueran los más costosos, así reuniría el dinero necesario para pagar todas las almas que hubiese que pagar y poder sacar a su hermana de Colombia, intentaría hacer lo mismo por su tía, pero la verdad era que el único ser que le importaba era Valentina, no había nada, ni nadie en el mundo que le preocupara, ya ni siquiera pensaba en su padre, en el fondo lo culpaba por lo que le estaba pasando.

—Ya veremos niña.

—Buenas noches —saludó el venezolano, quien entraba con una enorme sonrisa.

—¿venezolano qué haces aquí?

—Bueno, he venido a cuadrar algunas cuentas con tu marido, pero antes de ir a su oficina escuche que nuestra querida Sofía había sido subastada por dos millones de dólares.

—Si, ha tenido mucha suerte, tendrá dinero suficiente para que su madre pueda tener el mejor tratamiento para curar su cáncer.

—Si, —dijo el sujeto con una falsa mirada de compasión —nuestra sofí podrá brindarle el mejor de los futuros a su madre —se acercó a ella y le acarició el cabello —a propósito, antes de venir he pasado por la casa de tu

madre, te ha mandado un mensaje.

—¿Un mensaje? —gruñó María Paula, estaba segura de que la única razón por la que ese hombre estaba allí, era para reclamar su parte del dinero.

—Sí, ¿Celeste, podrías dejarnos un momento a solas?

—Sabes que eso no le gusta a Lamborghini, odia que las vírgenes se queden a solas con un hombre durante el evento, cualquier cosa podría pasar y...

—Y dejar de ser vírgenes y valiosas, vamos Celeste, ya te dije que la conozco desde que era una niña y que, si la traje aquí fue para ayudarla a que salve a su madre, además solo será unos segundos.

—Está bien —dijo no muy contenta —Escarlata, voy a enviar a Ámbar para que venga a acompañarte a tu habitación, te vestirás y después iras al despacho de Lamborghini, allí te entregará oficialmente, también te dará el dinero tal y como te dije, mi recomendación es que en cuanto llegues a París abras una cuenta en un banco y lo deposites, Lamborghini le pedirá al señor que te ayude con ese trámite, si tienes algún inconveniente sea cual sea te pondrás en contacto por los medios que se les dijo el primer día de inducción.

—Está bien, dijo la chica con una media sonrisa.

—Celeste ¿Quién es el señor? —preguntó el venezolano, queriendo saber quién tenía tanto dinero como para pagar 2 millones por una mujer.

—Sabes que es confidencial —dijo mirando a la joven para que entendiera que no debía revelar el nombre de Patrick —ni siquiera Escarlata lo sabe, solo se enterará cuando esté rumbo a casa con él.

—Ya, este evento guarda tantos secretos que... nos haríamos multimillonarios con ellos.

—Olvídalo, ya sabes que Lamborghini prefiere matar al que sea con tal de proteger la identidad de sus clientes, solo así garantiza el éxito de este evento —le dijo en una amenaza velada.

Celeste caminó saliendo de la habitación, pero con un horrible presentimiento, no le hacía nada de gracia dejarla con el venezolano, jamás había tenido un problema con el hombre, pero eso era porque él solo le reclutaba algunas chicas, algunas veces le expresó a su marido su inquietud por la forma en que él le hablaba a las jovencitas que reclutaba o como ellas le contestaban con algo de resentimiento, tal y como lo había hecho Escarlata, por eso siempre las interrogaba sobre si ese hombre las tenía amenazadas de alguna forma, se esforzaba por hacerles saber que allí nadie las obligaría a nada, pero ninguna había hecho jamás alguna acusación hacia el venezolano.

—No puedo creer que te vendieran a tan buen precio —le dijo el hombre observándola con incredulidad.

—¿Qué quieres?

—Mi dinero

—Aun no lo tengo y la verdad es que...

—Tranquila, lo haremos a mi manera, no es la primera vez que lo hago —dijo acercándose para hablar más bajo —entrarás al despacho de Lamborghini, allí te darán el dinero en una maleta, la costumbre es que te hagan transferencias, pero dada la compasión de Celeste por tu penosa situación, te darán todo el dinero en efectivo, entonces debes decir que dejaste tus cosas en la habitación para que te dejen volver, iras con el dinero, en el baño de tu habitación hay una bolsa de plástico, meterás mi parte del dinero allí y después la dejarás en el tanque del agua del baño, luego saldrás con tu parte del dinero y tus cosas.

—De acuerdo —contestó como últimamente lo hacía, sin ningún asomo de emoción o sentimientos.

—Ya sabes, debes dejarme los seiscientos mil dólares completos —María Paula lo miró con los ojos como platos.

—No me mires así, ya habíamos quedado en que, para mí, sería el 60% —le dijo con tal brusquedad que ella agachó la mirada asintiendo sin entender la confusión.

Estaba segura que él le había exigido el 70%, sin embargo, no dijo nada, estaba ganando 100 mil dólares más de los que tenía pensado, iniciar con una base de 400 mil dólares estaba más que bien.

—Te los dejaré completos, solo te pido que cumplas tu palabra y que mi tío jamás conozca que pasó realmente conmigo.

—Lo haré —María Paula lo escuchó, pero no le creyó, como podía confiar en un hombre que estaba dispuesto a venderla como una esclava sexual para el resto de su vida a una red oriental o que la había acorralado para que se vendiera como una virgen y que le diera gran parte del dinero, el tipo era como una especie de proxeneta o traficante de personas, quien podría confiar en la palabra de un hombre así —lo haré, siempre y cuando no vuelvas a Colombia, jamás podrás revelar tu verdadera identidad, solo así podrás estar a salvo, de lo contrario, yo mismo te cazaré y a tu hermana también.

—Ya, eso lo dejaste claro desde el primer momento, no es necesario que me repitas las amenazas.

—Me gustan las cosas claras.

—Escarlata ... —Ámbar había aparecido sin hacer ruido —es hora —dijo refiriéndose que debía ir a presentarse ante Lamborghini y el hombre que ganó su subasta.

7

María Paula se cambió poniéndose un vestido veraniego blanco estampado con flores azules, se maquilló solo un poco para esconder las ojeras producidas por las pocas horas de sueño, cuando se dejaba el rostro al natural, se veía mucho más joven —tan solo voy a cumplir 18 años —se dijo sin pronunciar las palabras —no eres tan joven para perder la virginidad, pero si para asumir la responsabilidad de complacer un hombre tiempo completo durante un año.

—¿Estás lista? —Ámbar la apresuró.

—Si —contestó recordando que debía dejar su maleta para tener la excusa de regresar.

—Entonces vamos.

Por el camino, Ámbar trató de tranquilizarla, le dijo que si tenía problemas que no dudara en contactar a Celeste, ella conocía de muchos casos en los cuales Celeste había tenido que intervenir siempre protegiendo a la chica antes que a su comprador.

Esas palabras lejos de tranquilizarla, la llenaron de ansiedad, solo deseaba con el corazón no haberse equivocado al escoger a Patrick.

Llamaron a la puerta del despacho y la voz de Lamborghini se escuchó diciéndoles que podían pasar.

—Buenas noches —dijo Ámbar antes de volver a salir.

—Escarlata, acércate —era la primera vez que Lamborghini se dirigía a ella, el contacto siempre había sido por intermedio de Celeste —el señor Mathieu fue quien ganó tu subasta, míralo por favor —le pidió al ver que la muchacha miraba al suelo, desde el instante en que había cruzado esa puerta se metió en su papel de sumisión, tal y como se lo dijo a Celeste —En presencia del señor Mathieu te voy a preguntar ¿si tienes alguna objeción a ser su esclava sexual por un año? —Patrick arrugó el gesto al escuchar ese maldito término, “esclava”

—Ninguna objeción —contestó mirando a Patrick con un brillo en los ojos.

—Conoces cuales son las reglas ¿cierto?

—Si, debo estar con él durante un año contando a partir de hoy, él

establecerá las reglas, las cumpliré por ese tiempo, también sé que soy libre de terminar el acuerdo antes, pero entonces no recibiré todo el dinero.

—Es correcto —Patrick se sentía incómodo, pero prefirió no hablar por el momento —Sabes que te puedes poner en contacto únicamente por los medios que te suministramos, también recuerda que firmaste un contrato de confidencialidad que te podría traer muchos problemas si revelas algo de este evento o de tu relación con el señor Mathieu.

—Basta —habló Patrick sin poderse contener más —no creo que sean necesarias las amenazas, si ella ya firmó ese contrato ya debe saber que no puede decir nada ¿cierto? —le preguntó a la chica.

—Si mi señor —él respiró con dificultad cuando ella le habló de esa forma, a Lamborghini no le había respondido con tanta sumisión.

—No estás obligada a permanecer el año junto a mí, hazlo por el tiempo que quieras, no quiero que te sientas presionada de ninguna forma, eso me haría sentir que estoy abusando de ti.

—Está bien —contestó con una sincera y suave sonrisa, escucharlo decir esas palabras le acababan de confirmar que había elegido bien.

—¿Estás segura de esto? —preguntó finalmente.

—Sí, mi señor —respondió con la misma actitud sumisa.

—Bien, estando las cosas así de claras, creo que podemos continuar —Lamborghini se acercó al escritorio y tomó un maletín —está es tu parte Escarlata, Celeste me ha pedido que haga una excepción contigo, espero que no defraudes su confianza, ya he hablado de esto con el señor Mathieu y en cuanto estén en París él te ayudará a hacer lo que debas hacer para guardar el dinero en un banco.

—¿París? —fue lo único que se le quedó de todo lo que dijo el hombre.

—Sí, vivo en París, allí es donde se supone que viviremos este año.

—Siempre he querido conocer París —le dijo con un poco de entusiasmo.

—Me alegra, eso es un buen comienzo —habló complacido.

Tomó el maletín y en ese instante fingió que acababa de darse cuenta que había dejado sus cosas en la habitación, Lamborghini llamó a Ámbar y le pidió que la acompañara, María Paula en cuanto entró a la habitación tomó el morral que tenía su ropa y fue rápidamente al baño alegando que necesitaba orinar, allí hizo todo como el venezolano le había indicado, cuando salió, lo hizo con seiscientos mil dólares menos en su maletín.

—¿Lista? —le preguntó Ámbar.

—Sí —contestó disimulando el nerviosismo.

—Vamos, tu señor ya está en el auto esperando.

Se subió al auto y se sentó al lado de Patrick, lo hizo con delicadeza como queriendo que su presencia no se notara, estaba ansiosa, no sabía cómo debía actuar con el que ahora daba las órdenes de su vida, por eso, prefirió mirar a través de la ventana y esperar a que el tiempo pasara, el viaje se estaba haciendo en un silencio incomodo, parecía que llevaban horas, cuando tan solo llevaban unos minutos, miró hacia adelante, observó el reloj del tablero del auto y ya marcaba 30 minutos más de la media noche.

—¿Cuál es tu nombre? —se giró a verlo, estaban solos, el conductor se había bajado a revisar que todo estuviera listo para el viaje, el auto se había detenido al lado del jet.

—Sofía Cabrales —contestó mirándolo a los ojos, pero en cuanto vio como él arrugaba el entrecejo se dio cuenta que no estaba en posición sumisa y de inmediato agachó la mirada.

—Puedes verme a los ojos —dijo dándose cuenta del cambio en la muchacha —quiero que seas natural, no tienes que fingir sumisión, aunque...

—Aunque lo que desea es a una sumisa —dijo ella mirándose a las manos.

—¿Es eso? ¿Vas hacer las cosas que crees que quiero?

—En realidad... me gustaría someterme a usted, no de manera fingida, simplemente lo deseo, solo le pido un poco de paciencia, no tengo experiencia en este tipo de relación, en realidad, no tengo experiencia en ningún tipo de relación.

—¿Nunca has tenido novio?

—No

—¿Por qué?

—Bueno... —pensó en lo que debía decir y prefirió contarle parte de la verdad de su vida —mi padre siempre me cuidaba en exceso y mi tía es monja, así que viví entre la sobreprotección y los prejuicios religiosos.

—¿A qué se refería Lamborghini con que estaba haciendo una excepción contigo respecto al dinero?

—Bueno, es que le pedí que me lo diera completo y no por transferencias mensuales.

—¿Por qué necesitas tanto dinero?

—Bueno —estaba haciendo un esfuerzo sobre humano para no gritarle que ese no era su problema, pero obviamente una buena sumisa no hacía eso — tengo algunas deudas que debo pagar.

—¿Tanto? —al hacer esa última pregunta vio la incomodidad que le estaba

causando ese interrogatorio, por eso cuando la vio asentir no quiso continuar preguntando —en cuanto lleguemos a París, te ayudaré a que lo pongas seguro en un banco, desde tu cuenta podrás hacer las transferencias necesarias para pagar tus deudas.

—Gracias —fue lo único que contestó.

El conductor volvió para decirle que ya todo estaba listo para el despegue, cosa que ambos agradecieron mentalmente, esa interrupción los sacó de la conversación tensa que estaban teniendo.

—¡Wow! La renta de este avión debió costarle una fortuna —dijo sorprendida del lujoso Jet.

—No, en realidad no he tenido que pagar una renta cara.

—¿No? —preguntó sorprendida.

—Es mío —dijo sin presumir.

—¡Ah! Pues tiene un avión muy bonito.

—Ven, voy a mostrártelo —le enseñó la cabina donde ya estaba el piloto y el copiloto, quienes los saludaron con amabilidad, después la llevó al otro lado del avión y le mostró la pequeña, pero cómoda habitación —puedes acostarte a dormir, el viaje es un poco largo aquí estarás más cómoda.

—¿Y usted? ¿Dónde descansará?

—Yo estaré bien, los sillones son bastante cómodos, además no puedo dormir mientras estoy en vuelo —mintió para no decirle que no podía compartir con ella la habitación porque las ganas de follarsela le ganarían, no era lo que quería para desflorarla, quería hacerlo en la comodidad de su hogar y tomarse todo el tiempo necesario para ello.

—Si me da sueño vendré a dormir, mientras tanto quiero sentarme ¿está bien?

—Sí, claro.

El sujeto de migración subió al avión y les pidió los documentos, María Paula los entregó con nerviosismo, era la primera vez que una autoridad iba a ver su documentación falsa, el venezolano le había asegurado que era legítimo ese pasaporte, al parecer en Venezuela se podía conseguir cualquier cosa con facilidad sobornando a sus trabajadores oficiales.

Con su nueva identidad ella era Sofia Cabrales con casi 21 años y natal de Caracas —Venezuela, eso fueron los datos que Patrick descubrió al recibir de vuelta los documentos que les entregó el sujeto de migración.

El avión arrancó, al principio todo fue en silencio, ella se dedicó a ver por la ventana como se elevaban sobre la pequeña isla, un leve temblor le recorrió

el cuerpo, no le asustaba volar, había viajado muchas veces con su padre y con su hermana, él las había llevado a Orlando a conocer Disney, también había ido a la Riviera Maya y a la pampa argentina, entre otros viajes realizados al interior de Colombia, pensó en como en un par de meses cumpliría 18 años y en que su padre le había prometido llevarla a España, Francia e Italia para celebrar que se hacía mayor de edad, era probable que cuando cumpliera los 18 si estuviera en Francia, pero en unas condiciones muy distintas.

—Te asusta volar —la voz de Patrick la sustrajo de sus pensamientos.

—No, no me asusta.

—¿Entonces qué es lo que te tiene nerviosa? —preguntó bebiendo un poco de champagne, le había servido una copa a ella, pero ella aun no la había probado.

—No estoy nerviosa.

—No lo hagas —la reprendió —no me mientas, nunca, si no deseas decirme que te pasa, dilo, trataré de respetar tu silencio, pero necesito confiar en ti y si comienzas a mentirme con pequeñas cosas, jamás confiaré ¿entiendes?

—Estoy nerviosa por este nuevo comienzo —habló sin mirarlo, prefirió evadir sus ojos observando a través de la ventana —son muchos cambios en mi vida en tan poco tiempo —dijo con absoluta verdad —es difícil adaptarse a los cambios, y más, si se dan tan rápido, eso puede ponerte los nervios de punta —lo miró a los ojos con una sonrisa triste —Estoy dejando atrás por largo tiempo todo lo que conocía, ahora voy en un avión con un hombre del que solo se su nombre, a un país en el que jamás he estado, —se quedó en silencio unos segundos dejando que él pensara en lo que acababa de decir —me encantará conocer Francia, ¿sabes? Hablo un poco de francés, mi colegio era trilingüe, habló perfectamente el inglés, pero el francés hasta ahora lo estaba dominando.

—Puedo ayudarte a practicarlo.

—Me gustaría, cuando llegemos a París hálame solo en francés, así lo aprendo más rápido, se me dan bien los idiomas.

—Como mandes —le dijo Patrick con ironía.

—Perdón —habló arrepentida de haber cometido un error tan estúpido —no era una orden, de verdad lo siento.

—Tranquila, no pasa nada, es solo que no sé porque presiento que no eres tan sumisa como quieres hacerme creer, te reitero que no quiero que finjas.

—Está bien —volvió a mirar por la ventana, no había mucho que ver, todo

estaba demasiado oscuro, pero por lo menos podía pensar con mayor fluidez, el estar viendo a ese hombre a sus ojos tan penetrantes no la dejaban coordinar sus pensamientos.

—Soy el presidente de la Casa Mathieu, es una empresa familiar, junto a mis hermanos, mi cuñada y mi madre, somos los dueños de la empresa, es de cosméticos, y productos de belleza para mujeres- quiso darle un poco más de información, consideró que con ello le daba más confianza.

—Suenan interesantes —pensó en que nunca había escuchado de esa empresa, aunque eso era normal si se tenía en cuenta que en su anterior vida no acostumbraba a maquillarse, sin embargo, y a pesar de no haberla escuchado nunca, imaginó que debía ser grande y lucrativa si le permitía a su presidente moverse en su propio avión.

—¿No la conoces?

—No, pero es normal dado que no uso mucho maquillaje, ni nada de esas cosas.

—Claro —se quedó observándola y se dio cuenta que las veces anteriores la había visto muy maquillada, pero que esta vez estaba al natural viéndose muchísimo más joven.

Se quedaron en silencio por unos segundos y él notó que ella estaba inquieta, tal vez era curiosidad.

—Anda, pregunta lo que quieras —la incitó.

—Mmm, no sé, tal vez...

—Vamos, sé que tienes curiosidad y prefiero que lo sepas de mí.

—Está bien ¿Cuántos años tienes? ¿Eres casado, viudo o divorciado? ¿tienes hijos?

—Vaya, para no saber si debías preguntar, disparas muy rápido las preguntas.

Ella soltó una sonrisa relajada y a él le pareció lo más hermoso que hubiese visto, era la primera vez que la veía así desde que la conocía. Patrick contestó a cada una de las preguntas, incluso hizo comentarios graciosos sobre porque un hombre de su edad no podría estar soltero.

—No tiene nada de malo estar soltero, es solo que... es usted tan... guapo y parece un hombre tan interesante y tan caballeroso, que no entiendo porque está solo.

—Me siento muy alagado por tus cumplidos, pero a pesar de todo eso que dices, tengo un grave defecto... —dudó un poco en si debía hablarle de su secreto, después se dio cuenta que con ella no tenía por qué tener secretos,

ella sería la mujer con la que cumpliría todos sus perversos deseos, además, para eso había pagado tanto dinero.

—¿Cuál defecto?

—Me gusta sentir el poder y la dominación sobre la mujer, me encanta que se someta a mis deseos, que se olvide de ella por completo y que su prioridad sea el complacerme, ya de su placer me preocuparé yo.

—¿Por qué? —le preguntó con inocencia

—¿Por qué quieres someterte a mí? —le respondió con otra pregunta.

Los dos se miraron sin querer responder, Patrick odiaba que las mujeres le preguntaran por qué le gustaban esas cosas, con las pocas con las que se había arriesgado a abrirse, siempre le hacían esa pregunta ¿Por qué? Él sentía como si lo estuvieran juzgando, pero lo peor de todo era que ni siquiera él sabía la respuesta, por eso iba a terapia con su psicoanalista, él también quería averiguar el origen de su perversión.

—No importa —dijo María Paula —de verdad no me importa, a todos nos gustan cosas diferentes —lo miró nuevamente a los ojos, sus asientos estaba uno al frente del otro, quiso que se terminaran las preguntas de parte y parte y se le ocurrió la mejor forma de distraerlo. Lentamente se bajó de su asiento y de rodillas fue acercándose a él —no sé qué tiene señor Mathieu —le habló con voz sedosa —pero sea lo que sea que tenga, ejerce en mí una enorme fuerza de atracción, —él la observó escrutador, tratando de adivinar que pasaba por la mente de esa preciosa joven —algo así como si yo fuera un metal y usted un imán, desde esa noche en la que salí a caminar por la pasarela en medio de ese enorme salón lleno de personas, sentí una extraña energía que hizo que mirara en su dirección, es probable que no lo notara —se acomodó entre sus piernas —yo trataba de no subir la mirada porque estaba muy nerviosa, sin embargo, de reojo lo observé, e inexplicablemente, rogué porque usted se interesara en mí y participara en la subasta.

—¿Dices la verdad? —la sujetó del mentón para escudriñarle el rostro y ver si no estaba mintiendo

—Sí, mi señor —le contestó —no me importa que quiera dominarme y someterme, porque aun sin conocerlo, yo siento la necesidad de someterme a usted por voluntad propia, quiero abandonarme por completo a sus deseos, antes de lo que pasó en su habitación, yo no había tenido ninguna experiencia sexual y siempre pensé que la primera experiencia sería como las de muchas chicas, un poco traumática o desagradable, pero cuando lo tenía en mi boca y sentía su excitación y placer, mi cuerpo respondió, algo en mi interior palpité

mucho más rápido —se estaba volviendo experta en decir mentiras combinadas de verdad —amé sentirme así, ame satisfacerlo, y deseo mucho volver a hacerlo.

Patrick estaba tremendamente excitado por solo escucharla, sabía que, si la llevaba a la habitación, terminaría follando como un loco, y no quería eso, necesitaba hacerlo bajo control, necesitaba asegurarse de que ella disfrutara, se odiaría si en el futuro, ella le temiera a tener sexo, solo porque él había sido un bruto quitándole la virginidad.

—Soy suya —dijo restregando su mejilla sobre su enorme erección escondida bajo ese pantalón —haré lo que quiera, no puedo negar que me da un poco de susto la primera vez, conozco algunas amigas a las que les ha dolido mucho y duran días adoloridas y deseando no volver a hacerlo, pero otras me han dicho que no duele y que...

—Me esforzaré porque no haya dolor —dijo acariciándole el rostro.

—Lo sé, por eso me entregaré a usted tal y como desea, me olvidaré de mi placer, solo me concentraré en dárselo —pasó la lengua sobre la áspera tela del jean.

—Suéltame el pantalón —ella comenzó a obedecer, pero en ese instante la puerta de la cabina se abrió —que no nos molesten, yo te llamaré —le dijo con seguridad a la azafata que acababa de salir.

—Claro que sí señor, solo oprima el botón —se dio vuelta sin ver a la chica, la silla de al frente la ocultaba.

María Paula liberó su erección y tal como él le había enseñado la otra noche comenzó a lamer su capullo como si estuviera comiendo un cono de helado.

—Métetela toda —le pidió sin presionarla demasiado —mas, mas —la noche anterior se había enterrado en ella con rudeza, pero esta vez quería tenerle paciencia, quería que ella fuera capaz de tragarlo por completo sin causarle náuseas —pon tu rostro de lado, así podrás metértela toda —le indicó, ella le hizo caso, pero su garganta se contrajo —respira, respira —le dijo con ternura, ella respiró y después de una breve pausa, terminó de metérsela por completo —¡Dios! Esto es impresionante —murmuró observando como ella lo sacaba y volvía a metérsela entera —él le había enseñado como hacerlo y ahora se sentía tremendamente satisfecho.

Se dedicó a admirarla, dejó de darle indicaciones, solo quería disfrutar de lo mucho que esa mujer le excitaba y de lo bien que se la estaba mamando. Empezó a gruñir cada vez más fuerte, a diferencia de las vacías emociones que

esa misma tarde sintió con las gemelas, esta vez volvió a sentir las ardientes sensaciones que la misma chica le había hecho sentir una noche atrás.

—Voy a correrme —dijo gruñendo y sin ningún deseo de retrasar su orgasmo.

—Hágalo, lo recibiré con placer —volvió a meterla por completo y a sacarla mientras chupaba, repitió la acción hasta que sintió los chorros tibios de semen.

Patrick se corrió con intensidad, su pecho se agitaba de arriba abajo, mientras él, simplemente disfrutaba, apoyó la cabeza sobre el asiento y cerró los ojos esperando que todo su cuerpo se controlara.

—Me gusta que lo haga —dijo ella con una mirada ilusionada.

—¿Qué haga qué?

—Que eyacule en mi boca —Patrick se quedó mirándola embobado y fascinado al verla decir esa última frase sin ningún asomo de provocación lujuriosa.

—Háblame de tu, se siente extraño que me hables de usted —dijo pasándole los dedos por los labios para limpiarle cualquier rastro de sus fluidos.

—Pensé que debía hacerlo —contestó mientras le acomodaba la ropa —¿acaso no es lo usual?

—Lo es, pero... esto también está siendo nuevo para mí, es la primera vez que participo en una subasta y es la primera vez que... —rebuscó entre sus palabras la más apropiada —es la primera vez que obtengo compañía de esta manera, entonces para mí, la situación no es usual, por eso pienso que debemos ir haciendo nuestras propias reglas, la primera es que quiero que me tutees.

—Por mi está bien —dijo mientras doblaba sus brazos como haciendo una cuna sobre su regazo y después apoyó su barbilla en ellos, desde esa posición lo miró sonriendo, ese simple gesto juvenil hizo que Patrick sintiera un vacío en la boca del estómago del que no fue capaz de descifrar si era ansiedad o deseo.

—Ven acá —hizo que se sentara en su regazo —eres hermosa, incluso pareces más joven, por fortuna vi tu identificación o dudaría de tu edad —la acarició deleitándose en su rostro, sin darse cuenta que esas palabras habían causado un poco de temor en la chica, después la besó, lo hizo como nunca había besado a ninguna mujer, lo hizo con tranquilidad, sin la prisa que en muchos casos exige el deseo, no sabía que le pasaba con ella, pero no se

interesó por averiguarlo, fuese lo que fuese que le estuviera pasando, lo estaba disfrutando, y mucho, se quería quedar con eso.

—Jamás me habían besado como lo haces tú —ella susurró cuando cortaron el beso.

—¿Cómo lo hago? —la tomó de la barbilla para verla a esos preciosos ojos dorados.

—Tus besos son intensos, tanto, que los siento por todo el cuerpo, haces que retuerza hasta los dedos de mis pies.

—¿En serio? —le preguntó Patrick arqueando las cejas sorprendido por lo que acababa de escuchar, muchas mujeres habían halagado sus habilidades, pero ninguna le había descrito sus besos de esa forma.

—Sí, cuando me besas es como si un calambre me recorriera de arriba abajo.

—¿y Aquí? —metió la mano por debajo del vestido y la posó sobre su entrepierna a penas cubierta por una delgada tanga —¿sientes algo?

—Sí —admitió con un poco de vergüenza, desde que había salido de aquel lugar, ella se propuso a volverse la mejor actriz, pero en ese instante, estaba siendo totalmente sincera.

—En cuanto lleguemos a casa y te hayas repuesto del viaje, voy a besarte aquí —hizo presión sobre su vulva, María Paula tragó saliva y un leve temblor le recorrió el cuerpo —voy a besarte y a chuparte de tal forma, que gritarás mi nombre pidiéndome que te permita llegar.

—¡Dios! —exclamó escondiendo su rostro en la curvatura de su cuello — Cuéntame cómo será mi vida contigo cuando lleguemos a París —le pidió queriendo cambiar de rumbo la conversación, los espasmos que le hicieron sentir sus palabras la asustaron un poco, en eso fue como una luz roja indicando peligro, ella debía ser consciente de que aquello era un simple acuerdo y que nada tenían que ver los sentimientos.

Entendible razonamiento el de María Paula, pero como le pides a una joven de casi 18 años que sus sentimientos jamás deben salirse de control, que en el acuerdo que había aceptado tener con Patrick Mathieu, un hombre mayor, eso sí, pero atractivo, educado, amable caballeroso y apasionado como ningún otro, debía primar la razón, difícil tarea para una chica que aún no había salido de la adolescencia y quien por culpa de terceros se veía enfrentada a iniciar su vida sexual de la manera menos convencional.

Patrick la alzó en brazos y la llevó hasta la habitación, ella se había quedado dormida casi de inmediato a cuando él comenzó a hablarle de donde vivirían y

de cómo de a poco ella se iba a ir adaptando, también le dijo que él trabajaba los fines de semana, pero que eso cambiaría que los fines de semana serían para ellos, a excepción de que tuviera alguna reunión familiar que él no pudiera faltar, en esos casos ella se quedaría en casa esperándolo, le preguntó antes de dormir si podía asistir a una escuela de música en el tiempo que él estuviera trabajando, sabía tocar el violín y no quería perder la práctica.

La dejó sobre la cama y en ese instante la analizó, no parecía pertenecer a una familia pobre, en la corta conversación le había dicho que sabía hablar tres idiomas aunque no dominaba el francés, que tocaba el violín y quería seguir practicando, también le había preguntado si podía ir a visitar el museo Louvre, el palacio de Versalles y lo que más le sorprendió fue el deseo que tenía la chica de conocer él Le Mont-Saint-Michel, le habló de las fortificaciones y la historia de la isla y de cómo eso le había servido de inspiración para querer ser arquitecta.

No, definitivamente ella no provenía de una familia pobre, ¿Entonces que la llevó a ofrecerse en una subasta? Tal vez, simplemente ese era su deseo, era probable que fuera una chiquilla consentida que gastó más de lo que podía y ahora necesitaba pagar sus deudas, y la mejor forma que encontró para ganar dinero rápido, fue ofreciendo su virginidad.

Volvió al asiento, llamó a la auxiliar de vuelo y le pidió que le sirviera un coñac, pasó varias horas pensando en lo que había hecho, en cómo se le había ocurrido asistir a un evento de esas características, sin embargo, saber que Sofia iba con él, hacía que le restara importancia a todo lo demás.

El avión aterrizó en Lisboa, debían cargar combustible para continuar, estaba hablando con el capitán sobre cuánto tiempo estarían allí, cuando la sintió a su espalda.

—Buenos días —saludó ella acercándose por el pasillo del avión.

—Buenos días —saludaron los dos hombres al unísono.

—¿Estamos en París? —preguntó antes de bostezar

—No —contestó Patrick riéndose un poco.

—¿Qué pasa? —le preguntó seria al no saber que le causaba tanta gracia.

—Nada.

—¿Por qué te ríes?

—Capitán —le hizo un gesto al hombre y este de inmediato entendió y se fue hacia la cabina —¿Por qué me estás hablando así? —cuando Patrick hizo la pregunta, no quedaba ni rastro de gracia en su rostro.

—Perdón —contestó instintivamente, el tono de su voz la espabiló y le recordó que ahora ella era su... esclava, hasta mentalmente le costaba pensar en esa palabra —no quise hablarte así —se dejó caer de rodillas odiando el tener que hacerlo.

Clavó la mirada en el suelo controlando sus deseos de llorar, se estaba humillando por una tontería, pero debía hacerlo, debía fingir, solo así conseguiría quedarse con él el tiempo necesario para cumplir con ese maldito acuerdo, recordó los consejos de Celeste y los siguió.

—No —Patrick la levantó de inmediato, para su sorpresa, le molestó verla en ese estado, “¿Por qué? A ti te encanta ver esa entrega tan natural”, no pudo explicarse el hecho de no querer verla de esa manera —me pareció graciosa la forma en que bostezaste —le dijo haciendo que ella levantara la mirada.

—No sé cómo debo comportarme, lo siento —le habló con sumisión, pero mirándolo a los ojos.

—No es tu culpa, soy yo el que no he sido claro contigo, pero... es que algo me pasa, te quiero sumisa y entregada a mí, sin embargo, cuando te vi caer de rodillas pidiéndome perdón, no me gustó.

—¿Entonces? —cuestionó confundida.

—Vamos avanzando de a poco.

—Haré lo que tú digas —le dijo con una sonrisa —si no estamos en París ¿En dónde estamos?

—En Lisboa, debemos abastecernos de combustible.

—¿Portugal? —preguntó con un poco de emoción.

—Sí —contestó sin darle importancia.

—¿Podemos ir al castillo de San Jorge o al Monasterio de los Jerónimos? —habló uniendo las manos en señal de súplica, lo hizo espontáneamente, tal y como muchas veces lo había hecho con su padre cuando quería obtener algo de él.

—Mmmm —Patrick se quedó observándola con ilusión, ella era tan genuina y tan auténtica, que no se percataba que esa manera de poner sus manos lo embobaban un poco.

—Por favor —insistió haciendo un puchero.

—Hoy debemos llegar a París, mañana tengo una reunión importante.

—Claro —dijo evidentemente decepcionada —entiendo.

—¡Oh vamos!, no te pongas así —le encajó el rostro entre sus manos — vamos a tener tiempo para que conozcas muchos lugares.

—Está bien —le contestó con resignación —¿Podemos comer algo? Tengo mucha hambre.

—Sí, claro —Patrick le señaló la bandeja con comida, la vio acercarse y sintió una horrible sensación, fue tan fuerte que tuvo que ceder al impulso de complacerla para quitársela. —vamos.

—¿A dónde? —María Paula preguntó extrañada mientras comía un poco de fruta.

—Vamos al Castillo de San Jorge —en cuanto terminó de hablar vio en ella un cambio de expresión, y ese simple gesto, le agitó el corazón.

—¿En serio? —preguntó enarcando las cejas en señal de asombro.

—Sofía... yo siempre hablo en serio, no me gusta que dudes —le dijo con seriedad.

—Gracias —corrió a abrazarlo —voy a cambiarme —le dio un beso y recogió su pequeño morral, allí tenía guardado otro vestido.

Patrick la siguió a la habitación, él sacó de su maleta unos jeans y una camiseta, se metió al pequeño baño y se refrescó, cuando salió la encontró esperando con el vestido en la mano.

—¿Qué pasa?

—Nada, voy a cambiarme en el baño, aunque no niego que deseo una ducha, pero no quiero tardar y...

—Desnúdate —le ordenó interrumpiéndola.

—¿Qué? —se llenó de un repentino miedo.

—No me gusta repetir

—Pero creí que iríamos a...

—¡Desnúdate! —le exigió

—Si —dijo comenzando a bajarse las tiras del vestido, las manos le temblaban, la ansiedad la inundó, “¡Dios! Voy a perder la virginidad”, se dijo mentalmente.

Patrick notó el leve temblor, le sorprendió que se sintiera nerviosa, después de todo ya le había hecho dos felaciones, que era quitarse la ropa en comparación de eso. Pero dejó de pensar en cuanto la parte superior del vestido cayó hasta la cintura dejando sus pechos libres.

—Sigue —dijo sin quitar sus ojos de esos senos pequeños y redondos, de pezón rosado, —todo —la instó ansioso y ella obedeció quitándose todo el vestido y quedando solo con una pequeña tanga blanca.

Ella terminó de quitarse el vestido y quedó parada al otro lado de la cama, tuvo el instinto de cubrirse con las manos, se sentía expuesta como nunca había estado, pero a pesar del deseo de ocultar su cuerpo, se contuvo, era consciente de que él la estaba examinando.

Patrick sintió el enorme deseo de tumbarla en la cama, abrirla de piernas y enterrarse en ella, pero no, no era así como lo quería hacer, por eso quiso mantener la distancia y permanecer en donde estaba, en ese instante la cama servía de barrera para evitar que saltara como si fuera una fiera atrapando su presa.

—Tócate, pasa tus dedos y muéstrame —ella pasó sus dedos casi sin tocarse, solo se había tocado un par de veces, pero estas circunstancias eran tan distintas que la consternaron en exceso —tócate, siéntete —Patrick le insistió apretando los dientes, todo su cuerpo estaba en tensión evitando abalanzarse sobre ella.

Un leve gemido brotó de los labios de la joven, haciendo que la erección de Patrick le palpitará.

—Muéstrame los dedos —ella elevó la mano sin mirarlo a los ojos, estaba nerviosa, avergonzada, nunca un hombre la había visto desnuda de esa manera.

Él vio sus dedos brillar y por poco enloquece, eso era muestra de sumisión natural, o por lo menos así lo creía él, ni siquiera la había tocado y ella ya estaba tremendamente excitada, los fluidos que bajaban por sus dedos lo evidenciaban.

—Te espero afuera, no tardes —salió de la habitación, con las manos empuñadas a cada lado.

María Paula se cubrió como abrazándose, respiró profundo y trató de contener las lágrimas, después se metió al baño y se vio al espejo, justo en ese instante se dejó llevar por los temblores que la recorrían al tiempo que dos lagrimas bajaban por sus mejillas.

—Así que esto es lo que se siente —se dijo mirándose al espejo —fingir sumisión y hacerle una mamada para complacerlo, no es nada en comparación con esto, ¡Dios! —cerró los ojos para frenar el llanto, pero estaba tan abrumada que no pudo impedirlo —¿Es esto lo que sienten las mujeres abusadas? ¿Mezcla de temor, culpa e impotencia?

María Paula se dio cuenta que fingir sumisión era muy distinto a sentirla realmente, que la forma en que Patrick la había intimidado con su voz y su mirada, haciendo que se desnudara para dejarla totalmente vulnerable, la había dejado impotente y eso definitivamente no le gustó, si eso era lo que le

esperaba, no soportaría demasiado tiempo.

Se vistió y trató de eliminar los rastros de lágrimas lavándose el rostro, después quiso fingir normalidad, pero estaba demasiado tensa, quería decirle a Patrick que ya no deseaba salir con él, que prefería dormir un rato mientras él seguía en el sillón, así podría olvidarse de todo, por lo menos mientras durmiera.

—¿Lista? —le preguntó al verla salir, ella alzó la mirada y asintió tratando de fabricar una sonrisa —entonces vamos, tenemos que pasar por migración, después iremos al parqueadero a tomar el auto que el capitán acaba de alquilar por mí.

—De acuerdo —dijo bajo.

—¿Estás bien? —la detuvo y le levantó el rostro tomándola de la barbilla.

—Sí, claro —trató de mostrarse bien.

—Tienes los ojos rojos —dijo mirándola con extrañeza.

—Es que... me lavé el rostro y me cayó jabón en los ojos y se me irritaron.

—¿En serio? —acercó mucho más su rostro —debes cuidarlos, son verdaderamente hermosos —le dio un beso en cada uno, haciendo que María Paula se erizara.

Esto será una maldita montaña rusa, un instante me intimida y al siguiente me consiente de la manera más linda posible —se dijo sintiendo cada beso.

Patrick sonreía al ver como la chica observaba todo a su alrededor, hacía tanto tiempo que él no viajaba de turismo, que se había olvidado de la sensación de conocer algo nuevo, sus viajes siempre eran de negocios, incluido el último, se suponía debía ser solo de placer, un viaje en el cual encontraría a la mujer que le satisficiera todos sus deseos sexuales, pero al final, había sido una transacción comercial.

—Había investigado sobre Lisboa y Portugal en general, pero esto es mucho más hermoso de lo que había visto.

—¿Te apasiona la historia? —le preguntó llegando a un estacionamiento cercano al elevador del Castillo.

—Lo que me apasiona es todo lo antiguo, las construcciones, las pinturas, la música, los pueblos, incluso la gente vieja contando anécdotas me encanta.

—Buenos, pues el Castillo de San Jorge es Antiguo y tiene mucha historia.

—Se bajó del auto y lo rodeó, ella ya se había bajado acomodándose el vestido rosado veraniego, después enganchó su brazo al de él.

—¿En elevador? —arrugó el rostro —no es muy lejos, mejor caminemos.

—No hay mucho que ver de aquí al castillo, y la subida si es un poco desgastante.

—Pero siento que perdemos parte del paseo —dijo haciendo un mohín.

—Subamos en el elevador y bajamos caminando —cedió al verla tan ilusionada.

—Está bien —volvió a engancharse.

Las sensaciones vividas cuando él le ordenó que se desnudara, habían quedado olvidadas, eso tiene la juventud, te permite reponerte mucho más rápido de los malos momentos, es una lástima que los seres humanos vayamos perdiendo esa capacidad con el pasar del tiempo, cuando se es niño la inocente pelea con otro niño por algún juguete se olvida casi al instante de que surja otra cosa que atraiga su atención, cuando se es adolescente, los disgustos duran un poco más de tiempo, sin embargo, también son superables, pero con cada año que se vive, los rencores y los resentimientos se van enquistando con mayor fuerza en nuestros corazones.

En ese instante María Paula a sus 17 años, solo había sentido verdadero odio por una persona, ese era su tío, él hombre que le había destruido su vida, haciendo que hiciera cosas que jamás se imaginó, sin embargo, sus pensamientos no eran gobernados por venganza, ella solo pensaba en cómo debía hacer para que su hermana estuviera junto a ella, su tío podría quedarse con todo el dinero que se le diera la gana, ella contaba con cuatrocientos mil dólares para iniciar cuando terminara ese año junto a Patrick.

—Patrick, esto es hermoso —dijo cuando llegaron al mirador, después de recorrer los preciosos jardines que están alrededor del castillo —¡Gracias! —lo abrazó emocionada —mira, se separó para observar el puente del 25 de abril es el puente colgante más largo de Europa, es preciosa la vista.

—Si lo es —dijo embelesado mirándola, desde que habían llegado al Castillo, ella no paraba de brincar y de emocionarse con todo, incluso se había detenido a detallar la forma en la que estaban pegadas las rocas del muro, incluso le había despertado curiosidad sobre cuál sería la técnica usada en la construcción, se prometieron averiguarla.

—Afortunadamente cambiaste de decisión y quisiste venir, habría sido una lástima no aprovechar la escala.

—Si, tienes razón.

—El atardecer aquí debe verse grandioso, espero volver algún día solo para verlo.

—Podríamos volver —dijo él sin darse cuenta de las implicaciones de esa promesa.

—Quiero ir a la cámara oscura —dijo ella haciendo alusión, al salón del

castillo en el que está un sistema óptico de lentes y espejos, que ofrece vistas detalladas de 360° de la ciudad en tiempo real, incluidos sus monumentos, las zonas más emblemáticas, el río y el bullicio de Lisboa.

—Vamos —le pasó un brazo por su cintura y la pegó a su cuerpo para caminar junto a ella.

Recorrieron todo el Castillo, no hubo nada que no observaran con detenimiento, así se imaginó que sería todos los viajes con ella, nada de correr y ver la mayoría de lugares posibles, ella quería saberlo todo de cada lugar. En ese momento, mientras estaban comiendo algo en la cafetería del Castillo, solo se dedicó a escucharla, la joven cuando hablaba de algo que le gustaba era demasiado elocuente y eso le gustó, incluso le molestó que el capitán lo llamara para informarle que cuando quisiera podían partir, porque esa llamada había cortado el ambiente tan agradable que se había instalado entre ellos.

—Sé que fue poco tiempo, pero tenemos un año por delante, conoceremos más lugares —le habló mientras pagaba la cuenta.

—Fue el tiempo suficiente para que lo conociéramos, gracias.

Ella se acercó con un poco de timidez y lo besó en los labios, fue un beso casto y corto, pero cuando quiso separarse, él la tomó de la nuca y la besó con devoción, con ternura y anhelo.

—Fue un placer —le dijo cortando el beso, mientras ella seguía con los ojos cerrados y la boca entreabierta procesando las sensaciones que ese beso le habían despertado —¡vamos! —La sacó de su obnubilación, con una sonrisa al ser consciente de lo que le despertaba a la chica.

El viaje estuvo tranquilo, aprovecharon las horas de vuelo para ver una película *Le cahier noir* la vieron en francés porque él recordó que ella le había pedido que la ayudara a mejorar el idioma.

Al llegar a París, hicieron sus respectivas entradas en emigración y después subieron al Audi negro que los esperaba.

Llegaron a la villa Montmorency en París, un lugar histórico ahogado en zonas verdes. Allí se pueden encontrar las residencias más hermosas de la ciudad, ese era el sitio en el que el padre de los Mathieu, había escogido para establecer su hogar, al llegar, el conductor les abrió la puerta, Patrick se bajó primero y después la ayudó a salir, la noche ya había caído, sin embargo, aún, con la poca luz se podía apreciar la imponencia de la casa de tres plantas en la que se detuvieron.

Accedieron a la vivienda por un pequeño jardín, María Paula estaba en silencio admirando el lugar, entraron sin hablar, y ella observó el estilo de la

primera planta, no era una experta, pero sabía que era Art Deco, en el enorme estudio y el gran salón con ventanales de piso a techo por el cual se salía a una enorme terraza predominaba el mármol, el bronce, la piedra y el parqué.

—Es impresionante —dijo mirando todo a su alrededor, Patrick había encendido las luces y el lugar simplemente parecía majestuoso.

—Es la casa de mi familia —sabía que la casa que su padre había comprado cuando su madre quedó embarazada de Paul, era hermosa, ella misma la había remodelado hacia un par de años atrás, haciendo transformaciones exquisitas —nos quedaremos aquí unos días, tal vez una semana, ya me están buscando otro lugar.

—¿Por qué? —no entendía porque debían irse, si ese lugar era maravilloso, además se asomó a uno de los ventanales de la terraza y vio las luces de la torre Eiffel.

—Para mayor privacidad, cualquier miembro de mi familia puede venir en cualquier momento, esta casa también les pertenece —dijo sabiendo que eso no pasaría, él siempre sabía en donde estaba cada miembro de su familia, incluida su cuñada y su sobrina, desde que Paul se había casado con Victoria, él también se mantenía al corriente de donde estaba ella, todos se movían con alguno de los tres aviones que tenía la Casa Mathieu, por eso siempre le informaban sobre sus viajes, él se encargaba de que tuvieran un avión disponible para hacerlo.

—Entiendo —dijo sabiendo que, en otras palabras, él no quería que su familia se enterara de su existencia.

—Por el momento estaremos solos, le he dado unos días libres al personal del servicio.

—Hay algo que debes saber —dijo ella al escucharlo.

—¿Qué?

—No se cocinar, a decir verdad, jamás he hecho labores de hogar, yo...

—Tranquila, no tendrás que hacer nada de eso, la comida nos la traerán de mi restaurante favorito, y por lo demás no te preocupes, solo estaremos unos pocos días.

—Está bien —dijo mientras volvía a mirar la torre Eiffel.

—¿Quieres conocerla? —le preguntó al fijarse en lo que ella observaba.

—Claro, no creo que exista alguien en el mundo que no la quiera conocer.

—Te llevaré.

—No —se apresuró a decir.

—¿Por qué?

—Porque... bueno, verás, yo soy un poco romántica y aunque sé que es un cliché, me gustaría que me pidieran matrimonio en la torre Eiffel, por eso he decidido que la conoceré sola a no ser que esté muy enamorada y él quiera casarse.

—¿Estás diciendo que con el único hombre que te acercarías a la torre, es con aquel que esté dispuesto a pedirte matrimonio?

—Sí.

—Es una tontería —gruñó inexplicablemente molesto —vamos, mejor te terminaré de mostrar la casa.

Hicieron el recorrido en un incómodo silencio a penas roto por las explicaciones de Patrick sobre la vivienda.

—¿Estas cansada? —le preguntó al verla bostezar.

—Un poco —confesó a pesar de que eso tal vez no era lo que él quería escuchar, creía que él estaba esperando que esa noche por fin la pudiera poseer.

—Aquí estarás cómoda, siéntete en casa, si quieres algo de la cocina o cualquier otra cosa hazlo, no tienes que pedir permiso ni nada de esos para hacer lo que te plazca en casa ¿De acuerdo?

—Es un poco pequeña la cama para los dos —dijo mirando la de tamaño sencillo

—Esta es la habitación de mi hermana, ella dice que no necesita nada más grande, pero para ti sola estará bien.

—¿Dónde dormirás tú?

—En esta habitación —le mostró la de al lado —si necesitas algo, ven a buscarme.

—Pensé que...

—¿Qué?

—Bueno, creí que... dormiríamos juntos.

—Ganas no me faltan —la sujetó de la nuca y le rozó su incipiente barba —te deseo, no lo dudes, pero el viaje ha sido tremendamente largo, y sé que estas cansada, y para lo que quiero hacer contigo, te necesito fuerte —ella no dijo nada, pero el percibió como toda su piel se erizaba —eres receptiva, voy a disfrutar mucho explorando tu sexualidad —le susurró mientras le acariciaba el cuello con la nariz —ahora a descansar.

—Buenas noches —le dijo temblando aun por su cercanía.

—Sofía —Patrick se descubrió buscando alguna excusa para seguir junto a ella —mañana temprano te llevaré al banco para que guardes tu dinero.

—Gracias —contestó desviando la mirada.

Ese tema la avergonzaban, era una puta, una puta virgen, pero puta al fin y al cabo, al principio se sentía una víctima, su tío la había entregado para ser vendida como esclava a alguna mafia de un país oriental, tal vez en ese instante estaría siendo abusada por decenas de hombres, para su fortuna, si es que a eso se le puede llamar fortuna, el venezolano le había propuesto aquel trato, un trato que inexplicablemente, ya no le repulsaba, por el contrario, tenía una extraña ansiedad porque Patrick concretara el acuerdo y le arrebatara la bendita virginidad, ¿se había vuelto loca?, probablemente, el que estuviera agradeciendo estar allí con ese hombre, solo podía ser producto de algún trastorno.

—Duerme Sofía —se alejó antes de terminar sometiéndola a sus deseos.

Patrick estaba en su habitación, se sentía un puto adolescente dando vueltas pensando en Sofía, ella estaba a pocos pasos podría ir allí y abrirle las piernas y enterrarse en ella, lo demás no tenía por qué importar, pero no, no era capaz de hacerlo, quería que ella descansara, que se sintiera aliviada después de ese viaje tan largo, estaba entre todos esos pensamientos cuando escuchó ruido.

La chica bajó a la cocina, sacó un vaso y después un poco de agua de la nevera, tomó un sorbo mirando desde la oscuridad al jardín junto al cual estaba la cocina, estaba vestida solo con una camiseta y unos cacheteros, no tenía casi ropa, ya había pensado en que debía sacar un poco de dinero para comprar.

—¿No puedes dormir? —la voz gruesa y firme de Patrick resonó provocándole un susto enorme.

—¡Dios! —gritó echándose toda el agua por encima.

—No quería asustarte —Patrick, se acercó con sigilo.

—Solo he venido por un poco de agua —dijo ella sacudiéndose la camiseta.

—Te has empapado —le pasó la mano sobre lo mojado —vas a tener que ponerte otra —le habló mirándole el rostro mientras con su mano derecha le encajaba un pecho —mírame —le ordenó al ver que ella miraba al suelo —no tienes mucha ropa ¿cierto?

—No —contestó casi inaudible.

—Estas tensionada —le quitó el vaso y lo puso en la encimera, después la sujetó de la cintura y la subió.

—Estoy bien.

—Mientes —le dijo mientras pasaba sus manos por todo su torso —voy a

relajarte, así podrás dormir plácidamente —bajó su mano hasta su entre pierna y la metió entre su ropa interior.

María Paula suspiró, pero no puso ninguna resistencia, lo miró fijamente mientras inconscientemente entreabría la boca para capturar más aire.

Patrick con una delicadeza inusual, internó sus dedos entre los pliegues cálidos de la joven y con rapidez encontró el punto lleno de nervios que la llevaría a la gloria.

—Bésame —le pidió a medida que se acercaba a ella, mientras sus dedos comenzaban a moverse en círculos.

Lo recibió con más placer del que jamás hubiese sentido, tiempo atrás se había tocado ella misma pensando en su profesor de música, pero no había logrado excitarse ni una tercera parte de lo que ahora lo estaba haciendo.

No supo en qué momento comenzó a gemir entre los labios de Patrick, solo se enteró cuando sus gemidos se estaban convirtiendo en suaves gritos.

—Espera por favor, te lo suplico, ¡para! —le dio un suave empujón.

—¿Qué pasa? —la observó extrañado, dejando de tocarla.

Sofía estaba tratando de acompasar su respiración, una extraña sensación la tenían totalmente embargada.

—Me dio miedo, perdón —bajó la mirada mientras se llevaba las manos al pecho.

—¿Jamás has tenido un orgasmo? —le preguntó alzándola de la barbilla.

—No —contestó con los ojos húmedos, tenía las sensaciones a flor de piel.

—Confía en mí, sujétate de mis hombros, aférrate a mí, yo te sostendré mientras caes por el vacío —le habló con voz suave y ronca, él no tenía idea de quien podría estar más excitado, si él o ella —¿lo harás?

—Sí —en ese momento se dio cuenta que se fiaba de ese hombre, igual ya no le quedaba nada más en la vida.

Patrick la besó con pasión mezclada con ternura, mientras volvía a tocarla con tiento, cuando sintió la confianza de la joven, ya no pudo evitar meterle dos dedos mientras con la palma de la mano le presionaba el clítoris.

—¡Dios! —gimió ella sintiéndose a punto de explotar.

—Déjate llevar —le susurró al oído mordiéndole suavemente el lóbulo de la oreja.

—Paula clavó sus uñas en los hombros de Patrick, mientras comenzaba a decir sus nombres en medio de suaves chillidos.

—Patrick... ¡Dios!, para...

—Shhh —aumentó el ritmo con el cual se movían sus dedos —libérate

—Un gruñido brotó de los labios masculinos al sentir como su piel se rasgaba un poco por la fuerte presión de las uñas.

—¡Aaah! —un último grito brotó al tiempo que él sintió su mano empaparse.

Se mantuvieron en silencio, él quería que ella se recuperara, cuando así lo percibió, lentamente sacó su mano y le besó la frente.

—Estoy seguro que ahora dormirás mejor —sin esperar respuesta la tomó en brazos y la alzó haciendo que ella instintivamente se aferrara rodeándolo con sus piernas.

Ella sintió su erección dura como una roca, era increíble lo duro que se ponía con solo tocarla, pensó mientras escondía su rostro en el cuello del que emanaba un delicioso olor masculino.

—¿Quieres que yo...?

—No es necesario —dijo interrumpiéndola, sabiendo que ella se sentía comprometida a compensarlo —habrá oportunidad para eso.

—¿Por qué no tomas mi virginidad de una vez? —él se detuvo en medio de las escaleras al escucharla.

—No me ha gustado como suena eso —habló serio viéndola a los ojos —se sincera, ¿sientes alguna obligación?

—Ninguna —se apresuró a decir, era cierto, en ese momento no sentía ninguna obligación, pero si sentía que su virginidad era un lastre —es más ansiedad, después de lo que he sentido... quiero sentir más.

—Veo —una suave sonrisa se dibujó en su rostro —se supones que debes obedecer ¿no es cierto? —continuó subiendo con ella.

—Si —contestó sin comprender.

—Entonces, obedece y duerme, quiero que estés totalmente recuperada para mañana.

—¿Mañana dejaré de ser virgen?

—Si, veo que tienes prisa por dejar de serlo, y a decir verdad yo también tengo un poco de ansiedad, así que pon atención, mañana después de ir al banco, tengo una reunión muy importante, mientras tanto, le pediré a uno de los conductores de la empresa que te lleve de compras, te dejaré mi tarjeta, cómprate lo que quieras, pero deberás incluir un lindo conjunto de lencería, cuando regrese a casa quiero encontrarte de rodillas junto a la puerta y con el puesto.

La bajó en la puerta de la habitación y vio en su rostro el reflejo de la

perplejidad que le habían causado sus palabras.

—Te enviaré un mensaje antes de salir de la oficina, te dará el tiempo suficiente para prepararte y esperarme como te he dicho —le dio un beso en los labios y sin esperar respuesta se marchó a su habitación.

Como pudo Paula se quitó la camiseta y se metió a la cama, no buscó otra para calentarse, aun se sentía sofocada por el momento vivido en la cocina y por lo que Patrick le había dicho al final.

Quedó dormida casi de inmediato, su cuerpo sintió de golpe todo el agotamiento y se venció al sueño, pero al dormir desnuda, en la madrugada se encontró sintiendo frío, dio por varios minutos vueltas en la cama tratando de conciliar nuevamente el sueño, pero Patrick ya se había clavado en su mente.

Miró la camiseta que se había quitado y fue a agarrarla, ya estaba seca así que se la puso, pero en ese instante una punzada de deseo la embargó.

—Te estás volviendo más puta de lo que ya eres —se recriminó con verdadera rabia, sin embargo, se dijo que ya la cosa no podía ir a peor, que ya era lo que era y no tenía nada que perder.

Salió de la habitación, y caminando como los gatos para no hacer ruido, fue hasta la habitación de Patrick, comprobó que la puerta estaba sin seguro y la abrió con sigilo, después entró y con la misma silenciosa agilidad se acercó hasta la enorme cama, se detuvo al pie y lo vio durmiendo al lado izquierdo, el lado derecho permanecía intacto y ella no dudó en meterse.

Se acomodó en la cama encajando poco a poco su cuerpo contra el de él, cuando ya lo tuvo muy cerca le levantó un brazo y se lo echó encima, quedando en una típica cucharita, daban la imagen de una pareja con muchos años de experiencia durmiendo de esa manera.

Sintió un delicioso calor recorrerle el cuerpo, fue una sensación cálida que rápidamente la relajó y segundos después, la durmió.

Entrada la madrugada, Patrick, en medio del sueño se movió y de inmediato su cuerpo chocó con otro, abrió los ojos de golpe, había pasado demasiado tiempo desde la última vez que durmiera con alguien, cuando se despertó se encontró el cuerpo de Sofía pegado al suyo, durante varios segundos quedó paralizado, no sabía que hacía ella allí, ni tampoco sabía que debía hacer.

Miró sobre el hombro de la chica y vio el reloj de mesa, dentro de poco debía levantarse para ir al trabajo, volvió a mirar a la joven y quedó prendado por varios minutos de su precioso rostro, sus facciones delicadas, su piel suave y lisa, cejas delineadas y unas pestañas largas y tupidas, quiso

acariciarle las mejillas, pero no lo hizo para no despertarla.

—¿Qué haces aquí, preciosa? —susurró tan bajo, que, aunque Paula estuviera despierta, no lo habría oído.

Ella se movió un poco buscando calor, y él se percató que tenía una fuerte erección matutina, si ya no fuera virgen le estaría abriendo las piernas sin importar que estuviera dormida y la penetraría de un fuerte empujón, sin embargo, dado que aún lo era, se contuvo de hacerlo, pero lo que no pudo evitar, fue acariciarla.

Metió las manos por debajo de su camisa y comenzó a sobarle los pechos, primero un pezón y después el otro hasta ponerlos duros, en medio de suspiros, ella comenzó a despertarse, antes de que fuera consciente de lo que estaba pasando, Patrick le metió la mano por entre sus bragas y comenzó a estimularla haciendo movimientos circulares.

—¡Cielos! —gimió despertando, pero sin moverse para no interrumpirlo.

—¿Esto es lo que buscabas en mi cama? —le preguntó el francés mientras le besaba el cuello detrás de la oreja.

—Lo siento —gimió disculpándose.

—No lo sientes, claro que no, por el contrario, te gusta, estás excitada y gimiendo de placer —siguió susurrándole mientras la masturbaba y le acariciaba la nuca con la punta de la lengua.

—Si, sí, me gusta —admitió dejándose llevar por las emociones.

Siguieron así por unos minutos hasta que ella comenzó a chillar, eso hizo que Patrick acelerara sus movimientos penetrándola con sus dedos sin dejar de hacer presión en el clítoris, así continuó hasta que su palma se empapó.

—¿Delicioso? —le susurró la pregunta al oído.

—Si —fue su única respuesta.

—La abrazó hasta que la vio relajarse, después la volteó para verla a los ojos.

—¿No podías dormir bien? —le preguntó mirándola a esas preciosas gemas verdes.

—He despertado con demasiado frío esta madrugada, y pensé que... que podría dormir aquí.

—Ya veo —le contestó con una sonrisa

—¿No puedo hacerlo? —cuestionó tímida.

—¿Qué?

—Dormir contigo

—Si, claro que puedes hacerlo, no tengo ninguna regla sobre eso.

Volvieron a quedarse en silencio mirándose a los ojos, ella tenía un precioso brillo en la mirada que él achacó al reciente orgasmo, mientras ella apreciaba su incipiente barba y la estructura de sus labios.

—Ven —la acercó tomándola del cuello y la besó, lo hizo de la manera que hacía que el cuerpo de ella se erizara por completo.

—Házmelo —le suplicó cuando él cortó el beso para tomar aire.

—¿Qué quieres que te haga? —la cuestionó, quería probar si era capaz de pedirle que la follara.

—Ya sabes, quiero... quiero que me quites la virginidad —lo dijo con vergüenza, segura que su rostro estaba tan rojo como un tomate, tanto, que las mejillas le ardían.

—Esta noche —la volvió a besar —esta noche, primero te abriré las piernas y me comeré ese pequeño coño, lo haré con deleite, te lameré y cada pliegue y cada rincón, haré que te corras con mi boca y beberé todo tu orgasmo, después, pasaré mi pene por entre tus pliegues húmedos para lubricarlo naturalmente —a medida que hablaba, Patrick sentía como ella se ferraba más fuerte a sus brazos —en ese instante te penetraré lentamente, lo haré tan despacio, que podré sentir como tus carnes se van dilatando para acoplarse a mi tamaño.

—¡Dios! —exclamó acalorada.

—Te penetraré hasta el fondo, cada centímetro de mi pene estará en tu interior.

—Por favor —le suplicó antes de abalanzarse sobre él para besarlo, lo hizo con un poco de brusquedad debido a la ansiedad que le despertaba ese asunto.

—Me he excitando tanto como tú —le dijo Patrick jalándola del cabello —pero tú ya tuviste tu orgasmo, ahora yo quiero en mío.

Ella lo entendió, por eso quitó la cobija y se movió hasta quedar de rodillas a la altura de sus caderas, acto seguido le quitó el bóxer y liberó esa enorme erección, él abrió las piernas y ella se encajó allí, después de estar bien ubicada se agachó y con mayor habilidad que las veces anteriores, le dio una mamada que lo puso a mirar al techo y a suplicar por más.

8

Esa mañana salieron juntos de casa, la llevó al banco del que era cliente premium y al que iba cuando necesitaba algo urgente, el gerente se había vuelto su amigo, allí, aprovechándose de que él estaba conversando con el gerente, se acercó al funcionario de la caja y le dio el monto que iba a consignar, por fortuna Patrick ni se enteró, o de lo contrario le estaría haciendo miles de preguntas.

Ella salió con la tarjeta de su nueva cuenta bancaria, había consignado la mayoría del dinero, sin embargo, dejó un monto pequeño, pero considerable para tener efectivo y comprarse algo.

Por su parte, Patrick esa mañana había hablado con su amigo Emmanuel para preguntarle si era posible que Ivanka acompañara a Sofía a comprar algo de ropa. Emmanuel trató de sacarle toda la información posible sobre cómo habían ocurrido las cosas en el evento, pero Patrick no quiso hablar mucho del tema.

—¿Trabajas aquí? —Sofía preguntó asombrada al ver el enorme edificio frente al cual acababan de detenerse.

—Sí, —contestó mirando la impresionante construcción que había edificado su padre y del que él se sentía tan orgulloso —tengo una junta importante, pero Marco te llevará a un lugar al que podrás ir de compras, allí te estará esperando Ivanka, la esposa de un amigo, ella te ayudará con el idioma y con todo lo que necesites.

—¿Quién es Marco? —preguntó sin dejar de mirar el moderno edificio.

—Es un conductor de la empresa —en ese momento un hombre de unos cincuenta años vestido de traje negro se acercaba al auto —él es Marco —le dijo cuándo el sujeto se paró al lado del coche —es de confianza.

—No es necesario que me envíes con un conductor, ni que le pidas a nadie que me acompañe, puedo arreglármelas sola —habló con un poco de soberbia.

Él la observó por unos segundos, estaba tratando de establecer cómo responder ante esas muestras de pequeñas rebeldías, al final, pensó que tal vez lo estaba mal interpretando y que ella simplemente estaba tratando de evitarle molestias.

—El francés aun no lo dominas, y...

—Y no soy tonta, me haré entender.

—Sofía... —la clavó con una mirada penetrante —¿Quieres contradecirme?

Si, quería contradecirlo, quería gritarle que era una mujer inteligente y capaz de salir sola a la calle, pero recordó el acuerdo que se había concretado entre ellos desde que él había ganado aquella subasta, y tal como había hecho muchas veces en su vida, prefirió ceder, ya llegaría el momento en que ella pudiera manipular las cosas a su favor.

—No, quiero complacerte —dijo bajando la voz.

—Patrick se quedó mirándola, no era ningún tonto, sabía reconocer cuando alguien estaba siendo sincera, y esta vez Sofía no era el caso.

—Te he dicho que no quiero que me mientas —le gruñó con rabia acercando tanto el rostro, que por poco se tocan las narices —quiero que digas lo que de verdad sientes, si me vas a mostrar sumisión quiero que sea natural, no quiero una mujer fingiendo, una mujer que trata de engañarme para tenerme contento, no es eso por lo que he pagado.

—Lo siento —murmuró nerviosa, era la primera vez que lo veía de esa forma y no pudo evitar sentir miedo porque la rechazara y tuviera que devolver un dinero que no tenía.

—Dime, ¿Quieres contradecirme? —le repitió la pregunta en un susurro amenazador.

A pesar del tono y la forma en que estaba formulando la pregunta, María Paula tomó aire y se dispuso a contestar con franqueza.

—Sí, quiero que sepas que puedo hacer cualquier cosa sola, que no necesito de una niñera para ir de compras, sin embargo, me acabo de dar cuenta que odio verte molesto, que prefiero mil veces el hombre apasionado y complaciente que hasta el momento me has demostrado ser, y es por eso que lo único que quiero en este momento, es ponerme de rodillas a tus pies, entregarme a ti y ver ese brillo de placer en tus ojos.

Patrick estaba de una sola pieza al escucharla.

—Esta noche —la sujetó de la nuca haciendo que alzara el rostro —te haré mía, podrás sentir toda la pasión que enciendes en mi —la besó con voracidad y cuando los dos estaban a punto de ahogarse por la falta de aire, cortó el beso —yo solo quiero hacerte las cosas más fáciles, ya verás que Ivanka te caerá bien.

—Está bien —contestó ella sintiendo los corrientazos de excitación que se estaba acostumbrando a tener cada vez que Patrick la besaba o la tocaba de

aquella manera.

Patrick se bajó del auto y cruzó algunas palabras con Marco, en seguida él se subió y la saludó con amabilidad. El trayecto lo hizo en silencio, llegaron a un lugar que María Paula no pudo identificar, pero para cuando quiso preguntarle algo a Marco, la puerta de su lado se abrió.

—¿Sofía? —una impresionante mujer rubia le había abierto la puerta, quiso descifrar su acento, pero no logró identificarlo.

—Si —contestó tímidamente.

—Ven, vamos —le tendió la mano —Marco puedes marcharte, te avisaremos cuando estemos listas para regresar.

Paula se bajó del auto, esperó a que la rubia cerrara la puerta y que Marco se marchara para hablar.

—Debes ser Ivanka —le habló en inglés, su francés era malo y supuso que la mujer no hablaba español.

—Si, soy Ivanka Feraud, Emmanuel, mi esposo es amigo de Patrick.

—Mucho gusto Ma...- se frenó al darse cuenta que estuvo a punto de darle su propio nombre —Sofía Cabrales.

—El gusto es mío, Sofía, ven, vamos —la tomó del brazo y comenzó a caminar.

—Espera... Ivanka, sé que Patrick te ha pedido el favor de que me acompañes, pero no es necesario, no quiero quitarte tiempo y...

—Sofía —la interrumpió —en primer lugar, no hay nada que me guste más, que salir de compras, mira —sacó una tarjeta de crédito negra —también he traído la mía, no pienses que hoy solo te vas a divertir tú, en segundo lugar, no creo que a Patrick le haga gracia que andes por ahí de compras sola, cuando cree que estás conmigo.

—Bueno, eso lo puedo manejar.

—Creo que antes de comprar algo, debemos tomarnos un café y hablar un poco.

—La llevó a un lindo y típico café parisino, hicieron el pedido y de inmediato Ivanka comenzó a hablar.

—Imagino que ya sabes lo que Patrick espera de ti.

—¿A qué te refieres? —cuestionó Paula, dudaba mucho de que Patrick estuviera contándole a todo el mundo como se habían conocido.

—Sabes a que me refiero, conozco a Patrick y él no se anda con rodeos, desde el principio debió haber dejado claro que te quería sumisa y obediente.

—¿Él te lo ha contado?

—No... —pensó un instante en si debía hablar con aquella chica con total libertad, en ese instante recordó el contrato de confidencialidad que le hacían firmar —en ese mismo evento conocí a mi esposo —soltó haciendo que Paula abriera la boca de sorpresa.

—Tú... tú... —tartamudeó antes de saber que decir —¿él participó en alguna subasta?

—Si, y agradezco al cielo todos los días de que fuera él el que ganara esa subasta —se miraron un momento, después ella continuó —vivía en la región Kostroma de Rusia, mi padre estaba muriendo de una grave enfermedad y mi madre lo cuidaba, además de hacerse cargo de mis hermanos, éramos muy pobres y a veces no teníamos para comer, entonces, un vecino me propuso mantenernos a cambio de que yo fuera su mujer —Paula ni pestañeaba poniendo atención a cada palabra que la rubia decía —acepté, la necesidad me hizo aceptar a un hombre viejo y desagradable, quien me golpeaba a casi a diario porque no le gustaba la comida que yo preparaba, mi único consuelo era que mi familia estaba comiendo, pero un día me llamaron de una taberna, querían que fuera por él, estaba muy ebrio, y en medio de la calle comenzó a golpearme, entonces, un sujeto se metió en y me defendió, lo golpeó y lo dejó inconsciente.

—¡Dios! Que fuerte —comentó Paula horrorizada, en ese instante recordó los golpes de caliche y no pudo evitar compadecer a Ivanka al pensar que ella los hubiese sufrido por tanto tiempo.

—Nova, el sujeto que me ayudó, me llevó hasta su casa, la cual estaba muy cerca y me curó las heridas. Yo ya no aguantaba más esa situación y allí, frente a ese desconocido me quebré, le conté el infierno que estaba viviendo y fue cuando me habló del evento, él es un reclutador de León.

—¿León?

—Sí, el dueño del evento, él es...

—Lamborghini —la interrumpió Sofía —este año los hombres usaban nombres de autos y las mujeres nombres de colores.

—Cierto, todos los años cambian los nombres, ¿Este año como se llamaba Tulipán?, la esposa de León o Lamborghini.

—Celeste.

—Ya, bueno, te decía que Nova es un reclutador de Lamborghini y me convenció de que esa era una buena forma de ganar mucho dinero, que, con eso, le aseguraría el futuro a mi familia y que podría montarme un buen negocio, que solo debía soportar un año y como ya llevaba 3 años soportando

a ese patán, me convencí de que no podía ser peor que eso.

—Entiendo

—Llegué a ese lugar y Tulipán o bueno celestes como tú la conociste, de inmediato comenzó a prepararme, yo fui la primera chica en llegar, así que tuve tiempo para aprender, lo primero que hizo Celeste, fue ordenar que me hicieran el bikini, en Rusia no se usa eso, pero al parecer a los americanos les gusta mucho que una mujer esté libre de vello.

—A mí también me hicieron el bikini allí.

—¿De dónde eres?

—De... Venezuela —siempre tenía que pensar aquellas preguntas para no cometer el error de revelar su verdadero origen o su verdadero nombre.

—Venezuela, imagino que también acudiste por dinero, tu país está en crisis ¿no?

—Si. Si, al final es por eso por lo que todas acudimos a ese evento.

—Tienes razón —pensó Ivanka con una sonrisa tímida —¿Y tus anteriores amantes no te habían pedido que te hicieras el bikini?

—No he tenido amantes —soltó un poco ofendida, pero de inmediato pensó que era normal que ella preguntara eso.

—Espera —Ivanka abrió los ojos como platos y la escudriñó —¡Dios! Eres muy joven.

—¿Qué pasa? Tengo 21 —habló nerviosa, la maldita angustia de verse descubierta y de que se supiera que no era Sofía de 21 años y que tampoco era venezolana.

—¡Eres virgen! —chilló la rusa tapándose la boca casi de inmediato al ser consciente de que había hablado más fuerte de lo que debía.

—¿Qué hay de malo en eso? —preguntó Paula cada vez más sorprendida.

—Nada, nada —se miraron y sin poder aguantar más, Ivanka habló — Debes estar nerviosa, Hoy en la noche... ¿Patrick te quitará la virginidad?

Paula no respondió, no hubo necesidad, el color rojo de su rostro respondió por ella.

—Patrick subastó por una virgen —repitió la rubia incrédula —pero si él le aseguró a Emmanuel que no le interesaban las vírgenes —siguió divagando, más para sí misma —¿Tienes una idea de cómo será? O necesitas que te explique —volvió a prestarle toda su atención a la chica tomándola de la mano.

—Ivanka, estamos en el siglo 21, claro que sé de qué va perder la virginidad.

—Si, si, tienes razón, sin embargo, sabes que quiere Patrick, bueno a él le gusta...

—La sumisión natural —la interrumpió con una sonrisa —me lo ha dicho.

—¿Y lo llevas bien?, es decir, ¿Eres sumisa?

—Bueno, a veces me dan ganas de gritarle, pero... él hace que sea más fácil, es difícil de explicar.

—Tranquila, te entiendo perfectamente —le regaló una sonrisa cómplice —ahora dejemos de hablar y mejor démonos prisa, hay mucho que comprar teniendo en cuenta esta novedad.

Iniciaron por las tiendas de la avenida Montaigne y continuaron con las tiendas Faubourg Saint-Honoré, Ivanka estaba en su ambiente, en cuanto entraban a una tienda, inmediatamente pedía que una dependienta las asistiera y le ayudara a cargar con las prendas, llevar más de un año siendo la señora Feraud le había dado la seguridad de actuar de esa manera.

—¿Por qué haces las cosas tan difíciles? —le recriminó a la chica.

—Es demasiado, ya he comprado vestidos, vaqueros, tops y cualquier cosa que necesito, no entiendo porque debo comprar más, Patrick va a pensar que...

—No va a pensar nada, y menos cuando no te has gastado ni la mitad del dinero que él designó.

—¿Qué? ¿El designó un dinero?

—Si y no te has gastado ni la mitad.

—¿Cuánto es? He comprado más ropa de la que he comprado en mi vida —Paula pensó en todos los paquetes que había dejado en cada tienda a la que habían entrado, todo lo enviarían a casa y no pudo evitar sentir un poco de vergüenza y dolor al recordar que mientras ella compraba ropa de diseñador costosísima, su padre estaba muriendo, si era que ya no había muerto, y su hermana la estaría extrañando, deseó que todos esos miles de euros que se estaba gastando le pertenecieran, entre más dinero tuviera más sobornos podría pagar para recuperar a su hermana.

—No importa, anda vamos, nos faltan zapatos y ropa interior.

Después de comprar varios pares de zapatos, casuales, deportivos y elegantes, se dirigieron a la tienda de ropa interior.

—¿Esto? —Paula se miró al espejo y se vio envuelta por una lencería con muchas tirantas, daba la impresión de que estaba atada por muchas cuerdas negra por todo el torso.

—Estoy segura de que le encantará.

—¿Sabes si a Patrick le gusta el sadismo? —preguntó dándose la vuelta para verse la parte trasera de su cuerpo.

—No, no lo he visto practicarlo.

—¿Entonces porque crees que esto le gustaría?

—No tiene nada que ver con el sadismo, a veces le gusta atar, pero es más por el morbo de la escena, con respecto a los golpes, solo recurre a ellos cuando a la mujer le gusta, si descubre que a ella le excita que la azote o algo similar, entonces lo hará, creo que lo que más le gusta es ver que es capaz de generar mucho placer.

—Ya —contestó la chica demasiado pensativa —crees que debo ponérmelo para hoy.

—No —dijo Ivanka acercándole un conjunto de encaje color palo de rosa —esto estará más acorde con la ocasión, después de todo no eres una experimentada en el sexo.

—Es lindo, me gusta —lo tomó entre sus manos.

—Ve poniéndotelo mientras la dependienta trae el liguero y las medias.

Paula se veía preciosa con su conjunto de lencería rosa, el color resaltaba su piel dorada, sus curvas latinas estaban finamente delineadas.

—¿Te ves hermosa —le dijo Ivanka acercándose a su espalda —¿sabes? A mi esposo le encanta verme tontear con otras mujeres.

—¿Qué? ¿Eres bisexual? —le preguntó asombrada.

—No —contestó entre risa —lo que me encanta es ver a mi hombre excitado y como sé que le gusta verme jugando con otra mujer, lo hago gustosa.

—¡Wow! —exclamó Paula sintiendo un leve corrientazo recorrerle el cuerpo.

—Salieron y al igual que en las anteriores tiendas, le pidieron a la dependienta que enviaran las bolsas de compras a casa.

—Muero de hambre —dijo Ivanka —vamos por una ensalada, conozco un lugar donde son deliciosas.

Cuando estaban a punto de entrar al restaurante la tarde ya empezaba a caer, en ese instante los rayos naranjas del atardecer se reflejaron en un escaparate llamando la atención de Paula, la chica se acercó para ver de cerca el precioso instrumento que se exhibía.

—¿Qué ves? —le preguntó Ivanka observando todos los violines a su alrededor.

—Yo toco el violín, bueno, estaba aprendiendo a tocarlo cuando... cuando salí de casa —Paula habló con una enorme melancolía, ese detalle le recordó

por qué se encontraba en París y no en Colombia junto a su hermana y su padre.

—Ven —Ivanka la jaló hacía el interior de la tienda.

Al entrar al lugar en el que exclusivamente se vendían violines o partes de ellos, Paula aspiró el olor del ambiente, era un delicioso olor de madera antigua, se sumergió en esa sensación y por unos segundos se olvidó de todo.

—En que puedo ayudarlas —un hombre de avanzada edad, piel ajada y cabello totalmente blanco se les acercó.

—Verá, mi amiga está aprendiendo a tocar el violín —Ivanka comenzó a hablar en su perfecto francés, Paula a pesar de no dominar el idioma le estaba entendiendo —quisiéramos un buen instrumento.

—Ivanka... no —Paula trató de detenerla, pero al parecer a la rubia cuando de comprar se trataba, nadie la detenía.

—Este es un excelente instrumento —el vendedor sacó un precioso violín color caramelo oscuro —si la señorita está aprendiendo, este es la mejor opción.

—¿Cuál es su valor? —preguntó Ivanka obviando la falta de interés de Paula por ese instrumento en particular.

Ella se había fijado en otro que estaba como en una pequeña capsula de madera y cristal, su color miel contrastaba con el paño de terciopelo rojo, lo detalló acercándose todo lo que podía a él, no parecía nuevo, por el contrario, se veía un poco viejo, pero en excelente estado, sin darse cuenta posó sus dedos sobre el cristal y se perdió en cada veta de la madera del instrumento.

—Sofía —la llamó Ivanka —Sofía —ella no parecía escucharle —¡Sofía! —la llamó con más fuerza tocándole el brazo.

—¿Qué pasa?

—¿Es el que te ha gustado? —Ivanka se acercó a mirarlo —es mejor el otro, este parece viejo.

—Acaso no lo ves, —cuestionó ella como si fuera obvio lo que hacía a ese instrumento mucho más interesante -este tiene historia.

El vendedor quien era inglés, les había entendido la conversación y quiso apoyar lo que la chica decía.

—Ella tiene razón, este violín tiene una gran historia que contar, ha vivido más que nosotros tres juntos, su historia real no se conoce, pero hace unos años un edificio estaba en llamas en un pueblo cercano a París y lo único que se logró rescatar fue este instrumento, increíblemente sobrevivió al incendio porque estaba en un compartimiento secreto en el salón de la casa. El

compartimiento fue hecho totalmente en concreto, por eso no sucumbió a las llamas, junto al Violín se encontró esta carta, —el viejo sacó de un pequeño cajón que estaba a un costado de la capsula en la que se encontraba el violín, un sobre transparente y en su interior se encontraba una carta vieja y amarillenta —según lo que pone en esta carta del 3 de diciembre de 1746, el violín le perteneció a Lady Amalia Lacroze, a quien le fue robado por el sujeto que escribió esta carta un tal —volvió a mirar el nombre —Hugo Morade, quien al parecer se la robó por venganza al saber que la mujer se casaba con otro y a él lo había despreciado por ser pobre.

—Wow! —exclamó Paula —¿Cuál es su valor?

—Para mí es invaluable, sin embargo, intenté certificarlo, pero no fue posible, faltan muchas pruebas y se necesita dinero para contratar un grupo de expertos que prueben la confesión de la carta.

—Entonces, no lo vende —dijo Ivanka.

—Si, está a la venta en ochocientos mil euros.

—¡Rayos! Eso es un montón de euros por un violín tan viejo.

Después de descartar esa preciosa pieza, miraron un par de violines más y al final Ivanka terminó convenciendo a Paula de llevar uno, el que la chica escogió estaba muy lejos del antiguo del cual se había enamorado, el instrumento con el que salió del tienda solo había costado tres mil euros, y, sin embargo, sintió angustia al gastarse el dinero de Patrick.

Fueron a comer, allí conversaron un poco más de la manera poco convencional en la cual habían conocido a sus hombres, después, Paula miró el reloj y se preocupó al ver la hora.

—Ya es tarde, Patrick no debe tardar en llegar a casa.

—Tranquila, ya le enviado un mensaje al chofer, no debe tardar en llegar aquí.

—Gracias.

—Segura que no quieres que te acompañe, puedo ayudarte y...

—No, estoy segura, soy virgen, pero no soy tonta, sé que pasará esta noche y trataré de disfrutarlo, así es mejor ¿no?

—Claro, estoy segura de que lo disfrutarás, Patrick es un buen hombre, es complaciente, jamás he conocido una mujer que dejará insatisfecha, estoy segura que te tratará con amabilidad.

—A pesar de las palabras de Ivanka, Paula estaba nerviosa, mientras iba en el auto, no dejaba de pensar en lo que debía hacer, en ese instante miró al asiento de al lado y vio su violín, de todo lo que había comprado, fue lo único

que llevó con ella, los demás paquetes ya los habían enviado a casa.

Sacó el violín de su caja y el arco, sin meditar y solo dejándose llevar por el deseo, comenzó a tocar una pieza del concierto de Mozart, en conductor la observó por el retrovisor y de inmediato le bajó volumen al radio, Paula cerró los ojos y se dejó llevar por la música.

—Wow, eso fue increíble —dijo el conductor deteniendo el auto al frente de la casa.

—He cometido algunos errores, llevo muchos días sin practicar —dijo mientras guardaba el violín en el estuche.

—Al señor le encantará, es un amante de la música clásica, bueno, en realidad es un amante de la música en general.

—Paula lo observó y en ese instante se le ocurrió una idea.

—Gracias Marco —le dijo antes de salir corriendo del auto.

9

—Hola Marco —Patrick saludó a su chofer antes de subirse al auto.

—Buenas noches señor Mathieu —le contestó el chofer antes de cerrar la puerta.

—¿Cómo la has visto? —preguntó en cuanto el hombre se sentó frente al volante.

—Al principio un poco desorientada, pero al parecer le ha hecho bien salir con la señora Feraud, porque al volver estaba un poco más sonriente, incluso... —estuvo a punto de contarle que había tocado el violín, pero pensó que con eso arruinaría la sorpresa —incluso ha estado más expresiva —concluyó.

—Bien —fue su única respuesta.

Patrick había tenido un día de mil demonios, la primera reunión había sido con los dueños de unos laboratorios, con los cuales, la Casa Mathieu estaba creando una nueva línea de belleza, pero, al parecer unas pruebas en los productos no habían salido bien y los costos estaban siendo tremendamente altos.

Los resultados lo habían alterado de tal forma que, el siempre sosegado y tranquilo Patrick perdió los papeles por un momento, después, para colmo de males, su hermano Paul lo había llamado para informarle de algunos problemas en la central de la empresa en América. Si se tenía en cuenta lo anterior sumado a que no había pasado ni un instante en que no pensara como tendría que actuar con una jovencita virgen, podría resumir que el día había sido una mierda.

En el camino se dedicó a contestar algunos correos, pero recordó la investigación inconclusa que había dejado en su teléfono, abrió nuevamente el buscador y siguió con la lectura del tema que no dejaba de rondarle la cabeza.

Estaba leyendo sobre los consejos que daba una sexóloga de cómo debía un hombre actuar frente a una chica virgen y cuáles eran los pasos que debía seguir para que la experiencia fuera lo menos dolorosa posible. Patrick ni siquiera en sus años de juventud había tenido ninguna experiencia cercana con alguna virgen, jamás le habían interesado y tampoco se le había presentado alguna oportunidad, las mujeres con las que siempre estuvo, ya tenían algo de

experiencia.

Su primera vez fue cuando aún estaba en la preparatoria, en ese entonces él tenía 18 años cuando conoció a Bárbara, una española que estaba de intercambio y quien era un par de años mayor, recordó perfectamente como en aquella salida de integración al campo, ella le había pedido que la acompañara a dar una vuelta por el bosque, con cada paso que se alejaban del campamento ella se tornaba más seductora y él que tenía las hormonas alborotadas por la ansiedad de experimentar lo que casi todos sus compañeros ya habían experimentado, se dejó llevar y en medio de la maleza y de hojas secas, tuvo sexo por primera vez.

—¿Señor? —el chofer lo llamó por segunda vez al verlo tan distraído. Ya habían llegado a casa y Patrick ni siquiera lo había notado, estuvo tan sumergido en sus pensamientos que no supo cuánto tiempo duró el recorrido.

—Gracias Marco —fue su única respuesta y se bajó del auto.

Olvidó todo lo malo que le había pasado en el día, en ese instante solo quería concentrarse en la mujer que lo estaba esperando detrás de la puerta.

Patrick caminó ansioso a través del ante jardín de la casa, después de rebuscar entre los bolsillos de su chaqueta las llaves de la puerta, abrió con sigilo, quería sorprenderla, pero tal como había pasado desde que decidió ir a ese evento, el único sorprendido fue él, la casa estaba a oscuras a excepción de una pequeña lámpara en el gran salón, la iluminación era suficiente como para que él pudiera observar la menuda figura de Sofía en posición inicial, estaba sentada sobre sus talones y las manos a su espalda, era una imagen hermosa vestida con un precioso conjunto de lencería rosa pálido.

Al sentirlo entrar, un frío de anticipación recorrió todo su cuerpo, no tuvo necesidad de elevar su mirada para saber que él la estaba observando con aquellos ojos penetrantes, sacó sus manos de su espalda y con ellas su violín y el arco y sin esperar a que él pudiera decir ni media palabra, comenzó a tocar ALL OF ME (John Legend)

Patrick la miraba alucinado, era la primera vez que le daban una sorpresa semejante, él se había imaginado que estaría nerviosa o ansiosa, pensó encontrarla retraída y tímida esperando que fuera él el que tomara la iniciativa. Se había imaginado que tendría que decirle detalladamente que debía hacer o cual posición tomar, se imaginó dando instrucciones e incluso ya tenía varias escenas pintadas en su mente, pero lo que jamás sospechó fue encontrarse la imagen más hermosa y a la misma vez erótica en el salón de su casa, la casa de su familia.

Ella parecía un ángel, vestida con esa delicada lencería de color rosa pálido mientras seguía tocando sin levantar la mirada, cosa que no le gustó, deseaba que ella lo mirara, ¿Por qué? Se preguntó mentalmente, así eran las mujeres sumisas con las que le gustaba estar, siempre con la mirada gacha y tan vulnerables que le inspiraban el deseo de acogerlas, pero esta vez quería que Sofía lo mirara, quería que tocara cada nota de aquella linda canción, conectando con sus ojos, solo así estaría seguro de que estaba tocando solo para él y no para algún viejo recuerdo.

—¿Pero en que estás pensando? —se cuestionó en su mente.

Mientras ella seguía tocando el violín, el caminó a su alrededor, tal y como había hecho en la cata, quería verla por completo, se detuvo a su espalda para ver esas preciosas y redondas nalgas enmarcadas por la delgada tela de encaje de su diminuta tanga.

Sofía terminó de tocar la canción, bajó el instrumento al suelo y esperó a que él dijera o hiciera algo, estaba orgullosa por cómo había tocado, a pesar de los días sin practicar, recordaba muy bien la técnica aprendida.

—Pensé que hasta ahora estabas aprendiendo a tocar el instrumento, pero a mi parecer, eres toda una profesional.

—Esta es una canción que he practicado mucho —le contestó sin levantar la mirada.

—¿Por qué? ¿Acaso es una canción especial? —le preguntó parándose frente a ella.

—No, es que...

—Mírame —le ordenó

—No señor, no es especial, simplemente me gusta —contestó con sinceridad mirándolo a los ojos.

Patrick supo que decía la verdad, la joven lo estaba volviendo un poco loco, esa necesidad de que lo viera a los ojos para comprobar la verdad de sus palabras era nueva, jamás había sido un hombre inseguro o celoso, pero esa mujer rompía con todo —“es porque es muy joven, demasiado para mí” — se dijo tratando de buscar una explicación.

—Toca otra —le pidió mientras se sentaba en un sillón frente a ella.

Comenzó a tocar The Scientist de Coldplay, Patrick se mantuvo en silencio escuchándola y viéndola, una extraña presión se le plantó en el pecho, no tenía ni idea de que era, pero tuvo que soltarse la corbata para respirar mejor, después soltó los botones de su chaleco, la sensación de sentirse atrapado como si se estuviera cohibiendo era insoportable.

—Mírame mientras tocas —esta vez se lo pidió con un tono casi de súplica que ni él mismo reconoció.

Ella lo hizo gustosa, la idea de estar mirando al suelo le incomodaba, prefería verlo a esos preciosos ojos, cuando levantó la mirada le sonrió y vio como el rostro de Patrick se relajaba.

Después, con cuidado de no descuidar ninguna nota se puso de pie y siguió tocando al tiempo que se movía sin dejar de mirarlo, cuando terminó la canción, los dos estaban inmersos en una nube, sin mediar palabra él se levantó y fue hacia ella, le quitó el instrumento y lo dejó sobre el sillón, después la alzó en brazos y comenzó a darle suaves besos en el cuello.

—Preciosa —le murmuró al oído.

Ella no respondió, solo se dedicó a sentir, ese era uno de los tantos concejos que Ivanka le había dado esa tarde.

Patrick la llevó hasta la terraza del segundo piso de la casa y ella se sorprendió al ver una cama que no había visto la noche anterior en el recorrido que él le había hecho.

—Esto no estaba aquí —murmuró.

—Lo he preparado mientras estabas de compras —le contestó dejándola de pie frente a la cama.

—¿Por qué?

—Porque he querido dejar un recuerdo imborrable en tu mente, dijiste que no irías a la torre Eiffel con nadie más que no fuera el amor de tu vida, tal vez yo no lo sea, pero seré el primero que te haga el amor, y te lo haré mientras miras la torre, así que cada vez que la veas recordarás este momento.

—¡Wow! —exclamó con un suspiro, mientras observaba brillar los cientos de luces de aquel precioso monumento.

—¿Estas nerviosa? —le preguntó levantándole la barbilla.

—Un poco —le contestó con media sonrisa, mirándolo a los ojos.

Por unos segundos se conectaron a través de la mirada, unos segundos que se hicieron eternos y en los cuales parecían como si estuvieran tratando de descubrir lo que había en la cabeza del otro.

La besó, lo hizo con verdadera pasión y entrega, ella, como ya le había pasado con ese hombre, sintió todo su cuerpo temblar, con cada beso le removía el mundo y ella agradeció que fuera así, de lo contrario, aquel acuerdo sería una verdadera tortura.

Patrick la sujetó de la cintura y la elevó para después dejarla caer sobre el colchón, inmediatamente, y sin dejar de apreciarla, se desnudó permitiendo

que la ropa cayera en un revoltijo en el suelo, esa tarde había planeado cientos de cosas, pero no recordaba ninguna de ellas, se estaba dejando llevar como pocas veces en la vida, le había entregado el control a su instinto, a ese sentimiento primario de ser un macho a punto de complacer a su hembra.

La vio removerse inquieta, retorció un poco las piernas y supo que verlo desnudarse la había excitado.

—Quítate la tanga —le dijo con voz ronca, ni siquiera él podía reconocerse, esa jovencuela lo estaba extasiando como no recordaba haberlo hecho.

Ella lo hizo con un poco de timidez, pero sin dudar, no era así como se había imaginado perder su virginidad, siempre creyó que lo haría con algún chico del cual estuviera enamorada, Sin embargo, no podía negar que Patrick le despertaba deseo y el detalle de hacerle el amor en la terraza con la torre como fondo, era mejor que hacerlo en alguna habitación de adolescente llena de posters de alguna banda de moda.

—Estás mojada —le dijo Patrick abriéndole las piernas.

El brillo de sus fluidos entre sus pliegues aterciopelados lo estaban enloqueciendo, entre sus dudas, estaba que ella no se sintiera atraída o excitada por él, dada la forma en cómo se habían unido, pero estaba comprobando que la atracción era mutua y que ella lo deseaba casi tanto como él a ella.

Se subió al colchón y se ubicó entre sus piernas, percibió como la respiración de Sofia se aceleraba y con una delicadeza inusual, comenzó a acariciarla en el vientre mientras le regaba suaves besos por el pecho, quiso tomarse el tiempo necesario para hacerla sentir especial, no tenía ningún interés de ir directo al grano, disfrutaría de ella y de su cuerpo hasta que no le quedara aliento.

Con todo su cuerpo erizado y sintiendo cada caricia, ella también quiso tocarlo, con un poco de retraimiento comenzó a pasarle las manos por la espalda, mientras Patrick iniciaba un delicioso y electrificante descenso.

Encajó su cabeza en medio de sus caderas y apreció su pequeño y rosado coño, le pareció un bocado delicioso y sin esperar más, comenzó a degustarlo.

—¡Dios! ¿Qué haces? —cuestionó ella retorciendo los dedos de los pies por la tensión.

—Me estoy comiendo tu coño, cariño, eso hago —le dijo asomando sus ojos para mirarla, así como hacen los cocodrilos en las calmadas lagunas.

Su lengua estaba presionando y lamiendo su hinchado clítoris, y los

primeros gemidos intensos se comenzaron a escuchar y para aumentar las sensaciones y el placer, Patrick metió la punta de su índice y con movimientos circulares, comenzó estimular ese punto interno que hace chillar a cualquier mujer.

Sofía comenzó a retorcerse, su orgasmo se estaba gestando, al principio sintió deseo de alejarse, pero Patrick se lo impidió, después, cuando estaba cerca a la cumbre sujetó la cabeza de él y la pegó más a su vulva ansiosa, él le dio un suave azote y le ordenó subir las manos.

—Patrick, Patrick —lo llamaba en medio de jadeos, sentía un extraño hormigueo y una incómoda sensación de hacer pis

—Déjate llevar, no lo retengas —le dijo él al darse cuenta de lo que le estaba pasando.

Pero en su mente trató de buscar algún recuerdo en el que sus amigas le describieran el orgasmo de esa forma y no lo encontró, su temor por hacerse pis no la dejaban llegar.

A Patrick le sobraba experiencia, por su cama habían pasado tantas mujeres, que sabía perfectamente lo que le estaba pasando a Sofía, por eso cuando sintió que la tenía al filo del precipicio, se alejó un poco y le dio un fuerte azote con la palma de la mano en medio de su vulva, haciendo presión en su clítoris.

El chillido que lanzó Sofía, seguro se escuchó a varias cuerdas de distancia, pero eso a él no le importó, ni siquiera se detuvo a pensar en lo que pudieran decir sus vecinos, su atención solo se centró en el charco que había quedado entre sus piernas.

—Tuviste un squirting —dijo con voz emocionada.

—¿Qué? ¿Qué es eso? —se incorporó preocupada.

—Es una eyaculación femenina, no todas las mujeres son capaces de tenerla.

—Lo siento —se disculpó recogiendo las piernas.

—No, no —la detuvo y la acercó a él —no te disculpes, es maravilloso, me encanta, solo a un imbécil le incomodaría que la mujer que se está cogiendo tuviera un squirting, por mi puedes tener todo lo que quieras.

—Había hablado con mis amigas sobre esto, muchas ya han tenido sexo, pero ninguna me había dicho nada de un squirting, siempre hablaban de sus orgasmos como una sensación indescriptible, pero no se parece a lo que yo sentí.

—Cariño, primero, es muy común que chicas de 21 ya hayan tenido

relaciones sexuales, tu eres más bien una excepción —ella escondió el rostro entre el hueco de su cuello y se preguntó qué pensaría él si supiera que no tenía 21 sino 17 —y segundo, como ya te dije, tuviste un squirting, es algo más intenso que un orgasmo, es probable que no lo tengas todo el tiempo, pero los orgasmos más simples igual te van a gustar.

Sofía se distanció lo suficiente para mirarlo y un fuerte impulso la llevó a besarlo, él recibió más que gustoso ese beso, beso que se fue intensificando llevándolos a los dos a un frenesí.

Patrick se encajó en ella y sin dejar de besarla movió sus caderas para que la punta de su pene rozara entre sus pliegues, se movió un poco haciendo que los residuos de sus jugos le lubricaran la erección y poco a poco fue metiendo la punta.

Sofía le enterró las uñas en sus brazos, él no sabía si era porque le dolía o por excitación, sin embargo, y a pesar de la duda, fue incapaz de detenerse.

—Voy a hacerlo rápido, así no prolongo el dolor que puedas sentir —le susurró

—Está bien —fue lo único que ella respondió en medio de placer combinado con dolor.

Patrick respiró profundo y se enterró en una estocada fuerte y rápida, Sofía lanzó un grito agudo, sintió como todas sus entrañas se abrían, le dolió más de lo que hubiese pensado, se aferró a sus hombros y respiró agitadamente tratando de recuperarse.

—Shh, tranquila, ya pasará —le dijo al tiempo que la besaba por el cuello, mantuvo sus caderas quietas esperando que ella se acostumbrara a tenerlo en su interior, a él se le estaba yendo la vida en aquel esfuerzo, las ganas de moverse lo estaban calcinando, pero aun así no fue egoísta y la puso a ella sobre sus ganas.

—Estoy bien —le dijo la chica después de varios segundos.

—¿Segura?

—Sí, no ha sido tan doloroso, ha sido más la sorpresa.

—¿Segura? —volvió a repetir la pregunta mientras movía sus caderas saliendo y entrando, pero se detuvo al ver que hizo una mueca.

—Si, créeme, es soportable.

—No quiero que sea soportable, quiero que te guste.

—Entonces, bésame —le pidió y cuando él lo hizo, elevó sus caderas para que él se enterrara a aun más, Patrick gimió en su boca y después de ese movimiento no se pudo detener, con cada embestida la excitación de ambos

creció.

Patrick estaba pletórico, la sentía tan estrecha, mojada y caliente que, él se sentía en el puto infierno, pero si así de delicioso es el infierno, jamás dejaré de pecar —pensó sin dejar de moverse.

Se puso de rodillas y le levantó un poco las caderas, después con la mano libre comenzó a presionarle el clítoris, quería llevarla al éxtasis para que cualquier molestia desapareciera y así pasó, segundos después, Sofía volvía a sentir que un enorme orgasmo crecía, Patrick pudo sentir sus contracciones internas apretándole la polla y cuando sintió como se empapaba, él no se pudo resistir, rápidamente salió de ella y eyaculó sobre su vientre.

Su pecho se movía a mil por segundo, su respiración agitada en busca de oxígeno hizo que sus músculos fallaran y cayeran sobre su cama.

María Paula por su lado, también estaba en medio de un mar de emociones y sensaciones, el dolor, el placer, la agitación no la dejaban pensar con coherencia, había perdido la virginidad, pero ella solo recordaba una y otra vez los latigazos de corriente recorriéndole todo el cuerpo mientras sus músculos se contraían al llegar al orgasmo, su entrepierna seguía palpitando y su pecho no dejaba de moverse violentamente con cada respiración.

Estuvieron en silencio por varios minutos, cada uno analizando sus emociones, pero al final fue ella quien rompió con el mutismo en el que se habían incrustado.

—Es preciosa —dijo mirando la torre mientras paseaba sus dedos por el pecho de Patrick.

—Lo es, la torre es un orgullo francés, y pensar que al principio la gente se oponía a ella.

—Por fortuna no pudieron evitar su construcción.

—Si.

Se quedaron nuevamente en silencio, ella meditaba sobre lo irónica que es la vida, siempre había soñado con vivir en París y estudiar Arquitectura, pero jamás se imaginó que llegaría a la ciudad de aquella manera. Patrick por su parte, pensaba en lo mágico que había sido ese instante y como su comportamiento con Sofía era totalmente diferente, tanto, que a pesar de no haberle sometido como a otras mujeres, su orgasmo y su placer habían sido tan intenso que le costaba creerlo.

—¿Estás bien? —él preguntó

—Tengo un poco de escozor, pero creo que es lo normal —le dijo ella con tranquilidad.

Patrick se removió y en ese momento se dio cuenta que su miembro estaba manchado con un poco de sangre.

—Ven, vamos a darnos un baño —se puso de pie y le tendió la mano —¡oh vamos! No te pongas tímida después de lo que pasó —la regañó cuando vio que ella quería cubrirse para levantarse de la cama.

—Lo siento, es que aún no me acostumbro a que me veas desnuda —respondió con media sonrisa.

—Acostúmbrate, voy a querer verte desnuda muy seguido, eres hermosa y más que vergüenza, debes sentir orgullo por tu apariencia ¿de acuerdo? —le preguntó levantándole el mentón

—Está bien.

Llenó la tina de agua caliente, entró y la ayudó a entrar, después de que ella se acomodara entre sus piernas, con parsimonia le enjabonó la espalda hasta que la sintió completamente relajada, aprovechó su languidez para pasarle las manos por el pecho hasta su entre pierna y con excesiva ternura se la lavó.

—Sangraste un poco —le dijo mientras la lavaba.

—¿En serio? No me di cuenta —dijo ella removiéndose.

—Quieta —la detuvo con una mano en su cintura —deja que me encargue.

Terminó de asearla con mimo, tanto, que ella había comenzado a excitarse por los suaves movimientos de sus dedos entre sus pliegues.

Estuvieron allí hasta que el agua comenzó a enfriarse, él salió primero y buscó una toalla y después hizo que ella saliera, la cubrió y la ayudó a secarse, seguidamente la tomó en brazos haciendo que ella se sorprendiera, la llevó a su habitación y la dejó sobre el colchón con excesivo cuidado.

—Gracias —le dijo sin quitarle los brazos del cuello.

—¿Por qué?

—Por hacer de mi primera vez, la mejor primera vez que cualquier chica quisiera tener.

—El placer ha sido mío preciosa —le contestó con una sonrisa al tiempo que le daba un casto beso.

Él se irguió observándola en su cama y un fuerte vacío se instauró en la boca de su estómago, fue tan fuerte que sintió náuseas.

Sin decir nada, regresó al baño, después de cerrar la puerta se fue directo a lavado.

—¿Qué me pasa? —descubrió que al igual que le había pasado cuando se encontró con Dayana en la isla, estaba teniendo un episodio de pánico.

Se echó agua en la cara y trató de controlar su aliento, poco a poco los ejercicios de respiración le fueron ayudando a calmarse, pero el que hubiese tenido otro episodio de esos, lo intranquilizó, entendía que lo llenara de pánico encontrarse con alguien que lo conociera en aquel evento, él no quería que se hiciera público sus gustos sexuales, pero esta vez no había razón para volver a sentir miedo, se dijo que era algo que debía hablar con su psicoanalista.

Regresó a la habitación cuando se hubo calmado y la encontró dormida, se embelesó observándola, definitivamente ella tenía un aura angelical, un aura que lo llenaba de tranquilidad, pero al mismo tiempo lo agitaba más que cualquier otra cosa en el mundo, en ese instante ella se veía tan serena y al mismo tiempo tan frágil, todo el pánico que sintió minutos antes, se esfumó, ahora solo quería fundirse con ella en un abrazo y dormir de esa manera hasta que el sol saliera.

Así lo hizo se metió en la cama junto a ella y demasiado rápido quedó fundido en un gran sueño.

María Paula despertó rodeada de fuertes brazos, lo hizo de manera serena, sin hacer fuertes movimientos giró un poco su rostro para mirar el reloj digital y vio que eran las 3:30 de la mañana.

Respiró profundo y posó su mano sobre la de él, se tomó unos segundos para mirar a su alrededor y sentir el aroma que la rodeaba, Patrick tenía esa deliciosa mezcla de cítrico y madera, probablemente nunca podría olvidar ese olor, el aroma del hombre que le había hecho el amor por primera vez sería un ancla en su memoria, al igual que cada vez que viera la torre Eiffel su mente recordaría cada sensación de esa noche.

Se giró con delicadeza para evitar despertarlo, se puso frente a frente a él y no pudo evitar acariciarlo, paseó sus dedos por los surcos de sus ojos, tenía unas suaves arrugas en el contorno, se veía mayor, pero increíblemente allí recaía gran parte de su atractivo, eso, junto a las tenues canas en su cabello.

Sus manos se siguieron paseando por todo su rostro, después por todo su pecho hasta el vientre bajo, el hombre le hacía sentir un calor intenso en todo su cuerpo, era como si él tuviera la capacidad de encenderla con solo tenerlo cerca.

—Tal vez deberías detenerte —le dijo sin abrir los ojos —no podrás terminar lo que estas iniciando, debes estar adolorida.

—Solo un poco —le contestó ella con suavidad y con una media sonrisa en el rostro.

—Entonces —la sujetó para que dejara de excitarlo —no sigas, no podrías resistir otra jornada de sexo.

Ella dejó que él la retirara un poco, pero lo deseaba, deseaba volver a sentirlo, deseaba que volviera a acariciarla, se moría de ganas por volver a sentir al menos por algunos minutos ser el centro de atención de ese hombre.

Se sintió empoderada y quiso tener la iniciativa, se movió por debajo de las sábanas dándole suaves besos por todo su cuerpo.

—Sofía... —murmuró Patrick tratando de controlar su deseo —no quiero lastimarte.

—Sé que no lo harás —dijo ella totalmente convencida —también sé que deseas esto —comenzó a acariciar su dura erección, pasando sus manos de arriba abajo. Lo escuchó gemir al mismo tiempo que él quitaba la sábana —¿aun sigues queriendo que me detenga? —le preguntó con la picardía de una chiquilla.

—No, claro que no, quiero que te la metas toda —dijo entre dientes.

Lo hizo, lamió y chupo al ritmo que él le fue marcando, la sujetó del cabello y le guio los movimientos.

—Eres increíble, aprendes tan rápido —dijo en medio de jadeos, ella lo estaba haciendo sentir tanto placer como el de una mujer con demasiada experiencia.

La excitación fue en aumento, todo su cuerpo se tensionó al ritmo de los movimientos húmedos y sensuales de la boca de la chica.

—Apriétame así —se sujetó la erección fuerza —y bésame los... —ella se metió sus testículos en la boca antes de que él terminara la frase —Mierda, sí así —dijo en medio de un gruñido lleno de placer.

Ella lo miraba por entre sus pestañas mientras le daba placer, disfrutó de cada uno de sus movimientos involuntarios y temblorosos.

Él la volvió sujetar del cabello e hizo que se la metiera por completo, le pidió que aumentara el ritmo y sin soportar más toda esa tensión acumulada, se corrió en su boca.

—¡Dios! Eres impresionante —cuando terminó de correrse la sujetó de los hombros e hizo que ella se pusiera a su altura.

—Me encanta lo que me haces sentir cuando haces todas esas muecas —

dijo ella con demasiada ternura.

—¿Muecas? —preguntó Patrick antes de estallar en una sonora carcajada.

—Sí, ya sabes, cierras los ojos, te muerdes los labios, truenas los dientes, empuñas las manos, todos los músculos de tus piernas se ponen rígidos y esos soniditos gruñones que exhalas, bueno, no sé, siento algo muy similar a cuando me tocas, es como si...

—¡Madre Mia! —exclamó con emoción —Eres super perceptiva —le dijo mientras llevaba la mano a su entre muslos —estás... empapada —dijo moviéndose para quedar sobre ella —eres el caramelo más dulce y celestial que la vida me ha puesto en el camino —murmuró mientras le acariciaba el coño con la nariz —si así te pone mamármela, tienes permiso para hacerlo cuantas veces quieras, es como si hubieses tenido un orgasmo.

—¿Si? —preguntó ella un poco anonadada por verlo tan sorprendido.

Él dejó de hablar y se dedicó a devolverle el favor, con maestría movió su inquieta lengua por los recovecos de sus pliegues húmedos, sus dedos hábiles también comenzaron a entrar y salir, todo moviéndose en una hermosa sincronía hasta que ella estalló pletórica en un orgasmo descomunal.

—La vamos a pasar muy bien, parece que estuviéramos hecho el uno para el otro —dijo Patrick igual de extasiado que ella, adoraba verla arder de placer.

Estuvieron unos minutos más en la cama abrazados sin decir nada, solo sintiéndose el uno al otro hasta que el teléfono de él sonó.

—Es mi hermano, debo contestar —dijo cortando el abrazo y saliendo de la cama, regalándole una impresionante vista de su culo respingón —Paul, hermano, ¿a qué debo esta llamada tan temprano? —contestó mientras se ponía un pantalón de chándal, después salió a hablar al balcón de la habitación.

—Patrick, ya no es tan temprano, no por lo menos para ti, a esta hora ya estás en el gimnasio ¿no?

—No, anoche estuve ocupado hasta muy tarde y esta mañana...

—Has preferido quedarte enroscado en la cama con la mujer que te tuvo entretenido, hombre que ya no estás en edad de andar en esas maratones, mira que tú me llevas unos años y...

—Cállate Jean Paul, no me digas que te has tomado la molestia de llamarme a esta hora solo para decirme viejo —dijo gruñendo.

—¡Uich! Se supone que deberías estar de buen humor.

—Lo estaba, créeme, mi humor era inmejorable, pero acabas de arruinarlo, así que habla de una santa vez

—Está bien, ya sabes que mamá cumple años en unas semanas, como es su cumpleaños número 70, Victoria se ha ofrecido junto con Angie y Emma a organizarle una gran celebración y me ha pedido que te pregunte al igual que a Ginebra si tienen alguna idea o si confían plenamente en ella para organizarla.

—Dile a tu mujer que tiene carta blanca, solo díganme que necesitan para hacer de ese día un día muy especial para mamá.

—Bueno, la celebración no será un día, la idea es que la familia esté reunida una semana, la fiesta durará todo el fin de semana, pero los Mathieu tenemos que estar unos días previos para...

—¿Pero qué piensa hacer tu mujer? ¿Por qué debemos estar una semana para una celebración de cumpleaños?

—Victoria solo quiere hacer algo que mamá recuerde toda la vida.

—Estoy de acuerdo con eso, pero ¿Una semana? No sé si pueda estar tantos días, tengo mucho trabajo y...

—¿Patrick? ¿Qué pasa? Jamás habías puesto los compromisos laborales por encima de la familia, siempre has sido el primero en enlistarte en las reuniones familiares sin importar si duran una o dos semanas.

—Pero es que ahora tenemos muchos compromisos, el lanzamiento de esa nueva línea de la empresa y las reuniones con los laboratorios hacen que...

—La verdad —lo interrumpió, conocía demasiado a su hermano como para creerse ese cuento.

—Esa es la verdad —dijo con tono severo, odiaba que le cuestionaran sus acciones.

—Como quieras, lo único que te pido es que le informes a Victoria cuándo podremos contar con tu presencia.

—De acuerdo, hablaré con ella, también le pondré a disposición mi Jet por si lo necesita.

—No lo creo, está disponible el jet que tenemos aquí en América.

—Está bien, pero dile a tu mujer que lo que necesite no dude en pedírmelo.

—Lo haré.

—Bien, te dejo porque voy a la oficina.

—Hermano —le habló antes de que colgara —¿Es por una mujer? ¿O por una pareja? Sabes que todos vamos a querer a quien tú quieras y...

—Espera, ¿Qué es eso de que si es por una pareja?, esa pregunta después de haberme preguntado si era por una mujer suena a que crees que esa pareja puede ser un hombre, ¿Es eso? ¿Crees que estoy saliendo con un hombre?

—No, bueno y si lo estuvieras, no importa, mira Gin, vive ocultándonos que sale con mujeres, he intentado de que hable de eso no tiene por qué ocultarlo, es probable que a mamá le dé un desmayo, pero sé que ni tú y por supuesto yo, jamás la juzgaríamos.

—Ginebra es libre de tener la persona que desee, a mí no me importa si es lesbiana, es mi hermana chiquita e igual la adoro, pero eso no tiene nada que ver conmigo, yo no soy homosexual y tu bien lo sabes, acaso los años de matrimonio te han hecho olvidar nuestros días de juerga y como compartíamos mujeres, ¿lo recuerdas? Mujeres, siempre fueron mujeres —dijo furioso.

—Tranquilo, no te enfades, yo solo estoy tratando de saber porque estas tan raro, este fin de semana reciente estuviste desconectado y fue imposible ubicarte, también me llegó información de lo mal que tuviste ayer, parece desconcentrado o por lo menos eso fue lo que me dijeron, solo quiero reiterarte que yo siempre estaré para apoyarte en todo.

—Jean Paul... —respiró para no ser grosero con su hermano —gracias por preocuparte, pero estoy perfectamente, no soy homosexual ni tengo ningún problema para demostrar mi sexualidad, como tampoco estoy metido en ningún lio, simplemente tengo una vida, una vida que a veces me gusta mantener en privado, incluso de ti, ¿acaso no respeto yo la privacidad de tu vida matrimonial?

—Te quiero hermano, ya todo ha quedado claro, sin embargo, te advierto que Victoria puede llegar a ser muy molesta cuando la contrarían, es probable que pronto recibas una llamada de mi mujer quejándose porque no vayas a estar los días que se van a disponer para la celebración.

—Tranquilo, puedo con la fiera de tu mujer.

Colgó la llamada y se quedó mirando hacia la nada, el cumpleaños de su madre sería en un poco más de un mes, él siempre viajaba a donde ella estuviera para pasar unos días juntos, incluso muchas veces habían compartido más de una semana para hacerla sentir especial, pero esta vez era diferente, en casa tenía a Sofia y no quería dejarla por tanto tiempo sola, además en unos días se marcharían a la casa en la cual vivirían el año que ella estuviera a su lado, con la llamada de su hermano, no era de extrañar que alguien de la familia se apareciera por la casa en la que estaban, la cual, era de todos lo Mathieu.

—¿Todo está bien? —le preguntó Sofia asomándose cubierta por la sábana.

—Sí, claro que si —le contestó con una sonrisa.

—Pareces molesto.

—¿Por qué?

—Hasta donde entendí, tu hermano cree que eres gay y pues...

—Mi hermano es un imbécil —le contestó con seriedad —ven acá —le tendió la mano —¿Tu también crees que soy gay?

—No —contestó soltando una gran carcajada —claro que no.

—Bien, con eso me basta, lo que piense mi hermano es su problema.

Patrick la cubrió con sus brazos para evitar que ella sintiera demasiado frío, la apretó contra su pecho y cerró los ojos, algo tenía Sofia que le brindaba una paz inexplicable, una paz que jamás había sentido.

—¿Y tú? ¿Estás bien? —le preguntó al tiempo que le dejaba caer un beso en la frente.

—Si, más de lo que imaginé.

—¿Por qué?

—Bueno, jamás creí que esto fuera a ser tan agradable.

—Y aun así te subastaste ¿Por qué? ¿Qué te llevó a participar en ese evento?

—Lo hice por dinero —dijo tratando de soltarse, pero él no le permitió moverse ni un centímetro.

—No lo entiendo, eres una chica talentosa, hermosa e inteligente, podrías haber sido modelo, artista o cualquier cosa que quisiera, pero aun así terminaste vendí...

—Vendiéndome como una prostituta —finalizó ella con amargura.

—No quise...

—Si quisiste, es eso lo que piensas de mí, que soy tu esclava, tu puta, pues si, lo soy Patrick Mathieu, soy tu puta, la puta a la cual le puedes pedir lo que se te dé la gana porque...

—Oye, oye —le tapó la boca —para, no quise ofenderte, simplemente no entiendo, pero si no quieres contarme sobre tu vida, no tienes que hacerlo, al final del día nosotros simplemente tenemos un acuerdo ¿no?

—Si —dijo ella entre dientes cuando le destapó la boca —¿A mi señor le importa si voy a mi habitación?

—No, a tu señor no le importa, es más, desea que te marches a tu habitación.

—Así lo haré —dijo ella haciendo una burlona reverencia.

Él se quedó observándola mientras se marchaba, aquella jovencita no era ninguna sumisa como le había hecho creer, cosa que debía enfurecerlo porque

él necesitaba una sumisa para tener satisfacción completa, o de lo contrario, siempre le haría falta algo o ¿no?, ya ni siquiera lo sabía porque en ningún momento había vuelto a sentir ese vacío desagradable que había sentido después de que el clímax pasara en alguna relación casual.

Sin querer profundizar sobre el tema y sabiendo que en cuestión de poco tiempo se daría cuenta si Sofía era o no una sumisa natural, decidió irse a dar una ducha y a prepararse para ir a la oficina.

Como siempre fue diligente al momento de cuidar su aspecto personal, siempre había sido un tipo pulcro y muy varonil, era otra de las tantas cosas que le había aprendido a su padre.

Cuando estuvo satisfecho con su aspecto, salió del cuarto de baño para buscar el traje que se pondría ese día, pero al salir, se sorprendió al encontrar a Sofía sentada en su cama, vestida solo con una camiseta blanca y unas bragas del mismo color.

—¿Qué pasa? —le preguntó con sequedad al verla con la mirada al suelo.

—Lo siento, yo no sé qué me ha pasado hace un momento, yo no soy así —habló en voz baja, después se dejó caer de rodillas en la suave alfombra —yo quiero...

—Para Sofía —la interrumpió sin amabilidad —levántate y vete —siguió hacía su vestidor ignorando el hecho de que ella estuviera de rodillas al lado de su cama.

—Por favor, mi señor, no...

—No me vuelvas a decir mi señor a no ser que haga parte de un juego sexual —se volvió y la miró con ojos furiosos —si de verdad tienes algo de sumisa y obediente, haz lo que te digo, levántate y vete de mi habitación.

—Pero...

—¡Ahora! —le gritó perdiendo la paciencia.

—Lo siento —dijo poniéndose de pie, estaba muy asustada, temía que su error le fuera a costar el trato hecho y que él pidiera la devolución del dinero, eso sería su perdición.

—Sofía —la llamó antes de que saliera.

—¿Si?

—Solo voy a decirte esto una sola vez —caminó hacia ella dejando ver su torso desnudo —deja de mentirme, jamás nadie ha logrado engañarme, no por lo menos de esta manera, tu reacción airada de antes fue honesta y auténtica, pero tu intento patético de humillarte para hacerme creer que estas siendo sumisa no lo fue.

—Yo... —no pudo hablar, rompió en llanto, tenía miedo, mucho miedo que todo se fuera al traste por un simple error y que el venezolano cumpliera con sus amenazas.

—No hagas eso —Patrick sufrió instantáneamente al verla llorar, no había nada que odiara más en el mundo que ver las lágrimas de una mujer, a él le gustaba hacerlas feliz y darles placer —ya por favor —la cubrió con sus brazos —deja de llorar.

—Lo siento, lo siento mucho, no me eches por favor —repetía ella entre hipidos.

—No lo haré, nadie dijo nada de eso, ¿Por qué crees que te echaría después de lo de anoche?

—Bueno, es que... usted quiere una sumisa todo el tiempo y yo...

—Espera, —la interrumpió haciendo que levantara la mirada para verla a los ojos —me está pasando lo mismo que a ti, todo esto me tiene confundido, a pesar de que tenga mucha más experiencia que tú, no estoy seguro de cómo debo manejar todo esto, por eso solo te pido que actuemos con normalidad y que seamos honestos en todas nuestras acciones y nuestras palabras, solo así podremos descubrir que nos llena de placer.

—Pero...

—Pero nada, no tenemos que actuar como se supone que debemos hacerlo, ya ni siquiera sé que es lo que quiero de ti, deja que vaya descubriéndolo, pero solo puedo hacerlo si eres sincera, así como lo fuiste cuando te enfureciste hace un rato, por increíble que me parezca, eso no me molestó tanto como verte fingir y ponerte de rodillas aun sabiendo que no querías hacerlo.

—¿Entonces no debo ser una sumisa?

—Yo no he dicho eso, lo que he dicho es que has hecho cosas que creí que no me gustaba y aun así me han parecido bien, así como también has hecho cosas que creí que me gustaban y me has enfurecido.

—¿Es por lo de la sinceridad no?, es decir, lo que realmente odias es que mienta, aunque sea para complacerte.

—Exacto.

—¿Antes te había pasado?

—No, creo que ninguna mujer se hacía la sumisa, creo que todas las sumisas que había tenido realmente lo eran.

—Y crees que yo no lo soy.

—Aún tengo que descubrirlo. —dijo con suavidad, ella era la

personificación de la ternura y él solo quería dejarse llevar —Señorita Sofía, es usted todo un enigma, uno que aviva mi deseo por descifrarla.

—Vaya, yo... yo solo quiero que esto funcione —él sonrió al escucharla porque supo que era cierto lo que decía y como él también quería lo mismo, quiso hacerlo posible.

La levantó en voladas haciendo que la toalla se le cayera, después y sin mucho preámbulo le corrió la braga y la penetró al tiempo que a empotraba contra la pared, la escuchó quejarse, pero sabía que era un quejido de doloroso placer, por eso no se detuvo.

La embistió una vez tras otra sin ningún tipo de cuidado, Paula sentía esas suaves punzadas de dolor mezcladas de placer, pero estaba tan entregada al momento que lo único que pudo hacer, fue disfrutar.

—Bésame —le ordenó Patrick y ella de inmediato lo obedeció, lo hizo con tal sumisión que él gimió en su boca, era eso, y solo eso lo que él quería de ella, esa entrega voluntaria y sincera, tal y como lo estaba haciendo en ese instante —¡Joder!, me encantas, me cautivas, me vuelves loco —dijo en su cuello en medio de gruñidos.

Los gemidos de Sofía subieron de volumen haciendo que Patrick se envalentonara más, las penetraciones fueran más rudas sumergiéndolos en una burbuja de excitación y frenesí, sus respiraciones se aceleraron, sus cuerpos se tensionaron y juntos casi de manera sincrónica lanzaron un grito ahogado corriéndose en un orgasmo monstruoso.

—Haz conmigo lo que quieras, quiero dejarme llevar por ti, quiero...

—Shhh, estás hablando bajo los efectos alucinógenos del orgasmo — Patrick la interrumpió con una sonrisa.

Él tuvo que volver a la ducha, después sin demoras fue al vestidor a ponerse su traje, todo bajo la mirada curiosa de Sofía quien jamás había visto a un hombre en esa tesitura, Patrick fue consciente de esa mirada y se movió con más lentitud para que ella lo pudiera apreciar, cuando finalmente estuvo vestido, salieron de la habitación, ella seguía con una camiseta y sus bragas blancas, mientras él, ya iba impoluto con su traje gris plomo.

—¿Te vas a marchar sin desayunar? —le preguntó la chica cuando estaban bajando las escaleras.

—Se me ha hecho tarde, comeré algo en la oficina, tu puedes tomar lo que quieras o puedo pedirle a Marco que te traiga el desayuno si...

—No, no te preocupes, yo te prepararé algo sencillo.

—Bien, trataré de llegar temprano, pero tengo mucho trabajo.

—Te esperaré, después de todo no tengo mucho que hacer.

—Sobre eso, he estado pensando que debes retomar tus clases de violín, a mi parecer lo haces muy bien, la sorpresa que me diste anoche estuvo preciosa, pero ya me habías dicho que querías continuar con esas clases, así que haré los arreglos para que puedas tomarlas aquí en casa.

—Gracias —la chica saltó y lo abrazó por el cuello —eres un sol —le dijo mientras le besaba la mejilla.

—Con respecto a la comida, bueno, me dijiste que no se te daba muy bien cocinar, por eso ayer llamé a un amigo dueño de un restaurante, todos los días te llamarán y te preguntarán que quieres de comer.

—Patrick... no es necesario que te tomes tantas molestias.

—No me molesta en absoluto.

—Gracias —dijo esta vez sin tanta efusividad.

—Es probable que mañana nos marchemos a mi nuevo apartamento, esta casa es cómoda, pero es de mi familia y el apartamento que tenía era muy pequeño.

—Como quieras, la verdad, si me dices que nos vamos a vivir un año al campo, igual acepto gustosa —él la miró y volvió a sonreír a sentir nuevamente esa entrega voluntaria y honesta.

—No es mala idea, es más, en las próximas semanas voy a coordinar todo para que nos marchemos un mes a mi propiedad en Gerberoy, es preciosa y con mucho espacio.

—Fantástico, podría comprar algunas cosas para dibujar, soy buena en eso, era mi clase preferida en el colegio.

—Solo haz una lista de lo que necesites y Marco te lo conseguirá, ahora ya debo marcharme o no llegaré a la primera reunión del día

Se quedó sola en aquella enorme casa, era el primer día que estaría sola allí, el día anterior la pasó de compras con la esposa de Emmanuel, por fin podía tener tiempo para pensar, solo eso pensar.

—Valentina, ¿Cómo estarás? —se preguntó recordando a su pequeña hermana, en cuanto había quedado sola y tuvo tiempo para pensar en otra cosa que no fuera en complacer a Patrick, de inmediato la recordó.

Fue hacia el despacho de la casa, allí había un computador, buscó en Google noticias sobre su secuestro.

—Increíble —murmuró al ver todas las noticia sobre su familia, leyó una a una, la mayoría hablaba del secuestro de su padre y de su hermana, siguió filtrando hasta que comenzó a encontrar noticias en la cual se hablaba del

regreso de Valentina y de su posterior secuestro, por último y después de seguir buscando más información, encontró una que le heló la sangre — ¡Malditos! —dijo rompiendo en llanto al leer “ El importante empresario de las flores Augusto Valencia fue encontrado muerto y con señales de torturas en un paraje desolado en las afueras de la ciudad de Medellín” —Papá —dijo desconsolada acariciando la pantalla, en la cual se veía una imagen de un cuerpo cubierto —Sebastián es un hijueputa, te asesinó, moriste creyendo que fui vendida a una red de tráfico de blancas, pero no padre, estoy bien, donde quiera que estés, necesito que sepas que estoy bien y que voy a volver por mi hermana —en cuanto dijo eso siguió investigando para saber si encontraba algo sobre su hermanita.

Siguió leyendo y encontró otra noticia que la descolocó, en ella había imágenes del entierro de su padre en el que su tía esmeralda cargaba en brazos a su hermanita y más abajo en las noticias decían que tanto tía como sobrina había salido del país por seguridad.

—¿Qué? ¿A dónde se fueron? —Comenzó a preguntarse con rabia —¿A dónde carajos voy a ir a buscarte, si no sé a dónde te llevó mi tía Esmeralda?

Al final de la noticia, decía que su tío Sebastián seguía trabajando junto a la policía para encontrar a la mayor de las Valencias, María Paula Valencia.

—¡MALDITO! ¿Acabaste con mi familia? —gritó desgarradamente — ¿dónde está mi hermana? ¿Cómo la encuentro? —se puso de pie y comenzó a caminar de un lado a otro —¡Dios! Ayúdame, ayúdame a encontrarla, todo esto lo estoy haciendo solo para volver con ella.

Ese día no dejó de llorar, su padre había muerto y no sabía dónde podía estar su hermana, solo se controló un poco cuando le llevaron la comida, pero en cuanto quedó sola, volvió a caer en la desesperación.

Seguía en ese estado depresivo cuando escuchó ruidos, se dio cuenta que ya era de noche y Patrick había regresado.

—Mierda, estoy hecha un desastre —corrió a verse al espejo y comprobó lo que acababa de decir, trató de lavarse la cara y de mejorar su aspecto, pero sus ojos estaban hinchados de tanto llorar, su nariz estaba congestionada y todo su rostro estaba sonrojado por el esfuerzo —¿ahora qué hago? —se preguntó segura de que Patrick notaría que algo no estaba bien.

—¡Sofía! —Patrick había entrado a casa y al no verla la llamó a grito.

—¡Carajo! —comenzó a mirar a su alrededor buscando una solución, entonces miró una bufanda sobre el sillón al lado de la cama, ese había sido un regalo de Ivanka el día que habían salido de compras, corrió hacia ella la

tomó y después de desnudarse con prisa salió disparada a la habitación de él.

Patrick al no encontrarla en el primer piso de la casa subió a buscarla, no entendía porque ella no contestaba, entró a la habitación de ella pero no vio nada fuera de lugar, buscó en el baño, pero no había rastro de ella, en ese instante una preocupación se le instaló en el pecho, “¿Acaso se marchó?” se cuestionó al no verla, fue a su habitación para ponerse algo mas cómodo y pensar en donde podría estar la chica, pero en cuanto la puerta se abrió, toda preocupación desapareció y en su reemplazo un ramalazo de lujuria lo embargó.

Allí estaba ella, la mujer que no lo había dejado concentrarse en la oficina, las reuniones habían sido un desastre y los documentos que debía revisar y firmar, seguían apilados en una gran montaña porque en cuanto quiso leerlos, se perdía en medio de la lectura.

—¿Piensas recibirme con una sorpresa diferente todos los días? —le preguntó con una dulce sonrisa.

—Si, ¿Si eso lo complace? Todos los días pensaré en algo para sorprenderlo.

—Wow, que hermosa te ves.

Ella estaba totalmente desnuda sobre la cama sentada en sus talones, con los ojos cubiertos por la bufanda y las manos en la espalda.

—¿Puedo tomarte una foto? —le preguntó Patrick sacando su teléfono.

—Solo si es para ti.

—Prometo que solo será para mí, te doy mi palabra.

—Entonces tómala.

Le tomó un par de fotos en las cuales ella se veía simplemente hermosa, después se acercó y le dio un beso casto en los labios e hizo que se tumbara de espaldas en la cama, pero cuando intentó quitarle la venda de los ojos ella le sujetó con suavidad la mano.

—Puedes quitármela, pero me encantaría que me la dejaras, quisiera agudizar más mis otros sentidos.

Patrick no contestó, simplemente accedió, su forma de hablar lo estaban derritiendo, ella era como un dulce caramelo cuando hablaba y se comportaba de esa forma.

—Abre las piernas —le ordenó en un susurró.

Ella de inmediato lo hizo, las abrió y las dobló para darle a él la imagen más morbosa y erótica que hubiese visto.

—Eres como un ángel caído —murmuró justo antes de pasar su lengua en

medio de los pliegues brillantes y húmedos.

—Quiero dejar de ser un ángel —respondió ella empuñando las sábanas al sentir los espasmos que las caricias de él le hacían sentir.

—¿Qué quieres ser? —le preguntó al tiempo que le abría mucho más las piernas.

—Cualquier cosa menos un ángel —dijo entre gemidos.

—Así que no quieres ser una niña buena —Patrick estaba sumido en medio de ese juego erótico de palabras y caricias —cada vez que la penetraba con su lengua o con sus dedos, ella se arqueaba, gemía o se aferraba a las sábanas, excitándolo al máximo —quieres ser un demonio, mi demonio de placer.

—¿Qué hace un demonio de placer?

—Los súcubos son demonios del placer con cuerpos hermosos de mujer y su obsesión es hacer que el hombre objeto de sus deseos eyacule una y otra vez en medio de los sueños en los cuales se cuelan.

Paula estaba locamente excitada, la forma en como él le hablaba mientras la masturbaba con ahínco, al tiempo que todas las imágenes de lo que él describía se iban paseando por su mente, hizo que explotara en un delicioso y agotador orgasmo. Todo el dolor que había sufrido en la tarde por las noticias de su familia había desaparecido, ahora solo estaba su respiración acelerada, sus piernas temblorosas y algunas lágrimas de emoción por el placer vivido.

—No quiero ser un súcubo —dijo en cuanto recuperó la respiración.

—¿Qué quieres ser? —le preguntó Patrick apoyando su mejilla en el vientre, ella dejó caer un par de besos como respuesta al marmullo de sentimientos contradictorios que ninguno de los dos se podía explicar.

—Quiero ser tu mujer —se quitó la venda y se movió haciendo que él se incorporara.

—¿Mi mujer? —preguntó sorprendido, no porque ella lo quisiera, sino porque a él la idea le encantaba.

—Si, quiero ser tu mujer —comenzó a quitarle la ropa —una que se muere de ganas por hacer esto todas las noches —le sacó la corbata —una mujer que se muere por recibirte de la forma en la que tu quieras —dejó caer su camisa —una mujer a la cual no le importa si llegas cansado o furioso, aunque estés como un ogro, se dará las mañas para hacer el amor o en su defecto dejar que tu se lo hagas y de la manera que quieras o necesites —Patrick estaba helado, jamás se había imaginado escuchar ninguna de esas palabras, su tono y la convicción con la que las estaba diciendo lo tenían hechizado, ella de verdad creía lo que decía, si él quería una sumisa natural, pues ella lo estaba siendo

—una mujer que se muere por tenerte entre sus piernas y se muere por estar entre tus brazos.

—Parece que describes a una mujer enamorada —le dijo mientras se terminaba de quitar su pantalón.

—Describo a una esclava, a una sumisa feliz y deseosa de serlo, describo a una mujer enajenada por el placer que le produces.

—¿Quieres ser esa mujer?

—Si, quiero ser la mujer que ocupe todos tus deseos, se que me compraste como a una puta, pero soy exclusivamente tuya, soy una...

—Shhh —le puso un par de dedos en los labios, al tiempo que la ayudaba a bajar de la cama —¿te gusta sentirte como una puta?

—No —le contestó arrugando los labios, gesto que a él le fascinó.

—Entonces no te sientas así, jamás he pensado que seas una puta, eres la mujer que desde el primer instante en que te vi, puso de cabeza todo en lo que creía, me importa una mierda si te conseguí con dinero, para mi es igual a que si te hubiese conseguido en algún bar invitándote una copa, jamás pensé en pagar por una mujer, pero no me arrepiento en lo absoluto de haberlo hecho contigo y menos ahora, que sé que te quedas porque así lo quieres y no por compromiso.

—Quiero quedarme y quiero hacer todo aquello que tu quieras hacer, no seré un demonio súcubo, porque no haré trucos para darte placer, pero si seré tu mujer, perversa si así me deseas, sumisa si así lo prefieres, estaré este año junto a ti dispuesta a recibir todo el placer que quieras darme y darte todo el que me pidas.

Patrick la sujetó fuerte de la mandíbula y la besó con el ardor y la ansiedad que exigen la lujuria y el deseo desbordado, ella respondió con el mismo ímpetu, pasó sus brazos por encima de los hombros de él y se aferró a su cabello, se besaron hasta que se quedaron sin aliento, teniendo que separarse para tomar aire y mirarse a los ojos para confirmar lo que se habían dicho segundos antes.

—Ponte de rodillas —le ordenó con voz oscura.

Ella obedeció sintiendo esa anticipación que te pone el pulso a mil, Patrick terminó de quitarse el bóxer y comenzó a masajearse su dura erección al tiempo que la observaba, esa chica se veía tan joven, pero a la vez tan hermosa y tan mujer. Se acercó hasta el punto de acariciarle el rostro con la punta de su falo, era suya, no por un maldito acuerdo o por el pago de un par de millones, era suya porque así se lo había pedido, ella se entregó sin

reservas y él simplemente quería poseerla de todas las formas.

—Saca la lengua —le exigió, la conversación previa le había dado la confianza de hablar así.

Hizo que la punta de su pene tocara la punta de la de ella y de inmediato lo electrizó el corrientazo que lo recorrió desde la punta de sus pies hasta su nuca.

—Chupa —gruñó para evitar parecer lo rendido que estaba, esa chica lo tenía a sus pies, pero ella creía que la esclava era ella, cuando la verdad era que él estaba entregado a lo que Sofía y solo Sofía le hacía sentir.

No quiso pensar mas de la cuenta, las personas cuando tienen algo verdaderamente bueno, tiene la costumbre de vivir pensando hasta cuando durará, eso le pasó en ese instante, pensó que quedaría destruido cuando cumplido el año ella decidiera marcharse, por eso se obligó a no pensar, solo se dedicó a sentir y a disfrutar de lo que justo en ese momento le estaba haciendo.

Después de esa noche, algo cambió, Sofía lo esperaba según se le ocurría o según él se lo pedía, tenía sexo dos o tres veces y cuando entraba la madrugada caían rendidos abrazados él uno con el otro.

Patrick había comenzado a compartir cosas con ella, las cotidianidades de la oficina y sobre su familia, esperaba que Sofía empezara a hacer lo mismo, pero en cuanto él le hacía preguntas de su familia o de su vida antes de conocerlo, se ponía evasiva e incluso argumentaba cansancio para que la dejara dormir. A pesar de eso, la vida tuvo una rutina tan natural que lo hizo sentir como jamás se había sentido.

10

Se mudaron al piso que Patrick había rentado, al principio pensó mudarse a alguno de los suburbios de la ciudad, pero después se preguntó qué pasaría si deseaba comer a mediodía con Sofía, no podría ir y volver en una hora, así que cambió de opinión, consiguió un piso muy cerca de su empresa, pero con un sistema de seguridad tan efectivo que podría mantener su relación en discreción.

Ella por su parte, ya había comenzado a tomar clases de violín, una profesora iba dos veces a la semana para que continuara con su evolución, estaba emocionada, en algunas ocasiones, cuando Patrick llegaba le mostraba cuanto había mejorado, le encantaba verlo interesado, él la escuchaba con atención mientras bebía una copa de vino y le sonreía con cariño. También había comenzado las clases de francés y aunque al principio él insistió para que tomara las clases en el piso, al final lo convenció de que era mejor idea ir a un instituto, con el pasar de las semanas lo había aprendido a conocer, a él le seguía gustando la sumisión, por eso le dejaba ver que haría lo que él quisiera, aunque deseara hacer otra cosa, así conseguía que él cediera solo para verla feliz.

Patrick descubrió que era celoso, otro punto que estaba tratando con su Psicoanalista, jamás había sentido celos por ninguna mujer, pero los días en los que Sofía iba al instituto para sus clases de francés, él tenía un día de mierda, cualquier error de su equipo de trabajo lo sacaba de casillas y solo sentía alguna especie de alivio cuando Marco, el conductor, le avisaba que ya había dejado la chica en el apartamento.

—¿Cómo estás Patrick? —le preguntó el doctor Collins

—Bien —contestó acomodándose en el diván.

—Estoy seguro que hay algo mas que decir que solo bien.

—No sabía que ahora era adivino doctor, usted que siempre me ha dicho que soy yo el que debo encontrar las razones de mi comportamiento.

—Así que hoy has tenido un mal día ¿no? —le habló mientras escribía en su libreta.

—Ha sido una mierda, estoy furioso y agradezco que hoy tuviéramos cita porque no quiero llegar en este estado a casa.

—¿Quieres contarme que te tiene así?

—Sofía ha ido a su clase de francés y ha tardado mas de lo normal, la llamé al móvil, y no lo contestó.

—¿Estás furioso con ella o estás furioso contigo por ponerte de esta forma solo porque ella tardo un poco más de lo normal?

—Estoy furioso, punto —se incorporó para sentarse, después puso sus codos sobre sus rodillas y escondió su rostro entre sus manos —no sé que carajos me pasa, estoy perdiendo el control.

—Tranquilo, trata de respirar un poco para controlar esa ansiedad.

—Doctor ¿Que me pasa? Y por favor no me salga con esa mierda de que soy yo quien debe descubrirlo.

—¿Recuerdas cuando tu hermano comenzó a salir con Victoria?

—Sí, claro que sí, pero eso que tiene que ver con lo que me está pasando ahora.

—Recuerda que también estabas furioso y fuera de control, incluso te comportaste de forma grosera con quien ahora es tu cuñada.

—Eso fue diferente doctor, lo hice para proteger a mi hermano, la imagen que tenía de Victoria y el pasado de mi hermano hicieron que quisiera protegerlo.

—¿Por qué te preocupas tanto por Sofía?

—Ella no habla bien el idioma, además es muy joven y... entiendo a donde quiere llegar doctor, ¿cree que estoy furioso porque quiero protegerla de los peligros de esta ciudad?

—Yo no creo nada, solo quiero que encuentres el motivo por el que estás así, ¿acaso piensas que hay algo que pueda amenazar a Sofía o a tu relación con ella?

—¡Lo sé maldita sea! Sé que estoy actuando como un loco celópata, pero yo no soy así, yo no... ¿o sí?

—¿Ella te da seguridad? O ¿acaso te ha hecho creer que quiere dejarte?

—No, claro que no, ella, ella es tan...

—Sumisa

—Si, sumisa, algunas veces la llamo para decirle que quiero ver al llegar a casa y lo encuentro todo tal y como se lo pedí y en lo días en lo que el cansancio no me deja ni pensar, ella se esfuerza porque yo me sienta mejor, llevamos casi un mes viviendo juntos y han sido los mejores días de mi vida.

—Entonces ¿Por qué te molestan tanto unos minutos de retraso?

—Porque soy un imbécil inseguro, ella es tan joven y bella, y yo... bueno

le llevo mas de veinte años y...

—¿Crees que estas enamorado?

—No —contestó demasiado pronto —no, claro que no.

—¿No?

—Doctor, yo tengo muy claro que esto es un acuerdo que va a durar lo que tiene que durar, no puedo permitirme pensar en nada más.

—¿Crees que ella piensa lo mismo?

—Si, eso creo.

—¿Te mortifica que ella solo quiera quedarse por cumplir con ese compromiso?

Se cubrió de nuevo el rostro y al final con un poco de derrota lo aceptó.

—Si, le dije que yo no la veía como a una puta, pero... no puedo dejar de pensar que la única razón por la que llegó a mí vida fue porque fui ofreció mas dinero por ella, de lo contrario, quien sabe en que cama se estaría revolcando.

—¿Esa es la razón de tu inseguridad?

—Tal vez —dijo con un poco de vergüenza —me lleno de celos y de furia al pensar que otro hombre pueda aparecer y ofrecerle mas dinero y ella con la misma facilidad con la que se entregó a mí, se entregue a otro.

—No crees que tienes que hacerle ver estas cosas.

—¿Pero cómo? No tengo ningún derecho a cuestionarla, yo... no soy mejor que ella, yo... solo quiero dejar de sentir esto, a ella la movió el interés por el dinero y a mí me movió el placer que me daría tener su belleza y su sumisión, al final a los dos nos movió nuestros intereses.

—¿Y no crees que a ella le puede estar pasando lo mismo que te está pasando a ti? Dices que los dos fueron movidos por intereses, pero algo ha cambiado en ti, no crees que a ella le puede estar pasando lo mismo.

—No, seguro que cuando me ve piensa en que yo puedo ser su padre, al final de este acuerdo ella seguirá siendo una joven hermosa, pero con un millón de euros en su bolsillo, puede irse a comer el mundo si es lo que quiere.

Era la primera vez que salía de la consulta del doctor Collins mas intranquilo de lo que había entrado, se subió a su Audi R8 spyder, se puso el cinturón de seguridad y se dio cuenta que estaba temblando, respiró profundo sujeto el volante con fuerza y comenzó a hacer ejercicios de respiración, necesitaba calmarse antes de llegar a casa o de lo contrario Sofía se daría cuenta de lo que le pasaba.

Acompasó su respiración y encendió el auto, pero no lo arrancó porque justo en ese momento su móvil comenzó a sonar, lo conectó al bluetooth y

contestó la llamada al tiempo que se ponía en marcha.

—¿Qué tal hermano?

—Eso te pregunto ¿Qué tal estás Patrick? ¿Por qué estás actuando tan extraño?

—De que hablas Paul, yo no estoy actuando extraño

—Claro que sí, no intentes engañarme, te conozco tanto como me conoces tu a mí, sé que es una mujer.

—Si, bueno puede ser, la verdad es que una mujer me está volviendo loco últimamente.

—¡Lo sabía! —dijo eufórico —sabía que el que estuvieras disperso en las juntas de la empresa se debía a asuntos de ese tipo, déjame decirte que es muy evidente, a pesar de estar conectado por Skype, pude ver claramente que no estabas actuando normal, Victoria también lo ha notado.

—¿Qué Victoria lo ha notado? —preguntó retórico —pues claro hombre, si ella es la mujer que me está volviendo loco con esa forma de presionarme con el asunto de la fiesta de mamá.

—Eres un imbécil hermano —le gruñó Paul —tratas de confundirme, además, Victoria solo trata de ser amable, ya sabes que le ha tomado demasiado cariño a nuestra madre y quiere hacer de estos cumpleaños algo especial.

—Lo sé y se lo agradezco, pero para eso no necesita que yo viaje por tanto tiempo, tengo mucho trabajo y...

—Y eso jamás ha sido un problema antes, bien puedes manejar las cosas desde Puerto Rico.

—Sabes que no es lo mismo.

—Vamos Patrick, sabes que me puedes contar cualquier cosa, anda, ¿dime quien es?

—Déjate de tonterías, ya estás igual a tu mujer.

—Entonces, si ese no es el caso y todo está bien, el que debe dejarse de tonterías eres tú, Ginebra viaja mañana temprano desde Madrid a Puerto Rico y nosotros viajaremos pasado mañana, solo faltarías tú para que toda la familia esté reunida, el abuelo ya está muy viejo y sabes que le hace demasiada ilusión tenernos en casa.

—Paul...

—Es que no lo entiendo Patrick, siempre eres el primero en llegar a las reuniones familiares.

—Trataré de viajar en dos días, sin embargo...

—Sin embargo ¿Qué? —le contesto cortante.

—Maldita sea —gruñó —de acuerdo, viajaré pasado mañana, lo haré con tal de que tu y tu mujer me dejen en paz.

—Bien —contestó firme sin demostrar emoción por ganarle esa pelea a su hermano mayor —recuerda que sea cual sea tu amiga, será bienvenida en casa.

—No hay amiga —dijo fastidiado, esa forma de reaccionar lo único que hacía era confirmarle a Paul de que sí existía una mujer, por la cual Patrick no estaba actuando con normalidad —ahora ya déjame, adiós —le colgó sin dejarlo despedirse.

Llegó a su hogar entre molesto y fastidiado, el día en general había sido una mierda, además, cada vez que pensaba en su casa como un “hogar” se reprochaba, si al caso tenía un hogar pero de mentiras, la mujer que lo esperaba sumisamente solo lo hacía por el dinero que había recibido, pero ella al igual que todo lo bueno en la vida no era para siempre y de los 12 meses para los cuales la había comprado ya solo le quedaban menos de 11.

Al principio trató de convencerse de lo contrario y más cuando ella le dijo que quería ser su mujer en todo sentido y así había sido, siempre hermosa y entregada, atenta y cariñosa, sumisa y lujuriosa, pero esas palabras solo las creyó el día que las escuchó, probablemente fue la pasión con la que se entregaron esa noche, pero una vez pasado el éxtasis, se convenció de que ella estaba tan movida por el dinero, que no le importaba hacer esas declaraciones.

Cruzó la puerta de la entrada con el mismo estado de ánimo con el cual había estado todo el día, miró a su alrededor esperando que Sofia llegara como un vendaval de aire fresco a recibirlo como todas las noches, a excepción de aquellas en las cuales le tenía alguna sorpresa en la habitación. Su expresión se suavizó ante la idea de ella desnuda en su cama con alguna prenda o en alguna posición sumisa, esperando por él, pero en cuanto se dirigía hacia la habitación escuchó música en la cocina y con extrañeza porque Sofia jamás se metía en la cocina, se dirigió hacia allí.

En cuanto se asomó a la entrada, Sofia corrió hacia él con una evidente alegría, estaba vestida con un top de seda blanco, un short negro y sin zapatos, Patrick la atrapó en el aire cuando saltó para encaramársele, la sujetó de las nalgas mientras ella lo rodeaba con las piernas y se aferraba a su nuca.

—Feliz mes —le dijo antes de besarlo.

¡Dios! Que beso —pensó él al responderle con el mismo ímpetu, era uno de esos besos que te eriza cada centímetro de piel, de esos que deseas que duren toda la vida, un beso capaz de hacerle olvidar cualquier rezago de rabia o

malestar. Durante esos segundos solo existió espacio para disfrutar y deleitarse en las sensaciones que aquella jovencita le hacía sentir.

—¿Qué haces en la cocina? Y ¿qué es eso de feliz mes? —le preguntó con una media sonrisa en cuanto ella corto el beso.

—Como que, ¿qué hago en la cocina?, pues hago lo único que se puede hacer, cocinar —dijo con picardía.

—¡Oh Cariño! —le dijo con una voz seductora —créeme no es lo único que se puede hacer.

—Perverso —le contestó con coquetería sabiendo a que se refería.

—Perdona que insista, pero ¿Qué haces aquí?

—Pues cocinar, ya te lo he dicho —contestó como si nada.

—¿Cocinar? ¿Tú? —dijo incrédulo.

—Mira, se que no se me da muy bien lo de la cocina, pero...

—¿Qué no se te da muy bien? Te recuerdo que hace unos días te ofreciste a hacer el desayuno y bueno...

Los dos soltaron una carcajada al recordar esa mañana en la que después de tener sexo él se había dado cuenta de que iba muy tarde para una reunión, por eso mientras se bañaba ella se ofreció a hacer el desayuno, él no le vio problema, después de todo que riesgo había en hacer unos huevos y unas tostadas. Esa mañana le quedó claro que Sofía en la cocina era un auténtico peligro, dejó quemar todo, incluidos los sartenes, esa mañana llegó tarde a su reunión porque tuvo que dedicar mas tiempo en arreglar el desastre que la chica había hecho.

—Bueno, es probable que lo haya hecho solo para seguir comiendo esos desayunos tan deliciosos que haces —finalizó dándole un beso corto.

—Eres increíble —susurró volviendo a besarla —¿Qué es eso de feliz mes? —preguntó después de dejarla en el suelo.

—Hoy estamos cumpliendo un mes de estar viviendo juntos —dijo como si nada mientras sacaba algunos platos —¿Me ayudas a poner la mesa? —le preguntó dándole la espalda, eso no le permitió ver la cara de tonto que había puesto Patrick al escuchar su explicación.

—Si, claro —contestó él abrazándola por la espalda —será un placer ayudarte.

—Gracias —giró su rostro para besarle la mejilla —ya verás la cena tan deliciosa que he hecho.

—Muero por probarla —dijo tomando los platos que ella había sacado para ponerlos en la mesa —prometo que, si algo está quemado, voy a comerlo

con cara de gusto.

—Patrick Mathieu —lo llamó poniendo los brazos en jarra —te aseguro que la comida me ha quedado exquisita, he seguido al pie de la letra las indicaciones del video de YouTube.

—Eso me da más garantías —dijo en tono jocoso.

Después de poner la mesa se sentó y esperó a que Sofia llevara la cena, ella apareció con dos grandes platos y lo puso en la mesa redonda del comedor.

—Crepes de pollo en salsa de queso y ensalada —dijo mostrando nerviosismo.

—Se ve muy bien, cariño —la halagó con una enorme sonrisa llena de orgullo.

El que ella se hubiese tomado todo ese trabajo para complacerlo era algo que le hinchaba el orgullo, en su mente comenzó a repetirse que algo debía sentir ella para hacer cosas como esas, ignoró por completo la vocecita en su cabeza que lo increpaba diciéndole que no se fiara de una simple cena, que eso no quería decir nada, y que no cambiaba el hecho de que ella estuviera allí solo porque se había ganado un millón de dólares.

—¿Qué tal tu día amor? —preguntó ella sirviendo.

—¿Amor? —repitió mas sorprendido que nunca, en el mes que llevaban viviendo juntos, era la primera vez que lo llamaba de esa forma.

—¿Te molesta? —preguntó y al no recibir respuesta —lo siento, se me ha salido, pero si no quieres no vuelvo a decírtelo.

—Dilo, pero solo si es sincero, jamás me digas nada solo porque crees que es lo que quiero escuchar ¿de acuerdo? —habló inseguro, deseando con el alma que ella le dijera que llamarlo así le había nacido del alma.

—¿Crees que te miento? —preguntó un poco confundida —¿Por qué? No entiendo.

—Olvidémoslo, mejor dediquemos nuestra atención a esta deliciosa cena.

Cenaron en medio de una agradable conversación, él no mencionó nada de sus arranques de celos, ella sin que él se lo preguntara terminó contándole porque ese día había tardado mas de la cuenta en regresar a casa y la razón de porque no le había contestado el teléfono, estaba concentrada en la sorpresa de esa noche.

—¿Te gustaría tocar algo para mí? —le preguntó con ilusión en cuanto terminaron de cenar, para su sorpresa, la comida, aunque sencilla estuvo realmente deliciosa.

—Me encantaría —se puso de pie y fue por su violín —¿Quieres escuchar alguna canción en especial?

—La que quieras tocar —dijo tomando la botella de vino y la copa para ir hacía el salón.

Ella regresó vestida solo con ropa interior, él sonrió y sin decir nada fue a bajar la intensidad de las luces.

—Esta canción no la has escuchado, la he estado practicando esta última semana, como no la conoces voy a cantarla al tiempo que toco, mi voz no es la mejor, pero...

—Canta, estoy seguro que al igual que todo lo demás, también es bella — ella sonrió, él siempre con su caballerosidad la descolocaba, no quería aceptarlo o por lo menos no iba a decirlo, pero en el fondo sabía que se estaba enamorando del hombre que la había comprado en una subasta.

Comenzó a tocar como siempre lo hacía, entregada a la melodía haciendo movimiento suaves y sensuales, dejando que Patrick la observara por completo en un ambiente de luz tenue y copas de vino.

**Recuerdo aquel día como si fuera un hoy
No hay nada como ella, ni siquiera me encontró
Recuerdo todavía la vez que la besé
Fue mi primer amor y ahora escribo su canción**

**Hay algo más inexplicable como su mirada
Inigualable como la manera en que me cela
Y trata de disimular que no está mal** —(ella lo miró y los dos sonrieron, él supo que ella sabía sobre sus celos)

**Voy a cuidarte por las noches
Voy amarte sin reproches
Te voy a extrañar en la tempestad
Y aunque existan mil razones para renunciar**

**No hay nadie más
No hay nadie más**

**Se llevó todo, se llevó tristeza
Ya no existe espacio en la melancolía
Porque a su lado todo tiene más razón
Me llevé sus lágrimas, llegaron risas
Cuando estamos juntos la tierra se paraliza
Se paraliza**

**Hay algo más inexplicable como su mirada
Inigualable como la manera en que me cela
Y trata...**

Tuvo razón, su voz era bonita, toda ella lo era y eso lo llenaba de pánico,

como iba a hacer para olvidarse de esos instantes cuando ella ya no estuviera.

—Gracias —le tendió la mano y ella se acercó hasta él, dejó el violín en el suelo y se le subió a horcajadas.

—¿Sabes? —comenzó a hablar mientras le acariciaba el rostro — exactamente un mes atrás, entré contigo a tu hermosa casa, estaba tan asustada, los nervios hacían que retorciera mis manos, miles de pensamientos rondaban mi cabeza.

—¿Qué pensamientos?

—Bueno, honestamente creí que no podría llenar tus expectativas, en el sentido de que tu querías una mujer obediente y bueno, yo...

—Y tú no lo eras.

—Exacto, en la escala de Lisboa, cuando me pediste con tosquedad que me desnudara, me sentí violenta y quise gritarte que no me hablaras de esa forma.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Porque se suponía que debía obedecer.

—Pero...

—Shhh —le tapó la boca —ya sé que no quieres que haga nada porque se supone que es lo que tu quieras, eso lo aprendí después, el asunto es, que ahora nada me complace mas que ver tu cara de satisfacción, adoro hacer las cosas que me pides sin ni siquiera cuestionármelo, tengo tanta confianza en ti, como jamás la había tenido en nadie.

—Eso... —soltó un suspiro como si le hubiese quitado un gran peso de encima —eso me tranquiliza mucho, nunca me ha gustado ver el sufrimiento en las mujeres, lo mío es extraño, a mi lo que realmente me gusta es sentir tu entrega.

—Y a mi me gusta entregarme a ti —dijo con voz seductora antes de besarlo —gracias por escogerme, mi vida probablemente no fuera tan agradable y placentera, si no me hubiese traído contigo.

—¿De verdad crees eso?

—Estoy segura de ello —le dijo con seriedad separándose lo justo como para que sus ojos se conectaran —antes mi vida era la de una joven normal, después... —se detuvo al darse cuenta de lo que estaba diciendo.

—¿Después qué?

—Bueno, después tuve algunos inconvenientes y... simplemente pasaron cosas que me llevaron a esa isla, pero para no desgastarnos en detalle, lo único que quiero que sepas es que estoy feliz de estar aquí contigo.

—En ningún momento te has sentido forzada a hacer nada ¿Cierto? —le preguntó con un poco de angustia, la idea de que ella se hubiese visto forzada a subastarse lo enfermaba, eso sería como si la hubiese violado o coaccionado para arrebatarse la virginidad, algo que jamás se perdonaría.

—No, claro que no —se apresuró a contestar —tuve inconvenientes como los tiene todo el mundo, pero ya sabes, al final fui yo quien lo decidió.

—Bien, porque si...

—Nada, amor —volvió a llamarlo de esa manera cariñosa —estoy aquí, deseando que me tomes de la manera que quieras y tú quieres seguir cuestionándote algo que está muy claro, todo lo hice porque quise.

—Tumbate en el suelo —le ordenó con voz oscura.

Sofía le sonrió y de inmediato acató la orden, se tumbó sobre la alfombra y abrió las piernas.

—Córrete las bragas y comienza a tocarte, hazlo de la forma en la que te he enseñado.

Se corrió las bragas a un lado y abrió mucho más las piernas para que él la observara, después se pasó los dedos con parsimonia y al no sentirse tan mojada se los chupó, los hidrató con su saliva y volvió a llevarlos hasta su vulva.

Patrick la observó con tranquilidad, verla tan perfecta tirada en el suelo, con las rodillas dobladas y las piernas abiertas de par en par, dejándole ver como se acariciaba con lentitud, pero a la misma vez con firmeza, lo descolocaba como nada nunca lo había hecho.

Poco a poco ella fue incrementando sus movimientos, así tal cual él le había enseñado, haciendo presiones en momentos exactos y en los lugares mas sensibles, sus suaves gemidos comenzaron a escucharse y sus pliegues aterciopelados comenzaron a empaparse. Cuando la vio tremendamente excitada observándolo sin dejar de tocarse, gimiendo cada vez mas fuerte, su deseo de dominio llamó a la puerta.

—Para —le dijo con tono seco.

Ella paró al instante, automáticamente obedeció a pesar de lanzar un largo suspiro de frustración.

Patrick se desnudó con rapidez, después se acercó a ella, quien no le quitaba ni un segundo la vista de encima.

—Ponte de rodillas —la vio moverse con agilidad —abre —le ordenó antes de penetrarle la boca.

Gruñó al enterrarse sin delicadeza en la garganta de la chica, la sujetó del

cabello y comenzó a bambolear las caderas entrando y saliendo de ella con rudeza.

—Necesitas ese orgasmo ¿cierto? —le preguntó halando fuertemente el cabello.

—Si —respondió ella en el segundo en el que él le sacó la polla.

—¿Quieres que te penetre?

—Si

—¿Quieres que me folle tu boca?

—Si

—¿Quieres que te folle el coño?

—Si, si —suplicó antes de volverlo a sentir en su garganta.

—Pero me quiero follar tu culo —su voz no sonaba ruda, sonaba ahogada de deseo.

Ella no dijo nada ante eso, el solo pensarlo la asustaba, sabía que el sexo anal dolía, ya lo había leído.

—¿Estás dudando? —le preguntó clavándose por completo mientras movía sus caderas en círculo, ella no pudo hablar, solo pudo hacer unos cortos movimiento negando con la cabeza —¿Entonces me darás ese culito?

—Si —dijo tomando una gran bocanada de aire para recuperar el aliento después de haberlo tenido varios segundos en su laringe.

—Otro día, hoy me voy a coger tu coño.

La volvió a tirar al suelo, se subió sus talones a los hombros, le corrió nuevamente las bragas y la penetro.

—¡Si! —gritó la chica, estaba tan excitada que necesitaba de eso.

La embistió hasta que sintió sus músculos vaginales ordeñándolo, esperó que la chica se terminara de correr.

—Ven acá —le sacó su miembro y se movió hasta poner las rodillas a cada lado de su cabeza, la tomó de la nuca y le penetró la boca —chupa cariño, quiero correrme entre tus labios.

Aun un poco obnubilada por el orgasmo logró chuparlo, lo hizo como sabía que a él le gustaba hasta que sintió el líquido espeso y cálido en su lengua.

—Eres tan malditamente perfecta —habló en medio de jadeos.

—Espera —le pidió ella cuando él se retiró —aquí ha quedado un poco.

Sofía se refería a un poco de semen que había quedado en la raíz de su miembro, se quedó inmóvil mientras ella se acercaba a lamerlo, después con su delicada mano lo tomó y lo apretó de abajo arriba haciendo que salieran

unas gotas más, las cuales también lamió con deleite.

—Ahora si me lo has dado todo —dijo con una sonrisa.

—Maldición, me he excitado otra vez —refunfuñó Patrick.

—Ya sabes que puedes cogerme otra vez si es lo que quieres —le contestó con picardía.

—Ven, vamos a la cama.

—¿Qué vas a hacerme en la cama?

La ayudó a ponerse de pie y después como si le estuviera contando un secreto le habló al oído en susurros.

—Cuando estemos en la cama, te vas acuclillar sobre mi rostro con las piernas bien abiertas, así podré comerme ese coñito tuyo de la forma que yo quiera, lo haré hasta que te corras dos veces.

—Patrick —habló Sofía en suplica.

—Después, te pondré ese vibrador que te compré la semana pasada sobre tu clítoris mientras te penetro, lo haré hasta que te corras una vez mas cuando hayas terminado, te abriré las nalgas y meteré mi polla en medio —ella se exaltó un poco —tranquila no voy a penetrarte ese culito, solo lo meteré en medio y me moveré hasta que me corra.

—¿Vamos? —preguntó ansiosa y él la cargó en brazos para subir con ella.

En la mañana, cuando el despertador sonó, ella lo apagó instantáneamente, estaba muerta de cansancio, Patrick había cumplido cada una de las cosas que dijo que haría, ni siquiera era capaz de recordar cuantas veces la llevó al clímax, al final había terminado suplicando por un descanso.

Ahora estaba acurrucada entre sus brazos sintiendo su respiración en la nuca, estaba viviendo en un paraíso, sino fuera porque debía encargarse de encontrar a su hermana y cuidar de ella para que el maldito de su tío Sebastián no le hiciera daño, podría afirmar sin lugar a dudas que estaba teniendo una vida perfecta.

En cuanto la preocupación por su hermana menor apareció por su mente, recordó la cita que tenía esa mañana, había localizado por internet el numero de un supuesto investigador privado, ya había decidido a encontrar a Valentina y era consiente de que sola no podría hacerlo.

Abrió los ojos y observó el reloj y pensó que aún era muy temprano, la cita era a las 10 de la mañana, el investigador había aceptado a ir a la academia en la que estaba estudiando el francés.

—¿Cariño? —llamó a Patrick.

—Uhummm —musitó él sin querer despertarse.

—Recuerdo que dijiste que tenías una junta con tu cuñada esta mañana.

—¡Maldición! —gruñó somnoliento —es cierto, pero puedo tomarla desde aquí, es por videoconferencia, recuerda que ella está en New York.

—¿Estás seguro?

—Sí, prefiero estar unos minutos más así contigo.

—Pero yo tengo clase, ya debo levantarme y...

—No vayas

—¿Qué? No, no puedo faltar —comenzó a moverse para salirse de su abrazo.

—No pasa nada con que faltes un día, ya estás hablando mucho mejor el idioma y...

—Y si quiero dominarlo pronto no puedo darme el lujo de faltar a la academia, olvídalo.

Se puso de pie y se fue directa al baño, en otra ocasión se habría quedado con él, pero no podía faltar a la cita con el investigador.

Sofía se estaba duchando cuando sintió la puerta de cristal abrirse a su espalda, se giró y observó con una sonrisa a Patrick que estaba totalmente desnudo.

—Eres un hombre muy atractivo —le dijo ella tendiéndole la mano y viendo su rostro relajarse.

—No quiero parecer un hombre... —dudó un poco, pero al final lo admitió —celoso, es solo que no entiendo porque te niegas a faltar a una clase cuando te pido que te quedes conmigo.

—Perdóname cielo —lo abrazó atrayéndolo hacia el agua tibia — simplemente no quiero ser una floja, quiero aprender el idioma cuanto antes, así podré moverme mejor por París, he notado que a los franceses no les gusta que le hagas preguntas en inglés.

—¿Es solo por eso? —la tomó del rostro para que alzara la mirada.

—Claro, ¿Cuál otra razón existiría? Créeme, después de la maratónica sesión de anoche, yo también muero por quedarme en cama, pero no está bien que lo haga.

—Discúlpame Sofía —le dijo dándole un beso en la frente —a veces me siento como un niño tonto e inmaduro, no sé qué me pasa contigo —la abrazó debajo del agua.

Patrick como siempre, fue el primero en estar listo, bajó a la cocina y encendió la cafetera e hizo unas tostadas francesas, minutos después Sofía estaba con él tomando el desayuno.

—Hay algo de lo que no te he hablado —le dijo Patrick dejando la taza de café en la mesa.

—¿Qué es?

—Mi madre cumple años pronto y hay una gran fiesta en Puerto Rico.

—¿Cuándo?

—Es en una semana, pero mi familia espera que pase con ellos unos días antes y después de la fiesta.

—¿Por cuantos días te iras?

—La idea es viajar en dos días y quedarme allí unos 6 días.

—Te voy a echar de menos —le dijo ella haciendo un mohín.

—¿De verdad? —le apretó la mano, cada vez se sentía mas vulnerable por esa chica, la necesidad de tenerla cerca lo estaba matando.

—Claro que sí, desde que nos conocimos no he pasado ni un día lejos de ti, las pocas veces que has llegado tarde te he extrañado mucho, creo que me acostumbré a desayunar contigo, a cenar contigo y a dormir entre tus brazos.

—¿A solo eso te acostumbraste?

—Bien sabes que no, también me acostumbré a que me contaras como te fue en el día y a tocarte el violín las noches que me lo pides.

—¿Extrañarás algo más?

—Tonto —le dijo ella con picardía —ya sabes que lo que mas voy a extrañar son tus caricias, tus besos y esa forma posesiva como me haces el amor.

—Ve acá cariño mío —le dijo usando por primera vez un apelativo cariñoso hacia ella —He estado pensando mucho este viaje y creo que podrías venir conmigo —le dijo mientras acariciaba su mejilla.

—¿Y tu familia? ¿No les importará que llegues conmigo?

Patrick se quedó callado mirándola a los ojos, viendo un suave brillo de ilusión y dudó de cómo debía decirle.

—Bueno, la idea que tenía en mente, era que te quedaras en un hotel y yo podría ir... —no pudo terminar porque ella de inmediato se levantó con brusquedad de su regazo.

—Olvídalo, pensándolo bien, no puedo faltar ni a mis clases de violín, ni a las clases de la academia de idiomas.

—Sofía... —le habló en un extraño tono, uno que a él mismo le desconcertó.

—Dime... —le contestó ella de manera retadora —quieres ordenarme ir, si es así, entonces lo haré, pero si me preguntas si quiero ir a dormir a un hotel

y esperarte hasta media noche para que llegues a cogerme y después marcharte de nuevo, pues la respuesta es no, no quiero, pero aquí la esclava soy yo, así que dime, ¿Qué manda señor?

—Nuevamente me retas —la haló del brazo para obligarla a acercarse — odio que me hables de esta forma —la tomó del cabello para hacer que sus ojos se observaran.

—Perdón, mi señor —le contestó con ironía, sosteniéndole la mirada, sus caras estaban tan cercas que el uno respiraba el aliento agitado del otro —haré lo que usted diga, me encantará obedecerlo y quedarme en una habitación de hotel esperando con las piernas abiertas a que llegue a cogerme —el sarcasmo fue más que evidente, pero, aun así, le despertó todo su deseo.

—Haré lo que se me dé la gana —la besó con saña esperando a que ella lo rechazara, pero, por el contrario, ella lo recibió con la misma pasión haciendo que saltaran chispas entre ellos.

Sofia esta vez tomó la iniciativa y comenzó a soltarle el pantalón, en cuanto tuvo su erección liberada, lo masturbó con fuerza, él por su parte la alzó de las caderas, le subió la falda de boleros y le corrió la tanga, no hubo preliminares, ni una palabra de antesala, sin ninguna previa, la penetró, lo hizo con violencia provocando un gemido desgarrado.

Él la embistió sin consideración, lo hizo hasta correrse, no le importó que ella aun no lo hubiese hecho, en ese momento solo pensó en él.

—Yo aun no... —dijo Sofia cuando él se retiró.

—Lo sé —dijo acomodándose el pantalón —mastúrbate, tendrás que correrte por ti misma.

Sofia lo miró con ira, pero estaba tumbada en la mesa en medio de platos aun sin acabar y tan excitada que lo hizo, se masturbó sin dejar de mirarlo, se corrió sin cerrar los ojos, así, viendo a los ojos al cretino arrogante que la había dejado a medias.

—Tendré que volver a la ducha —dijo en cuanto recuperó su respiración.

—Ya vamos tarde —la ayudó a bajar de la mesa y acomodarse la ropa — andando que Marco nos espera en el auto.

—Pero no puedo salir así, tu... semen —dijo esa última palabra con voz demasiado baja —me está bajando por las piernas.

—He dicho que vamos tarde, andando —la sujetó de la mano y la jaló hacia la puerta, de camino le recogió la cartera y se la entregó.

—No puedo salir así Patrick, me siento fastidiada.

No le contestó, simplemente le abrió la puerta y le indicó que subiera al

auto, Sofía respiró profundo y obedeció, esa maldita sensación de impotencia la odiaba y no la había vuelto a sentir desde el día en que él le pidió que se desnudara en el avión.

Analizó por qué esas veces eran diferentes a las otras tantas que él le daba ordenes y descubrió que esas eran las dos únicas veces que él la estaba presionando para hacer algo que realmente ella no quería hacer, pensó que Patrick debía ser muy consciente de lo molesta que estaba, y, aun así, la presionaba para que lo obedeciera.

Quiso llorar de rabia y gritarle que era un imbécil, pero se controló, no iba a caer en eso, prefirió pensar en la reunión que tendría con el detective, le hacía muchísima ilusión tener noticias pronto de su hermana.

—¿Estás bien? —le preguntó Patrick al darse cuenta que ya estaban llegando a la academia y aún ella parecía muy molesta.

—Da igual como esté —contestó tomando su bolso para bajarse del auto, pero él la sujetó por las muñecas.

—Marco, baja un momento por favor —el conductor solo asintió con la cabeza antes de seguir la orden —Odio que me hables así —le dijo en cuanto quedaron solos.

—Pues entonces piensa en un castigo para cuando regrese —le contestó aún más furiosa mientras se liberaba de su agarre.

—No es así como funciona Sofía —le gruñó evitando que ella abriera las puertas.

—¿No? ¿No es eso lo que los hombres como tú les hacen a sus esclavas? ¿No las castigan por desobedientes?

—No soy así —habló herido por sus palabras al tiempo que la liberaba del todo para que ella se bajara —Jamás he golpeado una mujer para lastimarla —él solo lo hacía cuando sabía que a ella le excitaba —así que no te preocupes no habrá castigo, ya sabes que tienes las puertas abiertas para marcharte cuando quieras, lo que menos quiero es una mujer que se sienta obligada de estar a mi lado, no fue eso lo que estaba buscando.

—Patrick... —Sofía se llenó de pánico por lo que él estaba diciendo y por la forma en que se lo estaba diciendo.

—Baja del auto, tengo una reunión a la que debo llegar a tiempo.

—Yo no quise...

—Baja, debo irme —dijo amenazante.

—Pero...

—Sofía, baja, ahora —las palabras le salieron entre sus dientes

acentuando cada una de ellas.

Esta vez obedeció, se bajó del carro al tiempo que Marco volvía a subir, se paró en el andén de la calle y desde allí observó cómo se alejaban.

—“¿Qué has hecho Sofía? ¿Qué carajos te pasa? ¿Qué putas importa si te lleva a Puerto Rico a un hotel? No eres su mujer, ni siquiera eres su amante, eres la puta que compró en un evento, ubícate y entérate de una vez por todas que es lo que se espera de ti —se recriminó en voz baja tratando de controlar el llanto.”

—¿Sofía? —le habló uno de sus compañeros de clase —¿estás bien?

—¡Oh! Hola Jonás, si, si estoy bien, es solo que... nada no me prestes atención.

—Vale, entonces vamos, ya la clase va a comenzar.

Salió de clase antes de que se terminara y fue a la cafetería en donde la esperaba Belmont, el detective que había ubicado por internet.

—Buenos días —lo saludó por la espalda.

El hombre se giró con toda su masculinidad, el sujeto era increíble, alto, tal vez un metro noventa, con espalda ancha y brazos hecho en algún gimnasio, su piel morena y cabello rubio oscuro resaltaban esos ojos azules.

—¿Sofía? —preguntó con la voz mas oscura y sexy que ella hubiese escuchado jamás.

—Sofía Cabrales, mucho gusto —le tendió la mano.

—El gusto es mío señorita —le sonrió de tal manera que ella contesto con un efecto reflejo sonriendo de manera coqueta —por favor, tome asiento.

—Gracias —quedaron frente a frente, ella aprovechó ese momento para detallarlo un poco más, el hombre se veía de unos 38 o 40 años, su apariencia indicaba que había tenido una vida difícil o brusca, pero lo que la estaban enloqueciendo eran esos ojos enigmáticos.

—¿Señorita? —llamó su atención al verla un poco ida.

—Si, sí, señor Belmont —se recompuso y se centró en lo que debía decirle —verá, mi caso es un tema muy complicado, pero, sobre todo, es confidencial, nadie puede saber nada de lo que aquí hablemos o de lo contrario mi vida, la de mi tía y mi hermana estarán en riesgo.

—Como le dije cuando hablamos por teléfono, eso no es algo de lo cual se deba preocupar, cuenta usted con toda mi discreción.

—Pero como puedo estar segura de ello, ¿haremos un contrato de confidencialidad?

—No, lo único que le daré es mi palabra, si eso no es suficiente, entonces

no haremos ningún trato.

—Pero... —titubeó al no saber que debía hacer, necesitaba ponerse en la tarea de buscar a su hermana, pero le daba miedo de que ese sujeto la traicionara.

—Mire señorita, llevo haciendo esto por mas de 10 años, mis clientes son personas realmente importantes y mis honorarios son demasiado costosos, la calidad del trabajo lo amerita.

—¿Ósea que la única opción que tengo es confiar en usted?

—No, en realidad tiene dos opciones, la primera es confiar en mi y la segunda es no hacerlo.

—Lo necesito —lo miró con un poco de angustia, pero ni siquiera eso hizo que el reflejara un poco de compasión.

—Entonces confíe en mí.

—Está bien, lo haré.

—Bien, teniendo claro lo de la confianza, ahora cuénteme de que se trata su caso para que yo pueda decirle cuanto le va a costar.

—Pues verá —dijo después de respirar profundo —mi verdadero nombre no es Sofía Cabrales, mi nombre real es María Paula Valencia soy hija de Augusto Valencia un empresario muy exitoso en Colombia o bueno lo era porque murió —esperó a que él la interrumpiera o dijera algo, pero solo la observaba de manera escrutadora —lo mató mi tío Sebastián xxxx hermano de quien yo creía que era mi madre Catalina xxxx, Sebastián jamás le perdonó a mi padre que se acostara con su mujer y que la dejara embarazada, mi hermana Valentina es producto de esa traición.

Fue contando sin interrupción todos los por menores de su caso, a medida que iba avanzando pensaba que el señor Belmont seguramente había escuchado casos similares o peores que el suyo porque nada de lo que ella le decía le sorprendía.

—Entonces usted llegó aquí a París como víctima de Trata de blancas.

—No, no, como le dije yo hice un acuerdo con el venezolano y...

—Señorita, usted fue vendida en contra de su voluntad, no dude de eso, el dudar puede hacerle creer que usted es culpable de su condición.

—Pero...

—Que el hombre que ganó su subasta no sepa nada, no la hace menos víctima.

—Mire, mi situación no importa, no ha sido malo, por el contrario, el ha sido un buen hombre en estas semanas, lo único que me importa y por lo cual

estoy dispuesta a pagar es por encontrar a mi hermana y ponerla a salvo de mi tío.

—Tendremos que comenzar por averiguar si salió de Colombia o si aún sigue allí.

—Encuéntrela por favor.

—Lo haré —le aseguró con una sonrisa sujetándola de la mano —en cuanto la encuentre, también la ayudaré a terminar con ese absurdo acuerdo que tiene con el señor...

—Prefiero que no sepa su nombre, él no es importante y como ya le dije mi situación es lo que menos me preocupa, yo solo quiero asegurarme de que Valentina está bien.

—De acuerdo, ahora viene la parte incomoda, mis honorarios, para este caso será de doscientos mil euros, cien para iniciar y cien cuando encuentre.

—¿Doscientos mil euros? —preguntó al borde de un ataque, eso reduciría a la mitad todo su patrimonio.

—Sí, ese es el precio.

—Está bien —dijo finalmente después de varios minutos de silencio —¿efectivo?

—Preferiblemente.

—De acuerdo, lo llamaré en cuanto lo tenga.

—Bien, no siendo más, me voy.

Las lágrimas rodaron rápidamente, recordar todo lo que le había pasado la torturó, su vida con Patrick desde que había llegado a París había sido buena, ella se aferraba a todas las sensaciones que él le hacía vibrar para olvidarse de los días de infierno, que tuvo que vivir desde el maldito día que a su tío se le había dado por destruir a su familia.

—¿Así que no quieres perder ni una sola clase para avanzar más rápido con el francés?

Toda su piel se encrespó al escuchar sobre su hombro la voz cargada de rabia de Patrick. Con movimientos rápidos se puso de pie sin darse la vuelta para que él no se diera cuenta de que había llorado, se pasó las manos por el rostro y para cuando él la sujetó del brazo e hizo que lo mirara, las lágrimas ya habían desaparecido.

—Yo, yo no me sentía bien y solo vine a tomar algo a la cafetería —le dijo titubeando llena de nervios.

—No mientas —le gruñó apretando mas el agarre del brazo —¿Quién era el hombre con el que estabas hablando?

—Patrick, suéltame —le pidió mientras trataba de encontrar una explicación.

—Habla de una vez.

—Patrick, por favor, las personas comienzan a vernos.

Él miró a su alrededor y vio a algunas personas en las mesas cuchicheando y viéndolos de reojo.

—Vámonos —la soltó con disimulo.

—Está bien —aceptó sin pensarlo, no quería que sus compañeros de clase salieran a la cafetería y se dieran cuenta de lo que estaba pasando.

Al salir no vio a Marco y se percató de que el auto que Patrick había llevado era el biplaza.

—Sube —le abrió la puerta y esperó a que ella se acomodara en el asiento.

Lo vio dar la vuelta para ir a su lado, espero a que entrara y como si un ventarrón helado estuviera pasando por el interior, su cuerpo se enfrió al sentir la energía de Patrick.

—No hagas que te repita la pregunta —dijo encendiendo el auto.

—Yo... —no supo si fue el haber recordado su pasado o el miedo por ver a Patrick tan furioso, pero no pudo evitar el llanto —Patrick, yo —la voz se le quebró, se sentía vulnerable y miserable, quería contarle todo y suplicarle ayuda, pero se moría de miedo.

—Sofía ¿Por qué lloras? Habla de una puta vez, estoy perdiendo la poca cordura que me queda si no me explicas que está pasando.

—Tengo miedo —dijo al fin —miedo de que quieras dejarme —dijo como verdad a medias —fui grosera contigo y tu...

—Shhh —aprovechó el semáforo en rojo para abrazarla —tranquila, respira —le suplicó, nada odiaba mas en la vida que ver a una mujer llorar —necesito una explicación, necesito entender, respira y háblame con serenidad, te he demostrado que no soy un mal tipo.

—No lo eres —dijo ella en medio del llanto.

Le tomó unos minutos recomponerse, él le pasó un pañuelo mientras seguía conduciendo, seguía molesto, pero no tanto como cuando llegó al instituto y la encontró hablando con ese sujeto, sintió como la sangre le hervía, no pudo acercarse, si lo hacía mataría a ese sujeto por mirarla como lo hizo, por fortuna no la tocó, o de lo contrario, la cosa habría terminado en tragedia.

—Creo que me estoy enamorando de ti —la escuchó y todos aquellos pensamientos que segundos antes estaba teniendo, desaparecieron.

—¿Qué? —estupefacto detuvo el auto —explícate, dime ¿Qué tiene que ver eso con que estuvieras fuera de clase conversando con ese sujeto?

—Él me vio llorando y se acercó a preguntarme que me pasaba.

—¿Por qué estabas llorando?

—Por nuestra discusión, al principio no quise darle importancia, fui al salón, pero no dejaba de pensar en tus últimas palabras y el temor de que me echaras de tú vida me embargó.

—¿es cierto?

—Si, lo juro —dijo usando toda su capacidad de convencimiento.

—¿Por eso crees que te estás enamorando de mí?

—Si, si eso no es amor, entonces no sé qué es —dijo mientras sus ojos se inundaban nuevamente.

En el fondo sabía que no era del todo mentira lo que decía, ella estaba sintiendo cosas fuertes por Patrick, nada mejor que mezclar mentiras con verdades para que lo que se dice sea más creíble.

El silencio se instaló en el auto, Patrick no quiso decir nada sobre la confesión de Sofía, llegaron a casa y él no quiso bajarse, no podía, su cabeza estaba hecha un ocho, se suponía que en ese acuerdo no habría sentimientos, ella era una chica demasiado joven y con un futuro mucho mas largo que el de él.

—Volveré temprano —le dijo sin mirarla.

—¿Sigues molesto conmigo? —preguntó con timidez.

—No, no estoy molesto —dijo sin mirarla —disculpa mi actitud, decidí regresar para hablar, tampoco me sentía cómodo con como había acabado la conversación, cuando llegué al instituto y pasé por la cafetería me enfureció verte con ese hombre.

—Era la primera vez que lo veía.

—Bien, te creo, ahora entra sube al apartamento, yo intentaré llegar temprano.

Esa tarde Patrick volvió a la oficina y dio orden a su secretaria de no ser molestado, se sirvió un trago de whisky y lo bebió de un tiro, puso un poco de música, paseó por todos los ritmos y no daba con alguno que le diera un poco de tranquilidad, al final, dejó que *Te busco* de Celia Cruz sonara, la música tropical siempre lo concretaba con sus raíces puertorriqueñas.

Las horas se le pasaron entre la música y el whisky, para cuando el reloj marcó las 4 de la tarde moría de hambre, pidió que le trajeran un sándwich, sabía que debía volver al apartamento, Sofía lo estaba esperando, pero no

quería ir tan pronto.

Ella sentía que se estaba enamorando de él, pero la pregunta que no dejaba de hacerse era si él se estaría enamorando de ella.

No, claro que no, él solo estaba en un juego loco de deseo y lujuria por una muchacha joven, hermosa y muy seductora, bueno también había comprobado lo inteligente y sagaz que era, además también le sorprendía lo bien que se adaptaba a todo y si a eso le sumaba lo cariñosa y atenta que era con él —*Pero ¿qué carajo estás pensando?* —se cuestionó al ser consciente de que en su mente solo habían palabras de halagos hacía ella.

—Esto no puede seguir, yo no puedo continuar por este camino o voy a terminar perdiendo la cabeza por esa jovencita —dijo sus pensamientos en voz alta mientras buscaba su móvil, necesitaba urgente una opinión profesional.

—Patrick, ¿Cómo estás? —lo saludó su psicoanalista.

—No lo sé doctor, se que odia que lo llamen a hacerle consultas por teléfono, pero necesito hablar con usted.

—Bueno, entonces adelantemos la cita de esta semana y...

—No, no, escúcheme por favor —le dijo con la voz un poco confusa.

—¿Has estado bebiendo?

—Eso no importa doctor, escuche, Sofía hoy me ha confesado que se está enamorando de mí.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Pues no tengo ni la más mínima idea, aunque, creo que es malo, porque yo no la amo y no quiero que sufra cuando este acuerdo esté terminando.

—Así que estas seguro de que no la amas.

—Si —dijo con un poco de duda —¿el asunto aquí no es ese, el asunto es si debo continuar con esta relación aun sabiendo que podría hacerle mucho daño?

—Por lo que veo estás seguro que la única que puede salir lastimada es ella.

—Doctor, no me está ayudando.

—Patrick, comunícate con mi secretaria para agendar una cita y profundizaremos más en este asunto.

Patrick colgó el teléfono con un nudo en la garganta, sentía la maldita necesidad de decirle a su doctor que él no sentía nada mas que deseo sexual por Sofía.

—Señor Mathieu —la voz de su secretaria lo sorprendió.

—¿Sí? —le contestó con un gruñido, le había advertido que no quería ser molestado.

—Disculpe señor, pero el señor Feraud insiste en verlo.

—Emmanuel —se alegró de saber que su amigo estaba allí, era el único además de su terapeuta que sabía de Sofía —déjalo pasar.

Fue al bar a servir otro trago para él y uno para Emmanuel, justo en el momento que este entraba a la oficina.

—¿Qué pasa contigo Mathieu? ¿Por qué tengo tantas semanas sin saber de ti?

Preguntó mientras se sentaba en uno de los sillones.

—He tenido mucho trabajo —le contestó entregándole el trago de whisky

—Siempre estas lleno de trabajo, en eso estamos iguales, anda, confiesa que es la mujer que te trajiste de Dominica la que te tiene enclaustrado.

—No digas tonterías.

—Ni siquiera la conozco —continuó ignorando el gruñido de su amigo — se por Ivanka que es una jovencita preciosa.

—Si, Sofía es bonita, pero eso no es algo raro, ¿qué esperabas? que me gastara una fortuna en una mujer fea —le habló con fastidio sintiéndose en su interior un imbécil por hablar así de la mujer que esa misma mañana le había confesado que estaba enamoranda de él.

—Bueno, en eso tienes razón, sin embargo, sigo pensando que ella es la que te ha tenido tan aislado, porque no la has llevado al *flour de lotus*

—No lo sé —dijo tomándose el trago de un tirón, llevaba varias horas bebiendo y los efectos ya comenzaban a hacerse evidente, situación que no pasó desapercibida para Emmanuel.

—¿No lo sabes? —insistió.

—Basta Emmanuel con este interrogatorio, mejor dime, ¿A qué has venido?

—Bueno, es que quiero que vayamos al club, el flor de Lotus tiene un evento especial esta noche y le prometí a Ivanka que iríamos.

—No puedo ir, yo...

—¡Oh vamos Patrick!, no seas aguafiestas, llevas mas de un mes sin aparecerte por el club y entre tantas obligaciones que ambos tenemos no nos queda mucho tiempo para conversar o departir, anda vamos al club o es que acaso ¿te has enamorado de aquella chiquilla y ahora solo te desvives por ella?

—No digas tonterías —contestó totalmente irritado —no cometeré la

misma estupidez que tú, no voy a casarme con la mujer que se vendió al mejor postor.

—Amigo... —dijo Emmanuel con voz de advertencia —voy a pasar por alto lo que acabas de decir, recuerda que es mi esposa de la que estás hablando, no sé que te sucede, pero una palabra inapropiada más hacía mi mujer y...

—Perdóname —le dijo antes de que terminara su advertencia —he sido un idiota, sabes que aprecio a Ivanka y jamás he querido ofenderla, es solo que cuando pienso en la forma de como Sofia llegó a mi vida, no puedo dejar de pensar que pudo no haber llegado, si otro simplemente hubiese ofrecido más dinero.

—Aunque no lo creas, te entiendo, y por eso te perdono el mal comentario, se lo que sientes, yo también lo viví, cuando sentí que me estaba enamorando de Ivanka fue un puto infierno, pensar que su única motivación era el dinero hacía que la sangre me subiera a la cabeza, pero le di una oportunidad y jamás me he arrepentido de ello, esa mujer es mi felicidad.

—Tu caso es distinto al mío, tu tan solo le llevas diez años a Ivanka, yo, por el contrario, le llevo más de 20 años a Sofia.

—Eso no importa, lo sabes.

—Te equivocas, cuando la conozcas te darás cuenta que si es evidente la diferencia de edad entre nosotros, y que yo sería un idiota si me enamorara de una mujer tan joven.

—Anda, vamos esta noche y así la conozco.

—No.

—No te entiendo, aseguras que no estás enamorado de la chica, pero el que te niegues a llevarla al club hace parecer que si lo estás.

—No creo que esté preparada —dijo tomándose de golpe un gran sorbo de licor.

—¿No las has inducido? -le cuestionó Emmanuel mucho mas extrañado, conocía a su amigo y sabía que él necesitaba de ciertas cosas para conseguir la plena satisfacción sexual.

—Sofia no tiene experiencia en estas cosas y... no quiero presionarla.

Estuvieron en silencio por unos segundos, Patrick pensando en que en realidad no estaba siendo sincero, el no presionarla no era la razón por la cual él no hubiese llevado a Sofia a aquel sitio, o que aun después de mas de un mes a su lado no la hubiese inducido a terrenos mas fuertes de sumisión. Por su parte, Emmanuel estaba seguro que algo estaba pasando con su amigo y

quería presionarlo hasta el límite de que a Patrick no le quedara otro remedio que confesar.

—Olvidaba que se te había dado por comprar una virgen —le dijo siendo un poco despectivo —pero eso en vez de ser un problema debería ser muy bueno, llévala al Flour de Lotus y entre los dos la inducimos a este precioso mundo, se me hace la boca agua pensar en una preciosa y joven virgen disponible para...

—Emmanuel —gruñó iracundo —no me gusta como estás hablando de Sofía.

—Vaya... —se puso de pie y le dio la espalda a Patrick para que este no se diera cuenta de que estaba a punto de reírse —yo pensé que Sofía solo estaba en tu vida para ser tu compañera sexual y disfrutar de todos tus gustos sexuales y hasta donde recuerdo, uno de ellos es compartir mujeres, sobre todo conmigo.

—Ya te dije que Sofía no tiene ninguna experiencia, así que trata de hablar de ella con tacto, no quiero tener que...

—¿Qué? —le preguntó girándose para verlo con la cara totalmente relajada.

—No quiero tener que repetirlo de nuevo.

—Se que la pregunta que te voy a hacer es demasiado íntima, pero, ¿Si te estas quedando satisfecho?

—No lo sé —dijo sin saber que responder, después de pensarlo y siendo consciente de que se estaba abriendo demasiado dijo —tienes razón es demasiado íntima y prefiero no responder.

—Bueno, pues no puedo hacer nada más, te has enamorado y eso, aunque quieras negarlo es imposible, esa chiquilla te tiene de las huevas —dijo con burla.

—¡maldita sea! —gritó estrellando el vaso contra una pared —¿de verdad me crees tan imbécil como para no darme cuenta de lo que estas tratando de hacer? No estoy enamorado de ella, me daría igual si tu o 10 hombres mas se la cogieran —no pudo parar de gritar —¿quieres que la lleve al Flour de Lotus y la comparta para demostrarte que no me importa? ¿eso es lo que quieres?

—Cálmate Patrick, sabes que no tienes que demostrarme nada, simplemente si no quieres hacerlo, pues no lo haces.

Sin decir más, tomó su teléfono y llamó a Marco para que fuera recoger a Sofía, después le marcó a ella y siendo muy seco en sus palabras le pidió que se pusiera el conjunto de lencería negro con rojo y que solo se cubriera con el

gabán negro, que ya Marco iría por ella.

—Llama a tu mujer, nos vamos al club.

Emmanuel ya no estaba tan seguro de si había hecho bien presionando de tal forma a Patrick, una punzada en su pecho le dijo que eso no terminaría bien.

—Patrick, tal vez...

—No me jodas, no es momento de echarte atrás, llama a Ivanka y larguémonos —dijo bebiendo un poco más de whisky.

Emmanuel salió al balcón de la oficina y llamó a su mujer, en un corto resumen le contó como habían pasado las cosas y ella entendió perfectamente a su esposo y aunque le preocupaba que la presión ejercida por Patrick terminara afectando a Sofía, se moría de ganas por ver como se comportaban ellos en el club.

—¿Mejor? —le preguntó Patrick cuando ella volvió al lugar.

—Si —fue su única respuesta.

—Entonces, vamos —la tomó de la cintura y la condujo hacia una puerta.

Ivanka y Emmanuel los seguía, ellos no eran ningunos novatos en aquellos juegos, por el contrario, ellos eran de juegos pesados.

Emmanuel metió a su esposa en una habitación en la que ya había varias personas jugando, le dijo al oído que lo mejor sería que le dieran su espacio a Patrick y Sofía.

Por su parte, Patrick llevó a Sofía a un salón abierto, donde todos estaba en juego, algunos bailaban otros se besaban, algunos intercambiaban parejas y otros estaba desnudos dejando que el que quisiera los tocaran.

Estaban tranquilos él le quitó el gabán y ella se dejó llevar por la música y el ambiente, la abrazó y comenzó a bailar con ella, pero no terminaba de relajarse, estaba tenso y con un humor no muy agradable, se cuestionó que era lo que le pasaba, pero no lo sabía, aunque no tardó mucho en darse cuenta que era.

Una pareja de acercó a ellos, él supo que era lo que quería, en ese lugar se hacía eso, acercarse tocarse y después el intercambio y el sexo, el solo hecho de imaginar a Sofía siendo tocada por otro hombre lo envenenaba, ni siquiera podía soportar la idea de que ella fuera tocada por otra mujer, estuvo a punto de gritar y pedirle a esos dos que se marcharan, pero su cordura aun estaba presente y antes de hacer alguna estupidez, tomó a Sofía de la muñeca y se la llevó hasta una de las habitaciones reservadas.

—¿Pasa algo?

—No, nada pasa —le dijo antes de besarla —esta noche vas a obedecerme en todo ¿de acuerdo? —le preguntó en cuanto cortó el beso.

—Si señor —contestó ella con verdadera sumisión.

—Ven —la tomó de las manos y la subió a una camilla, en la habitación había toda clase de cuerda, herrajes, una cama enorme, un sofá y al fondo un jacuzzi.

Ella se dejó hacer, se subir a esa camilla y se dejó atar de manos y pies.

—Jamás voy a compartirte —le dijo con seguridad —no lo soporto.

—¡Dios! Gracias, no quería hacerlo.

—Bien —dijo antes de meter su cabeza entre las piernas, ella seguía con su juego lencería puesto, él tan solo le corrió la tanga para besarla.

Ella sintió la libertad de gritar y gemir a su antojo, después de todo estaba en un lugar de sexo, estaba en ello cuando se percató de una luz roja sobre un enorme espejo, estaba mirando hacia allí mientras disfrutaba de lo que Patrick le hacía cuando vio como la Luz se ponía verde.

Él no se lo dijo, pero allí había alguien observándolo, esa habitación ofrecía esa oportunidad y a él no le importó, por el contrario, le emocionó saber que alguien estaba viendo como se cogía a Sofia, como la hacía chillar de placer.

—Un día de estos vas a matarme —dijo ella con un poco de aliento.

—Dime si acaso, esta no sería la mejor forma de morir —le dijo al tiempo que se acercaba para darle un beso.

Quiso abrazarlo y decirle que sí, que ella moriría de esa forma todas las veces que fueran necesario.

Emmanuel e Ivanka los observaban, era evidente, no solo Patrick estaba enamorado, ella también.

—Se aman —dijo Ivanka con la voz un poco entre cortada.

—Sí, y es de esos amores celosos, he perdido a mi amigo de juerga —dijo Emmanuel con un poco de melancolía.

—Amor mío, no todos entiende el amor de la misma forma que nosotros —le dijo abrazándolo para darle consuelo.

Patrick le hizo el amor a Sofia de muchas maneras diferentes esa noche, en aquel club, sabiendo que varias oportunidades tuvieron espectadores, pero no le importó, a él solo le importaba que ella fuera solo de él, que nadie volviera a tocarla, se obligó a no pensar en la fecha de caducidad de su relación, mientras ella estuviera a su lado, sería exclusivamente de él.

Sofía había estado muy nerviosa por todos los sucesos del día y para completar su angustia, esa llamada de Patrick.

Se miró al espejo por última vez, estaba impresionante, se había maquillado como Celeste le había enseñado y se había puesto el conjunto de lencería rojo con negro, unas medias de malla hasta la media pierna, se puso el gabán y se sintió tan expuesta que deseó no estar tan nerviosa como para retarlo llevando un poco más de ropa, pero por los sucesos del día, lo mejor era no tentarlo más de la cuenta.

Bajó al estacionamiento donde ya la esperaba Marco, se subió y lo saludó con timidez, sentía que cualquiera podía ver que iba semidesnuda, el trayecto lo hizo en silencio mirando por la ventana, en su mente se hacía una idea de lo que Patrick quería, pensó que él quería tener sexo en su oficina, varias veces le había expresado lo mucho que deseaba tenerla en su escritorio y hacerle miles de cosas.

El auto se detuvo frente al edificio de la empresa de los Mathieu y cuando pensó que debía bajarse vio a Patrick acercándose al auto junto a un hombre tremendamente guapo de cabello rubio, Marco se bajó y cruzó un par de palabras con Patrick y este de inmediato se subió al asiento del piloto.

—Sofía, pásate al asiento de al lado —le dijo en cuanto se subió.

Ella obedeció sin decir media palabra, se bajó mientras observaba como el sujeto de cabello rubio que salió con Patrick de la empresa se dirigía hacia un auto unos metros más adelante, en ese instante Ivanka salió de ese auto para hacer lo mismo que ella.

—¡Sofía! —gritó antes de correr en sus enormes tacones y alcanzarla con un abrazo —¡Dios! Estoy tan emocionada por lo de esta noche, ya verás como la vamos a pasar.

—¿Qué hay esta noche? —le preguntó apretando su brazo —estoy nerviosa, Patrick me ha pedido que venga sin nada de bajo y ahora...

—Tranquila, para donde vamos no necesitas de mucho.

—Chicas —se acercó el hombre rubio —lamento interrumpirlas, pero debemos irnos.

—Si, si cielo, pero espera, tu no conoces a Sofía, Sofía él es mi esposo Emmanuel Feraud.

—Mucho gusto Sofía —le tendió la mano y aprovechó esos instantes para detallar la juventud de la chica y su belleza.

—¿Qué pasa? —preguntó Patrick bajando del auto —vamos Sofia, súbete ya.

Tanto Ivanka como Emmanuel lo miraron con reproche al ver lo poco cortés que estaba siendo con la joven.

Ella lo miró con un poco de irritación, sin embargo, hizo lo que le pidió despidiéndose con un gesto simple de los esposos Feraud.

Llegaron al club, Patrick se bajó y fue rápidamente a ayudar a bajar a Sofia, en el trayecto se había relajado un poco, ese era el efecto que ella sin saber le producía, ella era como una deliciosa calma entre el torbellino de pensamientos que siempre cruzaban por su cabeza.

—¿Tienes frio? —le preguntó al sentir que se estremecía.

—Estoy nerviosa, voy semidesnuda y esto es un club, no entiendo.

—Ya lo vas a entender —le dijo mientras le daba un sonoro beso en los labios, justo en el momento que el Aston Martin de Emmanuel se aparcaba cerca.

Los esperaron para entrar juntos, Para Sofia era la primera vez que estaba en una disco como aquella, el lugar era impresionante, se evidenciaba el lujo por doquier, sin embargo, no se detuvieron a contemplar el lugar, Patrick con una mano en la espalda la guio hasta un extremo de la disco, los Feraud unos pasos atrás los seguían.

Llegaron a una puerta donde un hombre de seguridad estaba custodiando el acceso, en cuanto vio a Patrick con un asentimiento de cabeza se hizo a un lado, lo vio acercar el rostro a un panel para hacer el escaneo de retina, después las puertas se abrieron e ingresaron a un pasillo oscuro, ella no pudo evitar mirar hacia atrás y ver a los Feraud, Ivanka le sonrió con tranquilidad como queriendo transmitirle un poco de serenidad.

Llegaron hasta otra puerta al final de ese pasillo y Patrick escaneó la palma de la mano y de inmediato la puerta se abrió.

—Demasiada seguridad —murmuró Sofia

—Es necesaria —contestó Patrick

Sofia miró a su alrededor y vio un sitio mucho mas tranquilo que el área anterior, sin embargo, el lujo y el derroche estaban impregnados en todos lados.

Los cuatro se sentaron en una mesa y de inmediato un mesero se acercó para preguntarles que deseaban beber.

—Yo quiero un vino —dijo Sofia.

—Querida, creo que esta noche vas a necesitar algo un poco mas fuerte

que un vino —le advirtió Ivanka.

—Yo no bebo.

—Acompáñame con una botella de champagne ya que los caballeros quieren whisky.

—Pero...

—No acepto uno, señor por favor tráiganos una botella del mejor champagne que tenga.

—Tranquila —le dijo Patrick besándole la oreja —estás conmigo y no dejaré que nada malo te pase, por el contrario, hoy todo lo que va a pasar es simplemente delicioso.

—Aun no entiendo por que me pediste que no usara ropa.

—¿Quieres cuestionarme? —le preguntó sujetándole el rostro con un poco de brusquedad, hundiendo sus dedos en las mejillas —recuerda que eres mía —le dijo antes de besarla con rudeza.

—No, claro que no —dijo llevada por el deseo que le despertaba —es solo que no entiendo.

Se quedaron en silencio viéndose a los ojos, diciéndose con eso mucho mas de lo que sus labios estaban expresando, sin saber que Ivanka Y Emmanuel los miraban de manera escrutadora, era evidente que entre Patrick y Sofia existía algo mucho mas que un simple acuerdo sexual.

—Es muy joven —le dijo Emmanuel a su mujer —sin todo ese maquillaje estoy seguro que se ve mucho menor, ni siquiera parece tener más de 20 años.

—Lo sé, yo también pensé lo mismo, es joven, tímida y además era virgen.

—Y preciosa —dijo viendo otra vez a Patrick besar a la chica con verdadera pasión.

—¿Tengo que encelarme?

—Nunca cariño, no digas tonterías, bien sabes que eres mi vida entera, pero no puedes negar que la chica es preciosa.

—Lo es, —aceptó con sinceridad —tiene un rostro angelical y un cuerpo de muerte.

—¿Te gustaría jugar con ella esta noche?

—A ti te gustaría vernos jugar ¿cierto?

—Si, me moriría por verlas tocándose y... —le susurró al oído palabras obscenas haciendo que ella soltara una sonora carcajada.

Bebieron por varios minutos, todos sabían que Sofia necesitaba relajarse un poco, aun nadie le había dicho para que estaban allí, estaba en el bar del acceso privado y en esa zona todo parecía muy normal, sin embargo, ese lugar

también era el sitio en el que las persona que iban solas buscaba sus parejas para después seguir a las otras áreas del club.

Poco a poco Emmanuel comenzó a tocar el tema de gustos sexuales para ir adentrando a Sofía, pero en ese instante apareció.

—Mi señor —la voz de una pelirroja impresionante se escuchó por encima de la música.

Flora era una extraordinaria mujer de cabello rojizo, de piel blanca y poco pecosa, hermosa, algunos decían que tenía un aire a Julia Roberts cuando protagonizó Mujer Bonita, ella y Patrick tenían una larga historia, se conocía desde que ambos estaban en la Universidad, sus padres eran socios del mismo club de golf y cuando eran unos jovencitos, se encontraron en un club sexual, muchos años de historia entre esos dos.

Ella estaba de rodilla junto a la silla de Patrick, estaba vestida con un corto vestido negro, tan corto que se podía ver el encaje de sus medias a mitad de la pierna.

—Flora —Patrick le tomó la mano para besársela, verla siempre le removía algo en su interior, eran muchas cosas vividas —¿Cuándo regresaste a París?

—Hace un par de semanas señor —contestó sin levantar la mirada.

—¿Patrick? —Sofía lo llamó con voz temblorosa por la rabia, no entendía que estaba pasando, pero fuera lo que fuera no le estaba gustando ni un poquito.

—Flora ¿Estás sola? —le preguntó después de hacerle una seña a Sofía para que esperara.

—Si, he venido casi todos los días desde que llegué a París con la esperanza de verlo.

—No estoy solo —le dijo algo que era más que evidente, pero que dadas las circunstancias sentía que debía dejar claro.

—Lo sé —le contestó sin alzar la mirada y con el mismo tono sumiso.

—Entonces ¿Qué quieres? —le preguntó con excesiva ternura, ver a una mujer entregada de esa manera le ponía la piel de gallina y lo descolocaba por completo.

—No importa si solo puedo sentarme a su lado, me conformo con verlo, mi señor, permítame por lo menos contemplarlo, no se imagina cuanto lo he extrañado.

—¿Pero qué te estas creyendo? Acaso no ves que Patrick está con Sofía, ¿los años te han hecho estúpida? —Ivanka saltó de la silla ofendida por la

actitud de esa mujer y por la cara que tenía la pobre Sofía.

Pero qué coño les pasaba a las mujeres como esa, había escuchado hablar de Flora, su marido en algunas ocasiones le había contado un par de historias de ella, por eso no entendía como no respetaba las reglas, nadie puede acercarse de esa forma cuando la persona que desea está acompañada, solo puede hacerlo si es invitada y en este caso no lo estaba siendo.

—No has sido invitada, así que...

—Al suelo Ivanka —la voz brusca y autoritaria de Emmanuel la interrumpió.

—¿Qué es esto? —preguntó Sofía horrorizada al ver que Ivanka en silencio seguía la orden de su marido y tomaba la misma posición de la pelirroja —Patrick, explícame...

—Haz lo mismo —le dijo Patrick con autoridad, pero sin ser demasiado brusco.

—¿Qué? ¿Por qué? Patrick, no...

—Sofía, ¿recuerdas cuáles son los términos de nuestra relación? —la cuestionó esta vez con rudeza.

Ella tensionó la mandíbula y tal como le había pasado en aquella oportunidad en el avión cuando se desnudó para que el la escrutara, sintió un enorme vacío en la boca del estómago y unas horribles náuseas. Lo miró un par de segundo más deseando que él se retractara de esa maldita orden, pero al ver que no se inmutaba y que la miraba con desafío, ella obedeció de muy mala gana.

—Bien —dijo Patrick al verla bajarse al suelo, después volvió a centrarse en la pelirroja —Flora, valoro mucho lo que has hecho, pero esta noche no puedo tenerte a mi lado.

—Sabe que nada me complace mas que complacerlo, por eso haré lo que me ordene, si lo que quiere es que me retire, así lo haré, sin embargo, esta vez lo obedeceré con un gran sin sabor, jamás me había rechazado.

Sofía sin evitarlo dejó que las lágrimas que amenazaban con salir fluyeran por su rostro, se sentía abatida y humillada, el pecho le hacía tanta presión que pensó ahogarse, trató de controlar su respiración para no desplomarse como una estúpida, pero a pesar de todo el esfuerzo que estaba haciendo para mantenerse firme, su alma se revelaba.

—No puedo con esto Patrick —dijo Sofía con la voz un poco quebrada — prefiero...

—No lo digas —él le puso un dedo en los labios y se inclinó para

acercarse a su oído y susurrarle —si lo dices, todo acabará para siempre.

Ella tomó una nueva bocanada de aire y cerró los ojos con demasiada fuerza, necesitaba soportar, tan solo llevaba un mes con Patrick y si él decidía a acabar con todo tendría que devolver el dinero y el venezolano sería capaz hasta de matarla por eso.

Patrick la observó esperando a que dijera algo, pero ella simplemente se mantuvo con la boca cerrada, concentrándose en su respiración, él se odió por verla de esa manera, era increíble la confusión que tenía en su puta cabeza, al mirar a Flora en esa posición y con esa entrega su libido se había disparado, pero en cuanto escuchó la tristeza y el dolor en las palabras de Sofía toda la lujuria se había ido a la mierda.

—Hermosa Flora, vete, te llamaré esta semana para conversar.

La pelirroja para sorpresa de todos hizo lo que él le pedía, se puso de pie y regalándole una sonrisa, se marchó.

Emmanuel de inmediato se agachó, sujetó el mentón de su esposa y sin mediar palabra la besó con voracidad, ella le respondió con la misma pasión, en ese beso hubo mordiscos y gruñidos, pero solo faltaba una chispita para que ese par se quisieran comer vivos, el fuego del deseo siempre estaba muy presente en su relación, no importaba que tan molestos estuviera el uno con el otro, ya luego discutirían hasta encontrar alguna solución, pero jamás sería una excusa para no hacerse el amor.

—Lo has hecho bien —le dijo Patrick a Sofía —se que no ha sido fácil, por eso estoy tan orgulloso de que lo hayas sabido manejar.

Esperó que ella dijera algo, pero ella siguió con la mirada clavada en el suelo, su concentración estaba enfocada a no quebrarse, necesitaba contener el deseo enorme de llorar con fuerza.

—¿Ya entiendes la filosofía de este sitio? —la sujetó de la nuca e hizo que lo mirara.

—Si...- carraspeó un poco —ya entiendo —y terminó la frase con esfuerzo.

—Ahora quiero que vayas al baño y te refresques un poco, soy consciente de lo incomoda que estás, por eso quiero que te tomes lo minutos que necesitas para recomponerte y volver aquí, la noche hasta ahora comienza.

—Si, señor —contestó mientras se dejaba ayudar para ponerse de pie.

—Acompaña a Sofía —Emmanuel también ayudó a Ivanka a ponerse de pie.

Sofía se dejó guiar por Ivanka, en silencio llegaron a los baños y

agradecieron que estuvieran solos.

—¡Ahhhh! —gritó desgarrándose la garganta, le importó una mierda si afuera alguien la escuchaba, aunque lo dudaba por el fuerte nivel de la música.

—Sofía, respira y tranquilízate.

—¿Cómo puedes soportarlo? No lo entiendo.

—¿Qué no entiendes? Acaso no sabes que es la sumisión, acaso no te lo dejaron claro en el evento.

—Si, ¡maldita sea!, si lo entiendo, pero...

—Pero ¿Qué? ¿Acaso no has sido sumisa con Patrick todo este tiempo?

—Ivanka —la sujetó de los codos para verla a los ojos —Es la tercera vez desde que estoy con él que siento esto tan horrible, me duele aquí —le llevó una mano a la boca del estómago —tengo náuseas, y siento odio por él, por mí y por todo el maldito mundo.

—Espera, explícame un poco más, quieres decir ¿Que desde que están juntos ha habido 3 ocasiones en las que sientes estas cosas?

—Si.

—¿Cuál fue la primera?

—Cuando veníamos el avión hizo una parada en Portugal, quise vestirme en el baño, pero él me lo impidió y me exigió que me desnudara delante de él.

—Pero no veo el problema, es decir, la exigencia de desnudarse es muy común en estas relaciones.

—Si, después lo ha hecho y no he vuelto a sentir eso, pero ese día... no lo sé, creo que las veces que he sentido esto es porque me he dado cuenta que en ese momento no está pensando en mí —dijo perdiendo la batalla ante algunas lágrimas —Patrick es muy complaciente, aunque demandante, pero...

—Tranquila —la interrumpió al verla tan confundida para explicar lo que le pasaba —vamos a ver, lo que pasó hace un momento lo odiaste porque sentiste que no eras nada importante para él, ¿Es así?

—Algo así, cuando él llega a casa y me mira con esos ojos que me come y me dice “Sofía, quítate la ropa y ponte de rodillas” —dijo tratando de imitar la voz de él —yo inmediatamente me excito, se que me desea, se que quiere complacerse y complacerme, pero las veces que he sentido esto tan horrible, es como si solo pensara en él, como si solo me viera como un objeto, una cosa útil y nada más.

—Cariño, eres una chica muy joven y...

—No Ivanka, por favor, no me hables como si fuera tonta.

—No, no, perdóname si te he hecho sentir eso, lo que quería decir es que

tienes poca experiencia en estas cosas, hasta hace unas semanas eras virgen, por eso quiero que sepas que conozco a Patrick, Emmanuel no tiene secretos conmigo y hemos hablado mucho de ustedes y te puedo decir con certeza, que no eres alguien sin importancia para él, por el contrario, nos ha sorprendido lo diferente que es contigo.

—¿Y qué hago con eso?

—¿Qué quieres hacer con eso?

—No lo sé —dijo yendo hasta el lavamanos para echarse un poco de agua —ni siquiera sé que quiere de mi en este lugar, ¿acaso quiere que tengamos sexo en público? O ¿Querrá que me acueste con otras personas? Dime Ivanka, ¿Qué me espera en este sitio?

—Jamás te va a obligar a hacer algo que no quieras hacer, solo sé tu misma y disfruta de la intimidad que hay entre ustedes, déjate llevar, deja que tus deseos afloren, él te tendrá paciencia y sabrá cuando llegues a tu límite.

—¿Viste su rostro cuando esa mujer se puso de rodillas?

—Si, pero bien sabes que a él le gusta la sumisión.

—Si, lo sé, eso me preocupa, yo he sido sumisa, pero jamás lo he hecho de la forma en que esa mujer lo hizo.

—Esa mujer lleva muchos años siéndolo, con el tiempo tu será tan buena o más que ella.

—Honestamente Ivanka, no sé si eso es lo que quiero, estoy tan confundida y tan... perdida que no sé que es lo que quiero.

—Solo déjate llevar ¿De acuerdo? —Sofía asintió —estaré pendiente de ti para saber cómo estas.

—Gracias —la abrazó y le dio un beso en la mejilla.

Los días después de la apasionada y lujuriosa noche en el flower de lotus fueron una mezcla de esa pasión y una electrizante ternura.

—¿Estás lista? —Patrick la observaba mientras metía las últimas cosas en su maleta.

—Creo que sí, creo que llevo todo.

—Y si te faltara algo, allá podrás comprarlo.

—Entonces podemos irnos cuando quieras

De camino al aeropuerto Sofía lo escuchó con su hermano, incluso se

sobre saltó cuando Patrick hizo el reclamo de que no le hubiesen avisado algo a tiempo.

—¿Qué te puso de tan mal humor?

—La hermana de una amiga de mi cuñada está en París, al parecer llegó anoche y Paul me ha pedido que la espere para llevarla a Puerto Rico.

—¿Y eso te pone de mal humor por qué no quieres que nadie nos vea juntos ¿cierto?

—Sofía... en realidad no es eso lo que me pone así, la verdad es que me molesta sobremanera la improvisación, y con respecto a que nos vean juntos, ese un tema que ya hablaremos luego —miró su reloj, aún era muy temprano para comer, pero necesitaban hacer algo mientras le daban tiempo a Luna Sánchez, la hermana de Kata Greene para que los alcanzara en el aeropuerto.

—Bueno, dado que tenemos que esperar y seguramente lo hagamos en el avión para evitar miradas indiscretas, entonces me gustaría comer unos churros.

—¿Churros? —preguntó extrañado.

—Sí, churros con chocolate.

—Eso es español cariño —le contestó con una sonrisa.

—Lo sé, pero cerca al instituto hay un sitio que venden unos churros deliciosos y en la publicidad del lugar había información de otras sedes y ¿adivina en donde tienen una sede?

—¿En el aeropuerto?

—Exacto —dijo sonriendo.

—De acuerdo, pediré que nos lleven churros con chocolate al avión.

Con una sonrisa cálida le pasó el brazo por su hombro y la acercó más a él.

—Eres un regalo del cielo —le dijo ella antes de darle un beso

—¿Por qué? ¿Por qué cumplo todos tus caprichos?

—Por favor Patrick, no digas eso, sabes que no soy caprichosa.

—No, no lo eres —le aseguró antes de besarla.

—Eres un regalo del cielo porque sin saberlo has sido mi salvavidas.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó extrañado, acaso ella necesitaba el dinero que él había pagado para algo de vida o muerte? —cariño, por favor explícame.

—¿Qué te explique qué?

—Sí, acaso ese dinero... ¿para qué no necesitabas?

Sofía se quedó mirándolo y entendió que él se refería al dinero pagado en

la subasta, de inmediato cayó en cuenta en su estúpido error y como eso había generado una alerta en Patrick.

—Lo he dicho en sentido figurado, eres mi salvavidas porque desde que te conocí no hago más que aferrarme a ti.

—Siento que hay algo que no me estás contando —dijo escudriñándola con la mirada —jamás hablas de tu familia y nunca te he escuchado decir que los extrañas.

—No somos tan unidos —dijo restándole importancia al tiempo que observaba por la ventana del auto.

—Pero... ¿Tus padres te esperan? ¿te has comunicado con ellos desde que estas aquí? No te lo he dicho, pero puedes hablar con ellos las veces que quieras, el teléfono de casa te permite hacer llamadas a cualquier parte del mundo y...

—No es necesario, yo no tengo familia, mis padres ya murieron y no tuve hermanas —habló sin quitar la mirada de la calle, parecía como si se hubiese congelado viendo el exterior pasar en rápidas ráfagas.

—¿No tienes a nadie? —preguntó, pero no obtuvo respuesta —no puede ser posible, debes tener algún tío o familiar a quien acudir.

A Sofia se le revolvió el estómago al escuchar mencionar un tío.

—No lo sé, mi familia eran mis padres y ya no están, lo de tener tíos u otros Parientes no es algo que me importe.

—Cariño, mírame —le pidió al mismo tiempo que la tomaba del rostro para que desconectara su mirada de la ventana —No estás sola, no importa si al cumplir el año deseas irte, yo siempre estaré aquí para ayudarte en lo que necesites, yo...

—Gracias Patrick, gracias —le dio un beso —ahora ya no insistamos más en el tema, ya veremos qué pasa en el futuro.

El futuro, algo tan incierto, por el momento ella ya se había vuelto a reunir con el detective Belmont y le había hecho el pago del 50%, se suponía que él ya estaba trabajando en encontrar a su hermana, le preguntó en cuanto tiempo tendría noticia y él le aseguró que antes de dos meses tendría algo para informarle, a ella solo le restó confiar que él cumpliera su palabra.

Por su parte, Patrick molesto por la forma en que ella lo había cortado dejó el tema y tomó su Tablet para revisar unos correos de trabajo, quiso concentrarse en lo que estaba haciendo, pero la idea de que Sofia le estaba mintiendo o por lo menos ocultándole algo no lo dejaba tranquilo.

—Señor, hemos llegado —el conductor le avisó justo cuando ya estaban

en el hangar de la familia Mathieu.

—Marco, la señorita Sofía y yo estaremos esperando una amiga de la esposa de mi hermano, mientras la señorita Luna llega, por favor, tráenos unos churros con chocolate.

—Con gusto señor, se cuales son los que le gustan a la señorita Sofía —la miró a través del espejo.

—Gracias Marco —contestó ella con una media sonrisa —son esos españoles que te he compartido.

Patrick los observó por unos segundos y sin saber por qué, su estado de ánimo se oscureció aún más, en su mente se decía que además de que ella le ocultaba cosas, ahora se andaba con confianzas con el conductor de la casa.

Cuando Marco regresó con el encargo, traía los churros que tanto le gustaban a Sofía y unos libros.

—Espero que sean de su agrado —le dijo entregándoselos.

Patrick guardó silencio, desde su asiento observó como Sofía le sonreía a marco agradeciéndole por el detalle, estaba a punto de decir algo, algo no muy bueno, pero entonces, marco se giró y le entregó otro libro a él.

—Señor, recuerdo que deseaba leer este libro, pero por cuestión de tiempo no lo pudo comprar.

Recibió lo que Marco le entregaba y vio el libro de Katzenbach que quería leer.

—Muchas gracias Marco —lo recibió con cordialidad.

—No me agradezca señor, he pagado todo con su tarjeta —los dos rieron ante el comentario y por un momento el ambiente se distensionó-

Estuvieron por casi una hora leyendo cada uno en su lugar de asiento hasta que la auxiliar de vuelo volvió a abrir la puerta del Jet.

—Buenos días —saludó una chica de cabello moreno, piel blanca y sonrisa juvenil —¿Cómo está señor Mathieu? —lo saludó acercándose.

—Luna, que gusto verte —la saludó con su caballerosidad habitual — mira, te presento a Sofía, ella es mi asistente —desde que su hermano lo llamó para avisarle que Luna viajaría con él, pensó en como presentaría a Sofía, se suponía que nadie la vería, ella se quedaría en un hotel y no tendría contacto con su familia, pero los planes habían cambiado.

—Mucho gusto —Saludó Sofía extendiendo su mano —Sofía Cabrales.

—El gusto es mío, Luna Sánchez —contestó la jovencita con la misma jovialidad que siempre la había caracterizado.

—Por favor avísale al piloto que estamos listos para partir —le dijo

Patrick a la Auxiliar de Vuelo, quien de inmediato acató la petición.

Guardaron el equipaje de Luna, se ubicaron nuevamente en sus asientos y cuando el piloto dio la señal, ya todos estaban listos para el despegue.

Luna se había hecho en un asiento atrás, desde allí observaba a Sofía con curiosidad, gracias a la amistad que mantenía Jhon Greene el esposo de su hermana con Victoria Mathieu la cuñada de Patrick, conocía algunas historias del mayor de los Mathieu, su hermana Kata en muchas conversaciones siempre expresaba lo mucho que le costaba entender que un hombre tan atractivo, inteligente y caballeroso como Patrick se mantuviera solo.

Sin embargo, su curiosidad se despertó con aquella otra jovencita, porque evidentemente eran contemporáneas o por lo menos eso pensó Luna.

—¿De donde eres Sofía? —le preguntó al caer en cuenta que la había saludado en un perfecto español, por lo que dedujo que no era francesa.

—De... de Venezuela —odiaba que la interrogaran, era muy consciente de lo mala que era mintiendo.

—Y ¿Cuánto llevas aquí en Francia?

—Unos cuantos meses —contestó escuetamente deseando que Luna se diera cuenta de lo mucho que la incomodaba el interrogatorio.

—¿Y desde que llegaste trabajas con la casa Mathieu?

—Trabaja directamente conmigo, no con la empresa —dijo Patrick un poco tosco, a él tampoco le estaba gustando la forma tan impertinente que Luna estaba interrogando a Sofía.

—Que bien —dijo dejando el tema —yo soy de Panamá, por eso me causó curiosidad lo bien que hablas el español.

—Así que eres de Panamá, lo conozco, es delicioso ir allí de vacaciones.

—Si, si —contestó Luna cayendo en cuenta de algo —¿sabes? En Panamá tenía una amiga muy cercana, ella y su familia eran de Colombia, para ser más precisos, eran de Medellín ¿Conoces esa ciudad?

—No —Sofía tembló para responder.

—Qué raro.

—¿Por qué? —preguntó Patrick.

—Bueno, es que su acento no parece de Venezuela, su acento parece paisa como se le dicen a los de Medellín.

—Estas confundida —dijo tratando de opacar su acento —ni siquiera conozco Medellín.

Patrick la observó y supo que mentía, se había puesto tan nerviosa que era imposible creer lo que estaba diciendo.

—Seguro que tienes razón —dijo Luna sacando su antifaz negro —creo que es el cansancio, anoche tuve una noche de locos, ahora voy a tratar de dormir un poco.

Sofía trato que no fuera evidente el chute de adrenalina que le recorrió todo el cuerpo, esos putos interrogatorios en algún momento la iban a dejar en evidencia, vivía entre una lucha constante de quien era y quien tenía que fingir ser.

Abrió nuevamente el libro, necesitaba distraerse, necesitaba concentrarse en la historia, pero entonces, sintió esos ojos penetrantes observándola con intensidad.

—¿Pasa algo? —le preguntó a Patrick pareciendo serena.

—Acércate —le pidió haciendo señas con un dedo, cuando la tuvo lo suficientemente cerca para susurrarle al oído le dijo: —quiero que en 20 minutos exactos te levantes de ese asiento y vayas a la habitación que está en la cola del avión, quiero que me esperes allí en la cama desnuda y con las piernas abiertas, voy a comerme tu coño.

Ella no contestó nada, simplemente miró el reloj para calcular el tiempo que debía esperar para cumplir la orden.

Patrick pensó que 20 minutos era tiempo suficiente para que Luna entrara en un sueño profundo, esperó pacientemente, la anticipación del sexo jamás lo alteraba, por el contrario, el saber que tenía unos minutos para planear lo que deseaba hacer le daban una calma tremenda.

Cuando pasó el tiempo que él le había indicado, sin decir ni media palabra, se levantó del asiento y se fue hacia la habitación del fondo.

Patrick siguió sentado, bebió un poco mas de whisky y pensó en lo que le haría, deseaba sacarle alguna confesión a punta de orgasmos, la idea de que ella le ocultaba algo se le había clavado en el pensamiento, por eso se levantó minutos después con determinación.

Pasó por el lado de Luna y percibió su respiración acompasada, eso le confirmó que ella dormía, caminó con calma hasta la habitación y poco a poco fue abriendo la puerta para no hacer demasiado ruido, de golpe, la imagen de esa mujer hermosa y plena lo iluminó, allí estaba Sofía tal y como él le había ordenado, desnuda con las piernas abiertas mostrando su sexo rosado y brillante por sus fluidos.

—El saber que vendría a comerte el coño te ha encendido, ¿Cierto?

—Sí, mucho —contestó con la confianza que los días junto a Patrick le habían creado.

—No pienso hacerte esperar, la verdad es que me muero por meterte la lengua —le dijo con esa voz ronca y seductora con la que le hablaba cuando estaba excitado.

Totalmente vestido, gateó por el colchón hasta que su cara estuvo a la altura de ese coño que tanto deseaba, en ocasiones se encontraba en la oficina y de repente se le venía a la mente esa imagen, la imagen de Sofia desnuda abierta de pierna esperando a que el la devorara, ella se le estaba volviendo una verdadera obsesión, la deseaba todo el tiempo, su pene se ponía erecto solo con recordarla, al llegar a casa quería saltar de agitación cada vez que la veía de rodillas esperando por él.

Ella se había vuelto mas segura y usaba su ingenio para siempre sorprenderlo, ahora estaba ahí esperándolo, deseándolo, totalmente entregada a sus deseos.

—Hazlo, por favor —dijo retorciéndose por sentir su fresco aliento sobre sus carnes expuestas.

—Suplica —le exigió.

—Te lo suplico, por favor, házmelo.

—No estoy seguro de querer hacértelo.

—Por favor, solo déjame sentir tu lengua, tan solo un poco.

—¿Cómo? ¿Así? —le pasó la punta de la lengua de abajo a arriba deteniéndose un poco en su hinchado y sensible clítoris.

—Si, si, así, por favor, por favor, te lo ruego, no me hagas esperar más.

Ese tono chillón de ruego lo enloqueció, sin esperar lo hizo, con la maestría de un hombre experto por tantos años de experiencia sexual con mujeres de todo tiempo, la lamió, chupó, mordisqueó y penetró con su lengua y con sus dedos, haciendo que ella se retorciera mientras se mordía los labios para no gritar y alertar a toda la tripulación y a Luna de lo que estaba pasando.

Su labio sangró por la fuerte presión de sus dientes, justo en el momento en que ella sentía que su orgasmo estaba a punto de explotar, pero entonces, Patrick se detuvo.

—¿Conoces Medellín? —le preguntó de golpe.

—¿Qué? —respondió en medio de jadeos, todavía elevada por la excitación.

—Contesta, no titubees, anda, dime si conoces Medellín —Colombia.

—Mmm —su cuerpo comenzó a alterarse, pero por razones muy diferentes, ella de inmediato se activó para contestarle, pero él no dejó que pensara, volvió a devorarla con pasión haciendo que ella volviera a estar en

medio de una nebulosa de placer.

Fue un juego de varios minutos, él le daba placer hasta llevarla al borde del precipicio y después simplemente la frenaba con la misma pregunta.

Patrick no tuvo necesidad de escucharle la respuesta, estaba claro que, aunque ella no fuera capaz de contestar, la respuesta era si, ella si conocía esa ciudad y ahora estaba inquieto por saber por qué ella lo negaba.

Decidió averiguarlo, pero en otro momento, en ese instante él también estaba torturándose, sus pelotas estaba que explotaba por la presión del momento.

Se arrodilló y se bajó los pantalones lo necesario para liberar su dura erección, enseguida y antes de que ella se pudiera recuperar la penetró de una embestida fuerte.

Sofía se dobló levantándose un poco de la cama y aferrándose a sus hombros, estaba agotada, llevaba varios minutos en una puta montaña rusa, la había torturado a punta de placer, pero un placer inacabado, estuvo a punto de gritarle en varias ocasiones, tal vez lo hubiese hecho si no estuviera en ese bendito avión, las piernas le temblaban, su garganta estaba seca y su vagina palpitaba por la mezcla de dolor y placer.

—Ten piedad, te lo suplico, déjame llegar, no puedo más amor —dijo con un hilo de voz.

Patrick se paró en seco, era la primera vez que ella lo llamaba de esa forma mientras estaban teniendo sexo y la reacción que le produjo fue abrumadora, sin embargo, no quería que ella se diera cuenta de ese efecto y volvió a moverse al tiempo que le comenzó a presionar el clítoris con la mano, solo bastaron unos cuantos segundos para que ella estallara en miles de pedazos, su orgasmo fue demoledor, pero al mismo tiempo liberador, él no duró mucho mas para también llegar al suyo, verla tan extasiada y tan entregada lo vulneraba.

—Preciosa —le dio un beso en los labios, se incorporó, acomodó su ropa y salió de la habitación.

Sofía se quedó mirando hacia la puerta, la exaltación ya había pasado y en su mente solo quedaba la preocupación de esa pregunta, una pregunta que realizó con demasiada insistencia —¿Conoces Medellín? —le preguntó unas cuatro veces, era cierto que estaba excitada y que no era capaz de coordinar sus pensamientos, pero la verdad era que había usado eso para simular que no podía ni hablar y así no tener que darle una respuesta.

Rogó al cielo que él se olvidara de volverle a preguntar mientras

caminaba al baño para limpiarse y vestirse, suplicaba a Dios que él no la descubriera, pero entonces, se dijo que daba igual cuanto suplicara por eso, Dios la había olvidado, ella estaba en esa situación por la maldad de otros y él no había hecho nada para ayudarla.

Salió aparentando normalidad, se sentó en su lugar y volvió a tomar el libro, pero sin darse cuenta los brazos de Morfeo la acogieron.

Cuando despertó miró por la ventana y se dio cuenta que la noche ya estaba cayendo, escuchó la risa fuerte de Luna, se volvió a verla y la observó entretenida viendo alguna película en la pantalla de su asiento.

—¿Sabes donde está Patrick? —le preguntó al ver su lugar vacío.

—Ah, ya despertaste —le contestó la muchacha con una sonrisa —No lo sé, yo desperté hace poco y ya no estaba en su lugar, pero estoy segura que no ha ido muy lejos, después de todo este es un avión pequeño —dijo soltando una risa burlona.

—Si, si, tienes razón —dijo ella sin mucha gracia.

En ese momento Patrick salió de la cabina, ella alzó la mirada y lo vio con ojos brillantes, ese hombre no tenía que mover ni un músculo para hacer que toda ella vibrara.

—Ya vamos a iniciar el descenso, por eso he pedido que no nos sirvan la cena, comeremos mejor al llegar a San Juan.

—Perfecto —contestó Luna.

—Por mi está bien —dijo Sofia sin darle demasiada importancia al asunto de que ella ya estaba sintiendo hambre.

Se acomodaron y se pusieron sus cinturones de seguridad en cuanto el piloto dio la orden.

—Ya quiero llegar y ver a mi hermana —dijo Luna —También me muero por tener a la preciosa Helena, no saben lo hermosa que es, su cabello cobrizo y esos ojos entre azules y verdes, es la viva imagen de Kata.

—He escuchado que Jhon está como loco por esa niña —dijo Patrick.

—Si, se ha vuelto un blandengue, no es mas que Helena haga alguna de sus monerías y él se derrite, mi hermana está tratando de usar eso para tener otro hijo, pero el hombre se niega.

—Bueno, no es para menos, con todo lo que sufrió cuando Kata estaba embarazada que... lo siento, creo que estoy siendo imprudente —de refutó, la historia de Jhon y Kata había sido muy difícil y no era justo que él la sacara a relucir.

—La verdad tienes razón, solo espero que al final ceda, la idea de otra

sobrina me gusta.

—Sería el tercer hijo de Jhon.

—Si, pero eso es lo que menos importa, no es como si no tuvieran dinero con que mantenerlos, además James está feliz siendo el hermano mayor, ya se cree todo un adulto, estamos en contacto permanente, le gusta contarme cada nueva experiencia de Helena.

—Pues me alegra por ellos —dijo mirando a Sofia quien estaba distraída viendo a través de la ventana sin querer participar en aquella conversación de personas que no conocía.

Cuando el Jet aterrizó, esperaron las indicaciones para bajar, la primera en hacerlo fue Luna, salió corriendo creyendo que tal vez su hermana había ido por ella al aeropuerto, pero a quien se encontró fue a Ginebra, estaba de pie recostada en una camioneta mercedes de color negro.

—Hola Luna ¿Como estás? —La Abrazó en cuanto la tuvo cerca —¿qué tal el vuelo?

—Tranquilo Gin —dijo antes de subirse al auto.

De inmediato Ginebra, la hermana menor de los Mathieu vio a su hermano asomarse por la puerta del avión y sonrió.

Se adoraban, ella era la pequeña de la familia, era una mujer hermosa de figura delgada, pero con suaves curvas, cabello negro y ojos verdes, muy parecida a su madre.

Mientras Patrick bajaba los escalones del avión, ella corrió para alcanzarlo, una forma normal de recibir a sus hermanos, corría hacia ellos como si fuera una chiquilla y después se abalanzaba al vuelo para que ellos la atraparan, así lo hizo esta vez también, se aferró tanto a Patrick que casi caen al suelo juntos.

—Hermanito, te amo —dijo dándole besos en la mejilla.

—Basta pequeña —le contestó él sonriendo —¿Cuándo crecerás?

—Nunca.

—Tendré que resignarme —dijo ayudándola a ponerse de pie.

—Vamos —lo haló —pero entonces vio a Sofia quien había bajado mientras ellos estaban en medio de muestras de amor —y... ¿tú eres?

—Es Sofia —contestó Patrick —mi nueva asistente —dijo con total seguridad.

Patrick se había sorprendido de ver a Ginebra esperándolos, siempre era Antonio quien iba por ellos al aeropuerto, había planeado que Antonio primero los llevara al hotel donde había planeado la instalación de Sofia y

después los llevaría a él y a Luna a la Casona, pero jamás imaginó que quien los recogiera fuera su extrovertida hermana.

—¿Nueva asistente? —preguntó no muy convencida, la chica parecía demasiado joven, además Patrick nunca había tenido asistente, solo estaba su secretaria de toda la vida.

—Si, últimamente he tenido tanto trabajo que he tenido que contratar a alguien para que me ayude.

—Pues mucho gusto —le extendió la mano a la chica —mi nombre es Ginebra.

—Ginebra, el gusto es mío, mi nombre es Sofía.

—Bueno, pues ahora si vámonos, el resto de la familia nos espera con ansias —dijo caminando hacia la camioneta —Luna ve adelante, quiero que me cuentes los por menores de tus aventuras en Milán.

No era cierto, lo que Ginebra realmente quería era ver quien era esa jovencita, su hermano jamás había tenido asistente personal, por eso necesitaba ver como se comportaban, Sofía parecía demasiado joven y estaba segura que para su madre eso sería un gran problema.

Si entre su hermano y esa jovencita había algo ella quería descubrirlo antes de llegar a la casona, solo así podría unirse a su frente y defenderlo de las miradas y comentarios indiscretos de Sara Fernández, su madre.

—Luna, tu hermana ya está en casa, al parecer no quiso esperar demasiado para verte, Jhon no jha hemos mas que quejarse porque Kata lo hiciera adelantar su viaje.

—Lo sabía, incluso pensé que vendría a recibirme al aeropuerto, Kata y yo somo muy unidas, nos amamos demasiado.

—Si, eso ya lo sé —dijo mirando a través del retrovisor para ver que hacía su hermano con aquella chica.

Tratando de que Ginebra no se diera cuenta, tomó de la mano a Sofía, sabía que estaba nerviosa, todos sus planes habían cambiado, se suponía que ella no tendría contacto con nadie de su familia y ahora iba rumbo a la casona, se decía que haberla llevado había sido un error, pero no se imaginaba haber viajado sin ella.

—Llegamos —dijo Ginebra viendo a su hermano por el espejo.

Estaba justo frente a la verja de la casona, digitó la clave de acceso y las puertas se abrieron dejando que entraran a la propiedad, Sofía se aferró con mas fuerza a la mano de Patrick, aquel lugar se veía impresionante con un camino delimitado con palmas hasta una gran fuente frente a una enorme casa

colonial.

—Todos deben estar en el salón esperándonos —dijo viendo como su hermano soltaba a Sofía al tiempo que le regalaba una tierna mirada.

—Bien, pues no hagamos esperar a la familia —contestó sin percatarse de que su hermana lo estaba escrutando.

—Siiii, —Luna se bajó corriendo de la camioneta en cuanto vio a su hermana con Helena en brazos salir de la enorme casa, detrás de ella venía corriendo el joven James.

—Que comience la fiesta —dijo Ginebra con la seguridad de que lo que se avecinaba con su familia y la nueva chica de Patrick era la bomba.

—No me dejes —le suplicó con los ojos inundados de lagrimas

—¿Cómo puedes pedirme eso? Debe estar sufriendo algo parecido al síndrome de Estocolmo, yo...

—Sé que es el síndrome de Estocolmo y no estoy sufriendo de eso, entiende Patrick, yo te amo.

—No puede ser, no puedes amarme, no importa que yo ignorara tu situación, lo importante es que tuviste sexo conmigo obligada, yo siento como si te hubiese violado, ¡Dios! ¿Qué hice? —se alejó de ella mientras se pasaba las manos por el rostro en señal de desesperación.

—No, no digas eso —ella lo abrazó por la espalda —no me violaste Patrick, entiende, mi tío me exilió, me condenó por los errores de mi padre y me alejó de mi familia condenándome a una vida de esclavitud sexual, no sé qué espíritu maestro me está ayudando desde el más allá, primero el venezolano al enterarse de que era virgen decidió sin contarle a mi tío que me reclutaría para el evento que Lamborghini organiza todos los años, cuando me dio a escoger entre venderme a una red de tráfico de personas de países orientales o participar en el evento a cambio de que el recibiera el 70% del dinero, para mí no fue tan difícil tomar la decisión, si escogía la segunda solo tendría que sacrificarme durante un año, además recibiría dinero para rehacer mi vida, en la primera opción estaría condenada a ser una esclava hasta la muerte.

—¿Por qué te dio otra opción?

—Ganaba más dinero con la subasta, él me dijo que en esas subastas

siempre superaban el millón de dólares, que la mitad sería para Lamborghini y la otra mitad para mí, pero de esa mitad él se quedaría con el 70%, eso es demasiado dinero para un traficante de personas de baja monta como él, si me vendía a los traficantes del oriente no recibiría ni la mitad de lo que ganó con la subasta, eso sumado al dinero que Lamborghini ya le había entregado por reclutarme, ese tipo tendrá para no volver a trabajar el resto de su vida, fui su gallina de huevos de oro.

—Esto es una puta mierda, acaso no te das cuenta que todo el maldito mundo te ha usado para lucrarse, a cambio de que te vendiera como mi puta, eres una niña Sofia, y yo me aproveché de ti, he abusado de... soy un maldito criminal al igual que todos esos monstruos que te obligaron a llegar hasta aquí.

—No, lo eres, entiende que no tuve más elección, pensé que sufriría por un maldito año, me imaginaba sometido a vejámenes inhumanos por cerdos asquerosos, pero por ayuda divina fuiste tú quien se fijó en mí, no tengo ni idea de por qué llegaste a esa subasta, pero desde que lo hiciste no dejo de agradecer que lo hayas hecho, el año de horror que pensé que iba a vivir, se convirtió en lo mejor que me ha pasado en la vida, cuando pensé que perdería mi virginidad con algún perverso hombre, solo imaginaba dolor, pero no, tú fuiste cordial, tu madurez y experiencia te hicieron ser paciente, me diste el placer que jamás habría recibido de un joven de mi edad, esperaste a complacerme y después buscaste tu propio placer, tuve la primera vez que cualquier mujer quisiera tener, Patrick —hizo que se girara, lo vio derramar algunas lágrimas y se las limpió con ternura —llegaste a mi vida cuando más te necesitaba, eres mi salvavidas, entiéndelo por favor y no intentes convencerme de que eres un monstruo, porque no lo eres, eres muchas cosas, pero no eres un mal hombre, has sido mi refugio y mi fuente de esperanza desde que salí a fuerza de mi casa, no tienes ni idea de los momentos de desesperación que he vivido pensando en cómo está mi hermana y si el maldito de mi tío le habrá hecho algún daño, solo cuando estoy en tus brazos encuentro consuelo, te lo suplico no me quites eso, yo sé que sientes algo por mí, me lo dicen tus ojos cuando me miras, me lo dice la forma que me tocas, como si me veneraras, me lo dicen tus besos, todo tu ser me dice que... sientes.

—Lo siento —contestó con la voz quebrada —pero no puedo estar contigo, aunque digas todas esas cosas tan bonitas, yo solo puedo sentirme como un puto violador, además eres tan joven, tan niña que yo no puedo estar contigo e impedirte que vivas todas aquellas cosas que te faltan vivir.

—Patrick... —ella rompió en llanto.

—Voy a ayudarte, juro que destruiré a tu tío y que protegeré a tu hermana y a tu tía, lo haré como lo hubiese hecho si hubiese sabido esto desde antes, no era necesario que te vieras obligada a acostarte conmigo, si tan solo me lo hubiese dicho esa primera noche que estuvimos solos.

—No me arrepiento de no habértelo dicho, es cierto que tenía miedo de decirlo, pero al guardar silencio me dio la oportunidad de estar contigo y aunque pienses lo que pienses, yo estoy convencida de que eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

—¡Basta Sofía! —la alejó cuando ella quiso acercarse a besarlo —voy asegurarme de que tengas todo lo que necesites, unas semanas atrás dijiste que querías estudiar arquitectura, yo me aseguraré de que lo hagas en la mejor universidad de Francia o del lugar que quieras, por tu hermana no te preocupes, haré que esté con tu tía en un lugar seguro y después denunciaré a ese hombre, pagaré por haber destruido tu vida, esa será mi compensación por el daño que te he causado, después de todo yo también colaboré para que te explotaran.

—No voy a irme de esta casa —le dijo con rabia y dolor.

—Lo harás, vivirás en un lugar con todas las comodidades, lo harás como lo hacen las chicas de tu edad, iras a la universidad, conocerás gente de tu edad y vivirás todo aquello que te hace falta vivir, nosotros no volveremos a vernos, de ahora en adelante te contactarás con Isela, es una mujer de mi entera confianza, su esposo es de la policía y junto a él, idearemos como haremos que te reúnas con tu hermana y tu tía, de eso no debes dudar y tampoco debes preocuparte, Isela te mantendrá informada y estará atenta a cualquier cosa que necesites por muy pequeña que sea.

—¿De verdad eso hace que te sientas mejor?

—No, la culpa jamás me abandonará, pero no puedo echar el tiempo atrás, solo puedo compensarte por el daño.

—¡NO ME HAS HECHO NINGUN DAÑO! —gritó frustrada y llena de dolor.

—Arregla tus cosas —le insistió.

—Si me echas de esta casa, me iré a donde se me dé la gana, no estaré bajo tu cuidado, no voy a ayudarte a que compenses nada, me iré a la puta mierda donde jamás me encuentres —cada palabra salió cargada de veneno y con cada palabra derramo una lagrima.

—Sofí... María Paula debes...

—Maria Paula está muerta, soy Sofia, ¿Quieres hacer algo por mí? Pues empieza por respetar mis decisiones, me cambié de nombre, acepté venderme como una vil puta con tal de no ser enviada a una red de trata, fueron mis decisiones Patrick, me importa un carajo si crees que no valen porque fueron coaccionadas, sea como sea, son mis malditas decisiones.

—Deja de hablar con tanta vulgaridad, mujer, entiende que...

—No se me da la gana de entender nada, y hablo como quiera, acaso olvidas que me estas echando, que ya no soy tu esclava, ni tu mujer ni nada.

—Sofía, por favor, escúchame —le pidió sujetándola de los hombros.

—No quiero —dijo rompiendo en llanto —me estás haciendo más daño que él que me hizo mi tío, me estas quitando las esperanzas, me estas robando las ilusiones, estas destruyendo el futuro que había imaginado junto a ti —él no pudo controlar el dolor que sentía al escuchar cada palabra que la chica pronunciaba en medio de sollozos —¿Quieres que me vaya? Pues bien, haré lo que me digas una vez más, pero en cuanto cruce esa puerta —la señaló enfatizando cada sílaba —habrás muerto para mí, así como murió María Paula, así como murió mi padre, así como murió Catalina, serás un muerto más en mi historia.

—No voy a permitir que andes sola por el mundo, voy a protegerte y a...

—No vas a hacer nada o juro que yo misma te denuncio ante la policía, tal vez eso si sea una forma de pagar por el supuesto daño que me hiciste, ¿entiendes Patrick Mathieu?, si interfieres en mi vida después de que salga de esta casa, yo misma haré pública nuestra historia y te denunciaré con la policía.

—Hazlo, denúnciame, después de todo creo que me lo merezco y soy demasiado cobarde como para confesarlo, entonces siéntete en la libertad de ir a denunciarme.

—¡VETE A LA MIERDA PATRICK! —le gritó antes de salir corriendo a la habitación.

Agarró una maleta y comenzó a tirar en ella su ropa, pero estaba tan sobresaltada que las lágrimas no la dejaban ver lo que hacía, maldijo limpiándose el rostro y entonces vio toda aquella ropa fina que él le había regalado y se sintió como una putilla saliendo con los regalos de su benefactor, lanzó un gruñido con el de un animalillo herido y dejó todo tirado, tomó su cartera y sin llevarse ni un solo trapo, bajó las escaleras, él seguía en el salón, estaba bebiendo whisky, en cuanto la escuchó elevó la mirada para verla bajar.

—¿Y tú maleta?

—Quédatala, no quiero nada —siguió su camino hacia la puerta.

—Sofía, espera —trató de sujetarla del brazo, pero ella fue más rápida y lo esquivó.

—No me toques, déjame —siguió caminando más rápido.

—¡Espera carajo! —le gritó.

Pero ella abrió rápidamente la puerta y comenzó a correr, corrió como si la estuvieran siguiendo para matarla, se dejó la vida en cada zancada, siguió corriendo incluso cuando estuvo segura de que él ya no la estaba siguiendo.

No supo cuánto tiempo corrió, pero su cuerpo no pudo continuar, se estrelló contra una baranda y entonces terminó vomitando, casi cae desmayada, tuvo que sentarse en la acera de una calle muy transitada.

No sabía a donde ir, no tenía amigos, miró a un lado, luego al otro y de pronto la soledad la abrumó, allí en medio de la calle llena de personas que pasaban y la miraba con irritación, se dio cuenta que estaba totalmente sola, su salvavidas la había abandonado, ahora estaba en mar abierto navegando a la deriva.

Se paró, se sacudió la ropa y siguió caminando, no sabía dónde iba, pero un deseo de alejarse la impulsaba a no detenerse.

Sabía que Patrick no tardaría en reunir todos sus recursos para encontrarla, por eso decidió salir de París, miró su cartera y se encontró con tres mil euros eso sería suficiente para irse, revisó que todos sus documentos estuvieran allí, al confirmar que tenía todo lo que necesitaba buscó un taxi, tardó unos 20 minutos en encontrar uno, en cuanto se subió en su ya casi perfecto francés le pidió que la llevara a la estación de trenes, al llegar, fue directo a conseguir un ticket de tren, preguntó cuál era el primero en salir y le informaron que el de Marsella, sin dudar lo compró.

Durante la hora que debía esperar hasta que el tren saliera, estuvo recorriendo la estación de trenes del norte de París, jamás había estado allí, durante los meses que duró su relación con Patrick había viajado mucho, pero siempre lo habían hecho en su jet o en auto, por eso quiso aprovechar el momento para olvidarse de su dolor y sentirse una turista mas, se deleitó en la arquitectura de ese gran lugar, esa mezcla fantástica entre lo moderno y lo antiguo que tiene París en todas sus cosas pero en especial en su estación de trenes.

Estaba de pie en uno de los costados más retirados del lugar detallando una columna y como era la unión perfecta entre esa modernidad de las

remodelaciones o adiciones que le habían hecho al lugar y la arquitectura antigua y tradicional cuando recordó su sueño de ser arquitecta, deseaba poder crear lugares con aquel, lugares que perduraran en el tiempo, lugares que sin importar cuantas generaciones pasaran, ellos seguían allí mediante sus creaciones.

Cuando llegó el momento buscó el tren que la alejaría de París y se subió en él sin mirar a atrás.

Un año después.